

HISTORIA
DE LOS DOS SITIOS
QUE PUSIERON
A ZARAGOZA
EN LOS AÑOS DE 1808 Y 1809
LAS TROPAS DE NAPOLEON.

.... en ígneas letras,
Allá, sobre los cielos esplendentes,
El nombre escrito está de ZARAGOZA;
Y el de NUMANCIA allí, y el de SAGUNTO.
Mil siglos volarán sobre sus ruinas;
Morirán astros; finarán imperios;
Eterno, empero, su renombre y gloria,
Durará á par del mundo su memoria.

Poema de DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,
tomo III de sus OBRAS LITERARIAS, *página* 20.

HISTORIA
DE LOS DOS SITIOS
QUE PUSIERON
Á ZARAGOZA
EN LOS AÑOS DE 1808 Y 1809
LAS TROPAS DE NAPOLEON.

POR EL CRONISTA

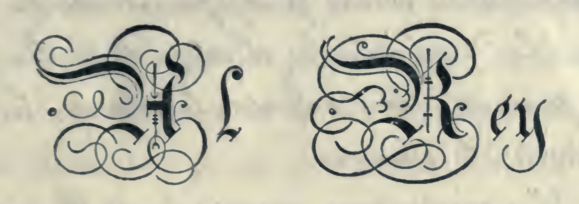
DON AGUSTIN ALCAIDE IBIECA,
Doctor en ambos derechos, y Maestro en Artes, Abogado del ilustre Colegio de esta Corte, Socio de la Matritense, y de mérito literario de la Aragonesa, Académico de honor de las de nobles y bellas artes de san Fernando y de san Luis, individuo de la de la Historia, y condecorado con la cruz de distincion concedida á los defensores de ambos sitios.

TOMO I.

MADRID: 1830.
IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS.

Los ejemplares que no lleven la siguiente firma del Autor, serán denunciados legalmente.

A. Alcayde



Nuestro Señor.

SEÑOR:

Napoleon proyectó extinguir la Augusta Familia de V. M., pero la constancia española, vertiendo raudales de sangre, consiguió restituirla á los tronos de España, Francia y las Dos Sicilias, con asombro de todo el universo. Aquel poder colosal exigia inmensos sacrificios, y los españoles, viéndose burlados de un modo pérfido,

desplegaron su encono y energía. Nada les contuvo. La península fue el campo de batalla. Todos guerreros, todos valientes, le retaron, le despreciaron, lo vencieron.

Los zaragozanos, amantes de su Rey, fueron los primeros en acreditar su lealtad llevándola al extremo; y V. M., al feliz regreso de Valencey, contempló con pasmo y ternura aquel hacinamiento de ruinas.

Grandes sinsabores ha hecho experimentar á V. M. un astro azaroso; pero tampoco ningun Soberano ha recibido demostraciones mas sublimes del acrisolado amor de sus pueblos.

Esta historia será un monumento eterno que lo acreditará en todas las edades; y cuando V. M. recorra los sucesos extraordinarios de aquella desastrosa época, y enlace los acontecimientos posteriores de la guerra peninsular, hallará que aquella extraordinaria y tenaz resistencia, fue uno de los principales resortes que rompieron el yugo tiránico que oprimia á casi toda la Europa.

Hubiera sido mengua del nombre español dejar tales hazañas sepultadas en vergonzoso ol-

vido; y la buena acogida que V. M. ha dado á esta obra dignándose ponerla bajo su Real proteccion, demuestra el aprecio que hace de las tareas literarias; y de que jamas olvidará ni las lides de los zaragozanos, ni los heróicos esfuerzos de la nacion española.

SEÑOR:

A. L. R. P. de V. M.

Agustin Alcayde Ybieca.

EXPOSICION PRELIMINAR.

Apenas principió á desplegarse el entusiasmo aragones, preví que iban á ocurrir sucesos de gran nombradía. Formé, pues, el plan de acopiar materiales, y me dediqué á inquirir y anotar para ir bosquejando el cuadro que tengo la satisfaccion de presentar á mis compatriotas.

Hubo ocasiones, especialmente cuando la epidemia arrebataba á centenares las víctimas, en que creí ver frustrado mi proyecto, y destruidos los cimientos sobre que deberia alzarse este grande edificio; pero el Cielo me preservó felizmente en medio de los mayores peligros: y luego que sucumbió Zaragoza, tuve que sepultar mis apuntes, y cuantos documentos habia reunido.

No era facil calcular el término que tendria la invasion; pero se sostenia la esperanza viendo ya empeñada en la lucha á casi toda la Europa. Con este presentimiento, dedicaba muchas noches á este trabajo, extrayendo los papeles de un sitio muy reservado en que los custodiaba, por evitar un compromiso.

Llegó por fin el dichoso dia en que, deshecho el poder colosal de Bonaparte, vimos rayar la aurora de la libertad en nuestro horizonte, y entonces continué mis tareas con mas desahogo y asiduidad. Adquirí nuevos escritos y documentos; noticias circunstanciadas de personas de carácter, que estaban orientadas de muchos pormenores; rectifiqué algunos hechos; consulté diferentes pasages; y acumulé tantos datos, que tuve que variar el plan, y comenzar á escribir de nuevo.

Esta obra podia haber salido á luz hace algunos años; y aunque desde un principio me propuse hablar con la debida circunspeccion, y evitar extremos, sin embargo, conociendo cuan mal se auna la imparcialidad con las pasiones, y que solo el tiempo desvanece los prestigios y fija las ideas, adopté el precepto de Horacio. Así es que he vuelto á examinarla una y dos veces, para darla la última mano; y aun así creo que no carece de defectos.

Sé muy bien que si hubiera podido publicarse cuando la admiracion estaba en su auge, hubiese tenido mejor acogida; pero si se reflexiona en que una historia de esta clase no solo debe escribirse para satisfacer los deseos de los contemporaneos, sino para los siglos venideros, y que sirva de modelo y estímulo á todas las naciones que quieran conservar su independencia, se conocerá que para formarla con delicadeza y exactitud debia invertirse mucho tiempo.

Los sitios de Zaragoza formarán época por su singularidad y resultados; y hasta ahora solo se han publicado producciones que, aunque apreciables, distan mucho del completo que se necesita para formar una idea cual corresponde de tamaños acontecimientos.

Esta historia abraza en sus dos partes cuanto puede apetecerse, pues se ha tenido presente todo lo que se ha impreso dentro y fuera de España, diferentes memorias inéditas, y mas de veinte relaciones de militares y personas que presenciaron los sucesos.

La primera parte comprende lo ocurrido en la capital y pueblos del Aragon desde el 24 de mayo hasta el 31 de agosto de 1808. La segunda, lo que sucedió desde 1.° de setiembre hasta 21 de febrero de 1809. En ellas se describe con la debida separacion la parte militar de la política; se incluyen en sus respectivos sitios algunos manifiestos, proclamas y noticias oficiales, suprimiendo en aquellos lo reglamentario; y se ha preferido esto á ponerlos por notas, como se ha ejecutado con otros, porque contribuyen á hacer mas interesante y variada la lectura. Efectivamente, algunas proclamas y manifiestos estan escritos con elegancia y valentía. El de 31 de mayo llamó tanto la atencion del invasor, que envió mediadores para que contuviesen aquel torrente, que conoció podia comprometerle. Otras son de distinto género, dirigidas á sostener la exaltacion, á conciliar la diver-

gencia de opiniones entre militares y paisanos, á excitar la generosidad en los grandes apuros, y tambien para sostener las esperanzas y contener los desórdenes.

Penetrado de que el historiador debe ceñirse á referir los hechos con decoro y verdad, solo doy aquellos toques indispensables para que el conocedor pueda hacer sus observaciones. Designo á los gefes de los puntos, y que dirigieron los ataques; y de entre las diferentes acciones particulares que ocurrieron, refiero aquellas mas distinguidas y generalizadas.

Para la indispensable inteligencia de la narracion, se ha grabado en cobre, y en medio pliego de marca mayor, un plano, comprensivo de la ciudad, sus arrabales, cercanías, obras ofensivas y defensivas, puntos de minas y asaltos, y del terreno que iban conquistando los sitiadores despues de haber entrado en la poblacion; y otro particular de las brechas abiertas en el segundo sitio, y del terreno en que se hizo la mas obstinada defensa.

Al fin del segundo tomo he puesto un resumen de la resistencia que en los siglos quince, diez y seis y diez y siete hicieron varias plazas fuertes, comparando aquellos acontecimientos con los de ambos sitios, y ademas un parangon entre el primero y el segundo, en el que se hallan noticias muy útiles y curiosas para los que se dedican al arte de la guerra.

El suplemento contendrá varias adiciones y documentos apreciables, estados de los militares de graduacion que ha podido averiguarse contribuyeron á la defensa, de algunos de entre los muchos que perecieron en la jornada de Alagon, de las compañías que capitaneó el presbítero don Santiago Sas, de los que agració Palafox con el escudo de distincion, de los que desempeñaron el pesado cargo de alcaldes de barrio, y de los donativos que se hicieron para sostener la empresa. En fin, nada se ha omitido para hacerla amena é instructiva; y me lisonjeo se percibirá el ímprobo trabajo que me he tomado para reunir y coordinar tantas noticias.

No teniendo todavía la historia general de la guerra peninsular, que tanta falta hace, suplirá la de uno de los sucesos mas notables de aquella época; y á lo menos no se criticará tanto nuestra apatía, temiendo dé lugar «á que se pierdan en el olvido mil proezas, y mil distinguidos nombres que figurarian con mucho honor en la historia moderna, y serian otros tantos modelos de imitacion en lo por venir á nuestros hijos y descendientes" (1). Tambien podrá servir para que algunos escritores extrangeros nos hagan justicia, y no traten de rebajarnos el mérito contraido.

Es muy dificil arribar á la perfeccion en esta materia; sin embargo, el informe oficial que ha dado al Rey nuestro señor la real academia de la

---

(1) Prólogo de G. D. M., traduccion de las Memorias del mariscal Suchet.

Historia, manifestando estaba escrita con exactitud, juicio é imparcialidad, y que debia promoverse su publicacion, por lo recomendable del objeto y su singular mérito; tranquiliza mi desconfianza, y me hace esperanzar se dispensarán las faltas en que haya incurrido. A pesar de ellas, confio en que por lo sublime del asunto, la posteridad, justa y reconocida, acaso se complacerá en tributar á este monumento su admiracion y respeto.

PRIMERA PARTE.

COMPRENDE

LO OCURRIDO EN ZARAGOZA

Y PUEBLOS DEL ARAGON

DESDE EL 24 DE MAYO HASTA EL 31 DE AGOSTO DE 1808.

Y á la verdad, aunque nunca sea tan digno de gloria el que escribe como el que hace las cosas, me parece sin embargo muy dificil escribir bien una historia, ya porque para esto es menester que las palabras igualen á los hechos, ya porque hay muchos que, si el escritor reprende algun vicio, lo atribuyen á mala voluntad ó envidia; y cuando habla del valor grande, y de la gloria de los buenos, creen sin violencia lo que les parece que ellos pueden facilmente hacer; pero si pasa de allí, lo tienen por mentira, ó por exageracion.

Cayo Salustio Crispo. *Traduccion del señor infante don Gabriel, tomo I, página 7, edicion de 1804.*

INTRODUCCION.

Extraordinarios han sido los sacrificios y heróicos esfuerzos que ha hecho la nacion Española en la cruenta lucha que ha sostenido, para mantener su independencia y recuperar á su legítimo Soberano. La constancia de que ha dado pruebas no puede ser mas sublime: pero á la manera que en el firmamento sobresale el sol entre la multitud de astros que le rodean; del mismo modo puede asegurarse que la defensa acérrima de los zaragozanos ha excitado la admiracion de toda la Europa.

Solo el hecho aislado sorprende. Porque hasta de ahora no se habia visto en la historia de la guerra que una ciudad abierta, situada en una llanura, rodeada de débiles tapias, y lidiando sus habitantes en las calles y plazas á la ventura, llegase como Zaragoza, á refrenar los ímpetus de un ejército aguerrido. Con muros y almenas se sostiene el furor bélico hasta que el arte supera los obstáculos; pero cuando esto se ejecuta á rostro firme, y por gentes que dejando el arado y la esteva, luchan al acaso, ¿quién no admirará tamaña resolucion y va-

lentía? Los zaragozanos no hicieron planos ni cálculos. Faltos de todo, gritaron venganza, y abandonaron el éxito al valor y entusiasmo patriótico de que estaban poseidos.

En los acontecimientos que salen, como el presente, de la esfera comun, todo es singular, y solo puede compararse á sí mismo. Un pueblo heróico y un sabio consumado, se hacen admirables hasta en sus extravíos. El frenesí, que produce el ódio al yugo extranjero, es un recurso de la naturaleza para contrarestar el delirio de los conquistadores, y aniquilarlos y confundirlos. Zaragoza puede compararse á la piedrezuela que comenzó á desprenderse de la montaña y derribó la estatua de Nabuco, que aunque de oro, tenia los pies de barro quebradizo.

El cuadro que voy á describir es de los mas interesantes, y aunque la fama ha publicado con cien lenguas muchas proezas, y las ruinas vociferan lo que costaron aquellos triunfos: no es posible formar idea exacta de los sucesos de ambos sitios, sino siguiendo paso á paso á los ínclitos defensores que ejecutaron tamañas proezas con un valor y sufrimiento inconcebible.

CAPITULO I.

Agitaciones populares. — Palafox llega disfrazado á la torre de Alfranca. — Los zaragozanos proclaman su independencia. — El paisanage hace preparativos para defenderse. — El real Acuerdo reconoce á don José Palafox y Melci por capitan general de Aragon. — Éste convoca á los ciudadanos mas distinguidos, y nombra una junta militar.

El objeto mas noble de la historia es observar y pintar los hombres en las situaciones en que las almas se ven mas violentamente agitadas, y de consiguiente todas sus facultades puestas en movimiento. La revolucion de España en 1808 será un cuadro interesante; y los sucesos ocurridos con este motivo en la capital y provincia del Aragon, merecen ser descritos con cierta particularidad. Luego que se supo en Zaragoza la prision del Príncipe de Asturias, presintieron muchos la horrible tempestad que nos amenazaba; y hasta el habitante pacífico empezó á inflamarse con la energía propia del carácter nacional. En esto, la corte agitada experimentó una conmocion que produjo grandes resultados políticos. Carlos IV tenia dispuesta su salida; pero el pueblo se revistió de entereza, prendió al valído, y todo cambió repentinamente. Sabida la abdicacion de Carlos IV en favor de Fernando VII, los cursantes se dirijieron á la universidad, y tomando el cuadro que habia en el salon en que se confieren los grados, del retrato de Godoy, lo quemaron en la calle del Coso con extraordinaria algazara. La escena concluyó substituyendo en su lugar un retrato de Fernando VII, que condujeron con el mayor regocijo.

Entretanto la corte sufria nuevas convulsiones. La

entrada de las tropas francesas y salida de los Soberanos; su arribo á Bayona, todo presentaba á la nacion un orizonte obscuro. En seguida ocurrió el suceso, que formará época, del dos de mayo. Al paso que llenó de luto los corazones la precipitacion con que Murat sacrificó á sangre fria tanta inocente víctima, fué sobremanera grato ver al pueblo heróico de Madrid hacer el primero frente á la tiranía. Aquella sangre vertida dió un grande impulso al voraz incendio en que luego se vió abrasada toda la península. El 5 de mayo, un bando anunció la disposicion de la Junta suprema presidida por el infante don Antonio, encargando la tranquilidad, para que no se repitiesen en las provincias semejantes escenas; y el capitan general Guillelmi procuraba aquietar los ánimos conmovidos. El político formaba planes; el artesano y jornalero redoblaban sus plegarias; el sabio gemía en su retiro.

Algunos valientes comenzaron á tomar ciertas medidas. Don Mariano Cerezo, labrador natural de Zaragoza de la parroquia de San Pablo, y Jorge Ibort, á quien por lo encogido de hombros y baja talla le apellidaban *cuello corto*, labrador del arrabal de la otra parte del puente, conferenciaban entre sí; y como que tenian sumo ascendiente sobre el paisanage, caminaban de acuerdo. Los grupos de gente daban idea de que fermentaba el descontento; y luego comenzaron á fijar algunos pasquines que indicaban el modo de pensar del pueblo. Los labradores capataces, especialmente de las parroquias de la Magdalena, San Miguel, San Pablo, y arrabales, como Cerezo, Zamoray, Grasa, Forcés, Ibort y otros, andaban vacilantes entre el conde de Sastago y el ex-ministro don Antonio Cornel. A uno y otro suplicaron tomasen el mando para dirijirlos, pero se excusaron con que era indispensable la intervencion de las autoridades, y tratar las

cosas en regla. Esto era lo que no querian entender los labradores, pues presentian no era época ni sazon de buscarlas. Los magistrados deseaban que el ayuntamiento fuese el primero en declararse, y éste á su vez queria que aquellos se manifestasen abiertamente. Entretanto, para contemporizar con el general, publicaron algunos bandos, recomendando la tranquilidad pública, y cada uno era una nueva chispa que encendia mas la cólera del paisanage.

Durante estas alternativas recibieron la orden para nombrar los diputados que debian reunirse en Bayona. Se congregró apresuradamente el ayuntamiento, y sus individuos acordaron consultar á sus asesores don Mariano Ligero y don Pedro Silves. Estos opinaron no debia obedecerse ni cooperar á una reunion ilegal y violenta. El conde de Sástago seguia practicando algunas gestiones para ponerse en comunicacion con el general Ezpeleta, que lo era de Barcelona, conde de Veire, y con el excelentísimo señor marques de Valde-Santoro, que estaba en Navarra; cuando la llegada de Palafox hizo repentinamente variar la escena. Á pocos dias reunió don Rafael Franco como decano, al ayuntamiento para comunicarle tenia aviso de que venian seis mil franceses á Zaragoza, y el ayuntamiento resolvió pedir al general franquease las armas, pero no lo verificó por lo que se va á referir.

Don José Palafox y Melci, hijo menor del marques de Lazan, exento brigadier, llegó disfrazado á la torre llamada de Alfranca, distante unas dos horas de la capital con algunos compañeros entre ellos el guardia don Fernando Gomez Butron, huyendo de Bayona. No le fue dificil entablar conferencias con los labradores del arrabal á quienes halló dispuestos, y particularmente á Jorge Ibort, el cual en breve hizo un partido considerable, con lo que Palafox se arriesgó á entrar en Zaragoza y presentarse á

Guillelmi, procurando persuadirle que debia armar al pueblo; pero éste le dió á entender, que noticioso Murat de su fuga, tenia dada orden para prenderle, y que asi evitára un comprometimiento.

El correo del 24 de mayo corrió el velo á la expectacion general. Al ver uniformemente contestada la noticia de haber salido los Príncipes, último resto de la familia real, de Madrid para Bayona, y la nueva renuncia que hacia Fernando VII de la corona á favor de su padre: la voluntad general no vaciló un punto en declararse, y las gentes que estaban de observacion vieron el momento favorable para un rompimiento. Nadie se detuvo en combinaciones ni resultados posteriores: el ultrage se presentó á los ojos de cada uno el mas horrible é inaudito: todos clamaron venganza y destruccion. En esta época se hallaba de gobernador y capitan general don Jorge Juan de Guillelmi, y de segundo don Carlos Mori. En Zaragoza no habia tropa, y las compañías de fusileros al mando de su coronel don Antonio Torres y comandante don Gerónimo Torres eran los que desempeñaban la guardia de la casa del general en corto número.

Esparcida la nueva por la gaceta y cartas, Carlos Gonzalez, practicante de cirujía, fue uno de los primeros que fijaron su escarapela roja en el sombrero, cuya operacion imitaron muchos que iban prevenidos. En seguida Juan José Nuñez comenzó á activar la conmocion, y el primer paso fue dirigirse á la morada del general. La guardia cedió al impulso, y parte suben hasta el aposento de Guillelmi, parte quedan en el Coso, todos gritan á las armas, y en esta efervescencia únicamente tiraron piedras á las vidrieras, y prorrumpieron en algunos dicterios. Gonzalez fue uno de los que pidió á Guillelmi á nombre del pueblo franquease las armas, pero el general echó mano de las expresiones mas alhagüeñas para tran-

quilizarlos. Los Torres que acudieron al alboroto procuraron calmarlo con el ascendiente que tenian sobre el pueblo, juzgándolo un mero acaloramiento; pero su insistencia les hizo desistir para sacar partido y salvar á Guillelmi, cuya existencia vieron comprometida. Convienen, pues, en que los sigan al castillo de la Aljaferia, edificio hermoso, situado al poniente fuera de la ciudad, y frente á la puerta llamada del Portillo, que tenia un buen foso, cuya latitud por la parte del camino era de cuarenta varas y su altura de once, y por la del rio Ebro treinta y dos y seis y media: sobre el lado mas inmediato se levantaba como un muro guarnecido de aspilleras y en los ángulos sus rebellines, en lo interior ofrecia hermosas habitaciones y excelentes sitios para almacenes. En ellos se custodiaban una porcion de armas y un tren muy regular de artillería. Guillelmi y los Torres partieron en medio de un grupo de gentes que no cesaban de gritar á las armas, y ostigados de la muchedumbre llegaron inmunes al castillo. Introducida en él una porcion considerable de paisanos quedó en lo exterior un inmenso pueblo. Cuatro ó seis alcaldes de barrio habian concurrido, y viendo que la muchedumbre se incomodaba de aquellas dilaciones, ofrecieron presentarse á Guillelmi. Con efecto, subieron á estrecharle, les contestó con suavidad que habia escrito á Murat estaba todo pacífico para que no viniesen tropas, y cuanto creyó oportuno para calmar aquel acaloramiento. Guillelmi se excusaba con que no sabiendo el manejo era inútil armarse, y que él las entregaria á militares pero no á gente inexperta. En esto los alcaldes apremian á los Torres, y viendo que no habia medio, Guillelmi les dijo que á peticion de los representantes del pueblo les entregaba bajo la debida responsabilidad las llaves del castillo. Hecho esto solicitó retirarse á su casa, pero le contestaron estaria alli mas seguro y tranquilo. La prime-

ra gestion fue encargar á don Mariano Cerezo con los jóvenes que tenia á su disposicion, la custodia del castillo y redoblar las centinelas de paisanos. Á esta sazon ya estában abiertas las puertas de la armería: habia en ella veinte y cinco mil fusiles casi todos servibles, y despues de tomar los que quisieron, llevaron varios carros cargados á las casas de los alcaldes y mayordomos de los gremios para que los distribuyesen. Existian ademas ochenta piezas de artillería, la mayor parte del calibre de á cuatro, dos de á doce, y ocho obuses con el cureñage correspondiente, aunque de mala calidad, balerío abundante de los mismos calibres, y algunas pocas granadas: el paisanage montó á brazo siete piezas de artillería, y todo presentaba un cuadro muy interesante. Cada momento iba desarrollándose mas y mas el entusiasmo patriótico.

Viendo Guillelmi no le permitian salir del castillo, convocó al ayuntamiento, magistrados y demas autoridades. Concurrieron algunos, pero el resultado fue dejar al pueblo que siguiese sus impulsos. Estaban los paisanos haciendo sus guardias, y los capataces dando disposiciones, cuando llegó un parte verbal de uno de los artilleros que habia reunido en el edificio de convalecientes por el frente del cuartel su comandante don Rafael Irazabal, sobrino de Guillelmi, diciendo que si no los sacaban de alli los iban á trasladar á Jaca. Dos alcaldes de barrio parten al sitio, y viendo no querian abrirles derriban la puerta, y el paisanage trasladó á los artilleros á una de las estancias del castillo. A media noche despide Guillelmi nuevos avisos para congregar el Ayuntamiento y Acuerdo. La noche era lóbrega, y el menor rumor ponia en alarma á los paisanos. Algunos regidores se disponian á ir cuando supieron que los magistrados estaban reunidos, y creyeron mas oportuno ponerse de acuerdo con ellos. A pesar de que en la tarde del 24 se repartieron cinco mil

fusiles, en aquella noche no ocurrió otra novedad que la de dirigirse algunos á casa de un vinatero francés llamado Santa María, á quien por la mañana se oyó decir públicamente que en breve veria correr por las calles la sangre de los españoles, y que se lavaria con ella las manos. Irritados de esta insolencia los labradores de la parroquia de san Pablo, trataron de hacerle pagar cara su osadía; pero tan pronto como se notó el alboroto, el juez del cuartel don Diego María Vadillos se presentó en la casa, puso centinelas, salvó á los habitantes, y restableció el órden. Subsistian los magistrados y regidores en el tribunal la mañana del 25 cuando recibieron la renuncia de Guillelmi, y un plan de operaciones que le habian dirigido con amenáza de que el que se opusiese tenia expuesta su cabeza, añadiendo que por sus observaciones no dudaba habia alguna mano oculta. El plan se reducia á que no debian nombrarse diputados para Bayona: que se ocupasen los fondos públicos: se interceptasen los correos: se armase al pueblo: se expidiesen comisionados á todas partes, y se crease una junta para la ejecucion de estos pormenores.

Amaneció el 25, y ya no se pensó sino en continuar con mayor teson la obra principiada. Los artilleros trasladados al castillo, y á quienes el vecindario llevó víveres abundantes, comenzaron á dirigir los esfuerzos de los zaragozanos, y lograron montar todas las piezas de artillería, que colocaron á lo ancho del camino. Jorge Ibort partió con su gente á conducir á Palafox y Butron de la torre de Alfranca. Las autoridades, habiendo dado aviso á la corte de lo ocurrido, por no quedar sin duda en descubierto, estaban paralizadas é ignorantes del rumbo que la conmocion tomaria. En aquella tarde entraron Palafox y Butron en un coche escoltado de labradores armados con sus trabucos y escopetas. Jorge Ibort arregló la guardia de paisanos en la casa de los marqueses de Lazan. Entrada la

noche procuró Palafox avistarse con Mori que hacia de segundo comandante, y tuvo con éste, Cabarrús y algunos otros varias conferencias. Los gefes de los labradores no tuvieron nada que oponer cuando oyeron el nombre de Palafox. Deseaban un gefe, y éste lleno de ardor juvenil, era el único que podia ponerse al frente de tamaña empresa.

El jueves 26 se reunió el Acuerdo en las casas de la real Audiencia, plaza de la Seo, al que concurrió Mori. Esto llamó la atencion del pueblo, y reunido en gran número comenzó á insubordinarse; pero los doctores don Pablo Pascual, don Joaquin Perez Arrieta, y don José Urcullu que lo observaron subieron, y habiendo obtenido permiso, manifestaron á los señores ministros que la inquietud de los labradores podia ocasionar algun extravío si no se decidian en favor de Palafox. Al momento llegó éste, y don Carlos Mori por su parte cedió una autoridad que no podia sostener. El real Acuerdo convino en apoyar el nombramiento que el pueblo hacia de capitan general en don José Palafox y Melci, á quien acompañó despues entre las mayores aclamaciones. La casa llamada del marques de Lazan es una de las distinguidas, y los padres de Palafox habian merecido por sus prendas y virtudes un concepto ventajosísimo. El ser Palafox hijo de Zaragoza, haber presenciado los primeros pasos de su juventud, su afabilidad y agrado, todo contribuyó á hacer una grande impresion en la muchedumbre, la cual juzgó haber encontrado un numen tutelar que iba á sacarla de sus apuros. El distintivo que tomaron los labradores fue una escarapela encarnada, pero luego la llevaron todos, para lo que bastaron las primeras insinuaciones. El dia 26 fue la festividad de la Ascension, y las gentes tomaron la direccion ácia el castillo. Los paisanos armados custodiaban con entereza y aire marcial los cañones colocados fren-

te al camino de la Muela. El candor del pueblo, su festividad y algazara, suscitaba un enternecimiento agradable al ver aquel esfuerzo de la libertad contra la tiranía: pero mi imaginacion se afectó considerando que aquel sitio seria en breve el teatro de la guerra. Creí escuchar el estrépito seco del cañon, los ayes de los moribundos, y ver aquella arena empapada en la sangre de mis hermanos. Mi corazon comprimido no pudo menos de prorrumpir interiormente: ¡cuantos males ocasiona la ambicion, y cuantas víctimas sacrifica!

A esta sazon ya habian levantado el grito nacional todas las provincias: fenómeno que perpetuará el lustre de la nacion española, pues cada una de por sí siguió el impulso de su lealtad y patriotismo. Terminadas las felicitaciones, conociendo Palafox era preciso que alguno se encargase de organizar la juventud: invitó al coronel retirado don Eugenio Navarro que residia en Borja, pero se excusó con sus años y achaques. Tambien tuvo la tarde del 27 una junta compuesta de todas las autoridades y clases en la casa de su habitacion.

Como estos primeros pasos son tan interesantes, me detendré en especificar lo que ocurrió en dicha sesion. Por el ayuntamiento concurrieron los señores regidores Franco y Sardaña: por el tribunal los señores regente, Piñuela, y Quintana: por el cabildo los señores dean, arcipreste Pueyo, y canónigo Arias: por el estado noble los señores Nueros, baron de Castiel, comendador Zamora, y conde de Sobradiel: por el brazo eclesiástico los curas de la Seo y san Felipe; y de los militares el general Cornel, el brigadier don Ramon Acuña, el coronel don Bernardo Acuña, y el teniente coronel Marin. Palafox manifestó le habian compelido á encargarse de una empresa tan árdua, y que contaba con el auxilio de tan celosos patricios. Los concurrentes desde luego se penetraron que la materia era mas mi-

2:

itar que política, y dirigiéndose por consiguiente al general don Antonio Cornel, éste expuso que si se trataba de hacer frente en campo abierto era todo perdido, pero que si se pensaba en defender la ciudad debian hacerse las debidas fortificaciones. Otros dijeron que como ciudadanos estaban prontos á sacrificarse, pero que opinaban se debia consultar á la provincia, y que podian llamarse representantes de las ciudades de voto en cortes, cuya especie fue aprobada por todos los vocales. Despues de otras discusiones nombraron una junta militar, y por su presidente al señor Cornel, y otra para el arreglo y formacion de los tercios, compuesta del teniente de rey Bustamante, del baron de Castiel don Tomas María Bernard, de don Joaquin Perez Nueros marques de Fuente Olivar, del capitan don Joaquin Pueyo, y del coronel don Benito Piedrafita. Como ya no se podia ocultar el movimiento, opinaron los mas políticos debia anunciarse con cierta delicadeza, y con efecto el suplemento al diario de 28 de mayo decia: que temerosos de perder su religion y su gobierno los vecinos de Zaragoza se habian armado para mantener la pública tranquilidad y evitar cualquier exceso, atendiendo con el mayor celo á la proteccion de los desvalidos, y de las familias francesas domiciliadas en estos reinos; y que anhelando todos tener un gefe, centenares de vecinos los mas honrados de la ciudad y del arrabal habian ido con las armas en la mano á buscar á Palafox que estaba en unas casas de campo disponiéndose para partir de Aragon: que persistiendo el pueblo en que se le nombrase capitan general, desconfiado de sí mismo no habia querido aceptar este cargo; pero que creciendo la vehemencia, y viéndose en el extremo de admitir el mando ó perder la vida, se habia refugiado al real Acuerdo pidiéndole amparo en tal conflicto; por último que estrechando mas y mas el empeño, Mori habia cedido el man-

do, y el Acuerdo y Ayuntamiento se habian visto obligados á prestarse á la voluntad pública, y que desde entonces quedaba la ciudad enteramente tranquila. Bajo estos principios el conde Cabarrús arregló la siguiente proclama.

«ARAGONESES: El voto general de los zaragozanos ha puesto en mi mano la firme esperanza que anima vuestro noble corazon. A una voz todos me ciñeron la espada que nunca desnudásteis en vano. Debo yo corresponder á su confianza. Pueblos felices, á quienes vuestro entusiasmo solo os hace recomendables aun á vuestros mismos enemigos: vosotros me designais el sendero de vuestra gloria, yo os conduciré á ella. Si con esto lleno enteramente vuestros deseos; si logro vuestro sosiego; si así os tranquilizo, respirad seguros: continuad en proceder honrados; respetad las propiedades de todos los ciudadanos; no os dejeis llevar alucinados de las primeras impresiones, que jamas fueron hijas del acierto; y observad hasta el fin la honrosa carrera que habeis comenzado. Si Aragon en las actuales circunstancias no consiente otros fueros que los suyos, Aragon sabrá sostenerlos; y esta gloria, que nunca es nueva para sus nobles hijos, se cimenta solo en la lealtad, patriotismo y obediencia á las leyes. Por tanto, reconocido como gefe militar y político por las autoridades superiores de este reino, y con dictamen de la junta que he creado, mando que se observe lo siguiente:

1.º Que los vecinos de esta ciudad á quienes he encontrado con las armas en la mano, se dividan en compañías de á cien hombres, sujetos con el mayor rigor, y bajo la mas estrecha disciplina, á las personas que les nombráre por sus gefes.

2.º Que para verificar dicha division se presenten en el cuartel de Convalecientes el dia 29 de los corrientes y sucesivos, desde las siete hasta las once de la mañana, y desde las tres á las seis de la tarde.

3.° Que respecto de que por las repetidas noticias que llegan de los pueblos del reino se sabe estan igualmente agitados, los Corregidores de los partidos formen tambien compañías de á cien hombres, dándome cuenta del número de ellas sin pérdida de tiempo.

4.° Que á este fin, los que quisieren ser incluidos en las mismas, acudan á las cabezas de sus partidos, en las que se presentarán sin excusa inmediatamente cuantos hubiesen servido en las reales banderas, para arreglar dichas compañías, sujetos todos al oficial de mayor graduacion, y no habiéndole, á las órdenes de sus Corregidores.

5.° Que á los que se reunan en las compañías se les socorra por ahora, y hasta nueva providencia con cuatro reales vellon diarios; tomando los Corregidores y Ayuntamientos los caudales necesarios de sus fondos públicos.

6.° Que los Corregidores y Ayuntamientos deputen personas de su satisfaccion que anoten claramente las ofertas con que me han brindado varios cuerpos y sugetos particulares de los pueblos; admitiendo las que hicieren los franceses domiciliados en este reino, para acreditar la generosidad con que quieren recomendarse.

7.° Que el principal objeto de estas compañías sea el mantener la felicidad y orden público; y prohibo cualquiera accion ó expresion contraria á éste, bajo el seguro concepto de que si hubiere alguna contravencion, que estoy muy lejos de esperar, la castigaré militarmente.

8.° Que obren siempre con sujecion á sus respectivos gefes, y amparen á cualquiera nacional ó extranjero que se viere, ó temiere ver injustamente atropellado.

9.° Finalmente mando, que siguiendo los magistrados y oficiales públicos en ejercer sus judiciales y respectivas funciones: se considere el reino por ahora en estado, y bajo el gobierno puramente militar. Zarago-

za 27 de mayo de 1808. = José Revovello de Palafox y Melci."

Al dia siguiente se publicó otra para activar la formacion de tercios, que decia:

« Aragoneses. Llegó la época feliz de que con vuestras gloriosas hazañas acreditéis, que el espíritu guerrero que heredasteis de vuestros gloriosos progenitores, conozca la Europa entera habeis sabido conservarle. La Religion, el Rey y la Pátria gemirian con opresion, si la magnanimidad de vuestros pechos no fuese un muro incontrastable á todo el que atentase contra ella: vuestro General, á quien el celo patriótico que os anima sacó del retiro en que se hallaba restableciendo su salud quebrantada, os conducirá por el sendero del honor y de la gloria: nada importa su vida si con ella redime la gloria de la pátria. Sí, valerosos patriotas: arrostremos los peligros, que jamás conocieron los valientes aragoneses cuando aquella peligra: no haya partidos, acudamos indistintamente á las armas, formemos todos un cuerpo; y como hermanos y verdaderos hijos, desde la edad de diez y seis á cuarenta años, sin excepcion de clases, espero se presentarán conmigo en el campo del honor; y con este objeto acudamos al sitio que os he señalado, para que con el conocimiento exacto del número con que puede contarse, se formen los tercios, que por mis oficiales se instruyan en las evoluciones precisas á la urgencia de este grave caso, ó á mi presencia cuando fuere compatible con otras obligaciones, ó la de la persona ó personas que yo designáre: teniendo presente que del alistamiento que se pone á continuacion deberá entenderse por el tiempo que dure la presente necesidad."

El capitan retirado del regimiento de infantería de Zaragoza don José Obispo ofreció de sus haberes dos pesos á cada soldado cumplido de su regimiento que se le presen-

tase. El 30 de mayo se expidió orden para que todas las justicias formasen matrículas con especificacion: que no se permitiese internar, ni salir á nadie en Aragon sin pasaporte: que se ocupase el dinero que se extrajese sin guia; prescribiendo reglas sobre el modo y forma que debería ejecutarse: que se denunciasen los fondos y bienes pertenecientes á franceses, multando al que los ocultase en el duplo; y que se pusiesen asímismo de manifiesto los bienes y efectos de las personas expatriadas. Se dispuso y mandó que nadie diese por el correo aviso de la artillería, pertrechos, armas y gente que se preparaba para la defensa de Zaragoza: que al entregar las cartas se presentase nota de los sugetos á quienes se dirijian; y que en caso de sospecha, ó cuando lo dispusiese Palafox, se abriesen, con otras medidas: previniendo que toda culpa en este particular se consideraría como una traicion, y castigaría con el mayor rigor. El entusiasmo iba creciendo progresivamente de cada dia, y todo estaba en una agitacion continua. La efervescencia que reinaba en los ánimos, no dejó ya lugar á la cordura. Cabarrús que observó el incremento, y que un alcalde de barrio habia detenido á uno de sus sirvientes, pidió le preparasen un barco, y partió lleno de temores. Las personas que empezaron á prestar sus luces y consejos al jóven General, creyeron debia hablarse con soltura, toda vez que se tenian noticias del levantamiento de las demás provincias; y orillando las anteriores reservas salió á luz este manifiesto.

«La Providencia ha conservado en Aragon una cantidad inmensa de fusiles, municiones y artillería de todos calibres, que no han sido vendidos ni entregados con perfidia á los enemigos de nuestro reposo. Vuestro patriotismo, vuestra lealtad y vuestro amor á las sanas costumbres que habeis heredado de nuestros mayores, os decidieron á sacudir la vergonzosa esclavitud que os preparaba la sedi-

cion y lás falsas promesas del gobierno frances, que reglando su conducta por un maquiabelismo horroroso, solo aspira á engañaros, como á toda la España, para llenar de oprobio y de vergüenza la nacion mas generosa del orbe. Os habeis fiado de mí; y esta honra, que sin yo merecerla, habeis querido dispensarme, me obliga á descorrer el velo de la iniquidad mas execrable. Mi vida, que solo puede serme apreciable en cuanto sea capaz de contribuir á vuestra felicidad y á la de mi amada pátria, es el menor sacrificio con que pudiera pagaros las pruebas de amor y de confianza que os merezco: no lo dudeis, aragoneses; mi corazon no es capaz de abrigar delitos, ni de confabularse con los que los conciben ó protejen. Algunos depositarios de la confianza de la nacion Española; los que tienen en sus manos la autoridad suprema, son los primeros á proporcionar vuestra ruina por cuantos medios sugiere la malicia; y á aliarse descaradamente con nuestros enemigos. La sed del oro, y la engañosa idea que acaso han concebido de conservar unos destinos manchados con sus iniquidades, les hace mirar con una fria indiferencia el exterminio de su pátria: aunque tengo fundados motivos para creerlo así, omitiré el manifestarlos para excusaros nuevas penas. Tal vez en esta época, sabiendo vuestra resolucion, la de los esforzados valencianos vuestros vecinos, y la de todas las provincias de España, que piensan del mismo modo, algunos de sus gefes se habrán decidido por lo justo, y tratado de sacudir el yugo que, valiéndose de su misma iniquidad, se pretendía imponernos. Si yo me engaño en creerlo así, que tiemblen los malvados solo de pensar que el tiempo puede desenvolver estas verdades. No temais aragoneses: defendemos la causa mas justa que jamás pudo presentarse, y somos invencibles. Las tropas enemigas que hay en España, nada son para nuestros esfuerzos; ¡é infelices de ellas si se atreven á repetir en

cualquier pueblo español lo que hicieron el dos de mayo en Madrid, sacrificando sin piedad, y llamando sediciosos y asesinos á aquellos mismos de quienes tan solo recibian honras y beneficios que no merecen! Bayona es buen testigo, y sabe originalmente las violencias que despues de una série de perfidias y engaños se han cometido allí: violencias que aparecen de las groseras contradicciones que resultan de las fechas de acusar Carlos IV de conspirador á un ministro, y de confirmar despues su nombramiento con el de los demás de la Junta de Gobierno, y de hablar al Rey su hijo de la primera muger, no habiendo sido casado dos veces: en consecuencia, debo declarar, y declaro lo siguiente:

1.° Que el Emperador, todos los individuos de su familia, y finalmente, todo general y oficial francés, son personalmente responsables de la seguridad del Rey y de sus Hermanos y Tio.

2.° Que en caso de un atentado contra vidas tan preciosas, para que la España no carezca de su Monarca, usará la nacion de su derecho electivo á favor del archiduque Carlos, como nieto de Carlos III, siempre que el príncipe de Sicilia, y el infante don Pedro y demás herederos no puedan concurrir.

3.° Que si el ejército francés hiciese el menor robo, saqueo ó muerte, ya sea en Madrid, ú en otro pueblo de los que ha invadido, se considerará como un delito de alta traicion, y no se dará cuartel á ninguno.

4.° Que se repute y tenga por ilegal y nulo, como obra de la violencia, todo lo actuado hasta ahora en Bayona y en Madrid por la fuerza que domina en ambas partes.

5.° Que se tenga igualmente por nulo todo cuanto se hiciere sucesivamente en Bayona; y por rebeldes á la patria cuantos, no habiendo pasado la raya, lo hiciesen despues de esta publicacion.

6.° Que se admita en Aragon, y trate con la generosidad propia del caracter español, á todos los desertores del ejército francés que se presenten; conduciéndolos desarmados á esta capital, donde se les dará partido entre nuestras tropas.

7.° Que se convide á las demas provincias y reinos de España no invadidos á concurrir á Teruel, ú otro parage adecuado, con sus diputados, para nombrar un Lugarteniente general, á quien obedezcan todos los gefes particulares de los reinos.

8.° Que el manifiesto antecedente se imprima y publique en todo el reino de Aragon para su inteligencia; circulándose ademas á las capitales y cabezas de partido de todas las provincias y reinos de España. Dado en el cuartel general de Zaragoza á 31 de mayo de 1808. = El gobernador y capitan general del reino de Aragon, Palafox."

CAPITULO II.

Formacion de tercios. — Medidas para defender el castillo de Jaca. — Levantamiento de cuerpos en los partidos de Huesca y Calatayud. — Entregan los habitantes sus armas y caballos.— Don Francisco Palafox se reune con el capitan general su hermano.

El Estado mayor de la plaza, segun la revista del 5 de mayo, se componia del coronel gobernador del castillo y teniente de rey don Vicente Bustamante, del sargento mayor el teniente coronel don José María Crespo, del ayudante mayor don Pio Ambros, del segundo don Francisco Lon, y del del castillo don Joaquin Montalvá; resultando en la clase de oficiales agregados seis coroneles, doce graduados de coronel, siete tenientes coroneles, treinta y tres capitanes, uno de estos graduado de teniente coronel, cuarenta y tres tenientes, tres graduados de capitan, y once subtenientes; advirtiendo que de todos no residian ocho ó doce en Zaragoza, y éstos ancianos y achacosos: pero como el levantamiento de las provincias fué tan uniforme, á pesar de que los enemigos ocupaban las plazas fronterizas, y habian publicado las mas rigorosas penas á los militares que se fugasen, éstos, atropellando por todo, comenzaron á diseminarse, buscando un punto céntrico de reunion; y con este motivo venian diariamente oficiales de todas graduaciones y algunos soldados. En 26 de mayo, la fuerza de la compañía de fusileros constaba de cinco oficiales, once sargentos, veinte y un cabos, ciento

sesenta y ocho soldados; y la de las partidas de reclutas de cinco capitanes, veinte y tres subalternos, cuarenta y un sargentos, tres tambores, setenta cabos, trescientos ochenta y tres soldados, y ciento cincuenta y siete reclutas; pero éstos esparcidos en otros pueblos y puntos de la provincia. Por las listas del mayor Crespo del 28 de mayo, se hallaban de diferentes cuerpos con destino en la capital cinco capitanes, nueve tenientes, y cinco subtenientes; y de oficiales del cuerpo de artillería teníamos solamente al teniente don Francisco Camporedondo, y al subteniente don Pedro Dango, pues el otro don Felix Iñigo, se hallaba en Jaca; y del cuerpo de ingenieros, el coronel don Narciso Codina, el capitan don Luis Veal, el teniente don José Albendani, y un subteniente cuyo nombre no se especificaba. Con estos débiles principios comenzó la formacion de tercios, siendo extraordinario el ardor de la juventud que se presentaba á alistarse en las banderas de la lealtad. Se dió orden el 29 al sargento mayor Crespo para que diese á reconocer por capitan general á Palafox; y por no haber dinero en tesorería, se mandó entregar cien mil reales vellon pertenecientes á la religion de San Juan, á don Manuel Ena, para que dispusiese el armamento indispensable; y asímismo se comisionó por la Junta al capitan don Felipe Escanero para que hiciese una porcion de vestuario. Los sugetos mencionados procedieron á la formacion de tercios, compuesto cada uno de diez compañías de á cien hombres, y en defecto de oficiales militares se condecoró á los sugetos distinguidos por su carrera ó por su familia. Se nombró comandante del primero á don Manuel Viana; del segundo á don Pedro Hernandez; del tercero á don Fernando Pascual; del cuarto á don Sancho Salazar, y á don Vicente Jimenez del quinto; pues aunque se completaron hasta siete, por el pronto no se pudieron organizar sino los cuatro primeros y parte del quin-

to. Habiendo conseguido el capitan don José Obispo levantar á sus expensas dos compañías, para recompensar sus esfuerzos y estimular á otros se le nombró sub-inspector, y encargó á una con el coronel graduado don Raimundo Andres el arreglo de los tercios. Habiendo llegado don Lorenzo Calvo, con quien Palafox tenia relaciones, le nombró intendente interino, y á los señores Nueros y Purroy super-intendentes de hospitales: mandó que todos los administradores, tesoreros y recaudadores de las rentas públicas de Aragon remitiesen los caudales, cerrasen sus cuentas, y formasen otras nuevas desde primero de junio: creó una Junta para percibir los cuantiosos donativos que con la mas plausible generosidad ofrecieron desde un principio, y con los que se iba atendiendo á las primeras urgencias. En esta parte ya veremos hasta qué punto llegó el entusiasmo de los aragoneses. La contribucion extraordinaria del vino impuesta últimamente habia exasperado los ánimos. Palafox la abolió, y esta resolucion fue muy bien recibida. El regidor don Valentin Solanot salió con la comision de ir á Mallorca para conferenciar con los ingleses, y activar el envío de tropas. El capitan de ingenieros don Luis Veyan, y el subteniente don Manuel Tena partieron con algunos delineadores del canal á reconocer el terreno y desfiladeros que median entre Tarazona y Soria, con orden de formar croquis de aquellos puntos en que fuese mas urgente hacer preparativos de defensa. Se expidieron las proclamas, órdenes y circular para la reunion de los diputados de voto en córtes, y otra á las justicias para que presentasen la gente alistada sin detencion, á la que contestaron mas de cien pueblos. El capitan de artillería don Ignacio Lopez partió luego á Jaca para asegurar aquel importante punto. El pueblo creyó que era algun enviado de los adictos á Godoy, y se conmovió en términos que fue preciso todo el ascendiente de las perso-

nas de autoridad para que calmasen sus inquietudes. El gobernador militar y coronel don Patricio Kindelan, á vista de semejante desórden, y temiendo que Lopez fuese asesinado, se vió en un compromiso terrible. El ayuntamiento tomó las providencias mas acertadas para asegurar la tranquilidad pública, y se procedió á convocar los oficiales, sargentos y cabos retirados del partido, para que concurriesen á instruir en la táctica y maniobras militares á los paisanos que debian guarnecer la ciudad y castillo. El comandante de rentas don Vicente Martinez, y su teniente don Antonio Andres con los oficiales antiguos presentaron una lista de sus dependientes para que disciplinasen al paisanage, é hiciesen un servicio efectivo. Se comisionó al teniente don Francisco Camporedondo para la direccion del ramo de artillería, y al teniente coronel don José María Crespo para que á una con el anterior perfeccionasen el alistamiento. Se ofició á don Gerónimo Rocatallada para que procediese al alistamiento de la juventud, y procurase la conservacion del valle de Ansó, y de la villa de Hecho. Desde luego lo ejecutó, y se surtió de Jaca con seiscientos fusiles y municiones: pidió algunos militares para el arreglo y disciplina de los alistados, y tambien mil y trescientas cartucheras: hizo pasar personas de su satisfaccion á Francia para que adquiriesen noticias, y tomó de la aduana de Canfran veinte y cinco mil reales vellon para atender al entretenimiento de las compañías. Dados estos pasos, se susurró venian algunas avanzadas por el valle de Aspa, y que les seguian otras tropas con ánimo de atacar aquellos puntos y á Canfran, y luego en seguida tomar á Jaca. Comunicados los avisos, salió una compañía formada de los vecinos de dicha ciudad para cubrir el punto de Canfran, y se nombró á peticion de los habitantes de este pueblo para gefe al escribano don Fernando Marin. El coronel don José Tinoco dispuso ademas hacer

unos barrenos encima de la Espelunga, y que se cortasen los puentes del rio Aragon. Habiendo llegado por aquellos dias quinientos hombres de los alistados en el partido de Huesca por el coronel don Felipe Perena, salieron cuatrocientos á las órdenes del comandante don Manuel de Dios, con cuatro cañones de campaña y dos artilleros á los puntos de Sallen y altura de santa Elena, acompañados del comandante de rentas don Vicente Martinez y cincuenta hombres de su mando; pero los rumores se desvanecieron, bien que no faltaban partidas que tal vez si hubiesen notado menos actividad habrian intentado alguna sorpresa. El comandante de artillería don Francisco Camporedondo continuó con un celo extraordinario poniendo la plaza en el mejor estado de defensa. El marques de Villora, gobernador del castillo de la villa de Benasque, auxiliado de don José Ferraz y don Marcial Doz, nombrados por la Junta, tomó aquellas medidas mas oportunas. Faltos de fusiles, de artillería, cananas y otros pertrechos, hicieron presente su situacion, y no obstante de que no se les pudo socorrer tan pronto como apetecian, armaron ciento cincuenta paisanos con ochenta fusiles y algunas escopetas y cubrieron los puntos de la frontera, dejando igual número, aunque casi desarmado, para defender la villa y el castillo. Montaron á su modo los cañones, é hicieron que el cortante del pueblo de Cepella, inmediato á Graus, de nacion francés, establecido hacia catorce años, como diestro en el ramo de artillería, por haber servido antiguamente en Francia, adiestrase á algunos jóvenes: circunstancia bien particular, y que la refiero para que se vea los singulares esfuerzos que por todas partes tenia que hacer la heróica nacion española. En algunas ciudades, los corregidores ó gobernadores militares políticos, ora fuese no estaban bien conceptuados, ora quisiesen amortiguar aquel fuego, que mas bien era un voraz incendio; ello es

que el de Borja don Manuel Baquedano, y el de Huesca el coronel don Antonio Claveria, sufrieron una muerte desastrosa. El de Daroca don Gervasio Gasca pudo evadirse saltando por una ventana, y el de Alcañiz debió el no sufrir igual atropello á los cuidados de algunos ciudadanos que le cerraron en el castillo. Ademas de los tercios se dió órden á don Juan Pedrosa, para que de los mozos de diez pueblos circunvecinos formase una compañía de cien hombres con el nombre de los Pardos de Aragon, y tambien al baron de Warsage para que levantase tropas en el partido de Calatayud, y á don Felipe Perena en el de Huesca. El comandante don Gerónimo Torres, y el teniente don Antonio Madera salieron á poner en movimiento los pueblos de la tierra baja, cuya comision desempeñaron con tal actividad, que á pocos dias reunieron entre mozos y casados nueve mil hombres, y se presentaron con seis mil. Como el levantamiento fue general, de todas partes venian oficiales, soldados y gente alistada, de modo que los artesanos ocupados en hacer cananas, chuzos, y toda clase de armas; los jóvenes en su manejo, y los demas en contribuir unos con sus luces, otros con sus personas á llevar adelante el plan mas grande y heróico que se ha visto: todos participaban de un espíritu y energía la mas sublime. La provincia de Aragon compuesta de mas de mil pueblos respiraba unos mismos sentimientos, y sus habitantes todos cooperadores á que la capital fuese la admiracion de la Europa y de las generaciones venideras. ¡Qué contraste mas interesante á los ojos del filósofo y del político! España bajo la dominacion de Carlos IV, entregada por espacio de veinte años á una apatía y paralisis que no prometian sino aniquilamiento, transformada de improviso en una nacion guerrera, sin mas apoyo que su caracter y su rencor, desafiando un poder que acababa de arrollar las primeras potencias del mundo. ¡Qué leccion para los so-

beranos, qué ejemplo para los pueblos! La posteridad no podrá concebir una idea bastante clara del entusiasmo nacional, pues es preciso haber sido espectador de infinitas escenas, que ni es posible recordarlas ni describirlas. Al ver la armonía y quietud que reinaba en toda la provincia, la docilidad con que obedecian las órdenes, que todos volaban á tomar las armas, que no se veía en torno de Zaragoza sino grupos de jóvenes ansiosos de presentarse en el campo del honor, y que el desprendimiento de los intereses era general, Palafox empezó á desplegar su autoridad, satisfecho de que podia contar con una absoluta deferencia. Siguiendo pues su plan de disposiciones promulgó el edicto siguiente.

«Aragoneses: no hay un solo dia en que mi corazon no se llene de admiracion y de ternura, al ver las demostraciones de amor que manifestais á nuestro Rey y á la Patria. Todas las clases de esta ilustre capital acuden presurosas, ya con ofertas de donativos pecuniarios, ya con servicios de la mayor importancia. El deber me impone la obligacion de manifestaros mi justa gratitud á nombre de S. M., de toda la nacion, y de todos los hombres virtuosos que existen sobre la tierra, y que tomarán cuando lo sepan el mas vivo interés en nuestros triunfos, que son los de la razon y de la justicia. Ya observais la rapidez dichosa con que se organiza nuestro ejército, y el aumento que diariamente recibe con la entrada de las tropas de línea, que huyendo de la cadena que se les preparaba por *nuestros aliados*, en vez del ramo de oliva vienen á unirse á nosotros dispuestos, si fuere menester, á morir venciendo. Mediante que, ademas de los fusiles que existen en el castillo, y de los que ya estan distribuidos, hay en el reino otras muchas armas que pueden ser utilísimas por su naturaleza; las personas que las tuvieren podrán presentar en el ayuntamiento una razon de ellas

con explicacion de sus clases, para usar de las que puedan convenir, mientras duren las actuales circunstancias, y con calidad de volvérseles luego. Igual razon se dará en todos los demas pueblos. La sala de alcaldes del crímen de esta ciudad, y los corregidores, alcaldes mayores, y demas personas de justicia de todo el reino de Aragon, me darán cuenta, despues de publicado este edicto, y en el término mas breve posible, de todos los desertores que se hallan presos, y de los paisanos que lo estuvieren, ó destinados á los trabajos públicos por causas leves para darles libertad, y que contribuyan á la defensa de la Patria, como creo lo harán con gusto y lealtad. Cuartel general de Zaragoza á 1.° de junio de 1808. = José Palafox y Melci."

El pueblo recibia con placer estas producciones, y alimentaba su entusiasmo con especies que alhagaban su ardor y patriotismo, y asi no se perdia ocasion de excitar estas ideas para fomentar un odio que no podia entibiarse teniendo un origen tan sublime. A fin de preparar los ánimos sobre ciertas medidas, el 7 publicó un bando en estos términos.

«Mi amor al Rey, y el deseo de salvar mi amada Patria de las cadenas que le preparaban la perfidia y el engaño, me hicieron corresponder á la confianza que os merecí nombrándome vuestro gefe: vuestro valor y vuestro patriotismo me aseguran la victoria, no menos que los votos de las demas provincias vecinas, que se han unido con nosotros, y han jurado como toda la nacion preferir la muerte á una vergonzosa esclavitud. No hay un solo español cuyo corazon no esté despedazado al pensar que la dignidad de su Patria, su santa Religion, sus costumbres y sus propiedades, serian la presa de un ejército de mercenarios, que han aprendido solo el robo y la perfidia; pero que no estan animados de aquel valor y grandeza de alma que acompaña á las acciones nobles. No lo ignorais

aragoneses: es preciso defender con una admirable energía la Patria ó toda la juventud, despues de experimentar desprecios y violencias de un enemigo, tendria que ir encadenada al Norte á pelear en defensa del opresor de la Europa. Todo lo he previsto para inutilizar los proyectos del ejército francés, que no son otros que el intentar sorprendernos con el corto número de tropas que tiene, y que no puede aumentar. He enviado fusiles y municiones á las provincias vecinas que pueden ser atacadas, y que las han reclamado uniéndose á Aragon, y es preciso ya correr presurosos á las armas y salvar la Patria." En su virtud mandó que todos depositasen las armas útiles al ejército en las casas de ayuntamiento, y que en la provincia se ejecutase lo mismo en el término de quince dias: que en los ocho inmediatos presentasen los caballos á propósito para el servicio militar, y que las justicias remitiesen los de los pueblos sin demora, exceptuando los destinados á las postas y ofreciendo satisfacer su justo valor: que se formasen razones de los carros y acémilas: de las existencias de granos: que los fabricantes y mercaderes de Zaragoza y la provincia diesen nota firmada de todos los lienzos, paños azules, blancos y pardos que tuviesen prontos para vestuario, expresando sus calidades, y uniformando los precios; que con arreglo á lo dispuesto en 30 de mayo denunciasen los bienes pertenecientes á franceses; que los depositarios de fondos públicos ó particulares, cualquiera que fuese su objeto y motivo, los manifestasen al intendente, encargando á los prelados y autoridades excitáran á que realizasen tales manifestaciones; en el concepto de que se miraria como una cosa sagrada todo depósito destinado á objetos de comun utilidad, y que en el caso de invertirlos se reintegrarian puntualmente. Debe notarse que despues de los siete artículos comprensivos de los indicados pormenores, por el octavo se suspendia

la venta de los bienes eclesiásticos, y últimamente que se denunciasen los delitos de traicion en que hubiese sospechas fundadas para imponerles el debido castigo, y que lo mismo se ejecutaria con los ladrones y perturbadores de la tranquilidad pública. El marques de Lazan, luego que supo por su hermano lo que ocurria, logró evadirse el dia primero de junio de Madrid, pretextando que aquel se habia visto precisado á tomar el mando, y que su objeto era apaciguar el pueblo. Con esto Murat le dió permiso para venir á disuadir á Palafox, y tuvo la satisfaccion de tomar parte en el heróico entusiasmo que inflamaba á los aragoneses. El otro hermano don Francisco, despues que salió de Bayona, estuvo muy expuesto á que en Pamplona le cerrásen en la ciudadela; pero logró con sigilo, favorecido de un amigo, salirse, y habiendo llegado con mucho trabajo á Farasdues, entró felizmente en Zaragoza.

Guillelmi, destituido de todo, dirigió á Palafox una exposicion, suplicándole pasasen facultativos á visitar su sobrino, y mirase por su honor y conservacion, pues se hallaban inocentes; diciéndole en una posdata que comia de prestado, y no tenia recursos para subsistir. En este intermedio se esparció la voz de que intentaba fugarse, por lo que don Mariano Cerezo tomó sus medidas, y los alcaldes eligieron un número de paisanos de la mayor confianza, y formaron veinte y cinco cuadrillas. Llegada la noche, arreglado el plan, y dado el santo con la mayor exactitud, cogieron todas las avenidas, y las guardias de lo interior redoblaron su vigilancia. Las once serian cuando avisaron de que en la torre, que era propia de su secretario don Francisco Vaca, habia unos caballos ensillados, los ocuparon, y esto aumentó sus sospechas.

La fama no podia tener ocultos los rápidos progresos de nuestro admirable levantamiento. La multitud de enviados de una parte y otra, las gestiones que con la mas

encantadora uniformidad ejecutaban los pueblos grandes y pequeños, habia llamado la atencion de Murat, que situado en Madrid, asestaba sus miradas ácia todos los ángulos de la Península. No tardó en disponer fuesen tropas que desvaneciesen los alborotos, persuadiéndose de que calmaria aquella efervescencia, y que con seis ú ocho mil hombres subyugaria la provincia de Aragon. Como el interés era general, y todos los pueblos estaban decididos por la buena causa, comenzaron á dar avisos de la entrada de nuevas tropas, y que las que á principios de junio salieron de Pamplona, venían por la Rioja. La ciudad de Tudela, fecha 4 de junio, expuso que los comisionados Veyan y Tena necesitaban por el pronto dos mil fusiles, con las correspondientes municiones, piedras de chispa, dos ó cuatro cañones de batallon con sus respectivos artilleros, y encargaba la prontitud, pues de cada hora habia mas urgencia por las noticias positivas que tenian de la actividad y abundantes recursos con que se aproximaba el enemigo. Ademas enviaron dos diputados, y con igual fecha repitieron nueva exposicion, pidiendo se les socorriese con la gente alistada, y dando cuenta de que aquella tarde, entre seis y siete, habian hecho preso en las inmediaciones de la villa de Valtierra al conde de Fuentes. La Junta de Tudela tenia por varios conductos, y en especial por los emigrados, noticias bastante exactas de las muchas tropas de infantería y caballería que entraban y salian de Pamplona. Por otra parte, el gobernador de Daroca pedia auxilio, porque temia no enviase Murat tropa que castigase la osadía de negarle la pólvora que pidió de la fábrica de Villafeliche. De todas partes se recibian pruebas las mas satisfactorias de lealtad y union, pero manifestando les faltaban armas y municiones. Los del Burgo de Osma participaron que todos estaban armados, y que el 6 de junio habian salido al puerto

de Somosierra á impedir el transporte de cincuenta piezas de artillería. Las ciudades de Logroño y Sangüesa, amenazadas y próximas á ser invadidas, enviaron sus representantes: «Estamos llenos, escribian, de entusiasmo, pero nuestra crítica situacion no nos permite decir otra cosa." La villa de Tauste, á las voces de estar cortado el puente de Tudela, considerando que los franceses, que decian venir en número de cuatro ó cinco mil, se dirigian ácia aquella parte; se lamentaba en sus oficios que no tenian armas ni municiones. En vista de estos y otros anuncios se dió orden para que el gobernador de Jaca entregase á don Luis de Silva cañones del calibre que él mismo expresaría, para atender á la seguridad del punto de Sangüesa, y unos trescientos fusiles con las balas, piedras de chispa y demas aprestos: al comandante de artillería de la plaza que aprontase cuantos cartuchos hubiese, y mil fusiles: al inspector de infantería preparase los carros y acémilas para la salida de tropas; y á los ayuntamientos de Borja, Tauste y Remolinos oficios participándoles iban á salir varios cuerpos mandados por el marques de Lazán, con direccion á Tarazona, á resultas de haberse tenido noticia del movimiento del enemigo sobre Tafalla. A esta sazon habia salido el primer tercio; y el 6 de junio por la noche partió de Zaragoza el marques de Lazán al frente del segundo para reforzar los puntos que ocupaba el primero; pero ahora es preciso volver la vista á la reunion de los diputados de voto en córtes.

CAPITULO III.

De lo tratado y resuelto en la primera junta de los diputados de voto en córtes. — Llegan las compañías de Tauste. — Los paisanos aseguran la existencia de los franceses domiciliados. — Derrota de las tropas que venían contra Zaragoza en el Bruc. — El marques de Lazán parte con una division á Tudela. — Los españoles reunidos en Bayona dirijen un exorto á los zaragozanos. — Los franceses ocupan á Tudela.

SEGUN la circular debian abrirse las sesiones el 9 de junio. Se destinó á este objeto la sala consistorial, en la que estaba colocado el retrato de Fernando VII; y llegado el dia, el general Palafox, precedido de algunos dragones y tropa, se dirigió al sitio con una lucida y ostentosa comitiva. La plaza de la Seo estaba colmada de expectadores. Entró á las diez de la mañana en la sala, donde le recibieron los diputados de las ciudades de voto en córtes y de los cuatro brazos del reino, á saber: por el estado eclesiástico el ilustrísimo señor Obispo de Huesca, doctor don Juan Franco arcipreste de Tarazona, señor don Antonio Romero dean de Zaragoza, señor Arcipreste de santa María, señor Arcipreste de santa Cristina, señor Abad de Monte Aragon, señor Abad de santa Fé, señor Abad de Beruela, y el señor Prior del sepulcro de Calatayud. Por el estado de nobles el excelentísimo señor Conde de Sástago, señor Marques de santa Coloma, señor Marques de Fuente-Olivar, señor Marques de Zafra, señor Marques de Ariño, señor Conde de Sobradiel, y señor Conde de

Torresecas. Estado de hijos-dalgo: por el partido de Huesca, señor Baron de Alcalá, y señor don Joaquin María Palacios: por el partido de Barbastro, el señor Don Antonio Soldevilla, y señor don Francisco Romeo: por el partido de Alcañiz, el señor de Canduero, y señor Conde de Samitier: por el de Albarracin, don Juan Navarro: por el de Daroca, don Tomás Castillon, y don Pedro Oseñalde. *Ciudades de voto en cortes*: por Zaragoza, don Vicente Lisa: por Tarazona, don Bartolomé La-Iglesia: por Jaca, don Francisco Pequera: por Calatayud, don Joaquin Arias Ciria: por Borja, don José Cuartero: por Teruel, el Conde de la Florida: por Fraga, don Domingo Azcuer; y por Cinco-Villas, don Juan Perez. El general Palafox ocupó en derechura el lugar de la presidencia, y mandó llamar al intendente don Lorenzo Calvo para que ejerciese las funciones de secretario. Entró éste inmediatamente, y despues de algunos debates, el general Palafox le entregó un escrito concebido en los siguientes términos:

«Excelentísimo Señor: = Consta ya á V. E. que por el voto unánime de los habitantes de esta capital fuí nombrado y reconocido de todas las autoridades establecidas como gobernador y capitan general del reino, y que cualquiera excusa hubiera producido infinitos males á nuestra amada pátria, y sido demasiado funesta para mí. Mi corazon, agitado ya largo tiempo, combatido de penas y amarguras, lloraba la pérdida de la pátria, sin columbrar aquel fuego sagrado que la vivifica: lloraba la pérdida de nuestro adorado Rey Fernando VII, esclavizado por la tiranía, y conducido á Francia con engaños y perfidias: lloraba los ultrajes de nuestra santa Religion, atacada por el ateismo; sus templos violentados sacrílegamente por los traidores el dia dos de mayo, y manchados con sangre de los inocentes españoles: lloraba la existencia precaria que amenazaba á toda la nacion si admitía el yugo de un extrangero

orgulloso, cuya insaciable codicia excede á su perversidad; y por fin, la pérdida de nuestras posesiones en América, y el desconsuelo de muchas familias, unas porque verian convertida la deuda nacional en un crédito nulo, otras porque se verian despojadas de sus empleos y dignidades, y reducidas á la indigencia ó la mendicidad; otras que gemirian en la soledad la ausencia ó el exterminio de sus hijos y hermanos, conducidos al Norte para sacrificarse, no por su honor, por su religion, por su rey, ni por la patria, sino por un verdugo, nacido para azote de la humanidad, cuyo nombre tan solo dejará á la posteridad el triste ejemplo de los horrores, engaños y perfidias que ha cometido, y de la sangre inocente que su proterva ambicion ha hecho derramar. Llegó el dia 24 de mayo, dia de gloria para toda España; y los habitantes de Aragon, siempre leales, esforzados y virtuosos, rompieron los grillos que les preparaba el artificio, y juraron morir ó vencer. En tal estado, lleno mi corazon de aquel noble ardor que á todos nos alienta, renace y se enagena de pensar que puedo participar con mis conciudadanos de la gloria de salvar nuestra patria. Las ciudades de Tortosa y Lérida, invitadas por mí como puntos muy esenciales, se han unido á Aragon: he nombrado un gobernador en Lérida á peticion de su ilustre ayuntamiento: les he auxiliado con algunas armas y gente; y puedo esperar que aquellas ciudades se sostendrán, y no serán ocupadas por nuestros enemigos. La ciudad de Tortosa quiere participar de nuestros triunfos: ha conferenciado de mi orden con los ingleses: les ha comunicado el manifiesto del dia 31 de mayo para que lo circulen en toda Europa, y trata de hacer venir nuestras tropas de Mallorca y de Menorca, siguiendo mis instrucciones: ha enviado un diputado para conferenciar conmigo, y yo he nombrado otro, que partió antes de ayer con instrucciones secretas dirigidas al mis-

mo fin, y al de entablar correspondencia con el Austria. La merindad de Tudela, y la ciudad de Logroño me han pedido un gefe y auxilios: quieren defenderse é impedir la entrada en Aragon á nuestros enemigos. He nombrado con toda la plenitud de poderes por mi teniente, y por general del ejército destinado á este objeto al excelentísimo señor marques de Lazan y Cañizar, mariscal de campo de los reales ejércitos, que marchó el dia 6 á las doce de la noche con algunas tropas y las competentes armas y municiones. No puedo dudar de su actividad, patriotismo y celo, ni dudará V. E. Otros muchos pueblos de Navarra han enviado sus representantes, y la ciudad y provincia de Soria sus diputados. He dispuesto comunicaciones con Santander, establecido postas en el camino de Valencia, y pedido armas y artilleros, dirigiendo por aquella via todos los manifiestos y órdenes publicadas, con encargo de que se circulen á la Andalucía, Mancha, Extremadura, Galicia y Asturias, invitándolos á proceder de acuerdo. He enviado al coronel baron de Warsage, y al teniente coronel y gobernador que ha sido en América don Andres Boggiero, á organizar y mandar la vanguardia del ejército destinado ácia las fronteras de la Alcarria y Castilla la nueva. Para dirigir el ramo de hacienda con la rectitud, energía y acierto que exige tan digna causa, y velar sobre las rentas y fondos públicos, he nombrado por intendente á don Lorenzo Calvo de Rozas, cuyos conocimientos en este ramo, y cuya probidad incorruptible me son notorias, y me hacen esperar los mas felices resultados. La casualidad de haber enviado aquí á principios de mayo su familia para librarla del peligro, y el temor de permanecer él mismo en Madrid en circunstancias tan críticas, lo trajo á Zaragoza el dia 28 del pasado; lo hice detener, y lo he precisado á admitir este cargo, á pesar de que sus negocios y la conservacion de su patrimonio reclamaban imperiosamente

su vuelta á Madrid. Fiado este importante ramo á un sugeto de sus circunstancias, presentaré á su tiempo á la nacion el estado de rentas, su procedencia é inversion, y en ellas un testimonio público de la pureza con que se manejarán. Resta, pues, el sacrificio que es mas grato á nuestros corazones, que reunamos nuestras voluntades y aspiremos al fin que nos hemos propuesto. Salvemos la patria aunque fuera á costa de nuestras vidas, y velemos por su conservacion. Para ello propongo á V. E. los puntos siguientes.

1.º Que los diputados de las cortes queden aquí en junta permanente, ó nombren otra que se reunirá todos los dias para proponerme y deliberar todo lo conveniente al bien de la patria y del Rey.

2.º Que V. E. nombre entre sus ilustres individuos un secretario para extender y uniformar las resoluciones, en las cúales debe haber una reserva inviolable, extendiendo por hoy el acuerdo uno de los que se hallan presentes como tales, ó el intendente.

3.º Que cada diputado corresponda con su provincia, le comunique las disposiciones ya generales ya particulares que tomaré como gefe militar y político del reino, y las que acordáremos para mayor bien de la España.

4.º Que la junta medite y me proponga sucesivamente los medios de hácer compatible con la energía y rapidez que requiere la organizacion del ejército, el cuidado de la recoleccion de granos que se aproxima, y no debe desatenderse.

5.º Que medite y me proponga la adopcion de medios de sostener el ejército, que presentará el intendente de él y del reino don Lorenzo Calvo.

6.º Que me proponga todas las disposiciones que crea convenientes tomar para conservar la policía, el buen orden y la fuerza militar en cada departamento del reino.

7.° Que cuide de mantener las relaciones con los demas reinos y provincias de España, que deben formar con nosotros una misma y sola familia.

8.° Que se encargue y cuide de firmar y circular en todo el reino, impresas ó manuscritas, las órdenes emanadas de mí, ó de las que con mi acuerdo expidiese la junta de diputados del reino.

9.° Que acuerde desde luego si deben ó no concurrir los diputados que vinieron de las provincias y merindades de fuera del reino de Aragon, mediante que la reunion de sus luces puede ser interesante á la defensa de la causa pública.

10.° Que decida desde luego la proclamacion de nuestro rey Fernando VII, determinando el dia en que haya de verificarse.

11.° Que resuelva igualmente acerca de si deben reunirse en un solo punto las diputaciones de las demas provincias y reinos de España, conforme á lo anunciado en el manifiesto del dia 31 de mayo último.

12.° Que declare desde luego la urgencia del dia, y que la primera atencion debe ser la defensa de la patria. Zaragoza 9 de junio de 1808. = José de Palafox y Melci."

La multitud de objetos que se presentan á mi imaginacion no me permiten analizar, como sin duda lo hicieron algunos diputados, el modo y forma con que se presentaron estas disposiciones; sin embargo, es preciso indicar qué puntos quedaron acordados, segun la acta que se publicó, y de que muy pocos tienen noticia. «Resolvió la asamblea por aclamacion que se proclamase á nuestro soberano Fernando VII, dejando al arbitrio de S. E. señalar el dia en que hubiese de verificarse, que seria cuando las circunstancias lo permitiesen. La misma asamblea de diputados de las cortes, enterada de la exposicion antecedente, despues de manifestar al excelentísimo señor capitan general su

satisfaccion y gratitud por todo cuanto habia ejecutado, y aprobándolo unánimemente, le reconoció por aclamacion como capitan general y gobernador político y militar del reino de Aragon, y lo mismo al intendente. El señor don José Antonio Franquet, regidor de la ciudad de Tortosa, que hallándose comisionado en esta capital concurrió á la asamblea, hizo lo mismo á nombre de aquella ciudad, á quien ofreció daria parte de ello. Acto continuo se leyeron los avisos que se habian pasado á todos los individuos que debian concurrir á la asamblea ó junta de cortes, para saber si todos ellos habian sido citados ó se hallaban presentes, y resultó que se habia convocado á todos, y que solo habian dejado de concurrir el señor marques de Tosos, que avisó no podia por estar enfermo, y el señor conde de Torresecas, que igualmente manifestó su imposibilidad de concurrir. Se tomó en consideracion el primer punto indicado en el manifiesto de S. E. que antecede, relativo á si debia quedar permanente la junta de diputados, ó nombrar otra presidida por S. E. con toda la plenitud de facultades; y despues de un serio y detenido examen, acordó unánimemente nombrar una junta suprema compuesta de solos seis individuos, y de S. E. como presidente, con todas las facultades. Se nombró en seguida una comision compuesta de doce de los señores vocales, tomados de los cuatro brazos del reino, para que propusiesen á la asamblea doce candidatos, entre los cuales pudiese elegir los seis representantes que con S. E. habian de formar la junta suprema; y habiéndose reunido en una pieza separada, los doce señores proponentes volvieron á entrar en la sala consistorial, é hicieron la propuesta; lo cual verificado, se procedió á la votacion por escrutinio, de la que resultaron electos á pluralidad de votos para individuos de la suprema junta de gobierno los señores don Antonio Cornel, obispo de Huesca; Regente de la real audiencia; conde de

Sástago; don Pedro María Ric, y el marques de Fuente-Olivar; resolviéndose que si alguno de los electos, por muerte ú otra causa legítima no pudiese ejercer sus funciones, entrarian á suplir, segun la mayoría de votos, de los seis restantes que completaban el número de la propuesta. Se trató del nombramiento de un secretario para la junta suprema de gobierno, y toda la asamblea manifestó al excelentísimo señor capitan general sus deseos de que S. E. indicase una ó dos personas para este destino. S. E. lo rehusó, declarando á los señores vocales que nombrasen á quien tuviesen por mas conveniente y á propósito para el buen desempeño; mas al fin, condescendiendo con las reiteradas insinuaciones y deseo de la junta, propuso para primer secretario de dicha suprema junta de gobierno á don Vicente Lisa, y para segundo al baron de Castiel, que quedaron electos en consecuencia. Habiendo meditado la junta sobre las proposiciones 3.ª, 4.ª, 5.ª, 6.ª, 7.ª, 8.ª, 9.ª, 11.ª y 12.ª, las estimó y tuvo por muy atendibles, y acordó tomarlas en consideracion, para lo cual se reunirian de nuevo todos los vocales proponentes y presentes el próximo martes 14 del corriente mes de junio á las diez de su mañana, y que por el secretario se enviase una copia de dichas proposiciones á cada individuo, y se avisaria á los señores marques de Tosos y conde de Torresecas, que no habian concurrido, por si podian hacerlo; con lo cual se concluyó la sesion, quedando todos los señores advertidos en volver sin mas aviso el siguiente martes á la nueva junta, y se rubricó el acuerdo en borrador por el excelentísimo señor capitan general, el ilustrísimo obispo de Huesca y el excelentísimo señor conde de Sástago; de que certifico y firmo en la ciudad de Zaragoza á 9 dias del mes de junio de 1808. = Lorenzo Calvo de Rozas, secretario. = Visto bueno. Palafox." Por último, se halla en el mismo impreso inserta la nota siguiente: «Todos los señores vo-

cales de la junta manifestaron en seguida su voluntad de nombrar al excelentísimo señor don José Rebolledo de Palafox, su presidente, por capitan general efectivo del ejército; mas S. E. dió gracias á la junta, y lo resistió absolutamente, pidiendo que no constase la indicacion, y expresando que era brigadier de los reales ejércitos nombrado por S. M., y que no admitiria, ni deseaba otros grados, ni otra satisfaccion ni ascenso que el ser util á la patria y sacrificarse en su obsequio y en el de su Rey. La junta, en consecuencia, no insistió en su empeño vista la delicadeza de S. E., y se reservó llevar á efecto su voluntad de nombrarle capitan general efectivo de los reales ejércitos en una de las primeras sesiones á que no asistiese S. E. por considerarlo así de justicia: de todo lo que certifico ut supra. = Calvo."

Terminada la sesion se retiraron los vocales. El pueblo seguia de cada vez mas entusiasmado. El ayuntamiento propuso estaba pronto á realizar la proclamacion acordada, y suspendió la visita domiciliaria dispuesta para recoger las armas; lo uno porque no podian dar salida á las infinitas que depositaban, y lo otro porque extrañaba el vecindario les quitasen las armas que tenian para su defensa. Á pesar de esto, los habitantes obedecian las órdenes por mas severas que fuesen. Los labradores en el término de tres dias presentaron seiscientos noventa y ocho caballos, de los que desecharon por inútiles cuatrocientos cuarenta y ocho, quedando destinados para la formacion de un cuerpo de caballería doscientos ochenta. Sin embargo de que el 1.° de junio, segun relacion del comisario Gianini, no habia en los almacenes sino dos mil seiscientas ochenta y una fanegas castellanas de trigo, seiscientas cuarenta y una de cebada, cuarenta y dos mil setecientas sesenta arrobas de paja, la generosidad de los aragoneses ocurrió á los inmensos gastos que oca-

sionaba el sostener la intrépida juventud que venia á unir su voto con el de los zaragozanos. Era una complacencia ver cómo en cuatro dias se habia transformado la capital. Las compañías de los de Tauste, que entraron con su bandera encarnada y tambor batiente, y á las que en seguida distribuyeron cananas y armas: la multitud de esforzados que vinieron de los pueblos del bajo Aragon y de los ángulos de la provincia: las muchas personas de distincion, y los gefes, oficiales y soldados que de todas partes concurrian; presentaba un aspecto interesante, que no dejó de causar grandes sinsabores al conquistador. La vigilancia de los paisanos se redoblaba cada vez mas, y entre las diferentes medidas acertadas que tomaron, una fue la de ir por las casas de los franceses domiciliados, y para que no atentasen contra sus vidas, reunirlos y trasladarlos á las cárceles de corte y al castillo. Arreglado el plan, lo ejecutaron con la mayor armonía, y en la noche del 9 se afianzó la suerte de mil y treinta, que sin esta precaucion tal vez hubiesen perecido. Palafox publicó despues un bando reducido á que, habiendo los franceses que tenian en la cárcel contribuido como los vecinos á las urgencias del Gobierno, y que aquella gestion se habia ejecutado sin su orden, mandaba se restituyesen á sus casas prestando juramento de fidelidad; pero comenzaron á agitarse los ánimos y fue preciso suspenderlo, y que don Francisco Palafox saliese con sus edecanes á apaciguar á los paisanos que habia reunidos en masa en la plaza del Mercado. Al paso que de Orihuela avisaban haberse publicado un bando en Cuenca para que aprontasen lo necesario para ocho mil infantes y dos mil caballos franceses, y que la Junta militar y de Gobierno de Tudela decia, que la mañana del 7 se habian tiroteado las avanzadas de la otra parte del Ebro retirándose, y que temian ser atacados aquella noche sin esperanza de lograr ninguna ven-

taja, pues aunque no faltaba gente, era indisciplinada y carecia de armamento, y que ademas sabian que Calahorra y Logroño estaban ocupadas por el enemigo: de la parte de Cataluña se recibieron las noticias mas lisonjeras.

Salió de Barcelona un destacamento de cuatro mil franceses á incorporarse con los seiscientos que habia en Tárrega, y todos reunidos con direccion ácia Lérida para sitiarla. No bien caminaron nueve horas, cuando alarmado el somaten, y saliéndoles al encuentro toda clase de personas, los derrotaron en el Bruch y Esparraguera, apoderándose de los cañones. La reunion de paisanos de los pueblos de al rededor fue extraordinaria, los que sostuvieron trece horas de fuego. Viendo el buen éxito de esta primera lucha, que hace el mayor honor á los catalanes, los de Igualada enviaron á pedir refuerzo á la Junta de Cervera; y á pesar de que la ciudad no tenia gobernador por haberse ausentado, enviaron mil hombres entre vecinos y forasteros armados, pues aunque habia muchos mas que estaban impacientes por auxiliar á sus hermanos, carecian de fusiles y municiones. Al mismo tiempo la Junta de Gobierno de Vinaroz dió cuenta del feliz resultado que habia tenido la comision de don Enrique Galve, que pasó en diligencia á Mallorca para entregar á la escuadra británica las proclamas de Zaragoza, algunas de Valencia, y la primera se publicó en aquella ciudad. No bien llegó á Palma en donde acababa de publicarse la paz con Inglaterra, cuando al momento el capitan general le presentó al cónsul inglés, donde halló al comandante de la fragata Hiud, quien enterado de tan prodigiosos sucesos, hizo salir sus buques en busca del almirante, y no tardó éste un punto en divulgar las nuevas por toda la Europa. Con igual fecha nuestro comisionado escribió desde Tortosa habia calmado la agitacion que

ocasionó la muerte del gobernador y regidor Rebull, y que con la eleccion de teniente de rey en don Antonio Parte-arroyo se tomaban las mas vigorosas medidas. Desde luego dispuso que la tropa y paisanos ocupasen el Coll de Balaguer, y pidió armas y municiones á los ingleses, pues los mismos valencianos que llegaron á las órdenes del mariscal del campo don Francisco Salvias, estaban la mayor parte faltos de ellas. Dió cuenta de que los franceses que el 6 de junio habian entrado amistosamente en Tarragona, y de cuya plaza si no ocurre la muerte de su gobernador Guzman y Villoria, se hubiesen apoderado: con este incidente, y la derrota del Bruch habian tenido que abandonarla con tal precipitacion, que se les persiguió en su desastrosa retirada. Noticioso Palafox de que venia una porcion de tropa del regimiento de Extremadura, expidió oficios á las justicias de Bujaraloz, Peñalba, Villafranca, Fraga, Candasnos y Osera, para que los auxiliasen y activasen su marcha, pues de cada dia era mas necesaria.

El ejército francés introducido en la península era de cien mil hombres dividido en cinco cuerpos casi de igual número, á saber: el de Junot en Lisboa, que se podia considerar como aislado por lo largo y dificil de las comunicaciones: el de Duhesme en Cataluña que solo la podia tener segura con Francia: el de Dupont destinado á ocupar las Andalucías, dejando tras sí una línea tan larga como débil: el situado en la corte á las órdenes de Murat; y el quinto que servia para sostener la comunicacion desde Madrid á Bayona. De éste salió para Aragon, establecido á la izquierda de la línea, el que debia ocupar á Zaragoza, y la topografía indicaba bien el punto único de ataque. El rio Ebro atraviesa de N. O. á S. E. el reino de Aragon. Lo mas elevado de los montes Pirineos lo terminan al N., y vienen degradándose y vertiendo sus aguas con mucha rapidez y en corta extension hasta el expresa-

do rio: por lo que éste baña el pie de los montes, sin que entre ellos ni sus aguas queden valles espaciosos hasta llegar á Juslibol, lugar media legua al N. O. de Zaragoza. Al O. de Aragon estan las sierras que lo separan de Castilla, y vierten sus aguas en el Ebro, á cuyas márgenes dejan valles y llanuras que corren desde Tudela, en donde tienen dos leguas de extension, estrechándose ácia Gallur, y dilatándose hasta Zaragoza. La division francesa mandada por el general Lebfevre destinada contra Aragon, era de cuatro mil hombres entre infantería y caballería, siendo la última proporcionalmente mas numerosa y armada de lanzas. Tambien traían alguna artillería, y toda la infantería era de línea, ó sabia maniobrar como tal. Este ejército, cuyo objeto era entrar pronto en la capital, y al que solo podia oponérsele una infantería ligera formada ocho dias antes, no podia dudar en escoger para teatro de la guerra la margen derecha del Ebro. Esta línea de operaciones era la mas corta para llegar á Zaragoza; les proporcionaba caminos cómodos, un canal navegable, abundancia de subsistencias, llevar el flanco izquierdo cubierto, y sobre todo unas llanuras en las que su ejército, por la clase de tropas que lo formaban, adquiria sobre el nuestro una superioridad conocida.

El marques de Lazan, luego que recibió por los barcos cuatro cañones, mil fusiles, y una porcion de cartuchos, trató de pasar á Tudela, y comenzó á tomar sus medidas. Como no tenia datos fijos del terreno que ocupaban los franceses, pues unos aseguraban estar en Milagro, otros sostenian no habian entrado en Logroño: estaba irresoluto, y mas viéndose al frente de una fuerza insubordinada, que no cesaba de disparar tiros, y conmoverse á la menor alarma. En el Bocal detuvieron á un correo de gabinete que venia de Bayona con pliegos que dirigia Napoleon, el cual para comprometer la opinion de las per-

sonas mas autorizadas, estrechó á los reunidos en Bayona para que excitasen á las autoridades y habitantes á desistir de su empeño. Con este fin dirigió un impreso, que aunque llegó por otros conductos á varias personas, no circuló porque conocieron era muy triste recurso para amortiguar el entusiasmo y espíritu público.

«A LOS HABITANTES DE LA CIUDAD DE ZARAGOZA, Y A TODOS LOS DEMAS DEL REINO DE ARAGON. Los grandes de España, los ministros de varios consejos, y demas personas que se hallan ya en Bayona con destino casi todos á componer la Junta de Notables, que ha de tenerse el 15 del corriente, reunidos en el palacio llamado del Gobierno de la misma ciudad, en virtud de orden de S. M. I. y R. el Emperador de los franceses y Rey de Italia: les manifiestan que con mucho dolor suyo han llegado á entender que algunos moradores de la mencionada ciudad de Zaragoza, mal aconsejados, y desconociendo su propio bien, han sacudido el yugo de la sumision á las autoridades constituidas, han arrestado al capitan general, quieren formar compañías de soldados, y se han puesto en estado de insurreccion, sin que hayan explicado en un edicto que se ha visto publicado por ellos, cual sea el objeto que se proponen á favor de su patria, justamente en el mismo punto en que va á tratarse, bajo la ilustrada y poderosa proteccion del Emperador, de establecer sólidas basas para la felicidad de toda la España. Saben que el Lugar-teniente general del reino ha determinado se nombre otro capitan general para el de Aragon, y hace marchar á él algunas tropas, y que el Emperador de los franceses ha dispuesto se junten otros varios cuerpos en puntos convenientes, y en donde esten prontos á dirigirse á Zaragoza con el fin de disipar las gentes reunidas, y obrar contra ellas si insistiesen en la insubordinacion. En estas circunstancias, movidos del amor patriótico que les estimula, y hace de-

sear sobre todo lo que hay en el mundo la paz, la independencia, el bien y la prosperidad de la nacion entera; y animados de los mismos sentimientos de humanidad y beneficencia de S. M. el Emperador, se creen obligados á exponer á los habitantes de Aragon que, si persisten en la conducta que han abrazado de separarse del partido que se vé adoptan las demas provincias, y todas las autoridades constituidas, acarrean á su pais y á todo el reino de España males incalculables, sin esperanza de efectos favorables; y no pueden menos de exhortarles á que, abandonando los proyectos que han formado, vuelvan á entrar en sus deberes, recobren su tranquilidad, se sometan á las legítimas autoridades, y contribuyan á la regeneracion de la España, cumpliendo con la órden que les está comunicada de enviar como las demas provincias á la asamblea de Bayona diputados, que con conocimiento de sus males y necesidades, procuren el remedio de ellas, aprovechando la oportunidad que les presentan las benéficas intenciones y sabias miras del gran Napoleon. En Bayona á 4 de junio de 1808." = Siguen las firmas de los veinte y siete que se habian reunido en Bayona.

En este estado, suponiendo podia ocurrir alguna sorpresa, estrechaba el marques á su hermano le remitiese otros cuatro cañones para la tropa que pensaba destacar ácia Tarazona, mas fusiles y cartuchos, expresando concurrian á unírsele de todos los pueblos pidiendo armas, las que faltaban, á pesar de haber distribuido los mil y quinientos fusiles que recibió para dirigir á Logroño, y que esperaba por momentos la llegada de los fusileros y de las tropas de don José Obispo. A lo que se disponia el marques á pasar á Tudela, llegó un diputado de la Junta avisándole que los franceses en número de unos quinientos estaban apostados á una legua en el camino de Pamplona, y que una descubierta de treinta y cin-

co hombres se habia aproximado bastante, á pesar del fuego que les habian hecho algunos paisanos emboscados: que por el camino de Alfaro venia otra division de infantería y caballería francesa con ocho piezas de artillería: que los alistados de los pueblos habian acudido á Tudela, pero que en aquella ciudad no habia sino mil y quinientos fusiles, y muy pocas municiones. El dia 8 llegó al Bocal don José Obispo con trescientos hombres; y el 10 por la tarde reunidos los dos tercios, partieron al punto de Pinse-qué, distante media legua del Bocal; pero una alarma falsa promovió el desorden en términos, que el marques tuvo que publicar un bando para contenerlos. Cortado el puente de Tudela, los franceses tuvieron que hacer un pequeño rodeo. Luego que llegó don José Obispo con sus compañías y la gente que le agregó el marques, aunque desarmada, las formó en la plaza de toros, y observó que el comandante don Francisco Milagro hacia ya fuego á los enemigos desde el castillo, y que algunos pocos guardias ejecutaban lo mismo desde el convento de Capuchinos. La diputacion estaba reunida conferenciando sobre el pliego que le habia dirigido el general francés. En semejante premura el marques de Lazan y el marques de Uguarte que acababan de entrar en Tudela tuvieron que retirarse; y para ganar algun tiempo, Obispo con algunos soldados ocupó un cerrillo llamado de santa Bárbara, al oriente de la ciudad, donde con la pólvora y balines que algunos vecinos le proporcionaron; (pues ora fuese por la premura, ora por otro incidente, no se pudieron surtir de pólvora ni de fusiles, á pesar de que se les habian remitido mas de tres mil, y cuarenta mil cartuchos) sostuvo el fuego por mas de una hora contra una descubierta de caballería, en la que perdió cinco hombres, y quedó herido Francisco Obon, que se abalanzó á lidiar con el enemigo, y logró

ocuparle una banderola, que presentó en Zaragoza al general Palafox. Los españoles dispararon algunos cañonazos á que contestaron los franceses; pero como estaban aislados y escasos de municiones, clavaron la artillería que tenian, y se retiraron los que pudieron. Puesta bandera blanca capituló la ciudad, y desarmaron á la tropa y paisanos. En seguida fue un comisionado de los franceses á Mallen, mandando tuviesen víveres para ocho mil hombres, y forrage para dos mil y doscientos caballos. Con esta noticia fijó el marques su cuartel general en Alagon, y trató de coordinar su gente, que se aumentó con los dispersos del batallon de voluntarios de Tarragona que iban desapareciendo de Pamplona. La única tropa con que podia contarse eran los fusileros, compañías de Obispo y dragones.

CAPITULO IV.

El marques de Lazan dá á reconocer á las tropas á su hermano don Francisco. — Batalla de Mallen. — De la conmocion extraordinaria ocurrida el 13 de junio. — Batalla de Alagon. — Exhorto á Palafox para que hiciese desistir de su empeño á los aragoneses.

El 11 de junio llegó el marques á Mallen, y despues de haber dado á reconocer á las tropas por gefe á su hermano don Francisco, despachó un tercio á sus órdenes ácia el camino de Borja. Se recibieron unos carros de pólvora con cincuenta mil cartuchos, y con ellos se municionaron los tres ó cuatro mil hombres que quedaron á las órdenes del marques. Entre Mallen y Tudela, casi á igual distancia, toma el canal imperial sus aguas del Ebro, y corre paralelamente á éste, dejando Mallen á su derecha. Con este punto y el de Tudela forma un triángulo equilátero la posicion de Tarazona, que ya está fuera de las llanuras; y por si convenia caer sobre el flanco ó retaguardia del enemigo, la ocupó con un destacamento. Sabedores de esto, hicieron alto los franceses, y enviaron parte del ejército á reconocer las alturas y ciudad de Tarazona, donde entraron sin oposicion. Tambien expidieron sus descubiertas, y fueron treinta de caballería á intimarles se rindiesen. El general frances dirigió por medio de un paisano una carta al marques para Palafox. Al fin, llegaron los cincuenta dragones mas, y el 12 por la tarde los franceses.

La posicion de Mallen en una colina accesible á la caballería y artillería volante no era nada ventajosa, pues las columnas enemigas podian atacarla por todas partes sin romper su órden: nuestras tropas, reunidas al toque de generala, comenzaron á caminar para salirles al encuentro, y las avanzadas se tirotearon. Observando el enemigo que nuestra columna ocupaba mucha extension, pues á las tropas indicadas se reunieron las compañías de los pardos de Aragon y los tercios de los navarros; por el pronto retrocedieron, sin duda para cerciorarse mas y tomar posiciones. Como esto aconteció al caer la tarde, llegada la noche fijáron su campo, y no faltaba ardor á los españoles, los cuales al siguiente dia creían que iban á reconquistar á Tudela. El 13 al amanecer se replegaron nuestras tropas ácia la poblacion; y este instante en que todos los cuerpos estaban en movimientos encontrados y arbitrarios, lo perdieron los franceses no atacando hasta despues de haber tomado ya posicion. El ataque principal fue por el frente: antes de principiarlo, una columna amenazó la derecha á lo largo, y parte de la caballería á la desfilada iba por la izquierda á cortar la retirada. En esta disposicion, cincuenta caballos, dos piezas montadas en carri-cureñas, casi sin artilleros de plaza, y cuatro mil hombres de infantería, ó mas bien de paisanage, en la debil formacion de dos de fondo, sin ninguna idea de táctica, no podian menos de sucumbir. Así sucedió: despues de una leve resistencia que hicieron los fusileros, todos abandonaron el campo. El marques de Lazan con algun otro gefe permaneció para ver si podia restablecer el orden; pero al fin tuvo que trepar el Ebro y salvarse en un barquichuelo. Don Francisco Palafox, que en virtud de orden del marques habia salido á situarse por la venta de Agua-salada en las alturas de Ablitas y Tudela, apenas pasó el Buste cuando percibió algunos tiros; y deseoso de auxiliar á su

hermano, trepando cerros se situó en unas alturas que dominan á Mallen, y envió una de sus dos columnas al mando del mayor don Agustin Dublaissel, que llegó hasta Frescano, y le dió cuenta de que los franceses habian pasado por allí y estaban en Mallen. Este fin desastroso tuvo aquella jornada, en la que quedó desorganizada la division del marques. Dueños los franceses de Mallen, avanzaron sus partidas á Gallur, cuyo pueblo sufrió un horroroso saqueo. En aquella mañana entraron en Zaragoza con tambor batiente unos trescientos voluntarios de Aragon. Desfilaron por delante de casa de Palafox, y el pueblo reunido prorumpió en los mas expresivos vivas y aclamaciones. El espíritu y serenidad de los zaragozanos era tan grande, que casi miraban con indiferencia la aproximacion del enemigo. Confiados en las fuerzas que dirigia el marques, contaban por cierta y segura la victoria: no obstante esto, algunos magistrados, títulos y sugetos distinguidos dispusieron su marcha, que verificaron al otro dia. Por la tarde ya tuvimos noticias poco favorables; quisieron inundar con las aguas del canal el tránsito, pero no se verificó. Los rumores pasaron á ser realidad. Dispersas las tropas del marques, y viendo perdidos tantos afanes, muchas gentes pedian pasaportes, y todo era consternacion. En este estado de perplejidad se tomó una medida desesperada. Á las diez de la noche la conmocion era general. Comenzaron á cargar carros de víveres para la salida proyectada, y el entusiasmo aragones llegó al mas alto punto. En lugar de dirigirse á buscar el reposo, todos caminaron fuera de sí al depósito de armas, que arrebataron con el mayor empeño. La campana ó relox de la torre nueva anunciaba con bronco sonido la premura: varias gentes iban removiendo á los que ó por timidez ó por precaucion no querian comprometerse. El silencio lúgubre de la noche interrumpido con las azo-

radas voces de los labradores y artesanos: el estrépito de los caballos y carruages, la idea de un riesgo inminente, todo hacia en los ánimos una impresion sobremanera triste. ¡Qué ventajas se hubieran podido sacar bajo otro sistema de hombres semejantes! ¡Qué lástima ver abandonado el valor á sola su energía! Se señaló por punto de reunion la llanura inmediata al castillo llamado las Eras del Rey, ó campo del Sepulcro, á causa de los muchos cadáveres que sepultaron en él cuando las guerras de sucesion. Allí llegaron sucesivamente de todas clases hasta el número de seis mil; y para formar compañías se echó mano de aquellos que manifestaban saber algun tanto el manejo del arma, sin mas formalidad que designarlos arbitrariamente. Aun esto fue un trabajo inutil, pues la mayor parte, especialmente los tiradores, se acuadrillaron, y otros por razon de su amistad ó relaciones se incorporaron, obrando todos á su fantasía. El coronel don Benito Piedrafita y los gefes Cucalon y Lagarde salieron de vanguardia con cuatrocientos hombres, doscientos cincuenta entre voluntarios y extrangeros, con algunos dragones, y los demas paisanos: tambien partieron dos oficiales de artillería con otros tres agregados y algunos artilleros con los sirvientes necesarios para manejar cuatro piezas, dos ingenieros y algun otro oficial. En seguida fueron destacándose varias cuadrillas, armados unos con chuzos y otros con malos fusiles.

Ya convenidos, Palafox marchó con su séquito al romper el alba á la villa de Alagon. Parecerá increible á la posteridad que un número semejante de hombres, de los cuales la mayor parte apenas habian manejado el arma, pudiesen conformarse y resolverse á batirse con unas tropas cuyo número ignoraban, disciplinadas y aguerridas: pero este paso tan extraordinario no fue sino preludio de hazañas de un orden superior. El camino de Alagon parecia cubierto de una sombra; tal era la multitud de gentes

que á pie y á caballo caminaban en su dilatado y anchuroso distrito. Los primeros que salieron llegaron á tiempo que en la posada de Alagon habia once soldados franceses, á los cuales hicieron prisioneros y condujeron en seguida á Zaragoza, lo que enardeció mas y mas á los combatientes, que con tan feliz principio aseguraban el mas completo triunfo. Unos iban á emboscarse por los olivares, otros cometian mil excesos sacrificando á algunos infelices que por su delicadeza no podian sufrir la marcha y el calor excesivo, dándoles muerte porque los suponian traidores; y con este desorden, que no se podia contener ni refrenar, perecieron cinco soldados italianos y algunos otros que designan las listas anunciadas. En esta forma llegó entre diez y once de la mañana aquel pueblo entusiasmado á la villa de Alagon, distante ácia el poniente cuatro leguas de la capital. En el flanco izquierdo situó el general como unos quinientos hombres de tropa de línea, unos doscientos caballos, que estaban resguardados por la inundacion del terreno, y en el centro los escopeteros sostenidos por un número considerable emboscado en los olivares de la derecha. Colocaron un cañon en el puente, otro por las inmediaciones, y dos en las eras. Dadas estas primeras disposiciones por el general Palafox desde un punto cuya elevacion le permitia dominar el campo, los voluntarios llevados de su ardor principiaron el ataque. Las tropas de la izquierda sostuvieron el fuego con algun teson, y aun los paisanos del centro, resguardados, conservaron sus puestos con firmeza hasta que comenzó á obrar la artillería enemiga y á avanzar la caballería.

Venian los franceses en tres divisiones, una por el camino de Borja, otra por el de Mallen, y la tercera por la huerta de Cabañas. Las órdenes no surtian ningun efecto. Mientras los paisanos estaban eligiendo aquellos sitios que juzgaban mas á propósito para resistir al enemigo, las

guerrillas militares sostenian el fuego. Faltos de datos, sabian que iban á presentarse los franceses, pero ignoraban su número. Continuaba el fuego de las guerrillas y el que hacian de los olivares; pero como no cargaban las masas, todos estaban en expectacion, y no advirtieron que podian ser cortados por el paso de Figueruela, trepando por el ojo del canal. Por fortuna algunos valientes exploraron con mucho riesgo la direccion de las columnas francesas, y viendo que huían del puente de Pamplona, y que iban á tomarles la espalda, dieron el parte en los momentos críticos. Efectivamente, cuando comenzaron á dispersarse, el enemigo entraba casi por las puertas de Alagon. ¡Qué escena de confusion y atolondramiento! Por el pronto trataron los paisanos de retirar la pieza colocada en el puente de Jalon, pero fue luego preciso abandonarlo todo, y elegir caminos inusitados para salvar la vida. Los zaragozanos, poco acostumbrados á tales operaciones, despues de una marcha incómoda, sin tomar alimento ni reposo, tuvieron que hacer frente al enemigo; y en medio del calor partieron exánimes, y perecieron al rigor de la sed y de la fatiga. Los franceses al ver desvanecida la muchedumbre entraron en el pueblo, cometiendo por el pronto algunos excesos, y haciendo muchos prisioneros, á quienes Lebfevre dió libertad fiado en que este paso le facilitaria la posesion de Zaragoza, donde, segun expresó á algunos compadeciéndoles, habia de entrar á pesar de los treinta mil idiotas que querian oponerse á los esfuerzos de sus tropas aguerridas.

Los pocos ciudadanos que quedaron, comenzaron á tomar aquellas medidas que les sugeria su celo para defender la ciudad. Entre otras, una fue remitir al coronel don Francisco Marcó del Pont con unos mil hombres entre voluntarios y paisanos á ocupar las alturas de san Gregorio, á donde llevaron las correspondientes municiones. Comi-

sionaron al académico de mérito y director de arquitectura don Francisco Rocha, á don Matías Tabuenca, don Vicente Gracian y otros para que colocasen algunos cañones é hiciesen parapetos y cortaduras. Considerándose que el enemigo vendria por el camino de san Lamberto, condujeron dos cañones á aquella parte, derribaron varias tapias inmediatas al camino que habia frente al caserío de Torres, se hicieron aspilleras en todas aquellas cercanías hasta la torre de Iturralde, y lo mismo ejecutaron por algunas de las del circuito de la ciudad. En este dia presentaba Zaragoza el aspecto mas lúgubre. Las puertas cerradas, un silencio tan profundo como extraordinario, el alboroto y confusion de la noche anterior: algunos ancianos decrépitos que patrullaban por las calles, y armadas sus trémulas manos de espadas y chuzos, se disponian á hacer el último esfuerzo: semblantes pálidos; madres y esposas taciturnas, que no sabian si volverian á ver sus esposos é hijos; tales eran los objetos que de todos lados se ofrecian á la vista. A las cuatro de la tarde los fugitivos indicaron el éxito de la empresa. Entraban por la puerta del Portillo agoviados, pero con espíritu. Pocos sabian dar razon de su compañero; infinitos fueron víctimas de la sed y del cansancio; algunos quedaron prisioneros. Palafox, desviándose del camino real y seguido de pocos, tuvo que venir por los senderos inmediatos á la ribera del Ebro. El general Cornel permaneció con algunos militares valientes hasta el último apuro; y el enemigo respetó la constancia y teson de los zaragozanos en su retirada, á pesar de que no tenian á retaguardia ningun cuerpo ordenado que pudiese sostenerlos. Al anochecer presentaba la ciudad el cuadro mas lastimoso; pero en medio de la consternacion se veía una entereza de ánimo poco comun. Luego que llegó Palafox mandó reunir los dispersos, y todo era dar órdenes que ó no se realizaban, ó se confundian.

Frustradas estas tentativas, parecia inevitable la entrada de los franceses al dia siguiente. Así se lo persuadió sin duda Lebfevre, quien, satisfecho y engreido de unos triunfos conseguidos á tan poca costa, no quiso apresurarse. Al anochecer del 14 entraron en Alagon tres personages, y á las once de la noche encargaron á don Felipe Arias, que habia caido prisionero, condujese un pliego al general Palafox, como lo verificó, llegando á alta noche expuesto á los peligros consiguientes á unos momentos en que todos estaban exaltados y conmovidos. El pliego estaba concebido en estos términos:

«Excelentísimo Señor: = Traspasados de dolor con la noticia de lo ocurrido ayer en Mallen, y llevados del deseo de salvar, si es posible, á esa ciudad y al resto de Aragon, tomamos otra vez la pluma para rogar á V. E. y á cuantos tengan algun influjo con el vecindario se presenten á la conferencia que les hemos propuesto. ¿Qué perderán en oir á unos amigos y á unos hermanos que por todo el proceso de su vida se han mostrado buenos españoles, y nada han hecho por donde puedan ser sospechosos de otra aficion, ó desmerecer la confianza, ni de otra provincia del reino? Si nuestras razones fueren vanas, V. E., ó los que vinieren de su parte y de la de los vecinos las despreciarán; pero si no, ¿qué dolor no será para V. E. y para nosotros ver enteramente perdido ese reino por no haberlas entendido, á su hermosa capital convertida en un monton de ruinas, á sus habitantes tratados con todo el rigor de las leyes militares, y pasados á cuchillo, ó vagando ó mendigando su sustento? Esto preveemos que va á suceder si los casos de Tudela y Mallen no abren á todos los ojos para conocer la diferencia de fuerzas y el modo de usar de ellas; y si V. E., pues son tan pocos los momentos que faltan para una completa resolucion, no se apresura á abocarse con nosotros, que en desempeño de nuestra

comision estamos prontos á tomar la parte de medianeros, sacrificándolo todo al bien de este reino y al general de toda la nacion, y que á este propósito, para proporcionar la mayor brevedad, vamos á partir para Mallen y acercarnos al ejército frances. Dios guarde á V. E. muchos años. Tudela 14 de junio de 1808.

Habiendo descansado Lebfevre en Alagon aquella noche, salió ostentando que por la tarde entraria en Zaragoza. Así como contaba con la pericia de sus tropas, los habitantes de Alagon se figuraron que, á pesar de tanto trastorno, seria tenaz la resistencia. El coronel don Gerónimo Torres se situó por la noche en el puente de la Muela con cuatrocientos cincuenta hombres del segundo batallon de fusileros que acababa de formarse, y algunos de la compañía del capitan Cerezo con dos piezas de artillería. Á la Casa blanca fue una porcion de paisanos con algunos voluntarios á las órdenes del marqúes de Lazan; colocaron en el embarcadero dos cañones, y otros en el puente de América; encargándose de defenderlo el sargento mayor don Alonso Escobedo. En el puente de piedra y puerta del Angel habia tambien sus cañones, y lo mismo en los puentes de la Huerva, pero todos sin parapeto ni zanjas: por la parte del Ebro, desde la puerta de san Ildefonso hasta frente el convento de dominicos, hicieron con maderos varias encrucijadas para entorpecer el paso á la caballería.

CAPITULO V.

De como el general Palafox salió de Zaragoza. — Estado crítico de la ciudad en la mañana del 15 de junio. — Los franceses atacan las puertas del Portillo, Carmen y santa Engracia, cuyo choque es mas conocido por la batalla de las eras.

Llegó el dia 15, y á pesar de tanto desastre todos trabajaban con un ardor inconcebible. Á las nueve, Palafox, desconfiando del éxito, dirigió un oficio al teniente de rey don Vicente Bustamante encargándole el mando; y en seguida, tremolando un pendon con la efigie de nuestra señora del Pilar, para ver si á la vista de aquella imagen se inflamaban mas los zaragozanos; quejándose de la dispersion del dia anterior, marchó, manifestando que iba á recorrer los puntos. El marques de Lazan permaneció hasta las tres de la tarde; y viendo que no podia adquirir ninguna noticia exacta, salió por el camino de Valencia acompañado de don José Obispo. Los regidores celebraban ayuntamiento, y habiendo entrado Bustamante les entera de lo ocurrido, añadiendo sabia iban á llegar los franceses; que él no tenia tropas, ni con qué defenderse, y que en tal apuro meditasen el partido que deberia adoptar. Los pocos regidores que asistian, conociendo el peso de aquellas razones, acordaron que aquel asunto debia tratarse en ayuntamiento pleno, y que ademas era preciso reunir las autoridades, sugetos de distincion, curas párrocos y lumineros. Designaron la hora de las dos

de la tarde, y los mismos capitulares quedaron en avistarse, para evitar tergiversaciones, con las personas mas distinguidas. Algunos ciudadanos propusieron que los cañones estaban mal distribuidos en el Mercado, plaza del Pilar y otros parages, y se acordó que varios religiosos, eclesiásticos y regidores hiciesen conocer al paisanage debian llevarlos á otros puntos. Insinuada la especie, condujeron los tres que habia en el Mercado á la puerta del Carmen, el de la calle de Predicadores á la del cuartel de Caballería, y los de la plaza del Pilar á la del Sol, pues la del Portillo, santa Engracia y Angel estaban ya provistas. Aspillararon las tapias y paredes, y destinaron artilleros, á quienes, despues de exortarlos y gratificarlos, les dieron una pequeña porcion de municiones.

Antes de pasar adelante, será oportuno dar alguna idea de las inmediaciones de la capital. La Casa blanca dista media hora de Zaragoza; desde ella hay un camino real anchuroso, y á la derecha otro mas hondo, y resguardado por ambos lados de espesos y dilatados olivares: los dos caminos se reunen á distancia de unos trescientos pasos de la puerta del Carmen, sita al Medio dia, en cuyo punto divisorio existia el convento de capuchinos. Á la derecha é izquierda de la puerta del Carmen, saliendo de la ciudad, hay una calle ó paseo: la de la derecha forma una línea recta hasta el puente del rio Huerva, y la de la izquierda otra igual, en la que, caminando al Poniente, habia un convento de trinitarios, y despues sigue hasta el castillo ó puerta del Portillo, frente á la que se hallaba el convento de agustinos descalzos; todos edificios crecidos. La línea de la puerta del Carmen, á derecha é izquierda, ó lo que formaba el muro, eran unas tapias muy bajas del convento del colegio de carmelitas y de las religiosas de la Encarnacion, que son los dos primeros que hay entrando por aquel punto en la ciudad; despues es-

taba la torre llamada del Pino, que formando un ángulo regular abrazaba dichas tapias y las que igualaban y unian con la puerta de santa Engracia, todo muy endeble. Por lo que hace al punto de la puerta del Portillo debe observarse que á corta distancia está el castillo, edificio cuadrado de buena estructura, con su gran foso, que posteriormente se ha cegado, y fortines. Al fin de la línea estaba el convento de agustinos; y el camino recto desde la puerta pasado el castillo, se divide en dos, uno que va en derechura á Alagon y otro á la Muela. Á la derecha de la puerta del Portillo, formando la línea del circuito de la ciudad, la iglesia de este nombre; sigue el cuartel de caballería; y luego el edificio de la Misericordia: á la izquierda las tapias de las huertas de los conventos de religiosas de santa Lucía, santa Ines y las Fecetas, que enlazan con la puerta de Sancho, frente al rio Ebro, por donde está el camino llamado de san Lamberto, que viene á unirse al mencionado de Alagon, y es mucho mas profundo. Parte de las tropas imperiales venian por el camino de Alagon; pero al llegar á la venta de Cano se dirigieron ácia el de la Muela y casa de paradas de Merenchel. Á las nueve de la mañana aparecieron por el cajero del canal ochenta soldados de caballería, y por la parte de las viñas venian haciendo fuego algunas guerrillas. Á los primeros les saludaron los cañones situados en la loma, dirigidos por el sargento de artillería Mariano Lozano. Á pesar de que la mayor parte de los que ocupaban aquel punto eran paisanos, sostuvieron el fuego largo rato con bastante serenidad; pero observando que avanzaba el enemigo por las viñas, y que las tropas francesas divididas en dos columnas, la una por el cajero, y la otra por el camino de la Muela, escoltadas de la caballería, comenzaban á hacerles fuego con un cañon, clavaron los nuestros y se replegaron á la Casa blanca. En ésta hacian de

gefes los guardias don Juan Escobar y don Juan Aguilar. Junto al embarcadero habia dos piezas bajo la direccion del oficial de artillería don Ignacio Lopez, contribuyendo á disponer lo necesario el de ingenieros don José Armendariz. Luego que don José Obispo llegó con los que le siguieron desde el puente de la Muela, se parapetaron sobre la derecha; y el brigadier don Antonio Torres con todo el batallon de su mando prolongaba la misma línea, ocupando una extension bastante regular. Apenas divisaron al enemigo, lo recibieron con un vivo fuego de cañon y de fusilería; pero ocurrió la fatalidad de reventarse uno de los dos cañones y quedar el otro inservible por haberse descompuesto la cureña. Bien los reemplazaron, pero el enemigo comenzó á hacer fuego con los suyos, y esto produjo algun desorden. El brigadier Torres reconvino á un paisano para que hiciese su deber, y éste le hirió en un brazo con la bayoneta en términos que tuvo que retirarse. Algunos salieron á tirotearse, y habiendo avanzado mas de lo regular Antonio Navarro y Tomas Perez ácia la altura de santa Bárbara, á su regreso, cuando el enemigo se dirigia á la Casa blanca, dieron muerte á un oficial, á quien ocuparon una brújula y algunos instrumentos que denotaban ser ingeniero que iba reconociendo el terreno, los que presentaron al teniente rey.

Luego que observó el sargento mayor del tercer tercio don Alonso Escobedo, que habia servido en el regimiento de América, que era perdido el punto de la Casa blanca, por haber visto cruzar el Huerva á los franceses para dirigirse á Torrero, partió á defenderlo, y comenzó á tomar las medidas mas activas. Estaban vacilantes los cuatro artilleros y quinientos paisanos que allí habia; pero estimulados cobraron ánimo; y viendo situados cuatro cañones en sitio inoportuno, envió dos, que condujeron á brazo á la puerta de santa Engracia, y colocó los otros dos sobre el

puente de América. Estando en estas operaciones llegaron don Francisco y don Matías Tabuenca, y echaron y cargaron dos floretes para volarlo caso necesario. Antes de aproximarse expidieron los franceses avanzadas de infantería y de caballería ácia Torrero, y por todas las demas avenidas. Apenas estuvieron á tiro los que se encaminaron por el cajero del Canal al puente de América, comenzó á obrar la artillería y volvieron grupa, tomando el camino hondo que sale á la falda del monte, desde donde partieron en derechura ácia el puente de la Huerva. Como en éste habia tambien cañones, volvieron en seguida á dar cuenta de sus descubrimientos.

Á esta sazon los regidores, magistrados y demas personas distinguidas iban azorados á la sala consistorial, en que habian convenido reunirse para resolver en vista de la exposicion del teniente rey Bustamante lo que deberia practicarse. La situacion no podia ser mas apurada y desastrosa: cincuenta artilleros, pocas municiones, tropa casi ninguna. El enemigo, enseñoreándose por la llanura, desfilaba sus columnas por todas partes, y avanzaba sin oposicion: en las calles y plazas no se veían mas que gentes mal armadas, paisanos acalorados, que cada uno era un general, soldado, y árbitro de decidir de todo. Así es que hicieron presos á cuantos conceptuaban traidores, cuya suerte cupo al benemérito coronel de ingenieros don Antonio Sangenis porque le vieron hacerse cargo por la mañana de las tapias y terreno que circuye á la capital, privándose de sus luces y talentos tan necesarios, y mas en sazon de que no habia quien le substituyese. Como quiera, el ayuntamiento iba á comenzar su sesion, cuando de improviso aparecen algunos paisanos enristrando sus trabucos; abren la puerta, y les hacen despejar el sitio, diciendo iban á ocupar los balcones para hacer fuego al enemigo: con esto se retiraron á sus casas, esperando el término

de tan singular y extraordinaria escena. El cabildo á la hora acostumbrada comenzó á celebrar sus horas canónicas: pero orillemos las ocurrencias de lo interior para referir los sucesos mas sorprendentes y heróicos que pueden concebirse. Triste cosa es hablar de luchas y combates, de muertes y desolaciones; pero cuando tienen un fin tan glorioso como la del 15 de junio, y se sostienen por evitar el yugo de la tiranía, el corazon que palpitó de cólera en aquellos momentos percibe un dulce placer al recordar las desventuras en que tomó parte, y de que fue testigo.

Esparcido el rumor de que habian ocupado los franceses la Casa blanca, salieron á cerciorarse cuatrocientos paisanos, los cuales, al llegar al punto divisorio de los dos caminos, encontraron á algunos húsares de caballería. Apenas estuvieron á tiro hicieron fuego á los paisanos, y consiguieron herir al que los dirigia. Para empeñarlos volvieron grupa, y poco cautos siguieron avanzando hasta que una descarga de metralla hizo que unos se dispersáran y otros se retiráran por el camino hondo conteniendo á los que les perseguian. Los patriotas llegaron en retirada á las puertas. Los pocos que habia en ellas comenzaron á tomar disposiciones para recibir al enemigo. En la del Carmen cruzaron algunos tablones, y en todas avanzaron las piezas de artillería. Despues que tantearon el terreno se dispusieron á la defensa con la mayor entereza. En las tapias propias del edificio de la casa de Misericordia habia muchos paisanos: otros estaban amagados en las de aquellas cercanías: por la huerta de Atares, la de la Encarnacion, torre de Martinez, del Pino, y toda aquella hilera que va hasta la puerta del Carmen, cuyo convento y colegio, con el del monasterio de santa Engracia y el de las religiosas de la Encarnacion, se veían coronados por rejas, ventanas, y hasta en los tejados, de gente armada, y especta-

dores que no tenian otro objeto que el de ver la pelea. Si se hubiesen ocupado los conventos avanzados de agustinos descalzos, trinitarios y capuchinos que estan en la misma línea, podia habérseles hecho un fuego terrible, y aun ellos lo temian, creyendo alguna prevencion; pero en cada uno de estos sitios apenas habia gente, y los religiosos que los ocupaban, desprevenidos, cerraron sus puertas, esperando el momento de que las quebrantáran los enemigos. Don Mariano Cerezo, viendo perdida la Casa blanca, salvó un cajon de cartuchos, y fue á sostener con sus compañías el ventajoso punto del castillo. Don Santiago Sas, en la puerta del Portillo comenzó á excitar á los patriotas: la confusion reinaba por todas partes, pero nada de pusilanimidad. ¿Qué es lo que ocurre, se preguntaban unos á otros? y los que no estaban en las puertas volaron á las armas; y poseidos de un justo enojo partian á morir en la lid. La torre llamada de Escartin fue el punto de concentracion, pues de allí rompió una columna huyendo los fuegos del castillo, dirigiéndose á ocupar el cuartel de caballería, otra ácia la puerta del Carmen, y la tercera, salvando el convento de capuchinos, á situarse en el olivar hondo, inmediato al puente de la Huerva, que dá al paseo y puerta de santa Engracia. Tan pronto como se movieron las masas, el peloton de paisanos se disolvió, partiendo cada cual á las puertas; y tendiéndose delante de las tapias inmediatas á la del Carmen en dos hileras, á derecha é izquierda, comenzaron el fuego á su arbitrio contra las partidas de guerrilla. El fuego de cañon de la puerta del Portillo y de la del cuartel de Caballería anunció muy pronto que aquel punto estaba amenazado. En la del Carmen los artilleros, apremiados por los paisanos, hicieron tronar los suyos. Esta fue la señal que alarmó los ciudadanos impertérritos; y muchos, aunque fatigados de la jornada anterior, salieron sin demora al encuentro del ene-

migo. El teniente de húsares retirado don Luciano de Tornos y Cagigal, á quien arrestaron los paisanos, al oir la conmocion quebranta la puerta, sale ansioso á explorar lo que habia, halla un tambor tocando generala, empieza á reunir la gente que iba compareciendo, y con su genio fogoso camina intrépido al combate. Don José Zamoray con algunos compañeros de la parroquia de san Pablo corrió veloz ácia la puerta de santa Engracia, y extrajo dos cañones que habia en la torre de Segovia. Don Manuel Cerezo, hermano de don Mariano, reunió otra porcion de gente; y así iban formándose las cuadrillas, cediendo á la opinion y al calor de las expresiones con que los mas valientes publicaban en su lenguage que no habian de entrar los franceses en Zaragoza. No es posible dar una idea cabal de todos los pormenores: lo cierto es que la calle de la puerta del Carmen estaba cubierta de gente, la mayor parte armada; que en aquella masa habia mugeres, ancianos y muchachos; que ora se destacaba un peloton ácia la plaza del Portillo, ora ácia lá puerta de santa Engracia; que unos tomaban los heridos sobre sus hombros, y otros, especialmente las mugeres, trepaban hasta el cañon á dar de beber á los artilleros; que el espíritu reinaba en todos los semblantes, y que se miraba á sangre fria y con envidia al ciudadano exánime y moribundo, que conducian al hospital ó lo retiraban á que exhalase el último suspiro. En tanto que en un extremo los eclesiásticos consolaban y animaban, en otro se suscitaban contextaciones, porque no les dejaban avanzar á las puertas: un sordo murmullo resonaba á la par del estrépito del cañon y de la fusilería: veamos cuales eran las gestiones del enemigo.

He insinuado que una columna venia por el camino que va desde la torre de Escartin en derechura á atacar, resguardándose del convento de agustinos, la puerta del Portillo. El capitan Cerezo y sus valientes los recibieron

con entereza, y la metralla dejó á algunos sin vida. Fuese añagaza ó cobardía, volvieron la espalda: los patriotas comenzaron á seguirlos, pero á pocos pasos una descarga reventó el cañon, quedando herido, entre otros, uno de los hijos de Cerezo, y retrocedieron ácia la puerta. Creyendo lograria mejor éxito, el enemigo atacó el cuartel de caballería con el fin de apoyarse. En la primera puerta no habia sino un cañon: los franceses con la mayor destreza, orillando la direccion del fuego, consiguieron esparcidos aproximarse: por el pronto habia pocos escopeteros; no obstante, caían algunos exánimes en aquella llanura: las voces de que aquel punto corria riesgo hizo acudir á varios defensores: como las tapias de la casa de Misericordia forman una cortina dilatada, y desde trinitarios no les incomodaban, los que lograron arribar á ellas, que fueron pocos, iban avanzando con el objeto de internarse en el cuartel: los cañonazos de una y otra parte resonaban sin interrupcion, y un humo denso cubria la atmósfera. El coronel de caballería don Mariano Renovales, que habia llegado el dia anterior conduciendo catorce soldados á sus expensas, y reunídose á los patriotas en la Casa blanca, llegó á la casa de Misericordia; y el teniente Tornos colocó su gente por los corredores del cuartel, donde habia otros muchos paisanos que hacian fuego. Cuantos avanzaban, otros tantos servian de blanco á sus acertados y repetidos tiros. En esto algunos franceses, resguardados de las tapias, entraron en las cuadras que hay inmediatas: unos suben las escaleras; otros, confundidos no saben que hacerse: los paisanos dan tras ellos con un furor indecible, y todos por fin pagaron su temeridad con la vida; y los que avanzaban, compelidos á seguir los primeros, creyendo reinaria el terror, hallaron mil fusiles asestados que despedian la muerte, y quedaron exánimes sobre la arena. La gran columna estaba inmóvil; á lo lejos

reflejaban los rayos del Sol en las erizadas bayonetas: cuando maniobraban, parecia iban á desprenderse como un torrente; pero los defensores, cuanto mas cercana estaba la presa, mas se cebaban y complacian. El teniente de dragones del Rey don Manuel Viana, y Cerezo, distribuyeron los paisanos, dirigieron la artillería, y dieron aquellas disposiciones mas del caso para sostener la lucha en la puerta del Portillo; y el presbítero Sas con su entereza infundió en todos un valor y teson de que no cabe dar idea. La columna del centro llegó á trescientos pasos de la puerta del Carmen. Las compañías de cazadores comenzaron á dar carreras: algunos llegaron casi á tocar el cañon, pero allí mismo perecieron. Observando que las guerrillas no arredraban al paisanage, y que habian perecido algunos en estas tentativas, comenzaron á avanzar. Por el pronto presentaron un fondo respetable: ya que estuvieron próximos se dividieron en hileras, abriéndose al ver el fogonazo con una rapidez increible. Los heróicos zaragozanos prorumpian en voces, y se agolpaban por contenerlos. Segun el feroz aspecto de las huestes francesas parecia que iban á decidir el combate. Los que venian á retaguardia, desde la altura de los ribazos comenzaron, para aumentar la confusion, á hacer un fuego horroroso, que por su alta puntería no causaba daño, y venia á estallar sobre la puerta, cuyas piedras en la actualidad subsisten desmoronadas. Los defensores contemplan al enemigo impávidos, y redoblan sus tiros. Viendo que los cañones no podian jugar por falta de artilleros, los paisanos cargaban, atacaban y cebaban: quién pedia el espolete, quién excitaba á hacer fuego, al paso que otros apetecian esperar dispararlos con mas fruto: aquello era un diluvio de balas: las de cañon pasaban silbando sobre las cabezas de aquel inmenso pueblo, que permanecia en el sitio como el guerrero mas experto. Desengañados los franceses retro-

cedieron, dejando un gefe y un tambor tendidos delante de la puerta de la torre de Atarès, á veinte pasos de la del Carmen, y diferentes cadáveres. Viendo algunos de los que habia en la puerta de santa Engracia que no atacaba el enemigo, resolvieron ir á la del Carmen por fuera; y los que estaban en ella, sin conocerlos, creyendo venian los franceses, dispararon un cañon que dió la muerte á varios paisanos, cuya desgracia fue sobremanera sensible. Á las voces cesó el fuego, y pudieron incorporarse; tal era el desorden que reinaba en aquella tarde lúgubre.

La columna de la derecha del ejército frances vino por la torre de Montemar á situarse en el olivar hondo que hay frente á la del Pino. Con este motivo retiraron los dos cañones del puente y del paseo. El enemigo destacó algunos caballos para esplorar, y desde el monasterio les hicieron fuego, con lo que los contuvieron. Como no avanzaban en ninguno de los ataques de derecha, centro é izquierda, juzgó Lebfevre que aquella nube desordenada echaria á correr en el momento que cargase una porcion de lanceros. Casualmente á aquella sazon las voces de que quedaba sin gente la puerta de santa Engracia hicieron partir á un número considerable de paisanos, con lo que, divididos los defensores, no pudieron impedir el que algunos franceses ocupáran la puerta, clavasen un cañon y trastornasen las cureñas, y que una porcion de caballería entrase y partiese con la velocidad del rayo á galope ácia el punto del cuartel de caballería para apoderarse de aquel sitio. Los jóvenes de algunos tercios comenzaron á perseguirlos, y á lo que llegaron á la plaza del Portillo acometieron á unos por la espalda, á otros por el frente, y á tiros y pedradas les quitaron la vida. Las mugeres mismas cooperaron á la lucha; en cuyo intermedio los demas, aunque cercenados, volvieron á salirse conociendo lo inutil de su tentativa. Viéndose repelidos los franceses en sus

primeros ataques, y admirando el teson de los zaragozanos, trataron de redoblar sus esfuerzos. Como prácticos volvieron á atacar con los mismos ardides el cuartel de caballería. Á esta sazon habian ya conducido á remo los paisanos un segundo cañon que habia en el edificio de la Salitrería, y lo colocaron en una de las dos troneras que enfilaban el camino y las eras del Sepulcro, cruzando sus fuegos los de la puerta del Portillo, y la fusilería que obraba desde el convento inmediato á la misma. Comenzó en esto el choque con un ardor extraordinario é inconcebible: los franceses no titubearon en avanzar á pesar de los infinitos que perecian. Audaces consiguieron entrar por la segunda vez en el sitio, y aun llegaron á la puerta que sale al frente de la plaza de toros: allí fue ver arrojos y proezas de paisanos, cuyo nombre por desgracia quedará sepultado en el olvido. Quién lucha brazo á brazo: quién va en seguimiento por los corredores y estancias: unos en acecho, otros frente á frente, no dejaban respirar un momento á los entrometidos. La muerte volaba en torno de las tapias de Zaragoza, y sus valientes habitantes, infatigables en la defensa, hacian temblar las huestes enemigas. No tenian mejor suerte los ataques del centro y de la derecha. En aquel, cuantos se aproximaron, tantos mordieron el polvo: en éste, los que estaban en el camino de la torre de Montemar, y los situados en el olivar, á pesar de sus continuos y repetidos movimientos, del mismo modo sucumbieron. Como la torre del Pino domina al olivar, aunque resguardados de los árboles, les hacian un daño terrible. En esta perplejidad resuelven, huyendo los fuegos de la torre, presentarse por el paseo de santa Engracia. Los que habia situados en las galerías del monasterio empezaron á contenerlos; pero los paisanos, viéndose faltos de artilleros desmayaron, y algunos abandonaron sus fusiles. El labrador Zamoray viendo aquel desarreglo

les habla con firmeza y los conduce á la pelea. Felizmente aparecieron en aquellos momentos críticos unos pocos artilleros, que recien llegados los distribuyeron por las puertas, con lo que los defensores agoviados tomaron brios. Á este tiempo compareció por los olivares inmediatos al puente de la Huerva el coronel de caballería don Mariano Renovales, quien habiendo salido por la puerta del Angel, y dirigídose al puente de san José, partió con ciento cincuenta paisanos que se le agregaron voluntariamente, deseosos de imitar su ardor y entusiasmo. Renovales colocó su gente en la esquina de la torre del Pino, y sostuvo por su derecha el fuego contra el enemigo por espacio de dos horas, hasta que viendo podia ser cortado por la caballería que desfilaba por la torre de Montemar se retiró á la puerta de santa Engracia; y desde allí comenzaron á sostener un fuego violento, que incomodó á los franceses en términos que avanzaron un cañon y parte de su caballería. El fuego de éste y la velocidad de los caballos, que rápidamente se arrojaron sobre los pelotones de paisanos, les hizo titubear; pero luego comenzaron á tronar nuestros cañones con tanta oportunidad que dejaron á muchos espirantes ó gravemente heridos. Arredrados los franceses con semejante pérdida comenzaron á replegarse, y Renovales con su gente cargó con tal ímpetu, que los desalojó de la torre del arcediano Martinez, haciéndoles cinco prisioneros; y reunido con los de la puerta del Carmen cargaron sobre el flanco derecho de los que acometian, apoyados de dos cañones, y los persiguieron al caer la tarde hasta capuchinos, en cuyo distrito les ocuparon cuatro banderolas, un tambor de orden y cinco piezas de artillería. Al vér que en el único punto que juzgaban debilitado les daban tan tremendas cargas, volvieron por fin á su guarida. En medio de lo caluroso de la estacion, y de la incertidumbre con que todos lidiaban, pues los de una

puerta no sabian si los de las otras se defendian, nuestros combatientes, que solo pensaban en que no habia de entrar en Zaragoza el enemigo, se sostenian con el mayor entusiasmo y heroismo. La situacion no podia ser mas escabrosa. Cuando mas obcecados estaban en contener á los que les acometian, corria la voz de que era preciso reforzar la puerta del Portillo; entonces cada cual seguia su impulso: anunciaban que faltaba gente en la del Carmen, y sucedia lo mismo.

CAPITULO VI.

Sigue la narracion de los sucesos anteriores, y de su resultado.

El enemigo insistia porfiada y tenazmente, y al paso que podia reforzar los puntos y poner tropa de refresco, los paisanos estaban acosados con tan continua y extraordinaria fatiga. Los franceses bajo la direccion del general Lebfevre, y con buenos gefes, tenian municiones; mis compatriotas carecian de ellas: á los primeros tiros faltaron tacos y metralla. El capitan Cerezo con el mayor riesgo trepó al castillo y regresó á la puerta con un cajon de cartuchos: hombres y mugeres dieron trozos de sus vestiduras, y de proviso partieron de entre la muchedumbre emisarios por todas partes. ¡Qué espectáculo ver á los habitantes entregar hierros, vidrios, sogas, añadiendo gratificaciones para que recompensasen las ímprobas tareas de los defensores! Para formar alguna idea de estos esmeros debe saberse que doña Josefa Vicente, esposa de don Manuel Cerezo, ademas de remitir con las mugeres de su vecindario vituallas y refrescos, proporcionó ocho arrobas de hierros para metralla; expresando que si era necesario arrancaria las rejas de su casa. Estefanía Lopez, dedicada á la venta de hierros viejos, llevó diez arrobas y cuantos trapos tenia, lo que fue mas apreciable en razon de que aprontó su corto capital en obsequio de tan justa defensa: su desinterés fue recompensado en lo posible, gratifi-

cándola despues con quinientos reales vellon. El cerragero Ventura Pinos presentó setenta arrobas de metralla; y en seguida asalarió nueve jornaleros y comenzó á trabajar en medio de su avanzada edad, descansando solo dos horas; de modo que el 16 llevó á las puertas treinta y tres arrobas de cuadrillo, todo de su herrería; continuando en esta forma por muchos dias para que no faltase el surtido. De éstos podrian referirse muchos hechos, si no temiese hacer difusa mi narracion. El acopio fue tan rápido, que como por encanto llegaban á todos los puntos hombres, mugeres y muchachos á depositar de consuno al pie del cañon sus espuertas, sin temor al hórrido y continuado silbido de la muchedumbre de balas que los enemigos despedian. ¡Puede darse una escena mas interesante! ¡No es asombroso sostener una lucha tan desigual en medio de tan terribles apuros! Pues la sostuvieron los zaragozanos con una entereza que no tiene igual en la historia.

Confiado Lebfevre en que por último abrumaria con sus repetidos ataques tan admirables esfuerzos, dispuso el que á un tiempo avanzasen por los tres puntos. Los conductores de las órdenes iban á carrera tendida por aquellas veredas y caminos, trepando los campos en todas direcciones. Las columnas se mueven dispuestas á vencer ó morir: la caballería aparece en el puente de la Huerva con ánimo de dar una embestida á los defensores de la puerta de santa Engracia. Algunos en su interior prorumpieron: He aqui el momento fatal de nuestra ruina: llego el inevitable plazo: Zaragoza va á ser sacrificada, sus edificios abrasados; mil inocentes víctimas perecerán á los filos de esos invasores. ¿Cómo resistir despues de cuatro horas á este torrente de aceros que amenazan nuestros pechos? Tal era el resultado que no podia menos de temer todo el que no estuviese demasiado ofuscado y enardecido. Crecian las zozobras, porque como las operaciones eran

casuales, nadie sabia lo que se proyectaba para salir de tan tremendo apuro. Mas ¿cuál fue la dulce y agradable sorpresa de nuestros defensores al ver llegaba de refuerzo el coronel don Francisco Marcó del Pont, que avisado oportunamente, vino con mil cien hombres entre voluntarios y paisanos conduciendo un violento desde las alturas de san Gregorio? Un grito general acabó de inflamar los ánimos comprimidos: ya nadie dudó de la victoria. Este socorro se debió al celo y prevision del presbítero don Pedro Lasala. Los voluntarios, unos se dirigieron al cuartel de caballería, otros con el capitan de dragones don Serafin Rincon reforzaron la puerta del Carmen. En la de santa Engracia, don Mariano Renovales, auxiliado de los subtenientes don Gaspar Allúe y don Mariano Bellido, comenzó á dirigir una porcion de intrépidos paisanos; y en esta disposicion se trabó de todas partes el choque mas encarnizado y horrible. En el ataque de la izquierda llegaron á entrar por la tercera vez en el cuartel; y mientras que unos sostenian el fuego contra los que avanzaban, otros trucidaban á cuantos se les ponian por delante, consiguiendo tomar dos cañones que habian avanzado para acallar nuestros fuegos. En el del centro llegaron tambien á las manos; y los que quisieron internarse cayeron exánimes, pagando bien cara su osadía. La multitud de cadáveres esparcidos por aquellos caminos y arboledas imponia á los que iban avanzando; y muchos se parapetaban de los corpulentos árboles para dañar y herir mas á su salvo á nuestros campeones. Por último, en el ataque de la derecha fueron acometidos por Renovales y sus paisanos de un modo extraordinario. La caballería é infantería llevó sobre sí tremendas cargas, que hicieron muchos claros y esparcieron el horror por todas las filas. El teniente de fusileros don José Laviña con los suyos hizo frente á una porcion de caballería que quiso sin duda empeñarle;

pero se situó por último en la torre de Atares, dejando expedito el camino para que obrase la artillería. Noticioso de que en la hondura del olivar próximo habia franceses emboscados, los acometió y persiguió denodadamente. Amedrentados y confundidos en este punto, abandonaron dos piezas de campaña que habian aproximado ácia la puerta; pero sobrecogidos por el camino llamado de la torre de Montemar, no tuvieron otro recurso que una precipitada fuga. El sol iba á ocultarse en el orizonte cuando todavía continuaba la refriega. El enemigo al ver cómo se aumentaban al proviso los pelotones ó masas de los defensores, al oir un sordo murmullo entre el estrépito de los cañones y de la fusilería, creyó que tenia contra sí un número extraordinario de gente armada. No puede asegurarse cuál era, aunque algunos lo reputaron en cinco ó seis mil hombres; pero su ardimiento y valor equivalia á un duplo, y harto lo conocieron á su pesar las tropas francesas. Cuanto mas peleaban, mas cólera y furor reinaba entre los paisanos, que no se veían satisfechos de derramar la sangre enemiga. La voz de *vamos bien*, que discurria por todas partes, era el único aviso oficial que tenian los defensores para cobrar denuedo. *Vamos bien*; y las mugeres, dando agua y vino, excitaban á todos á que no dejasen un frances vivo. *Ánimo*, les decian, *que el Cielo nos asiste.* Al recordar en este instante aquellas escenas y reflexionar el espíritu belicoso de que todos estaban poseidos, la diversidad de lances, y aquel conjunto de casualidades que parecen increibles, mi admiracion y pasmo crece mas y mas, y no hallo expresiones bastantes para describir los sucesos de este dia. La noche se iba aproximando, y las tropas enemigas, desalentadas, no pensaron ya sino en replegarse al abrigo de sus sombras, despidiendo algunas granadas y mixtos sobre el cuartel de caballería. Los cadáveres esparcidos sobre las eras, olivar hondo

y camino que va á la puerta del Carmen en derechura, patentizaron su descalabro. Los vencedores vieron ufanos retroceder aquellas huestes que venian con tanta arrogancia; y sobre los umbrales de las puertas yacian yertos los temerarios que osaron embestirlas. Abiertas estaban de par en par; pocos fueron los que treparon por el centro, pero menos aun los que consiguieron salvar la vida para dar una idea á los demas del entusiasmo y valor de los zaragozanos.

Si los patriotas ejecutaron tan singulares proezas, no fue menos de admirar la energía en prepararse por los demas puntos, y la serenidad de los habitantes en aquellas horas tan tristes. En la calle de la Puerta quemada formaron una balla ó parapeto, cerrando las avenidas con cuanto podian haber á las manos, y en la parte exterior colocaron cañones para recibir al enemigo. Estos esfuerzos y trabajos los ejecutaron ancianos y personas que no podian por falta de armas concurrir á la pelea. En el puente de piedra y arrabal estaban vigilantes para evitar una sorpresa: en lo interior de la poblacion, unos por celo, otros por huir del riesgo, trataban de remover de sus estancias á todos los útiles: gritos, algazara, golpes en las puertas, esto es lo que incesantemente se percibia. Las mugeres en muchas casas, y aun los religiosos de algunos conventos, acopiaron ladrillos y piedras por si llegaban á internarse, defenderse y morir matando, haciendo de cada casa un fuerte inexpugnable. Cuando comenzaron á pedir algunos metralla, y para gratificar á los artilleros, todo parecia poco á las matronas zaragozanas; que al oir que las de su sexo penetraban por entre los riesgos y peligros, indicaban en su semblante estar poseidas de una plausible envidia. ¿Y como describir el gozo y alegría general cuando al caer la tarde vimos una turba de gente que conducia á la plaza del Pilar algunos caballos y las banderolas de los

lanceros? *Hemos vencido*, exclamaban, *y está por nosotros la victoria*. Entonces fueron muchos eclesiásticos y sugetos distinguidos á las puertas, llevando víveres y vino á los artilleros y defensores. La abundancia fue tal que nadie echó de menos el rancho; y sobre la sangre humeante, y á presencia de los cuerpos mutilados que ofrecia á la vista aquella vasta campiña, se congratulaban del buen éxito de tamaña y arriesgada empresa. Satisfechos los defensores de que los franceses se habian retirado, comenzaron á respirar el aire grato y alhagüeño que inspira el triunfo. Infinitos permanecieron custodiando las puertas, temerosos de que por la noche no intentasen sorprenderlos, porque todavía ignoraban la desastrosa pérdida del enemigo. ¡Cuán erguidos regresaban algunos labradores manifestando los despojos ganados por su valor! Unos llevaban mochilas; otros morriones, sables y alhajas que enseñaban á sus convecinos, los cuales pasmados oian referir en lenguage rústico las maravillas que se habian ejecutado en las ocho horas tremendas que duró la pelea. Los hijos recibieron con algazara al fatigado padre, que bañado de sudor volvia á calmar las agitaciones de su tierna esposa. Otros iban preguntando por los que no parecian; y cuando supieron habian muerto en defensa de la patria, pasado el desahogo del sentimiento natural, entonaban entusiasmados el himno de la victoria. El esmero en retirar los heridos presentó á la sensibilidad el cuadro mas satisfactorio. El pueblo honrado es el que posee siempre las grandes virtudes, y el honor conduce á la gloria. Por eso se inmortalizaron el 15 de junio los zaragozanos. Guiados de estos mismos principios, algunos vecinos y personas de clase comenzaron á patrullar para que todo siguiese con el mismo orden observado en tantas convulsiones. Tambien procuraron extinguir el fuego que con los mixtos habia prendido en el convento inmediato al castillo y cuartel

de caballería. Algunos paisanos mandaron iluminar las casas, y todos los habitantes obedecieron con la mayor prontitud.

Esto es lo que aconteció el 15 de junio, dia memorable y singular por muchos motivos. Zaragoza abandonada, llena de luto con los desastres de la jornada de Alagon, sin mas baluarte que los pechos heróicos de sus ciudadanos, arrolló y confundió unas huestes que tenian asombrada la Europa y hacian vacilar los tronos. ¿Y á qué sazon ocurrió este suceso? Justamente en los momentos y á la misma hora que se celebraba la primera sesion de la junta española en el palacio llamado del Obispo en Bayona. Cuando estaban leyendo los decretos de Napoleon en que proclamaba por rey de las Españas á su hermano José; cuando su presidente, adulando al intrépido guerrero, sentaba enfáticas proposiciones, que la nacion ha desmentido, vosotros, zaragozanos, vengabais el insulto y ultraje hecho al nombre español. Cuando en la insigne Zaragoza no se percibia otra voz que la de la lealtad mas pura y del mas sólido patriotismo, «¿qué es lo que se proponen, decia aquel, esas gentes mal aconsejadas? ¿que vuelvan á dominarlos los príncipes de la última dinastía? ¿Y qué medios tienen para conseguirlo, habiendo de lidiar con un poder á que no han resistido los imperios....? ¡Qué miras tan lejanas, y qué socorro tan tardío! Entre tanto se obra sin plan, sin concierto y sin objeto. ¿Y cuál ha de ser el resultado? No puede ser otro que la ruina y desolacion de los pueblos." Napoleon y muchos de los que usaban este lenguage no creyeron que un pueblo les responderia de un modo el mas heróico y sublime, y que desmentiria sus razonamientos. Ya se ha visto lo que se proponian las gentes mal aconsejadas: evitar el yugo de la tiranía. Faltaban recursos, pero aquella misma tarde quedó vencido el poder á que no habian resistido los mayores

imperios. Sí: se obraba sin plan ni concierto, pero no sin objeto; y aquel desarreglo que á la imaginacion aislada lo abismaba todo, es el que ha producido una trasformacion mágica; y si se han desolado pueblos enteros, la Europa ha recobrado su libertad, y ha socavado y destruido el trono del hombre mas extraordinario del siglo. Es de notar que el presidente terminó su discurso anunciando que no debia dudarse en que la España volveria á recobrar su antigua gloria; y consistiendo en el sosten de su libertad, se ha realizado aquel vaticinio. Otra particularidad digna de notarse ocurrió en este dia, y fue: que el cuerpo de oficiales del segundo batallon de infantería ligera Voluntarios de Aragon escribia á la misma hora que ocurrian estos sucesos en Palma de Mallorca, lleno de entusiasmo patriótico, manifestando no podian sobrellevar aquel estado de inaccion, y que deseaban venir á las manos con el enemigo y vengar á la nacion de tan inicuos ultrajes, suplicando al general Palafox lo reclamase para pasar á incorporarse con el ejército de su mando.

Terminado que fue el combate se anunció al público en esta forma:

Aragoneses: Vuestro heróico valor en defensa de la causa mas justa que puede presentar la historia se ha acreditado en el dia de ayer con los triunfos que hemos conseguido. El 15 de junio hará conocer á toda Europa vuestras hazañas, y la historia las recordará con admiracion. Habeis sido testigos oculares de nuestros triunfos y de la derrota completa de los orgullosos franceses que osaron atacar esta capital. Setecientos muertos, un número considerable de heridos, treinta prisioneros, y muchos desertores que se han pasado á nuestras banderas son el fruto de su temeridad. Hemos tomado seis cañones de batallon, seis banderas y una caja de guerra, varios caballos, fornituras y armas; y no debemos dudar en que el ejército que ha

entrado en Aragon expiará sus crímenes y quedará deshecho. = Continuad, pues, valerosos aragoneses con el ardor y noble espíritu de que estais animados. Ved la heróica conducta de las zaragozanas, que inflamadas todas del amor á su patria, su rey y su religion, corren presurosas á prestaros todo género de auxilio. En breve se os agregarán un sinnúmero de tropas veteranas, que envidiosas de vuestras glorias, y deseosos de tener parte en ellas, vienen caminando á marchas dobles.

Mientras tanto, vosotros todos, clero, comunidades, madres de familia y demas ciudadanos, que ya concurriendo personalmente al combate, ya proveyendo de todo á vuestros conciudadanos, habeis contribuido tan eficazmente á conservar la capital de vuestro reino y la dignidad de la nacion, seguid fervorosos vuestras oraciones al Todopoderoso, é interponed la mediacion de su augusta y santísima madre del Pilar, nuestra protectora, para que bendiga nuestras armas y afiance nuestras victorias, exterminando del todo al ejército frances."

¡Con cuanto interés leían los que no presenciaron de cerca la tremenda lucha el esfuerzo heróico de los combatientes! Veían el felix éxito, le tocaban con las manos, y parecia increible. ¡Como! ¿Es cierto, decian, que esas tropas aguerridas no han podido entrar por las puertas abiertas, y que no han tenido espíritu para superar las débiles tapias que circuyen esta capital? ¿Y no se han internado, teniendo los tres puntos de ataque unos espacios de terreno tan crecidos? ¿Y han muerto setecientos hombres, se han cogido treinta prisioneros, seis cañones de batallon, seis banderolas, una caja, varios caballos, armas y fornituras? Nuestra pérdida, entre unos y otros no llegó á trescientos hombres; advirtiendo que segun la relacion que se dió el 24 de junio, que puede regir con alguna diferencia, aparecieron en clase de heridos, contusos y quemados el

teniente coronel de dragones del Rey don Pedro del Castillo, contuso; el teniente de dicho cuerpo don Jacinto Irisarri, herido; el teniente de paisanos don Mariano Palacios, contuso; el ayudante del tercero de fusileros don Joaquin Montalvan, lo mismo; el alferez retirado don Estevan Retamar, muy mal herido; y el oficial paisano don Juan Sandoval, contuso; diez y siete artilleros, tres quemados, uno contuso, y los demas heridos; dos militares del regimiento de Tarragona, siete de Walonas, dos religiosos franciscos y un agustino heridos; quemado un militar de Borbon, cuatro dragones del Rey, cinco voluntarios, y ciento treinta y un paisanos heridos. Cuanto mas se reflexiona sobre los sucesos de este dia, tanto mas crece el pasmo y la admiracion. Alta y extraordinaria idea formaron desde luego en toda la Península á las voces de la fama alígera de la batalla de las Eras, tomando justamente esta denominacion por haber sido el ataque acérrimo de la izquierda en las Eras; pero es muy limitada todavía, como las demas narraciones de lo ocurrido en la defensa que hizo la capital, modelo del heroismo. Hablan en un lenguage demasiado convincente las ruinas y escombros que existen en los sitios que fueron el teatro de la guerra. He descrito mucha parte de lo que presencié, y encuentro débil mi descripcion, porque no es posible presentar tales escenas con su verdadero colorido. Vosotros defensores, de cualquiera clase y estado, que contribuisteis con las armas, y con vuestro celo y auxilios, recibid el justo homenage que la madre patria y la nacion Española tributan en su admiracion al arrojo extraordinario y al valor sin ejemplo que mostrasteis en el dia 15 de junio. Que los nombres de los que perecieron, y puedan averiguarse, como los de los heridos que llegaron á derramar parte de su sangre, se trasmitan en láminas de bronce á la posteridad. ¿Qué mas hicieron los valientes en el paso de Termopilas,

qué los romanos, qué las naciones mas belicosas? nada' respecto vuestro valor.... ¿Y cuándo, y cómo se ha visto que unos grupos de hombres, de los cuales muchos no conocian el uso ni manejo del arma, mostráran un teson y energía semejante? ¿Cuándo que las mugeres llegáran hasta el pie del cañon, despreciando la muerte, para llevar municiones y refrescos á los artilleros? El entendimiento vacila, la imaginacion se confunde. En este dia los habitantes de la capital se excedieron á sí mismos. ¡Ojalá tuviera cien lenguas para ensalzar tantas proezas! pero mis débiles acentos llegarán á la mas remota posteridad, y al recordarlas derramarán lágrimas de placer las generaciones venideras.

CAPITULO VII.

Nombramiento de comandantes. — El presbítero Sas forma compañías de escopeteros. — Estado de nuestra fuerza. — Los paisanos construyen desaliñadas baterías. — Arribo del marques de Lazan. — Contestacion á la carta que remitió Lebfevre á los administradores de Zaragoza.

El general Lebfevre, que dijo habia de entrar en Zaragoza á pesar de los treinta mil idiotas que querian hacerle frente, se retiró azorado revolviendo en su interior mil funestas cavilaciones. Los franceses venian dispuestos á celebrar el triunfo por nuestras calles, pero retrocedieron abatidos. Aquella noche acamparon junto á las montañas en que está la ermita de santa Bárbara, en la llanura de Val de Espartera, y junto á la torre de la Bernardona. El ardor del pueblo era tal, que faltó muy poco para que saliesen á perseguirlos. La operacion con tropa disciplinada hubiera sido muy del caso, mas los paisanos que se defendieron en las puertas de la ciudad no podian prometerse iguales ventajas en campo abierto. Reinaba entre tanto en Zaragoza el mas profundo silencio, el cual solo era interrumpido por algunos cerrageros que continuaron forjando metralla á fin de que no faltase en los ataques sucesivos. Sus habitantes reposaron como si estuviese distante el enemigo; pero no omitieron fijar centinelas y pedir al menor rumor el *quién vive.* El teniente de rey Bustamante comenzó á dar órdenes. Viendo lo que

el coronel de caballería don Mariano Renovales se habia distinguido en la defensa de la puerta de santa Engracia, le nombró comandante de aquel punto. El intendente Calvo, entrada que fue la noche, dispuso que el teniente capitan don José Gabriel Moscoso lo fuese de la del Portillo; y ambos mandaron al secretario principal don Joaquin García oficiase para que introdujesen la artillería del castillo, y que todas las piezas de pequeño calibre las condujesen á la casa de Misericordia. Luego nombraron los comandantes de las demas puertas. De la del Carmen quedó encargado el teniente del primero de voluntarios don Juan Blancas; de la del Angel, el teniente coronel don Cayetano Samitier; de la Quemada, y batería de san José, el teniente coronel don Francisco Arnedo, que la defendió en la tarde del 15; de la de Sancho, don Francisco de Paula Zapata; y de la del Sol, don Ramon Adriani. El intendente, de acuerdo con el teniente de rey, dirigió un oficio al ayuntamiento comunicándole habia llegado á su noticia que los religiosos de la Cartuja alta la habian abandonado, y que algunos paisanos habian arrebatado enseres y frutos; que podian situarse en aquel punto doscientos hombres y conducir los efectos para la subsistencia de los defensores. La orden para la construccion de baterías fue dirigida al gefe de ingenieros don Antonio Sangenis, ignorando estuviese preso; y así fue preciso ponerle en libertad, dando á entender á los paisanos habian procedido equivocadamente, y en perjuicio suyo. Al paso que estas autoridades tomaban las medidas que juzgaban oportunas, el pueblo, guiado de su luz natural y de su resolucion á resistirse, practicaba otras no menos interesantes. Algunos ciudadanos iban á custodiar las puertas, y no desampararlas, eligiéndose gefe, y procurando el arreglo de guardias y salida de gente para las descubiertas. Así aconteció con especialidad en las de Sancho, Portillo, Carmen y santa

Engracia. En la primera y segunda se situó el intrépido y valiente don Santiago Sas, presbítero beneficiado de la parroquial de san Pablo, á quien se agregaron en la clase de ayudantes el presbítero don Manuel Lasartesa, don Antonio Montori y don Miguel Salamero; pues ya el 14 de junio salieron capitaneando una porcion de paisanos, y el 15 estuvieron en lo mas intrincado de la pelea. Sas que conocia los mas esforzados, eligió una porcion, y formó dos compañías llamadas de escopeteros voluntarios de la parroquia de san Pablo; constituyéndose su comandante, y designando los destinos por el siguiente orden: De la primera nombró capitan á don Pascual Ascaso, teniente á su hermano don José Sas, y subteniente á don Calixto Vicente: de la segunda, capitan don Miguel Sas, teniente don Antonio Barrios, y subteniente don Francisco Ipas. La compañía constaba de dos escuadras, un sargento y dos cabos, y éstas vendrian á componer la fuerza de ochenta y seis á noventa hombres cada una. En santa Engracia el labrador don José Zamoray, auxiliado del comerciante don Andres Gurpide, hacian de gefes de los que se propusieron defender á toda costa el punto de la huerta. Don Miguel Abad, alcalde, alistó trescientos hombres, que destinó á la defensa de la puerta Quemada y la línea que discurre hasta la huerta de santa Engracia, bajo la direccion del comandante don Miguel Oñate. La tropa con que podia contarse el 16 de junio no llegaba á doscientos soldados entre dragones, voluntarios de Aragon, suizos y voluntarios de Tarragona; y los puntos que de necesidad debian defenderse eran ocho, y cada uno necesitaba doble fuerza, porque no podia prescindirse de guardias, descubiertas y retenes: por ello fue indispensable que los paisanos ejecutasen estas fatigas. Cuando la salida turbulenta de Alagon se llevaron todos los víveres, y como los abandonaron, la premura del 15 no dió lugar á dis-

poner lo necesario para el sostenimiento de los defensores; pues aunque los soldados eran pocos, los labradores y jornaleros eran muchos, y debia alimentarse á aquellos valientes que con tanto riesgo habian expuesto sus vidas por defender á Zaragoza. Con la misma actividad, pues, que hacian los preparativos de defensa dispusieron ranchos abundantes para las puertas; y como ademas muchos llevaron cuantos repuestos tenian en sus casas, reinó la abundancia, y todo ofrecia el aspecto de una reunion fraternal, que no conocia otro interés que el de salvar la patria á costa de cualquiera sacrificio.

En el año de ocho fue la festividad del Corpus el 16 de junio. Este dia, destinado al culto, se empleó en preparativos de defensa. Unos iban esparciendo por la calle de santa Engracia, Coso, Carmen y demas los bancos de las iglesias, los armarios y tableros de las tiendas, con el fin de que entorpeciesen el paso á la caballería si en alguna sorpresa llegaba á internarse: otros, armados con espadas, patrullaban: muchos acechaban por las torres con anteojos para avisar los movimientos del enemigo: aquí se veían paisanos cargados con sacas de lana, tablones y pertrechos para formar baterías: allá otros trabajando en hacer cortaduras y parapetos. De madrugada salieron infinitos de todas clases, y vieron por los olivares bastantes muertos, paisanos colgados de los árboles, fusiles y varios despojos, y llegaron sin oposicion por el camino hondo de capuchinos hasta muy cerca del punto divisorio de ambos caminos, en donde el centinela avanzado pidió el *quién vive*, y comenzó á hacerles fuego. La actividad reinaba como si el dia anterior lo hubiese sido de descanso. Con las ramas de los árboles inmediatos comenzaron á levantar endebles baterias; y el gefe Sangenis en los primeros momentos tuvo que acomodarse á las invenciones rústicas de la muchedumbre, y admirar las operaciones de

los paisanos. ¡Qué escena tan sublime contemplar unos hombres que no habian manejado sino la esteva ocupados en proyectos de fortificacion, y formar desaliñadamente con ramas y troncos obras reservadas á los Arquimedes! Creí verme trasportado á la infancia del mundo; y no pude menos de prorumpir: ¡de qué no es capaz el amor á la libertad y el ódio á la servidumbre! Facil es conocer por la conducta de los zaragozanos en los dias 15 y 16 de junio que su ánimo era morir á toda costa, y que no trataron sino de defenderse, pues abandonados, ejecutaron los prodigios que quedan referidos, y las operaciones mas acertadas; operaciones que de otro modo no se hubiesen tal vez ejecutado ni previsto. Los que subieron á las torres observaron que los franceses habian puesto muchas tiendas y barracas en la Val de Espartera, junto al puente de la Muela, y que aparentaban ciertos movimientos con su infantería y caballería. Todos estábamos alerta, porque la superioridad de fuerzas hacia temer nuevas tentativas. Esperándolos pasó el dia; y viendo que enviaban avanzadas, las nuestras les salieron al encuentro. No fue muy árduo organizar guerrillas y partidas de descubierta, pues la mayor parte de los del comandante Sas ó habian sido militares, ó eran diestros escopeteros; y lo mismo sucedia con los de las otras puertas. Al ver los franceses que por todos los puntos salian á buscarles los paisanos, conocieron que en la ciudad habia otra clase de gente de la que se figuraban; y la prueba de que las escenas del 15 sorprendieron á Lebfevre es que no se atrevió á dar nuevo ataque hasta que le vinieron refuerzos. ¡Cuánto no ponderaria la extension de la ciudad, que estaba cercada de anchurosos rios, y dominada por Torrero, de cuyo punto era indispensable apoderarse! Todo lo haria valer para soldar el funesto resultado que tuvo la batalla de las Eras. Los franceses para vengarse hicieron varias

correrías por las inmediaciones. En el monasterio de santa Fé degollaron algunos monges y á los pocos habitantes que encontraron en Cuarte, Cadrete y otros pueblos circunvecinos; talaron, robaron y abrasaron cuanto pudieron haber á las manos.

El interés general que todos los habitantes tomaron para llevar adelante la árdua empresa de resistir al enemigo, sugería mil especies útiles. Desde luego hubo quien observó debia retirarse la pólvora de los almacenes. El comandante Escobedo hizo trasladar una parte á hombros á Torrero, y á seguida la condujeron en cincuenta y ocho carros al edificio de las aulas de primeras letras de la Compañía. Si se difiere esta operacion nos hallamos sin pólvora, pues aunque en los dias últimos del mes de mayo y principios de junio personas de todas clases construyeron cartuchos en la casa de Misericordia, como los paisanos habian hecho un fuego tan horroroso, y obraban en esto sin discrecion, no sobraban municiones; y los enemigos desde luego empezaron á explayarse para tomar conocimiento del terreno, de modo que facilmente la podian haber ocupado. Teníamos sesenta mulas de tiro y dos carros permanentes para el servicio. Cuando la salida de Alagon condujeron víveres; y aunque la mayor parte no volvieron, nada se echó de menos, porque todos concurrian con el mismo ardor y celo á ejecutar el servicio. En el castillo reinaba el mayor orden. El propietario labrador don Mariano Cerezo con sus compañías obraba como el gobernador militar mas expedito. Ademas estaba encargado en clase de oficial don Lucas de Velasco, y en la de ayudante el subteniente de infantería don Juan Antonio Viruete, quienes tomaban las correspondientes medidas. Tambien se salvó una porcion de trigo que habia en Torrero, y gran parte de los útiles de toda clase de sus almacenes, y los efectos de las cartujas. En la de la Concepcion el comisionado don

Bernardo Ascaso extrajo con intervencion del único religioso de obediencia que permaneció hasta los momentos críticos, fray Domingo Comin, todos los efectos y frutos que eran de algun valor. Conociendo el maestro armero mayor Manuel Bosqué que era indispensable un taller para la composicion de armas, despues de ceder generosamente cuantas tenia, lo fijó en la plaza del Portillo, como punto el mas interesante. Por el pronto las maestranzas del canal proporcionaron inteligentes que organizaron un parque en el edificio de la Universidad. Algunos voluntarios formaron compañías de gastadores. Mas adelante fueron destinando á los de los tercios que no tenian armas; y llegaron á contarse setecientos, los cuales, aunque sin práctica, ejecutaron las obras que detallaremos en lo sucesivo.

Hago mencion de tales pormenores, omitiendo otros muchos, para dar idea de que faltaba todo, de las esperanzas que se concebian, y del extraordinario celo y patriotismo de los zaragozanos. La confianza era tanta, que no pensaron en ocultar ni extraer la plata de las iglesias, ni tomar ninguna medida de precaucion; de manera que, considerando podia ser saqueado el convento de trinitarios, que estaba extramuros, el 15 de junio oficiaron al ministro de la religion para que recogiese la plata, dinero y alhajas á fin de conducirlas por un barco á Escatron ú otro parage seguro. La serenidad llegó al extremo de que en los cuatro conventos de agustinos, trinitarios, capuchinos y carmelitas descalzos, que estaban situados extramuros, y con la especialidad de hallarse los tres primeros en medio de la línea de los ataques, permanecieron muchos religiosos durante los choques. En tanto nuestros paisanos no perdian tiempo para pertrecharse y suplir su falta de prevision. El general Lebfevre, figurándose que las personas ilustradas y de alguna autoridad darian oidos á sus insinuaciones, y conocerian que el oponerse al poder de

Napoleon era un delirio, determinó dirigirles una carta; pero como el conductor habia de pedir permiso para pasar á los paisanos, suponiendo que éstos ignoraban las leyes de la guerra, y que si enviaba algun parlamentario estaba expuesto á que antes de ver la carta le diesen la respuesta, comisionó á uno de los soldados de caballería que habia caido prisionero. Este logró internarse, manifestando traía pliegos de importancia. Á esta sazon estaban reunidos en casa del teniente de rey Bustamante las personas mas autorizadas, sin duda para conferenciar lo que debia ejecutarse en unas circunstancias tan críticas. En verdad eran escabrosas. El teson del pueblo de una parte, y el triunfo que acababa de conseguir de otra, ahogaban las voces que podia sugerir la prudencia y los conocimientos militares; éstos no servian para persuadir, cuando estaba tan reciente el dia 15, en que los defensores habian contenido y rechazado al ejército enemigo; y si á esto decian vendrian mas tropas, cuyo ímpetu no podria contenerse, hubiese contestado el pueblo queria morir antes que ceder; y esta contestacion era consiguiente al espíritu y ardor que les poseía. Bien fuese para pesar estas reflexiones, bien para establecer un gobierno y continuar los medios de defensa, se habian reunido; y estando para celebrar la junta, entraron el pliego, que venía dirigido á los administradores de Zaragoza, lo cual produjo varias contestaciones, pues unos querian abrirlo y otros enviárselo á Palafox. Sobre esto, y sobre la presidencia, que unos querian darla al corregidor, y otros al teniente rey, hubo varias discusiones; y por último prevaleció la idea de remitir el pliego á Palafox. El mismo soldado manifestó le habian dado varias proclamas para que las esparciese. Los ciudadanos no pensaban sino en prepararse para contrarestar las fuerzas del enemigo, y el intendente Calvo en fijar la autoridad y ver como podia sostenerla. Ofreció remitir el pliego;

y para dar una idea al público (mientras se disponia la respuesta para el general Lebfevre) de lo ocurrido, el 18 amaneció un bando con ocho artículos, que decia:

«El ejército frances, acostumbrado al robo y la perfidia, ha empezado á ejercer en nuestro territorio toda su perversidad. En los lugares por donde ha transitado con el designio de atacar la capital de Aragon no hay género de infamia que no haya cometido; ha batido con artillería los templos, ha profanado sus altares, robado los vasos sagrados, y cuanto ha encontrado en los pueblos; ha fusilado algunos de sus habitantes por solo inspirar terror; viene sembrando proclamas hechas en Bayona, ó inventadas en España; y aun tiene valor de pretender seducirnos con engaños. La falsedad y la perfidia son sus armas; las conozco, y conozco tambien á los traidores; tengo documentos originales que comprueban sus crímenes, y los anunciaré á su tiempo para vergüenza suya y para desengaño de todos. Estamos, pues, en el caso de vengar á nuestros conciudadanos, de conservar nuestra santa religion, la vida de nuestro Rey y la existencia de nuestra patria; pero hagámoslo como hombres, y no imitemos la vil conducta de esos pérfidos, tiñendo con sangre de inocentes nuestra espada. Para ello, y para disponer lo conveniente á la defensa de esta ciudad, reunir y organizar fuerzas, y atacar á tan viles enemigos, me he situado á corta distancia, en donde, menos distraido, me ocupo en trabajar noche y dia: y para que mis tareas y combinaciones tengan todo su efecto, se logre el triunfo á que todos aspiramos, y que me asegura vuestro valor, mando........ Á seguida se leían ocho artículos, relativos á que el soldado frances que no rindiera las armas fuese degollado; que los militares se presentasen en el cuartel de Convalecientes ante el comisario de guerra don Pedro Aranda; que el estado mayor fijase la fuerza necesaria para hacer la

defensa de todos los puntos; que se diesen razones de los gefes, tanto militares como paisanos; que los de los pueblos saliesen á recoger sus cosechas; que se vigilase é hiciesen rondas; y últimamente, que la junta militar, compuesta de los individuos nombrados y que se agregarian, fijaría los sueldos y arreglo para hacer el servicio." = El intendente Calvo comenzó así á cimentar el mando; pero, á decir verdad, la muchedumbre creía que todo lo debia esperar de su heroismo.

Como el general Palafox estaba situado, segun el bando, á corta distancia, enterado del feliz resultado del dia 15, dispuso enviar al marques, quien llegó á Zaragoza el 18, y tambien contestó á la carta del general Lebfevre, incluyéndole un ejemplar del manifiesto de 31 de mayo, y otro del bando indicado; cuya contestación llevó al campo el edecan teniente coronel don Manuel Ena, concebida en estos términos:

«Zaragoza, en mi cuartel general, 18 de junio de 1808. = Excelentísimo señor: = Si S. M. el Emperador envía á V. E. á restablecer la tranquilidad que nunca ha perdido este país, es bien inutil se tome S. M. estos cuidados. Si debo responder á la confianza que me ha hecho este valeroso pueblo de Aragon, sacándome del retiro en que estaba para poner en mi mano su custodia, es claro no llenaria mi deber abandonándole á la apariencia de una amistad tan poco verdadera. Mi espada guarda las puertas de la capital, y mi honor responde de su seguridad; no deben, pues, tomarse este trabajo esas tropas que aun estarán cansadas de los dias 15 y 16: sean enhorabuena infatigables en sus lides; yo lo seré en mis empeños. Lejos de haberse apagado el incendio que levantó la indignacion española á vista de tantas alevosías, se eleva por puntos. Se conoce que las espías que V. E. paga son infieles: gran parte de

Cataluña se ha puesto bajo mi mando: lo mismo ha hecho otra no menor de Castilla: los capitanes generales de ésta y de Valencia estan unidos conmigo. Galicia, Extremadura, Asturias y los cuatro reinos de Andalucía estan resueltos á vengar sus agravios. Las tropas francesas cometen atrocidades indignas de hombres, saquean, insultan y matan impunemente á los justos que ningun mal les han hecho; ultrajan la religion, y queman las sagradas imágenes de un modo inaudito. Ni esto, ni el tono que V. E. observa, aun despues de los dias 15 y 16, son propios para satisfacer á un pueblo valiente. V. E. hará lo que quiera; yo lo que deba. = B. L. M. de V. E. el general de las tropas españolas = José Palafox y Melci."

CAPITULO VIII.

Ei enemigo construye una batería en una altura inmediata. — Arriban varios soldados del regimiento de Extremadura. — Amplíase la junta militar. — Se guarnece el punto de Torrero. — Batalla de Epila.

Conforme iban tomando los franceses conocimiento del terreno extendian sus avanzadas; y habiendo llegado á la altura llamada de la Bernardona, distante trescientas toesas de la ciudad, dieron muestras de comenzar á construir en ella una batería. En su vista, el comandante de ingenieros Sangenis trazó al frente un reducto cuadrado, abierto por la gola, de treinta varas de largo. Al parapeto de ésta, como al de todas las demas obras de defensa, le dió nueve pies de espesor, y doce de ancho al foso; arreglando estas dimensiones por la calidad de las tierras, premura del tiempo y calibre de la artillería que el enemigo emplearia regularmente contra las tapias de la ciudad. Sus partidas de guerrilla avanzaban entre tanto por el camino del barranco de la Muerte para tantear aquellas posiciones y atacar el punto de Torrero. Los paisanos luego descubrieron sus intentos, y se propusieron defenderle. El 21 ejecutaron los enemigos su descubierta hasta los almacenes de la pólvora. La artillería situada en el puente de América comenzó á obrar, pero no pudo interrumpir su marcha; y llegaron á cortar la cadena de la alcantarilla, en donde dejaron una porcion de proclamas, para que co-

giéndolas los campesinos las difundiesen. Don Francisco Tabuenca cerró las alcantarillas del paso del ganado de la Cartuja y la de la Torrecilla; para lo que, y formar pantanos, soltó las aguas que hay en el barranco de la Muerte, junto á los almacenes, que eran pasos todos precisos para poder flanquear el monte Torrero. Á este objeto dispuso que los paisanos del Burgo y los segadores que trabajaban en los campos de la ermita de nuestra señora de Zaragoza la vieja cerrasen las alcantarillas; y para sostener los trabajos salió una guerrilla de tiradores por cima las parideras de Baerla y Sástago, que se tiroteó con los franceses; y aun fue tal la sorpresa de éstos, que huyeron, abandonando algunas prendas de los ranchos que tenian prevenidos. El mismo Tabuenca situó una gran guardia de paisanos en la torre de su dominio, sita en la era llamada del Rey. Á fin de organizar alguna fuerza, los comisionados para la formacion de tercios dieron principio de nuevo á sus tareas; y el primer cuerpo se arregló de los jóvenes que no habian salido al ataque de Alagon, cuyas compañías, segun el estado de 21 de junio, constaban de tres tenientes, treinta y un sargentos, cincuenta y nueve cabos, seiscientos treinta soldados, ó por mejor decir paisanos: total setecientos veinte y tres hombres. La junta militar y estado mayor se esmeraban en tomar aquellas medidas oportunas, pues diariamente llegaban unos que desde la jornada del 14 habian estado dispersos, otros que al eco de la formacion de cuerpos venian á tomar parte en la defensa; y así se procuraba aliviar las fatigas de los ínclitos labradores y artesanos. Es indispensable ir paso á paso si se ha de formar alguna idea de los heróicos esfuerzos de los habitantes de Zaragoza, para apreciarlos como es debido.

No puede esplicarse la velocidad con que la fama extendió el feliz resultado de la batalla de las Eras. Esta victoria sirvió de incentivo al entusiasmo patriótico, que te-

nia en convulsion á todas las provincias; y al cerciorarnos de los esfuerzos y sacrificios que éstas hacian, cobraban los defensores mucho mas denuedo. El coronel don Vicente San Clemente pasó á Lérida á principios de junio con ámplias facultades: el ayuntamiento y demas juntas acordaron reconocerle por gobernador militar, pero no político; y habiéndose hecho cargo de aquella plaza, la encontró exhausta de fusiles, con un sargento y ocho artilleros. En esta disposicion estaba Lérida, plaza de tanta importancia para la seguridad de nuestra provincia, estando amenazada por los puntos de Gerona, Igualada y Tarragona. Formada una junta de gobierno, pidió á Palafox le enviase cuanto antes tropas y un gefe militar, pues se habian ausentado el teniente de rey, el sargento mayor y el ayudante de la plaza, que no merecian la confianza del pueblo. Accedió á lo primero; pero por las ocurrencias posteriores no pudo verificarse lo segundo. Nombrado gobernador don José Casimiro Lavall, tomó el mando el 14 de junio; y la junta ofreció contribuir y auxiliar sus tareas. El levantamiento del somaten en Cataluña arrancó los fusiles que habia; y escaseaba esta arma en todas partes: los pocos artilleros que conservaba la plaza comenzaron á instruir dos compañías de paisanos; y el segundo gobernador don Juan Gonzalez Manrique trató de organizar algunos piquetes de tropas veteranas. Auxiliados ambos del coronel de artillería don José Sangenis, del capitan don Manuel Coscollana y del sargento don Francisco Lamarca, colocó y distribuyó el primero toda la artillería: organizó el segundo diez compañías, que se batieron en los puntos del Bruc y Montblanc: contribuyó el tercero á desempeñar el cargo de ayudante, con lo que se prepararon por si llegaban á ser acometidos. El feliz resultado de los diferentes choques con que los somatenes contuvieron las tropas que salieron de Barcelona con des-

tino á Lérida, y á encontrarse con el ejército de Lebfevre y con el del general Moncey, hizo que se salvasen unas y otras en aquellas apuradas circunstancias; y ya se ha visto qué ventajas tan extraordinarias produjo el heróico levantamiento y sacrificios que hizo la provincia de Cataluña. No puedo omitir que el 19 de junio celebró su primera sesion la junta suprema del principado en el palacio episcopal de Lérida, á donde concurrieron los diputados de Cervera, Talarn, Urgel, Manresa, Vich, Mataró, Villafranca, Tarragona y Tortosa. Fue presidida por el ilustrísimo señor don Gerónimo María de Torres; y entre otras cosas decretaron el pronto levantamiento de cuarenta mil hombres; y nombraron capitan general de la provincia al señor Vives. He indicado el deplorable estado de Lérida para dar idea del descubierto en que estábamos por esta parte, é inferir cuál seria el de las demas plazas; pero volvamos la atencion á las empresas de los valientes y heróicos zaragozanos.

Llenos de ardor inconcebible, continuaban las obras de fortificacion; y cuando supieron que iban á reunírseles unos pocos soldados del regimiento de Extremadura, salieron á recibir á sus hermanos de armas con la mayor alegría. Una de las medidas fue escribir á Tárrega al militar don Domingo Larripa; y luego que recibió el oficio, el 11 de junio, resolvió venir con los oficiales y soldados que estaban á sus órdenes, como lo verificó, entrando por la puerta del Angel trepando por una multitud de pueblo que interrumpia su marcha con las aclamaciones de un sincero júbilo. ¡Cuál fue su sorpresa al llegar á un pueblo de valientes y observar el espíritu enérgico que animaba á todas las clases! Pero como no era menor el que los conducia á tomar parte en sus hazañas, siguieron la gloriosa senda que habian emprendido sus compatriotas para arribar al templo de la inmortalidad.

La junta militar constaba de los excelentísimos señores don José Palafox y Melci, presidente; don Antonio Cornel; Marques de Lazan; del intendente del ejército y provincia de Aragon don Lorenzo Calvo de Rozas; del inspector de infantería el brigadier don Raimundo Andres; del de caballería don Ramon Acuña; del mayor general de infantería brigadier don José Obispo; del de caballería don Tomás de Mateo; del comandante y coronel de fusileros don Antonio Torres; del de artillería don Francisco Camporedondo, y del de ingenieros don Juan Consul; desempeñando el destino de fiscales militares el teniente coronel don Francisco Marcó del Pont, y el de igual graduacion don Rafael Estrada; á los que se agregó el señor don Diego María Vadillos, magistrado de la audiencia. El marques de Lazan en ausencia de su hermano, á una con los gefes componentes esta junta, iba tomando aquellas disposiciones mas necesarias para cooperar á la grande obra de hacer frente á los enemigos: el celo de los ciudadanos las facilitaba, y todos proponian especies y proyectos.

Á la misma faz del enemigo se comenzó á formar una batería en Buena-vista, cuya altura, aunque dominada por otras, podia servir para defender las avenidas de Torrero. Terminada, colocaron tres cañones ademas de los dos que habia en el puente de América. La conservacion de este punto fue cometida al capitan graduado de teniente coronel don Vicente Falcó, con un oficial, un sargento, dos cabos y sesenta soldados del primero de voluntarios de Aragon, y ademas unos ciento cincuenta ó doscientos paisanos. Por si intentaban vadear el Ebro se situaron dos cañones á la otra parte del puente; y ocuparon el punto un oficial, dos sargentos, cuatro cabos y sesenta soldados, tambien del primero de voluntarios, con varios paisanos del arrabal. Los franceses continuaban los trabajos en el

alto de la Bernardona, y pidieron grandes refuerzos. En este intérvalo tuvieron noticia de que el general Palafox habia reunido una porcion de tropa veterana y bastantes paisanos de los alistados en el partido de Daroca y Calatayud, y destacaron una columna volante para perseguirlos. Como Calatayud es un punto de carrera, se agolpó allí de todas partes tropa de línea; y don Francisco acogió á los detenidos por el baron de Wersage, y fue á reunirse con su hermano en la villa de la Almunia. Allí estaba con el general Palafox el conde de Galvez, que con otros quiso disuadirle del proyecto de pasar á la villa de Epila, que no era punto militar para esperar al enemigo con tropa, la mayor parte paisanos inexpertos. Tuvieron una junta, en la que, despues de varios debates, determinarón marchar á Epila, y desde allí á Zaragoza. Nuestra fuerza el dia 22 de junio consistia en diez y nueve capitanes, cincuenta y nueve tenientes, quince subtenientes, diez y ocho alféreces, dos mil doscientos treinta y cinco hombres entre sargentos, cabos, tambores, trompetas y soldados, y en trescientos sesenta y tres caballos. No refiero, por no hacerme difuso, los diferentes cuerpos de que se componia esta reunion, pero facil será concebir que los habia de muchas clases, como que era una recoleccion de militares y paisanos. El inspector de estas tropas era don Fernando Butron, y el mayor general don José Obispo. Hallándose en Epila se tendió una línea de puntos de infantería y caballería, cuya izquierda, apoyada en el rio Jalon, y discurriendo por las montañas llamadas almenitas de Rueda, terminaba la derecha sobre una paridera del camino de Zaragoza. Por este punto comenzó el fuego el 23 á las nueve de la noche. El oficial de voluntarios de Aragon que lo cubria fue al parecer sorprendido, pues estaban muy sosegados, cuando al anochecer llegó aviso de que se acercaban como unos trescientos franceses, y deter-

minaron hacerles frente. De improviso fue necesario proporcionar piedras de chispa, de que carecian muchos fusiles: extrajeron cuatro cañones que habia en el convento de agustinos, extramuros de la villa: tocaron al arma, y en medio de la mayor confusion colocaron un cañon en el cabezo de la Horca, y la tropa salió á situarse sobre las eras. No estaba alineada la infantería y caballería á sazon que llegaron los franceses; y comenzó el fuego de cañon y fusil, que duraria como hasta la una de la mañana: pero sin saber el motivo comenzaron á fugarse y dispersarse los nuestros, á excepcion de una poca caballería y tropa veterana que se mantuvo con firmeza, consiguiendo imponer al enemigo. Éste, bien fuese por no estar práctico del terreno, bien porque juzgase arriesgado introducirse de noche en un pueblo crecido, ó porque un cuerpo que llevaba de caballería en la vanguardia cayó desordenado sobre su infantería, lo cierto es que se retiró como un cuarto de legua, y acampó á las inmediaciones del cabezo llamado *Putiños*, sobre el camino que va á Zaragoza. Con esto tuvo lugar de retirarse la mayor parte de nuestra tropa, y tambien Palafox, que con sus oficiales, edecanes y demas gefes vadeó el Jalon, dirigiéndose por Salillas al pueblo de Ricla. La falta de serenidad, lóbreguez y desorden ocasionó mas desgracias que el fuego de los enemigos. En aquella noche desastrosa casi todos los habitantes huyeron, abandonando sus hogares; y esta triste escena no era mas que presagio de otra todavía mas lúgubre. Viendo la dispersion, y temiendo un resultado mas funesto, se dispuso subsistiese alguna tropa; y reforzaron por derecha y centro los puestos avanzados con un batallon de tropa de línea de diferentes cuerpos, al mando del coronel Casaus, á fin de contener al enemigo. La caballería lo estaba al del comandante don Francisco Ferraz, al otro lado de Rueda, sobre la derecha del Jalon. Los encargados de

esta empresa comenzaron á tomar, entrada la noche, sus medidas. Trasladaron el cañon colocado en el cabezo de la Horca al del Calvario, y llevaron dos mas con mulas que tomaron de las casas de los labradores; destinando á seis artilleros con algunos pocos soldados y paisanos, á los que proveyeron de un cajon de municiones para defender aquel punto. Á las tres de la mañana dispusieron los franceses, que serian dos mil infantes y trescientos caballos, su ataque de derecha, centro é izquierda; y desviándose de la direccion de los fuegos, por ser un terreno llano, parte caminaba á ocupar la altura, y parte avanzaba sin la menor oposicion. La vanguardia, ó por mejor decir, los que ocupaban aquellos puntos, resistieron con teson, pero al último tuvieron que ceder. La batería dirigida por el comandante don Ignacio Lopez hizo algunas descargas; pero falta de apoyo, por haberse retirado el cuerpo principal, fue tomada á poca costa, y efectuaron la retirada con algun orden, pues nuestra caballería contuvo los esfuerzos de la enemiga hasta que se salvó la infantería, y despues á retaguardia partieron al monasterio de Ródanas, y de allí á Calatayud, para reunirse con Palafox. Entraron en Epila los franceses el 24 por la mañana; y aunque estaba el pueblo casi desierto, subsistian el cura párroco, algunos paisanos de ambos sexos, niños, y los enfermos del hospital. Aquellos vándalos comenzaron á derribar puertas y tabiques, llevando el horror y la devastacion por todas partes. El cura don Domingo Marqueta fue asesinado, y mas de treinte y seis personas degolladas. Saquearon á su comodidad, arrojando los muebles y efectos por las ventanas á la calle, con lo que quedaron reducidas á la miseria un sin número de familias. En medio de estos horrores hizo la suerte que los que subieron á la casa hospital respetasen á los diez y seis infelices que yacian en el lecho del dolor, y al cirujano, que en el acto manifestó

ocuparse de su curacion. Cinco horas duró aquella tremenda y cruenta escena. Convocados para partir, no habia quien los arrancase de las casas; y fue indispensable dar las órdenes mas estrechas, y destacar al efecto partidas de caballería. Por fin salieron; y dos que quedaron embriagados, y que iban tiroteando por las calles, los desarmaron, y remitieron escoltados al cuartel general de Lebfevre. Al dia siguiente el repique de campanas anunció la marcha de los franceses, y los vecinos comenzaron á volver de los montes á ser espectadores de la destroza de sus casas y pérdida de sus intereses.

CAPITULO IX.

Nuestras guerrillas se tirotean con los franceses. — Añagaza de éstos. — Contestacion del marques de Lazan. — Junta general de las autoridades y personas distinguidas. — Juramento de los defensores.

El acaloramiento y efervescencia de los paisanos era tal, que no reposaban un momento; y su imaginacion les ofrecia ideas muy singulares. Tengo presente, entre otras, que viendo algunos los destacamentos de caballería en el alto de la Bernardona, propusieron debian ponerse en las zanjas tablones con clavos, llamados mantas, y cubrirlas de abrojos y zarzas; y otros, hacerse banderillas de fuego para dispararlas á los caballos; á lo que el gefe Sangenis contestó que lo de los tablones podia ejecutarse; y á seguida tomaron carros para ir á buscarlos á Torrero y otras partes con una actividad que no puede concebirse.

El dia 24 fue atacada la descubierta que á las tres de la mañana salió de la puerta de Sancho por el camino hondo que va ácia san Lamberto, compuesta de cincuenta hombres á las órdenes del sargento primero de fusileros del reino don Mariano Bellido. Comenzó el tiroteo de una y otra parte; y observando Renovales se iban empeñando demasiado, los reforzó con noventa fusileros mas al mando de los subtenientes don José Laviña y don Pedro Francisco Gambra, con cuyo auxilio aquellos valientes comenzaron á arrollar al enemigo hasta desalojarlo de la torre llamada de

santo Domingo, que ocupaba. Irritados los franceses de esta preponderancia, cargaron en mayor número; pero Renovales, sin pérdida de tiempo, reunió cien hombres del tercio de Tauste al mando del capitan don Juan Mediavilla, y con un violento partió á su frente y sostuvo el fuego desde las diez hasta la una de la mañana con la mayor intrepidez y valentía. Empeñados ya en una accion, el enemigo dispuso que una columna de granaderos partiese por su izquierda á cortar á nuestros defensores la retirada; y conocida la intencion, la ejecutaron aquellos con el mayor orden, dejando en el campo veinte ó treinta muertos, y habiéndoles hecho una porcion considerable de heridos. Nuestra pérdida consistió solamente en cuatro muertos y once heridos.

Seguia desempeñando las funciones de gobernador militar el marques de Lazan; y aunque no habia una junta de gobierno organizada, se congregaban los gefes militares, las personas de mas autoridad, el ayuntamiento, audiencia, cabildo y otros particulares de distincion, y conferenciaban entre sí, sin descuidarse en solicitar el envio de tropas ó de paisanos alistados, artillería de grueso calibre que se pidió á Lérida, municiones y comestibles. En la tarde del 25 observaron los que trabajaban en la batería del Portillo que habia delante de las tapias del cementerio inmediato al camino de Alagon unos cinco soldados franceses; y fuese los vieran hacer algunos ademanes, ó que creyeron trataban de pasarse, los de la batería les hicieron señas tambien con un pañuelo. Al ver esto los franceses y polacos, avanzan con la mayor serenidad; y el doctor don Santiago Sas con el arquitecto don Tiburcio del Caso, y dos ó tres, salvaron el parapeto y fueron á encontrarse con ellos en derechura. Los del castillo observaban la escena; y noticioso el gobernador don Mariano Cerezo, salió á esplorar. Unos y otros vinieron á encon-

trarse en el camino, frente á la mitad del lienzo ó cortina del edificio del castillo por aquella parte. Los nuestros les estrechaban á que dejasen los fusiles, y ellos á que les siguiesen á su campamento. En estas contestaciones vieron los paisanos que iban saliendo por un costado de la tapia del cementerio doce ó catorce soldados, y que á poco rato apareció un oficial. Siguieron las contestaciones; y viendo que aparentaban querer entregarse, corrió la voz, y la batería se coronó de tropa y espectadores; y los que guarnecian el castillo subsistieron en las aspilleras preparados los fusiles. El intendente Calvo, cerciorado de todo, salió acompañado del edecan del general el teniente coronel don Emeterio Celedonio Barredo y otros defensores. Luego que los avistaron, para seguir la farsa, prorumpieron en aclamaciones de viva España, haciendo ademanes; en términos que se figuraron iba todo aquello de la mejor fé. Para empeñarlos mas expusieron que los que asomaban á lo lejos se les unirian; y con esto avanzaron hasta doblar el castillo, y lograron internarlos en un olivar hondo á la derecha del camino de Alagon. Dado este paso, el intendente conoció el compromiso, y así fue que los franceses usaron entonces otro lenguage; y el empeño era que se avistase con su gefe. Á breve rato lo verificó en el camino situado frente á la puerta del Portillo: estuvieron los espectadores impacientes con las largas, presumiéndose alguna felonía, hasta que al anochecer los vieron retirarse sin que los acompañára ningun frances. Es facil concebir que el gefe con quien trataron haria los mayores esfuerzos para penetrar al intendente de que el resistirles era un desvarío; que los ejércitos españoles habian sido derrotados, y que el Emperador enviaba grandes refuerzos. Tambien le entregó una porcion de gacetas y papeles, encargándole enterase de su contenido al gobernador y autoridades, para que éstas desimpresionasen

de sus preocupaciones á los paisanos. Esta añagaza tenia sin duda un plan mas vasto; pero por fortuna terminó felizmente. Enterado el marques de Lazan de los pormenores de aquella escena, creyó que las proposiciones suscitadas, aunque con harta poca formalidad, no debian quedar sin respuesta, y por medio del mismo edecan Barredo, que salió el 26 por la mañana en forma de parlamentario, le remitió la siguiente contestacion.

«General: El intendente de este ejército y reino me ha trasmitido las proposiciones que Vmd. le ha hecho, reducidas á que yo permita la entrada en esta capital á las tropas francesas que estan bajo su mando, y que vienen con la idea de desarmar al pueblo, restablecer la quietud, respetar las propiedades y hacernos felices, conduciéndose como amigos, segun lo han hecho en los demas pueblos de España que han ocupado; ó bien, si no me conformáre á esto, que se rinda la ciudad á discrecion. Los medios que ha empleado el gobierno frances para ocupar las plazas que le quedan en España, y la conducta que ha observado su ejército, han podido persuadir á Vmd. la respuesta que yo daria á sus proposiciones. El Austria, la Italia, la Holanda, la Polonia, Suecia, Dinamarca y Portugal presentan, no menos que este país, un cuadro muy exacto de la confianza que debe inspirar el ejército frances. = Esta ciudad, y las valerosas tropas que la guardan, han jurado morir antes que sujetarse al yugo de la Francia; y la España toda, en donde solo quedan ya reliquias del ejército frances, está resuelta á lo mismo. Tenga Vmd muy presente la contestacion que le dí ocho dias ha y los manifiestos de 31 de mayo y 18 de este mes, que le incluía; y no olvide Vmd. que una nacion poderosa y valiente, decidida á sostener la justa causa que defiende, es invencible, y no perdonará los delitos que Vmd. ó su ejército cometan. = Cuartel general de Zaragoza 26 de

junio de 1808. = Por el gobernador y capitan general del reino de Aragon, el Marques de Lazan."

Para dar éste un testimonio público de su conducta celebró una gran junta, á la que asistieron gefes militares, regidores, magistrados, prebendados, curas, lumineros, alcaldes, y en fin, de todas las clases y estados. La sesion principió manifestando que, segun los indicios, estaba próximo el bombardeo; noticia que sorprendió á muchos. La cuestion era extraña para la mayor parte de los convocados: sin embargo, acordaron se ocupára á todo trance el punto de Caparroso para interceptar los convoyes. Efectivamente, avisaron que el 19 se habian aprontado en Pamplona cien caballerías, veinte y cuatro pares de bueyes y cuarenta mulas para conducir artillería de grueso calibre, y que el 17 habian salido mil cincuenta y cuatro hombres de infantería con destino á Zaragoza. Despues de suscitar algunas otras especies, resolvieron nombrar personas que, unidas á la junta militar, auxiliasen sus tareas. Hecha la designacion, quedaron elegidos los magistrados don Santiago Piñuela y don Francisco Borja de Cocon; los curas párrocos don Joaquin Mazod, don Antonio Guitarte y don Felipe Lapuerta; y de particulares, don Felipe San Clemente y don Cristoval Lopez de Ucenda. En la sesion del 26, despues de deliberar sobre otros puntos interesantes, acordaron que todos los oficiales y soldados alistados, y los que voluntariamente habian tomado las armas, prestáran juramento en la plazuela del Carmen y puertas de la ciudad. Para solemnizar este acto nombró la junta, y concurrieron, el gobernador del arzobispado don Pedro Valero, el vicario de la Seo don Joaquin Mazod, el regente de la real audiencia don Francisco Borja Cocon, y el decano del ayuntamiento don Rafael Franco de Villalba. Un destacamento del regimiento de Extremadura con su música

seguia á la comitiva, llevando la bandera de la vírgen del Pilar; y formadas las tropas en el punto señalado, el sargento mayor de dicho regimiento leyó en alta voz el siguiente juramento: «¿Jurais, valientes y leales soldados de Aragon, el defender vuestra santa Religion, á vuestro Rey y vuestra patria, sin consentir jamas el yugo del infame gobierno frances, ni abandonar á vuestros gefes y esta bandera protegida por la santísima vírgen del Pilar vuestra patrona?" Una voz general respondió con un ardor y entusiasmo inexplicable: *Sí juramos.* No debian esperar menos los que suscitaron la especie. Cuando las obras acreditan los sentimientos del corazon, cuando todavía estaba humeando la sangre de muchos padres de familias, que sin que hubiese precedido un acto de esta naturaleza habian perecido en defensa de la patria, sin duda creyeron que habia débiles, y por eso realizaron el acto con el mayor aparato, que continuaron por las puertas en los dias sucesivos. En la gaceta extraordinaria que anunciaba estas gestiones insertaron noticias halagüeñas para sostener el espíritu público. Suponian derrotado el ejército frances de Andalucía; á Murat sin saber qué hacerse; Moncey prisionero; un ejército considerable que venía en nuestro socorro: y aunque estas nuevas eran exageradas, lo cierto es que el principio de la campaña no podia presentarse mas ventajoso por todos los ángulos de la Península. Conociendo el enemigo que las proclamas y gacetas no producian ningun efecto, continuaban sus tareas; y unos y otros en esta parte íbamos á competencia, pues los paisanos y militares no reposaban un momento. Las baterías, compuestas con algunos sacos á tierra, iban tomando configuracion; y en Buena-vista habia colocados tres cañones, que el 26 hicieron fuego sobre la Casa blanca con bala rasa.

CAPITULO X.

Prende el fuego en un almacen de pólvora. — Ocupacion de Torrero. — Llega artillería gruesa. — Agregacion de individuos á la junta. — Descríbense las obras. — Mutacion de comandantes. — Estado de nuestra fuerza.

El extraordinario consumo de pólvora exigia que se ocupasen sin cesar eclesiásticos regulares y seculares, y otras personas, en hacer cartuchos. El 27 extrajeron con los carros de la brigada algunos barriles de los doscientos quintales que contenian las escuelas. La negligencia y desaliño era general; y con este motivo, á las tres de la tarde sobrevino una horrenda explosion, que por el pronto heló la sangre de nuestras venas. Al estrépito y terretiemblo todos los habitantes salieron despavoridos á la calle, y muchos pasmados no podian romper la voz al ver la atmósfera cubierta de un humo denso. El edificio del Seminario, obra sólida y crecida, en el que estaba la escuela de matemáticas surtida de libros, globos é instrumentos exquisitos, y hasta catorce casas de la testera, y de las contiguas por la parte de la plaza de la Magdalena, todo se desgajó repentinamente. Volaron las vigas, los carros y los hombres, y cayeron á varias distancias los miembros mutilados de algunos infelices. Unos achacaban el daño al descuido, otros gritaron, *traicion*, á voces descompasadas; y muchos apoyaban la especie: lo cierto es que el efecto se vió; la causa se ignora todavía. De todas

partes concurrieron los ciudadanos á ver si podian salvar á alguna de las víctimas. Yo mismo llegué con pasos vacilantes ácia el sitio. ¡Cielos, cómo describir aquella escena lúgubre! Edificios hermosos convertidos en un cúmulo de escombros humeantes, paredes inclinadas, masas de edificio que iban rodando por falta de apoyo, vigas cruzadas y encendidas; estos fueron los primeros objetos que se presentaron á la vista. Sigo adelante, y colocado sobre las mismas ruinas, mi corazon comprimido apenas podia lanzar un *ay* al escuchar los que salian de varios ángulos. Acá percibia las voces desoladas de seres que todavía conservaban un resto de existencia: acullá las de los patriotas que pedian auxilio para remover las paredes y extraer á los miserables agoviados bajo su enorme peso. Unos estaban pendientes de un trozo de casa que habia quedado sin derruirse, otros cubiertos de tierra y medio sepultados. Á las señoritas de Molina y su madre las desprendieron por los balcones felizmente; y al subteniente de la segunda compañía del segundo batallon del regimiento infantería de África don Antonio Mendoza, que estaba alojado en el Seminario con oficialidad y tropa de los batallones de su regimiento y del Inmemorial del Rey, le extrajeron, haciendo antes una excavacion considerable; siendo uno de los pocos que se salvaron en este tremendo dia. ¡Con qué ardor y empeño acudian todos cuando se descubria un miserable para salvarle la vida! Las mugeres solícitas en número excesivo volaron á traer cántaros con agua para apagar el incendio, mientras que paisanos armados se dirigieron á la almenara que hay en el camino de la torre de Montemar para poner la agua corriente. Fueron bastantes las víctimas que perecieron en tan terrible fracaso. Entre ellas el comisario de guerra don Pedro Aranda, su señora y criados; don Juan Martin de Ballesteros, agente y comisionado que fue de la compañía de Filipinas en Manila y en

Macao, con su señora, cinco hijos y tres criados; una señorita, hija de don José Molina; el procurador don Manuel Sola; y los presbíteros don Vicente Tudó, don Gabriel Lagraba y don José Enjuanes: las pocas que se restauraron fue á costa de muchas fatigas. El intendente Calvo y las autoridades dieron las órdenes mas eficaces. ¡Qué contraste tan singular! De un lado la horrorosa vista de la desolacion, llamas, cadáveres, ayes, gritos lastimosos; de otra un celo encantador y el patriotismo mas sublime. Por fortuna el terretiemblo no causó daño en el Seminario sacerdotal, separado de la línea del conciliar, al que se comunicaba por un arco; pues estando allí acuartelados los voluntarios, que era nuestra mayor fuerza organizada, su pérdida hubiera sido de mucha trascendencia. Con este motivo los trasladaron al palacio arzobispal.

En este mismo dia dispuso el marques de Lazan una salida para desbaratar los trabajos de la batería de la Bernardona; y al intento lo verificó una partida de tropa del castillo y otra de la puerta inmediata; la primera al frente, y la otra á flanquear la derecha, al paso que Renovales los atacaba por su izquierda. Éste tomó doscientos cincuenta hombres, que dividió, encargando parte á don Pedro Francisco Gambra, y parte al capitan don Juan Mediavilla. Todos avanzaron con intrepidez, pero el enemigo reforzó los puestos; y aunque sostuvieron el fuego largo rato, fue preciso retirarse, por la superioridad de fuerzas, escasez de municiones, y porque no concurrieron los que debian ejecutar el movimiento acordado. En este choque quedaron once muertos y veinte y ocho heridos. Luego que el enemigo percibió la explosion se puso sobre las armas, y avanzaron algunas tropas con intencion de ver si las puertas estaban abandonadas para asaltarlas. Creyeron que la falta de disciplina en los paisanos motivaría algun descuido; y aunque muchos indiscretamente exci-

tados de la curiosidad, ó del deseo de socorrer á sus hermanos, dejaron sus puestos, otros subsistieron; y notando los movimientos, una voz general gritó: *á las puertas*, *á las puertas*; con lo que no fue menester mas para que los útiles volviesen sin demora á sus sitios. Apenas se aproximaron los franceses les saludó la artillería y fusilería; con lo que, viendo nuestra vigilancia, desistieron de su idea. Este suceso tan extraordinario acrisola mas el heroismo de los zaragozanos, pues con tantos desastres y motivos para desfallecer no se abatió su espíritu. La explosion ocurrida hubiese consternado á la guarnicion de la plaza mas fuerte; y muchas han capitulado con menos motivo. En Zaragoza, cuando ardian las teas, humeaban los edificios y clamaban las víctimas espirantes, resonaba la voz de alarma, tronaba el cañon magestuoso, y las montañas inmediatas repetian su bronco sonido á lo lejos. En aquellos dias llegaron doscientos artilleros que habian conseguido fugarse con mucho riesgo de Barcelona.

Reforzados los franceses, atacaron el dia 28 al monte Torrero. Este punto, que posteriormente no pudo sostenerse con seis mil hombres, estaba guarnecido como ya se ha dicho. En el alto de Buena-vista, cuya batería estaba principiada, habia solo tres piezas de á cuatro, y dos sobre el puente de América. Los franceses asomaron por el llano de las Sobrinas con intencion de tomarlo uno ó dos dias antes, pero desistieron. Conociendo los nuestros su intencion hicieron en el puente varias cortaduras, y quisieron abrir hornillos para volarlo; pero no dieron lugar, ni habia operarios al intento. Al anochecer lo reforzaron algunos soldados del regimiento de Extremadura. Con estos débiles preparativos creía el pueblo que no era posible apoderarse de aquellas alturas. Amaneció el 28, y desde luego se descubrió una columna que venía por el cajero del canal á tomar de frente la batería de Buena-vista; otra

fue doblando los montes que la dominan, camino de Quarte; y por los olivares hondos de la Huerva apareció la tercera; todas apoyadas por la caballería. La artillería comenzó á obrar inutilmente; pero viendo que iban á ser cortados se retiraron, salvando los cañones. En cuatro horas tomaron este punto; y posesionados de él llegó una columna hasta el puente de la Huerva, que está cerca de la puerta de santa Engracia, y otra hasta el qué se halla inmediato al convento de san José. Las partidas de descubierta fueron rechazadas por ámbos puntos.

Esta pérdida la atribuyeron los paisanos á la inteligencia que suponian haber entre algunos con los franceses; y aunque esta idea no fuese infundada, sin embargo, se aplicaba á todos los sucesos desgraciados, y ponia á Palafox en un conflicto; y así es que á cada momento y horas desusadas iban sus edecanes don Manuel Ena, don Manuel Pueyo, don Mariano Villalpando, don Rafael Casellas, Marques de Artasona, y don Juan Pedrosa, á recorrer las puertas y puntos para cerciorarse de las especies que con este motivo se promovian.

La pólvora existente en los almacenes de las fábricas de Villafeliche consistia en ochenta y ocho arrobas y quince libras de la real, ó de sello azul; doscientas treinta arrobas y once libras de la fina en grano; y trescientas una arrobas y veinte libras de la de municion. Se ofició á don Alejandro Campillo, participándole la desgracia ocurrida, y que luego, luego, sin perdonar gasto, hiciese conducir cuanta fuese posible, escoltada, y con la seguridad debida. Por los partes de los vigías de la línea se sabia que al enemigo le llegaba artillería gruesa y convoyes de granadas y bombas; y el gobernador de Lérida, Lavall, hizo partir el 26 tres morteros, dos cónicos y uno cilíndrico, trescientas balas rasas de á veinte y cuatro, y dos cañones de este calibre con sus cureñas; cuyo convoy salió escoltado

de un cabo, seis soldados y algunos paisanos armados: y encargaba Lavall mucho le devolviesen los soldados y carros. La junta militar con las personas agregadas sostenia todo el peso del gobierno; pero viendo faltaban representantes por el ayuntamiento y cabildo, procedieron á nombrar por el primero al regidor don Manuel Arias y al síndico procurador don Angel Ramon de Oria, y por el segundo al canónigo don Tomas Arias y al doctoral don Joaquin Pascual; y en esta forma continuaron celebrando sus sesiones, dando parte á Palafox, que aprobó dichas gestiones; y esta junta tomó el connotado de suprema. El pueblo estaba fluctuante en sus ideas: una parte creía que con los cañones de á veinte y cuatro y los morteros nada habia que temer: otros, viendo de mas cerca los trastornos que iban á seguirse, se quejaban del desorden y desarreglo. Decian que, ausente el general Palafox, el conde de Sástago era el presidente de la junta gubernativa y el padre del reino; y pedian reuniese los vocales, y que tomase las riendas del mando para consuelo de los infelices aragoneses, que estaban mandados de muchos que no eran patricios. Hasta algunos individuos de la junta no pudieron menos de instar al marques de Lazan para que escribiese á su hermano manifestándole la situacion de Zaragoza. En verdad que no podia ser ni mas escabrosa, ni mas crítica. Ocupado Torrero, tenia el enemigo un facil acceso á las puertas, sin mas óbice que pasar los vados. Las conferencias entre el marques de Lazan, el intendente y otras personas de distincion, eran censuradas por los descontentos. Viendo que á un mal sucedia otro, todo era clamar contra los traidores, y que estábamos vendidos. El pueblo, en suma, era el que daba el tono, y los que tenian la autoridad estaban aislados hasta cierto punto. Querian una junta, y nadie designaba el modo de crearla. El 14 partieron casi todos los nombrados en la reunion

del 9 de junio. El obispo de Huesca escribió desde Calanda, fecha 22 de junio, expresando que al ver era cierta la aproximacion del enemigo, se habia salido paseando hasta la cartuja de la Concepcion; y que viendo que los religiosos y otras personas seguian su emigracion, llegó al santuario de santa María de Zaragoza la vieja, y despues continuó su marcha: que juzgaba faltaria la quietud y seguridad necesaria para celebrar nuevas sesiones, y que le parecia oportuno convocar á parage seguro las personas elegidas en las cortes para componer la junta suprema. El punto interesante que merecia ventilarse, era como resistir los ataques de los franceses y hacer frente al bombardeo que nos amenazaba, pues el enemigo incomodaba ya nuestros trabajos con el cañon de la batería de la Bernardona.

En el edificio de la Misericordia, cuyas puertas exteriores estaban terraplenadas, abrieron aspilleras para la fusilería, y colocaron tres cañones, cuyos fuegos eran cubiertos y rasantes; otros dos en el cuartel de caballería, y en sus ventanas fusileros. En la tapia de la huerta del convento de monjas que está á la derecha del Portillo no habia troneras para que los fuegos de éstas no incomodasen á los defensores del castillo; y en los tres frentes de éste, que lo forma un cuartel con su foso ancho y profundo, habia siete cañones. En la huerta del convento de agustinos descalzos estaban repartidas cinco piezas y doscientos hombres, y cincuenta en las eras del Rey. El parapeto del reducto del Portillo no tenia sino cuatro pies y medio de elevacion: en su frente pusieron dos cañones de á veinte y cuatro que en aquel mismo dia llegaron de la plaza de Lérida, con otro de á doce, y en cada costado un obús y un cañon de á cuatro; que servian, los de la izquierda para flanquear el cuartel de caballería, y los de la derecha cruzaban sus fuegos con tres piezas de la batería de la puerta de Sancho, la que tambien tenia otras tres en la direccion

del rio; con todas las cuales protegia las continuas guerrillas que durante el sitio salieron contra las avanzadas enemigas. La puerta de santa Engracia tenia una batería de cinco piezas; y en las calles inmediatas hicieron cortaduras. Ademas colocaron dos piezas en la huerta de la derecha hasta la torre del Pino, y tres en la de la izquierda; todo coronado de aspilleras para la fusilería, las que continuaban hasta el molino de aceite, en donde habia una batería alta y otra baja; extendiéndose los fuegos de fusil hasta la puerta del Sol, á cuya derecha habia dos piezas en su correspondiente batería, y sobre la izquierda un reducto circular, en el que colocaron cinco cañones sobre una pequeña elevacion que domina algun tanto las márgenes del rio. Tambien habilitaron parte del convento de monjas del Sepulcro para colocar algunas piezas, y uniendo así por ambos lados las defensas del recinto al gran muro terraplenado que termina por parte del Ebro. Teníamos dos morteros que situaban, segun las circunstancias, donde les acomodaba; y á lo último sirvieron de pedreros. Los comandantes principales de las puertas eran: de la de Sancho, el coronel don Mariano Renovales; de la del Portillo, el coronel don Juan de Dios Cabrera; de la del Carmen, el coronel don Pedro Hernandez, y su adjunto el capitan graduado de teniente coronel don Francisco de Paula Bermudez; de la de santa Engracia, el coronel graduado don Felipe Escanero, y su segundo el teniente coronel graduado don Fernando Pascual: al teniente coronel don Cayetano Samitier, que lo era de la del Angel, se le agregó de segundo el guardia de corps teniente agregado don Salvador Santa Romana; y ademas se nombró comandante del punto del molino de aceite al coronel don Francisco Milagro; y de la cortina y edificio de la casa de Misericordia, al coronel don Joaquin Lopez Santistevan; continuando, fuera de dichas variaciones, los indicados

anteriormente. La direccion del ramo de ingenieros se confirió desde un principio al coronel comandante de dicho cuerpo, y del batallon de gastadores, don Antonio Sangenis; y la del ramo de artillería, al comandante principal don Francisco Camporedondo. Los fuegos de cañon de la batería de Sancho eran dirigidos por el coronel don Antonio María Guerrero; los de la batería del Carmen, por el capitan de ingenieros don José Cortines; los de la de santa Engracia, por el teniente coronel don Evaristo Grau; los de la batería de los molinos, por el teniente coronel don Joaquin Urrutia. La comandancia general de la artillería de la izquierda del Ebro se confirió al coronel don Juan Calixto de Ojeda.

El 29 de junio salió el comandante Cerezo á entregarse del conde de Fuentes, á quien los franceses habian nombrado capitan general de Aragon, y fue preso en el campo por el herrero de Valtierra, y lo condujo al castillo, evitando fuese víctima del acaloramiento del pueblo.

Nuestra fuerza consistia en veinte y cinco capitanes, treinta y seis tenientes, cincuenta y siete subtenientes, ciento noventa y tres sargentos, treinta y seis tambores, doscientos cuarenta y siete cabos, cuatro mil quinientos noventa y nueve soldados; al todo cinco mil ciento noventa y tres hombres. Los cuerpos de que se componia esta fuerza, aunque incompletos, eran: regimiento infantería de Extremadura; batallones de voluntarios cazadores de Fernando VII; primer batallon de voluntarios de Aragon; tercer tercio, cuarto tercio, quinto tercio; tercio de Caspe; primer tercio de nuestra señora del Pilar; compañías de Tauste; compañías de cazadores Walonas. De los cinco mil ciento noventa y tres hombres resultaban por via de bajas, empleados de guardia en las puertas, destacamento de san Gregorio y castillo, en los vados, de reten, trabajando en los escombros, guardias de prevencion, ran-

cheros, cuarteleros, enfermos en el hospital, y tambores con plaza de músico, cuatro mil ciento doce. El tercio de jóvenes constaba de treinta y ocho sargentos, seis tambores, sesenta y siete cabos, seiscientos ochenta y dos soldados; total setecientos noventa y tres.

En aquella turbulencia y multitud de objetos conferenciaban los principales gefes militares, magistrados, regidores y prebendados; y de este modo venía á formarse una reunion mixta. Los convocados conocian lo árduo de la empresa; pero viendo el espíritu popular, atemperándose á las circunstancias, procuraban tomar medidas parciales, como hacer blindages para precaver los estragos del bombardeo. ¡Qué contraste tan particular! Lebfevre con una fuerza respetable, y facilidad de conducir los pertrechos desde el bocal: los zaragozanos, abandonados á discurrir en materia que les era enteramente desconocida, comenzaron á desempedrar las calles, y luego conocieron que era una empresa inasequible. En la batería del Portillo jugaba el cañon de á veinte y cuatro, y los morteros despedian alguna granada, pero inutilmente, pues no les causaba daño; y así continuaron sus trabajos hasta perfeccionarlos.

CAPITULO XI.

Comienza el bombardeo. — Las guerrillas de los sitiadores llegan á las puertas. — Preparativos de defensa.

Reinaba la noche del jueves 30 de junio en Zaragoza y sus cercanías un silencio profundo, cuando á las doce divisamos el globo destructor, que, cortando rápidamente el aire, fue á desgajarse á las riberas del Ebro. Vimos despedian las granadas desde Torrero; y en aquella noche cayeron todas, parte en el rio, y otras por aquellas inmediaciones. Confundiendo algunos habitantes el estrépito del mortero con el del cañon, no tuvieron noticia hasta por la mañana de este acontecimiento; y en la primera sorpresa abandonaron muchos sus casas, y las mugeres huían azoradas sin saber dónde dirigirse. Los mas tímidos partieron desde luego por el puente de piedra, y caminaron toda la noche hasta llegar á los pueblos circunvecinos. La batería de la Bernardona y la del Conejar comenzaron á despedir bombas y granadas á hora de las seis; y donde ocurria la explosion, las madres salian con sus hijos en brazos, los esposos con sus esposas afligidas. El vigía situado en la torre Nueva divisaba cuando obraban las baterías; y se previno al público que un toque de campana manifestaría venir la bomba de la parte de Torrero, y dos de la Bernardona, con lo que podian los ciudadanos precaverse. Infinitas familias fijaron su habitacion en las cue-

vas; pero despues de las primeras agitaciones se miró el bombardeo con una serenidad increible. La consistencia de los edificios, y el haber empleado mas granadas que bombas, no lo hizo formidable. Las casas tienen bastante elevacion, y mucha solidez: con este motivo las granadas reventaban en el segundo ó tercer piso, y no ocasionaban el mayor daño; pudiendo asegurar perecieron muy pocas personas, sin embargo de que en el espacio de veinte y siete horas, segun los partes de los vigías, mil cuatrocientas bombas y granadas vinieron preñadas de muerte á desgajarse sobre nuestras cabezas. No hay expresiones propias para describir la serenidad y espíritu de mis compatriotas: lejos de arredrarse, chispeaban sus ojos de cólera al ver los ardides del enemigo para introducir la confusion y el desorden.

Pero suspendamos hablar del bombardeo para describir las operaciones del ejército sitiador. Figurándose que los defensores bisoños, no podrian resistir las repetidas explosiones que sembraban en las baterías de las puertas de Sancho y Portillo la desolacion, el estrago y la muerte, las atacó á las nueve de la mañana, adelantando algunas partidas por frente del cuartel de caballería; pero los defensores los recibieron con un fuego sostenido: y coronado el parapeto del reducto con cincuenta voluntarios de Tarragona, les hicieron desistir de su empeño. Al formar la batería de la puerta del Portillo tomaron tan poco terreno, que su ámbito era muy reducido. El 1.° de julio estaba todavía imperfecta; y ni tenia espaldones, ni otros requisitos necesarios para la seguridad de los que la guarnecian. Solo la del Portillo tuvo constantemente contra sí algunas piezas, y á ciertas horas casi todas. Los morteros de la Bernardona obraban sin cesar, y lo mismo el fuego de cañon, con el que enfilaba un costado del castillo, en el que abrieron una gran brecha, incomodando al punto del

convento de agustinos, y destruyendo nuestros parapetos. Para una granada ó bomba que despedian á la ciudad, tres ó cuatro iban en derechura á las indicadas baterías; sucediendo lo mismo en las de la puerta del Carmen y santa Engracia con las de la parte del Conejar y del monte Torrero. Sobre el defecto indicado tenia otro, que era hallarse situada delante de la iglesia del mismo nombre, lo cual motivaba el que algunas granadas dirigidas horizontalmente (si en el primer choque la espoleta no saltaba, se rompia ó ahogaba) al reventarse deshacian los merlones. Á poco rato los artilleros iban quedando al descubierto, y crecia la mortandad. En la de santa Engracia habia un arco anchuroso, pero en este primer bombardeo no padeció tanto; y en ninguna otra parte existia un edificio igual al de la iglesia del Portillo. El horroroso fuego que hacian los franceses apenas dejaba respirar á los defensores. No esperaban éstos á recomponer por la noche la batería, sino que, bajo el fuego mas vivo, con sacos á tierra y sacas de lana inutilizaban los esfuerzos contrarios; y construyeron ademas una cortadura, que al mismo tiempo que evitaba la enfilada en el callejon que estaba á espaldas de la batería, proporcionaba una segunda defensa, caso de tener que abandonar la primera. La aproximacion de las guerrillas, que amenazaban un ataque, exigia estar preparados para resistirles; pero á la vista de un riesgo inevitable no se podia hacer fuego y al mismo tiempo precaverse. Á breve rato se apoderó de la mayor parte la confusion y el desorden. En esto, una de las granadas cebó las municiones, é incendió al capitan de cazadores voluntarios de Fernando VII don Francisco Llados. Á las diez de la mañana estaban heridos el comandante y seis oficiales; algunos quemados. Renovales, interesado en la conservacion de un punto tan inmediato al suyo, y con el cual se comunicaba al abrigo de los fuegos del castillo, despues de dar

sus disposiciones, vuela lleno de corage, y llega á sazon que eran muy pocos los que permanecian en el sitio. La batería presentaba un aspecto lúgubre; los sacos por tierra, los cañones sin artilleros, varios cadáveres esparcidos; las explosiones seguian sin cesar; el enemigo observador estaba acechando el momento de dar una osada acometida. Renovales, con no vista intrepidez, dá órdenes, vocea y apremia, haciendo encarar los fusiles contra los fugitivos, en cuya ocasion uno le disparó un tiro que lo expuso á perder la vida. Su ardor se exaltó mas cuando vió trataban de clavar los cañones. Él mismo precipitadamente parte con algunos pocos que encontró; y sin pérdida de momento lleva municiones á una con su ayudante Bellido, y con los artilleros que tenia á su mando comenzaron á hacer frente á los franceses, que amenazaban, satisfechos de lograr un completo triunfo. Volvieron á cebarse parte de las municiones, quedando incendiado el sargento primero de cazadores voluntarios de Fernando VII Vicente Casals: la muerte se encarnizaba mas y mas; y á pocas horas sucedió que volvieron á faltar tambien los artilleros. Los franceses acometieron á un tiempo por varios puntos; y para que no tomasen la batería del Portillo fue indispensable surtirla de municiones, soldados y nuevos artilleros de los que pudieron haberse á la mano, y llevaron los dragones á la grupa de sus caballos de otras baterías. Las mugeres conducian refrescos y vituallas hasta los mismos parapetos. Á fuerza de rigor, recordando á los paisanos lo que habian hecho el dia 15, y que iba á oscurecerse su gloria, se rehacieron los ánimos, y volvieron á hacer frente al enemigo. El plán de éste era amenazar por diferentes puntos; pero los que en realidad atacó para lograr sus miras fueron la puerta de Sancho y el cuartel de caballería. La del Portillo tenia á la izquierda el convento de agustinos descalzos, en el que habia piezas volantes y

la guarnicion competente: á la derecha estaba avanzado el castillo: aun cuando quedase, pues, abandonada aquella batería, era un delirio atacarla de frente con vigor, porque podian venir librándose de los fuegos de ambos edificios á ocuparla, ó por el costado, ó por la espalda, apoderándose de la casa de Misericordia y cuartel de caballería. La puerta de Sancho les interesaba mucho, porque posesionados de ella, flanqueaban la del Portillo; y como este punto era el de mas dificil acceso, Lebfevre obró militarmente; pues cerciorado del teson con que lo defendian, observó que la extension de la ciudad no permitia enlazar las tropas para conseguir el intento. El empeño era que los defensores desalojasen ambas puertas; y la del Portillo estuvo aquella mañana casi desierta. De la tropa del primero de voluntarios de Aragon quedó único gefe el capitan don José Aznar, y fueron muy pocos los que se sostuvieron. Delante del cuartel formaron ciento cincuenta caballos de guardias, dragones y húsares. El brigadier Acuña, encargado de la formacion de un cuerpo de caballería, hacia de gefe; el teniente de húsares don Luciano de Tornos Cajigal, de mayor, y el capitan don José Pozas, de ayudante: desde allí los destacaban, segun la urgencia, á los puntos, y por la ciudad, para reunir gente y hacer que acudiesen á las puertas.

Como no cesaban de entrar en Zaragoza militares, llegaron felizmente el 1.° de julio en posta desde Barcelona los subtenientes de artillería don Francisco Bosete y don Gerónimo Piñeiro, quienes, llenos de entusiasmo al cerciorarse de lo que ocurria, partieron sin demora, el primero á la batería del Carmen, y el segundo á la del Portillo. Cuando llegó este último con la gente que iban reuniendo, Renovales habia conseguido restablecer algun tanto el orden, y continuaba un fuego vivo. Por la cabria observada en la batería enemiga, las interrupciones, aun-

que cortas, de sus fuegos, y la voladura de uno de sus repuestos, fue facil conocer que nuestras piezas, de las que apenas lograron desmontar alguna, obraban con acierto. El teniente coronel de voluntarios de Tarragona don Francisco Marcó del Pont fue nombrado comandante de la puerta del Portillo; y de la del Carmen el teniente coronel del regimiento de Extremadura don Domingo Larripa, quienes vigorizaron ambos puntos, y contribuyeron á sostenerlos, imponiendo á los franceses en todas sus tentativas. El teniente coronel graduado don José Pascual de Céspedes, en el punto de la casa de Misericordia, y el capitan del cuerpo de ingenieros don José Armendariz, dieron con actividad las disposiciones mas acertadas para defenderlo. No fue menos loable la conducta del capitan graduado y ayudante mayor de cazadores voluntarios de Fernando VII don Joaquin de Santisteban, que lo sostuvo con mucha vigilancia, y dirigió un vivo y acertado fuego de fusilería sobre las guerrillas que vagaban por aquel distrito. La puerta de santa Engracia no tenia aquella mañana un gefe que dirigiese el fuego de cañon; y con la mayor premura nombró el marques de Lazan al capitan de ingenieros don Marcos Simonó, cuya eleccion, como las demas que hizo en aquel tremendo dia, permaneciendo en la plaza inmediata al punto de ataque para recibir los partes y dar las órdenes con prontitud, fueron muy acertadas. Por la tarde revistó la batería; y el Intendente dió una recompensa á los soldados de artillería, animándolos con las expresiones mas lisonjeras. En la puerta de Sancho continuaron los defensores manifestando estaban poseidos del ardor de su gefe Renovales, que todo lo ponia en accion y movimiento.

No cabe describir la premura con que se obraba y la variedad de escenas que ocurrian. Cuando calmaba el tiro-

teo en un punto, rompia en otro con el mayor estrépito: quiénes iban agolpando soldados y paisanos para que acudiesen á las baterías; de ellos, unos marchaban, otros huían: acullá cargaban carros con municiones: algunos iban á quejarse al marques del desorden, y á pedir refuerzos. Los ciudadanos, al oir el continuo estallido de las bombas y granadas, no podian menos de sobrecogerse: el sonido de la campana y el terretiemblo de las explosiones acrecentaban el horror; y parece no habia un lugar seguro para libertarse de la muerte. Por la noche continuó el fuego con menos actividad; y fue preciso rehacer los parapetos, que no eran sino un amontonamiento de sacos. Arreglaron las cañoneras del cuartel de caballería y casa de Misericordia, haciendo en ésta una cortadura: apagaron los incendios que ocasionaban los mixtos, cuya operacion era arriesgada, porque las llamas servian de blanco á las piezas del enemigo. Los defensores del castillo recompusieron lo destruido, evitaron la enfilada con algunos espaldones, habilitaron los parapetos, y remontaron algunas piezas. Los franceses, al ver semejante oposicion, conocieron era preciso dar un recio ataque, y desplegar todas sus fuerzas. El general Lebfevre, á pesar de las pruebas que tenia, creyó iba á apoderarse el 2 de julio de Zaragoza. Los defensores por su parte, guiados de un instinto particular, previeron las miras del enemigo. Nadie dudó que las evoluciones practicadas no eran sino tentativas que presagiaban un choque encarnizado y sangriento. Con esto redoblaron su vigilancia para evitar una sorpresa. Los habitantes procuraron proporcionarse algunas seguridades contra el bombardeo, que continuaba en medio del silencio nocturno; y las explosiones de dos á tres de la mañana fueron espantosas, pues á las dos comenzó el enemigo á hacer el mayor fuego con todas sus piezas; dirigiendo dos morteros, tres obuses y cuatro ca-

ñones contra el castillo y sus inmediaciones. Á seguida cesaron de obrar las baterías, y comenzaron á disponer las tropas para el ataque. La direccion y resultados de éste por izquierda, derecha y centro, merecen especificarse con toda individualidad.

CAPITULO XII.

Arriba el general Palafox la noche del 30 de junio. — Ataque extraordinario en la mañana del 1.º de julio. — Gestiones que hizo antes el general para reunir tropas. — Prisioneros que remitió la villa de Egea.

La puerta de Sancho está á corta distancia de la del Portillo: luego, á la entrada del camino hondo que iba á san Lamberto, costeando el rio Ebro, habia un molino harinero, el que estaba guarnecido como obra avanzada. Cortado el puente, la acequia molinar servía de foso; y en la misma puerta colocaron á barbeta los cañones, pues no hubo lugar para hacer otras obras. El enemigo, prevalido de la hondura, y de los árboles que habia por aquellos campos, no cesaba de promover continuas escaramuzas. Nuestros defensores, parte en la batería, parte ocupando la línea de tapias de la izquierda de los conventos de religiosas Fecetas y de santa Ines, que lindan con la puerta del Portillo, no perdian ocasion de incomodarles; y la porcion de fusileros y soldados bisoños del tercio de Tauste, auxiliados de los paisanos que concurrian, eligiendo los sitios que les acomodaban, hacian un servicio sobremanera util. Este punto, que constituía nuestra derecha, y la izquierda del enemigo, fue atacado silenciosamente antes de rayar el alba á las tres y cuarto de la mañana. Los franceses venian por el camino que va á la puerta en derechura, y al mismo tiempo otra porcion iba

por las tapias á atacar nuestra izquierda. Prevalidos de la oscuridad llegaron á tiro de pistola de la batería, y á enfilar la línea de tapias, en la que algunos fueron heridos. Los valientes que observaban de cerca los rumores, comenzaron un fuego de artillería y fusilería desde las trincheras, que hizo medir á muchos el suelo mal su grado. El enemigo atacó lo primero la puerta de Sancho para ver si podia sorprender aquel punto; pero luego que vió la destroza que le ocasionaban, que fue de consideracion, por lo avanzados que les sobrecogió el fuego, retrocedieron precipitadamente, dejando en el campo gran número de muertos, heridos, fusiles, mochilas, hachas y picachoas. Entre los muertos habia un gefe, cuya espada ocupó Renovales. El fuego que el 1.º y 2 de julio hicieron los franceses sobre este punto fue extraordinario. De la inmensidad de granadas que despidieron á la batería quedaron diez sin estallar, y las que reventaron hirieron dos hombres levemente: diez y siete balas de á doce, cuarenta de á ocho, y treinta y seis de á cuatro cayeron en la batería. Todos los encargados de su defensa mostraron entereza: el subteniente de fusileros don José Laviña se distinguió como en los dias anteriores: los paisanos Nicolás Villacampa y Mariano Gonzalez, el cabo José Monclus, y los soldados Pablo Anglada, Bautista Cubils y Francisco Amorós sostuvieron con teson aquellos débiles parapetos. Del tercio de Tauste sobresalieron los sargentos Mariano Larrodé y José las Eras, como tambien el cabo primero Vicente Ibañez y el soldado Manuel Estaregui. Todos, intrépidos como su gefe Renovales, sin curarse de las fatigas continuas que soportaban hacia tantos dias, recibieron impávidos al enemigo, mostrando un valor á toda prueba. El procurador del convento de agustinos descalzos fray Antonio Securum prestó socorros con el mayor celo. En este ataque no tuvimos mas que siete heridos. El fuego de la

puerta de Sancho sirvió de alarma general; y á las tres y media creció extraordinariamente. Lo hacian en diferentes tiempos, pero tan sostenido, que la fusilería formaba un contraste muy particular con el bronco estrépito del cañon; y nuestra situacion comenzó á ser crítica.

Cuando asomaron los franceses por el camino de la Muela y eras de Chueca para entretener la expectacion de las tropas que ocupaban el castillo, y de las compañías de escopeteros voluntarios de la parroquia de san Pablo á las órdenes del comandante Sas, que guarnecian la huerta del convento de agustinos, en donde habia cuatro cañones, y dar tiempo á que por el otro que desde la torre de Escartin va á terminar al cuartel de caballería pudiesen atacar de recio dicho punto y el de la casa de Misericordia: la batería de la puerta del Portillo se hallaba con dos ó tres artilleros y un corto número de defensores. Viendo que temerariamente avanzaban por las eras, comenzaron á hacerles frente, dejando á muchos yertos en aquella espaciosa llanura. Sin embargo, llegaron algunos hasta el convento de agustinos descalzos, ya por la espalda, ya por el frente, los que cayeron espirantes á la puerta, que distaba como unos veinte pasos de la batería. Á esta sazon las granadas y la bala rasa habian desbaratado nuestras débiles trincheras, y dado muerte á los artilleros, lo que difundió el espanto y terror; y por un impulso casi involuntario, creyéndo algunos que iba á ser tomada la batería, tendieron la voz de que habian entrado los franceses, lo cual oido por una porcion de paisanos que concurrian al ataque, como sucedia luego que se trababa el choque, retrocedieron, y llegaron en un peloton ácia el Mercado á sazon que apareció el intendente Calvo, quien les hizo retroceder, dirigiéndose ácia la puerta del Portillo. El temor fue fundado; pero por una de aquellas singularidades que hacen mas asombrosa la defensa de los zaragozanos, sucedió que

al tiempo que el enemigo, viendo callados los fuegos de la batería, avanzaba denodadamente desplegando sus fuerzas con mas confianza, Agustina Aragon, que permanecia en el sitio, movida de un impulso extraordinario, y deseosa de vengar la pérdida de tantos valientes que entre el dia anterior y aquella mañana habian perecido, al mirar que el último artillero espiraba, y que los franceses iban á lograr sus intentos, tomó gallardamente la mecha, y disparando el cañon de á veinte y cuatro cargado á metralla, causó una destroza y mortandad extraordinaria. Entre tanto continuaban los fuegos del castillo, huerta de agustinos y casa de Misericordia, en cuyas tapias obraban dos cañones, y en uno de sus terrados dos pedreros. La artillería produjo su efecto; y ganado algun tiempo se entusiasmaron mas y mas militares y paisanos. En pocos momentos concurrieron á la plaza del Portillo una porcion de escopeteros, y todo se puso en accion. Unos marcharon á pedir refuerzo al convento de santo Domingo, donde estaban los del cuarto tercio, y les auxiliaron con ciento cuarenta hombres; otros á reunir gente por aquellas inmediaciones. Viendo don Matías Tabuenca la falta de artilleros, partió veloz, y condujo uno en su caballo, á pesar de que estaba herido. De este modo tan extraordinario, y sin mas direccion que el celo de los patriotas, volvió á reinar el orden, y quedó ahuyentado el enemigo. La columna que iba á paso de ataque contra el reducto del Portillo, viéndose entre los fuegos que contra sus flancos dirigian desde el castillo y huerta de agustinos, y por el frente por los de la batería, no pudo avanzar un paso; y á pesar de que los oficiales los animaban, huyeron, abandonando mochilas, cajas de guerra, y hasta los fusiles. Entre los muchos que cooperaron á esta interesante obra, y subsistieron con mas teson en la batería de la puerta del Portillo, se contó al capitan don Pascual Novella, que fue

herido en una pierna, al subteniente don Antonio Sanchez, que lo fue en el brazo; ambos del regimiento de infantería de Extremadura; al primer teniente del primer batallon ligero de voluntarios de Aragon don Isidro Cardona, y al teniente de cazadores voluntarios de Fernando VII don Pedro Aparicio. La serenidad con que el teniente coronel de voluntarios de Tarragona don Francisco Marcó del Pont atendió á tomar aquellas medidas mas á propósito, á pesar de que algunas eran contrariadas por la arbitrariedad de los paisanos, merece una consideracion particular, como asímismo las fatigas y desvelos del capitan de voluntarios de Guipúzcoa don Pedro Iriarte, que en los últimos dias del mes de junio, 1.º y 2.º de julio hizo de segundo comandante, conduciéndose en todo con el mayor acierto y bizarría. En una situacion como la que acabo de describir, y en la que aquellos genios mas exaltados fueron los que activaron la reunion por diferentes medios y caminos, no es facil designar todas aquellas personas que cooperaron á la conservacion de tan interesante punto.

En las eras del Rey tuvieron igual suerte las columnas enemigas. Esta línea era siempre el blanco de sus ataques, por reputarla mas accesible, á causa de que en su extension habia situados solo dos cañones; pero felizmente se poblaron de escopeteros los corredores del cuartel de caballería y las habitaciones altas de la casa de Misericordia; y desde allí les hicieron un fuego tan vivo y acertado, que no les permitieron aproximarse. El capitan de ingenieros don José Armendariz no cesó de activar y dirigir los fuegos, recorriendo toda la línea, en cuyo acto fue herido en el brazo. El capitan del batallon de cazadores don Joaquin Santisteban continuó acreditando su energía; y segun observó el mismo, en lo acalorado de la refriega manifestaron mucho teson los cadetes don Fer-

nando Gomez y don Felix Bilbao, ambos del regimiento de infantería de Extremadura, que hicieron el servicio de oficiales, dirigiendo á la tropa y paisanage segun llegaban para hacer frente al enemigo. El subteniente de voluntarios de Aragon don Francisco Ruiz, á una con sus valientes soldados, sostuvo su puesto; y unos y otros, llevados de ardor militar, contribuyeron al buen éxito de un choque tan empeñado y sangriento. De entre los voluntarios de Fernando VII se distinguió el sargento primero Pedro Toribio, que salió contuso de la explosion de una bomba, y los segundos Juan Izquierdo, Angel Alvarado, y Manuel Suarez que tambien quedó contuso. Al mismo tiempo que atacaban con terquedad el punto de la casa de Misericordia y cuartel de caballería, aparecieron por los caminos que desde la Casa blanca vienen á reunirse en el sitio donde estaba el convento de capuchinos; pero este edificio avanzado les imposibilitaba algun tanto atacar las desaliñadas trincheras ó parapetos que formaban la batería de la puerta del Carmen. Este punto carecia de fuegos de flanco, por lo que, protegidos de las arboledas y tapias de sus inmediaciones, llegaron á precipitarse sobre el borde del foso, apoyando esta operacion con un cañon que avanzaron; pero el comandante teniente coronel don Domingo Larripa tomó con tanto acierto sus disposiciones, que cuantos osaron aproximarse quedaron yertos sobre la arena. Los que venian avanzando por esta parte tenian sin duda puesta su confianza en la columna que por el puente de la Huerva intentó apoderarse de la torre del Pino; pero quedaron frustradas sus esperanzas.

Á las cuatro de la mañana divisó el vigía desde un torreon del monasterio de santa Engracia que una columna francesa bajaba por el camino de Torrero ácia el puente de la Huerva, y habiendo conseguido treparlo las primeras avanzadas, llenos de ardor trataron de atacar la torre

del Pino. Su principal objeto por el pronto era posesionarse de aquel edificio antiguo y medio derruido, que no tenia ninguna obra particular, ya porque estaba avanzado, ya tambien porque, situado en un ángulo, abrazaba por uno y otro lado las tapias que formaban el cerramiento con las puertas del Carmen y de santa Engracia; y no existiendo por aquella parte sino diferentes huertas, les proporcionaba flanquear ambas baterías. Dieron, pues, algunas acometidas para ver si podian introducirse en él; pero los que lo custodiaban obraron con tal teson, que siempre les hicieron retroceder. Aunque el fuego que les asestaban desde la torre del Pino y tapias era muy acertado, el de la batería de la puerta y huerta de santa Engracia enfilaba el puente y la línea recta que va desde éste á la expresada torre. El enemigo, que por el pronto creyó facil la empresa, observando que perdia mucha gente, desistió de su primera idea, y comenzó á guarecerse en el olivar hondo, que distaba poco de dicha torre, para fatigar la constancia de los defensores y lograr mayores ventajas. Estos tristes recursos, lejos de facilitarles su intento, irritaba el ánimo de los paisanos, que, infatigables, estaban de cada vez mas entusiasmados é impetérritos. El capitan de ingenieros don Marcos Simonó comenzó á obrar desde un principio con una actividad asombrosa. Desempeñando á las veces las funciones de gefe, soldado y artillero, parecia hallarse á un mismo tiempo en diferentes sitios. Su entereza animaba á los pusilánimes, y nadie dudaba á su lado del buen éxito de la empresa. El gefe de paisanos don José Zamoray y su segundo don Andres Guspide sostuvieron el punto de la huerta, haciendo un fuego tremendo contra el enemigo. Colocados en el parapeto, asestaron sus certeros tiros contra los que tuvieron la temeridad de avanzar hasta la mitad de las calles arboladas. El teniente coronel don Felipe Escanero, comandante

primero, y el de igual graduacion don Fernando Pascual, que hacia de segundo, sostuvieron con su presencia y disposiciones la vigorosa defensa de este punto, y lo mismo don Evaristo Gan, encargado de la guardia de la batería.

Continuaba el choque en los restantes puntos, á sazon que por el camino que desde Torrero baja al puente de san José venía otra columna enemiga amenazando atacar por aquella parte, acaso para alarmar al paisanage y distraerlo del sitio de que en realidad intentaba apoderarse. Esparcida la nueva, el comandante de la línea que desde el molino de aceite de la ciudad discurria hasta el jardin Botánico, el teniente coronel don Francisco Arnedo, tomó las medidas mas eficaces; y el coronel don Francisco de Milagro, habiendo dado sus órdenes para sostener el puente con dos violentos que colocaron al efecto y la porcion de fusileros que guarnecian la torre de Aguilar, esperaron en esta actitud que avanzase el enemigo. Á poca distancia del puente hay una acequia, de modo que el camino forma una rampa, lo que hace que éste lo domine algun tanto. Habiendo comenzado á obrar nuestra artillería avanzaron sus guerrillas, y correspondiéndonos con un violento, á poco rato de haber principiado la escaramuza perecieron dos ó tres artilleros y algunos militares. El sargento de artillería Francisco Magri sostuvo sin embargo el fuego, atendiendo á los dos cañones; pero al ver iban avanzando las guerrillas, y que los paisanos desmayaban algun tanto, viéndose al descubierto, los clavó, dando parte á su gefe. El sargento de fusileros Antonio García, encargado de conservar la casa-torre de Aguilar con diez soldados, viendo le habian herido siete y abandonado el puente, desistió, retirándose al molino. El teniente don Nicolás Mediano hizo los mayores esfuerzos por contener á los que huían; y los de igual graduacion don José Vi-

llacampa, del séptimo tercio, y don José Villarón, de voluntarios de Aragon, obraron con intrepidez. Los subtenientes del tercio de nuestra señora del Pilar don Miguel Erla y don Miguel Guiró desde los edificios que ocupaban continuaron haciendo la mas vigorosa defensa. El enemigo, al ver la retirada cargó sobre el puente; y para arredrar mas á los defensores cogió los cañones y los llevó con velocidad hasta ponerlos muy cerca de la puerta Quemada. En este intermedio, colocados los paisanos á su placer por las casas inmediatas á la puerta, comenzaron un fuego que en breve hizo retirar á los cincuenta ó cien franceses que habian avanzado. Su retirada fue todavía mas veloz que su acometida; y los paisanos tuvieron el gusto de dejar algunos yertos en el campo y á otros heridos. El enemigo se posesionó del convento de san José; y aunque promovió por aquella parte algunas escaramuzas, no hizo la mayor insistencia, porque sin duda, al ver semejante fuego, creyó que alucinados los paisanos habrian abandonado la defensa de los otros puntos, en los que repitieron nuevos ataques, con especialidad á la casa de Misericordia y cuartel de caballería; pero se equivocaron, porque aunque una gran porcion de paisanos obraba sin sujecion alguna, y concurrian á la puerta ó sitio que mas les acomodaba, como todos estaban armados, siempre habia abundantes escopeteros. Lo cierto es que en algunas casas concurrieron tantos aquella mañana, que tenian que esperar para hacer fuego. Éste no dejó de ocasionarles bastantes daños, al paso que nuestra pérdida fue muy leve; contándose entre los gravemente heridos los paisanos Antonio Blanquillo, Vicente Martin, Miguel Maza y José Perez. Los subtenientes don José Diaz y don Pedro Calderon, que desde el 16 de junio subsistian sin ser relevados, sostuvieron el entusiasmo. El paisano don Mariano Ruiz, que hizo de ayudante, y Vicente Larrui se compor-

taron con entereza. Continuaba el choque por los cinco puntos á las nueve de la mañana; y los morteros seguian despidiendo incesantes granadas y bombas á la ciudad y baterías. Los defensores cobraban de cada vez mas brio: y el marques de Lazan presenció estos heróicos esfuerzos; permaneciendo en compañía del intendente, edecanes y oficiales inmediato á la puerta del Carmen, desde donde partió á recorrer los otros puntos. Á esta hora ya andaban por la ciudad algunos paisanos anunciando la derrota del enemigo: uno de ellos, llamado José Ruiz, soldado de la primera compañía del tercer tercio, cruzó el Mercado tocando una caja de guerra que con una mochila y un fusil habia cogido, todo lo cual presentó á Palafox: lo mismo ejecutaron con prendas de cartucheras, sables, fusiles y otros efectos José Dominguez y Vicente Abad, parroquianos de la Seo; Joaquin Pradas, de la de san Lorenzo; Lorenzo Gil, de la del Sepulcro; y los soldados de voluntarios de Aragon Miguel Algarate y Joaquin Robres; causando un placer extraordinario contemplar á estos y otros muchos valientes, que, bañados en sudor, y tiznados de pólvora, se presentaban con la mayor gallardía. Pero suspendamos un momento el describir las interesantes escenas que ofrecia esta capital en aquella mañana, para ocuparnos de las gestiones que despues de la batalla de Epila practicó el general Palafox.

Aunque por el pronto se dispersó una porcion considerable del paisanage y tropa, no les fue dificil reconcentrarse; y lo ejecutaron, presentándose al baron de Wersage y á don Francisco Palafox, quienes partieron con dicha gente ácia el pueblo de Almonacid. El comisionado por la junta militar don Francisco Tabuenca salió en busca del general Palafox, encaminándose á Herrera, y desde allí á Belchite, en donde le halló reuniendo fuerzas para entrar en Zaragoza: y como su gente no podia

aproximarse sin riesgo por la derecha del Ebro, determinó pasar la barca de Velilla. Al percibir los habitantes de aquellas cercanías gente armada, se conmovieron; y los de Jelsa y Quinto saliéron con escopetas, é hiciéron fuego á los paisanos que iban de vanguardia, reputándolos por traidores. Palafox tenia unos mil trescientos hombres, que condujo en carros, ya para activar la marcha, ya para evitar la dispersion, y unos sesenta caballos. Desde los altos de la villa de Jelsa veían por la noche la espoleta de las bombas que despedia el enemigo: y habiendo emprendido el general su marcha, entró el dia 1.º al anochecer á sazon que continuaba con la mayor furia el bombardeo. Al ver comenzado el choque el 2 por los cinco puntos mencionados, se dirigió al convento de san Francisco, permaneciendo en su portería para cerciorarse de los pormenores que ocurriesen; y cuando corrió la voz de que iban á atacar la puerta Quemada, que sería entre siete y ocho de la mañana, partió ácia dicho punto para animar á los defensores; y desde el molino de aceite, tomando un fusil, lo asestó contra un frances de graduacion, que cayó herido. Luego calmaron algun tanto las embestidas del enemigo, y los paisanos publicaban por todas partes el triunfo que acababa de conseguirse. En aquella mañana entraron por la puerta del Angel trece franceses de caballería y doce de infantería que en la villa de Egea de los Caballeros habian hecho prisioneros, sorprendiéndolos con el comisario de guerra don José Burdeos de Tudela á las seis de la mañana del 30 de junio en la posada pública; accion arriesgada, porque, como indicaba la junta de gobierno en el oficio de remisiva, el pueblo estaba desarmado é indefenso y los franceses discurriendo por aquellas inmediaciones, y era de esperar que sabedores del suceso descargasen su encono y furor contra él. Los franceses no cesaban de despedir bombas y granadas; y

por la tarde fue ahorcado el comisario, reputado por traidor. El general Palafox, satisfecho de tan vigorosa defensa, recompensó á algunos de los gefes, y confirió el grado de brigadier al coronel don Antonio de Torres, de coroneles á los tenientes coroneles don Francisco Marcó del Pont y don Domingo Larripa, y de sargento mayor de artillería al capitan don J. Osta, por haber desempeñado su puesto con la mayor bizarría; el grado de tenientes á los subtenientes don Gerónimo Piñeiro y don Francisco Bosete; ofreciendo agraciar á los infinitos que se distinguieron, y de que por de pronto no podia tener noticia. El proyecto de los franceses era aparentar ataques para distraer la atencion del paisanage y fatigarlo, creyendo que no habria bastantes fuerzas ni armonía para sostenerse en una extension tan dilatada, esperando aprovecharse de algun momento favorable que les proporcionára el logro de su empresa. No obstante, su principal insistencia fue por los puntos indicados; y su pérdida debió ser de mucha consideracion. La nuestra fue muy reducida, porque solo en la batería del Portillo murieron algunos artilleros y defensores, y en los demas puntos fue muy limitado. Infatigables los paisanos, se propusieron desde luego desalojar al enemigo del convento de san José, que habia ocupado; y al efecto trasladaron desde la puerta de santa Engracia á la huerta de Campo-real dos cañones de á cuatro con sus correspondientes municiones y artilleros, colocándolos en las tapias con direccion á la puerta del corral de san José; y estrecharon á los comandantes para que el mortero que habia en la huerta de santa Engracia despidiese alguna bomba sobre el edificio. Felizmente la segunda cayó sobre el pajar, que incendió; y como al mismo tiempo se presentó una porcion de paisanos por los olivares, el enemigo abandonó el convento, y los valientes tuvieron la satisfaccion de volverlo á ocupar en

aquel mismo dia. Para entusiasmarlos se publicó la siguiente proclama.

«Zaragozanos: El dia de hoy os hará inmortales en los fastos de vuestra historia, y todas las naciones admirarán con envidia vuestro heroismo. Cuando vuestros sensibles corazones lloraban con el mas amargo dolor la lamentable catástrofe ocurrida en la funesta tarde del 27 de junio, en que una considerable porcion de vuestros valientes conciudadanos fué víctima dolorosa de la horrible explosion que causó el incendio de uno de los bien provistos almacenes de pólvora destinada para la defensa de vuestra capital; y cuando, consternados todos vosotros con los espantosos efectos de este imprevisto suceso, atendíais únicamente al socorro de los infelices que, conservando su vida entre las ruinas, imploraban vuestro socorro, este lastimoso y terrible momento fue el que aprovechó el cruel é inhumano enemigo que os rodea para conseguir su pérfido y desnaturalizado proyecto. Confiado, no tanto en sus propias fuerzas cuanto en la desolacion y críticas circunstancias en que os hallábais, atacó en la mañana del 28 el punto interesante de Torrero; y colocado en él, no pensó sino en la ejecucion de los horribles medios de aniquilaros y de reducir á cenizas vuestras casas y vuestro pueblo. Enfurecido al ver la energía, valor y constancia con que hacíais inútiles los repetidos ataques, y con que burlábais su astucia, ó, por mejor decir, irritados del heroismo con que rechazábais las que se dicen invencibles columnas francesas hasta precipitarlas en la mas vergonzosa fuga, hizo llover sobre vuestras cabezas y las de vuestras amadas familias un diluvio de bombas y granadas reales en el espacio de veinte y siete horas, hasta en número de mil cuatrocientas, segun los partes dados por los vigías; pero sin mas fruto que arruinar porciones de algunos edificios y de proporcionaros el inmortal laurel de vuestro inimitable he-

roismo. Vosotros habeis sabido despreciar gravísimos riesgos con invencible constancia; y vuestro patriotismo ha llegado en esta ocasion á tan alto punto de valor que, lejos de intimidaros la crueldad inaudita de vuestro enemigo, no se ha oido de vuestras bocas, ni de la de vuestras mugeres, ni habeis permitido el triste consuelo ó alivio de pronunciar un *ay*. Los valerosos gefes y soldados toman parte á competencia en vuestros triunfos. Ellos se han portado con tanto honor, entusiasmo y bizarría en el ataque que comenzó en la mañana de este dia, y redobló el enemigo con la mayor actividad en la del siguiente, acometiendo vuestra ciudad por cinco puntos principales á un mismo tiempo, que se han hecho acreedores á vuestra admiracion y á vuestro reconocimiento; habiendo rechazado al enemigo completamente en todos los puntos, y cubierto de cadáveres el campo en justo castigo de su osadía. Zaragozanos: habeis visto por experiencia que los esclavos del monstruo que ocupa el trono de la Francia, y que ha concebido el temerario y orgulloso proyecto de despojar de sus legítimos derechos á nuestro amado Soberano, son cobardes; que huyen de los que no los temen, y que solo son héroes cuando se ocupan en el robo y en la rapiña. Vosotros peleais la justa causa, defendeis vuestra religion, vuestra patria y vuestro rey: sereis invencibles, y triunfareis siempre de un enemigo que funda todo su derecho en la seduccion, en la mentira y en el engaño. El Cielo protege vuestras operaciones visiblemente: el Dios de los ejércitos pelea á vuestra frente: vuestra amantísima Patrona ha fijado sus piadosísimos ojos sobre vosotros: vuestras esforzadas tropas solo aspiran al honor de dividir con vosotros la corona de laurel con que el Cielo ceñirá sus sienes en premio de sus brillantes acciones militares:::: ¿Qué, pues, debeis esperar con tan favorables auspicios? El completo triunfo de vuestros enemigos, la prosperidad

y la deseada paz que disfrutareis llenos de gloria en el dulce seno de vuestras familias despues de haber cumplido vuestros sagrados deberes en beneficio de la religion, del rey y de la patria."

CAPITULO XIII.

El general Verdier llega al campo enemigo con un gran refuerzo.- Los defensores cortan los olivares. — Se organiza un cuerpo de caballería. — Ardid para explorar el estado de la plaza. — Disturbios entre algunos militares y paisanos.

El 2 de julio, abominable para los franceses, glorioso para los zaragozanos como el dia 15, deberá convencer á todas las naciones de lo que es capaz un pueblo entusiasmado. Tristes baterías, tapias débiles bastaron á contener soldados que, llenos de valor, avanzaron hasta abrazarse con las cureñas. Para asaltar algunas de las tapias no necesitaban escalas: los franceses treparon francamente, y sin tener que superar grandes fosos, hasta las mismas baterías: las puertas abiertas; ¿por qué no se apoderaron de ellas? Las custodiaban los padres de familia y una intrépida juventud que defendia sus hogares. El valor de los defensores de Zaragoza tenia el origen mas noble, y lo atizaba el justo odio que todo hombre debe profesar á la traicion, á la mala fe y á la tiranía. Muchos que no tomaron parte en el combate salieron á ver la muchedumbre de cadáveres que cubria el campo. La admiracion y el pasmo era grande; y el anciano, al volver la vista de aquel horrendo espectáculo ácia sus ufanos compatriotas, con una voz trémula gritaba: *victoria*; y sus ojos se enternecian. Unos acontecimientos tan brillantes inflamaban mas y mas el ardor y entusiasmo que reinaba indistinta-

mente: y viéndose que la multitud y corpulencia de los árboles que hermoseaban la circunferencia de Zaragoza servian de resguardo al enemigo para aproximarse, salieron por todos los puntos á cortarlos y dejar rasa la campiña. Á este objeto se ordenó por medio de un bando concurriesen los artesanos de toda clase con sus herramientas, como lo ejecutaron puntuales; y por la parte de santa Engracia lo verificaron ciento cincuenta hombres, á pesar de que no les designaron para proteger el corte sino diez y ocho soldados. Con esta ligera escolta treparon, poniendo tablones, por el rio Huerva; y en medio del fuego que les hacia el enemigo subsistieron derribando trozos de los caseríos mas inmediatos, y cortando los olivares mas próximos. La misma gestion practicó por las cercanías de la puerta del Carmen otra cuadrilla dirigida por Manuel Faindos, aparejador del canal; y otra, apoyada de las compañías de Sas y de las de Cerezo, lo realizó por los olivares que existian cerca del edificio del castillo. Los franceses procuraron impedir esta empresa; pero favorecidos nuestros valientes por la hondura, apenas les ocasionaron daño de consideracion. El enemigo ocupó un campo santo, y al abrigo de sus tapias incomodaba á la guarnicion del castillo; pero aprovechando un momento el capitan Cerezo, al frente de una de sus compañías, y armado como tenia de costumbre, con su rodela, los desalojó, derribó las tapias, y los persiguió hasta cerca de la Bernardona. Al dia siguiente continuó el corte con mas escolta; y por la puerta de Sancho llegaron algunos franceses a tiro de fusil de la batería, haciendo ademanes de que querian hablar; y viendo su insistencia salió Renovales, quien por su parte les hizo iguales señas para que concurriese algun gefe; y habiéndolo verificado un oficial, expresó éste trataba de pasarse una division entera; resultando de esta conferencia que Renovales volvió con siete franceses armados, que

remitió al general. Este recorrió los puntos, manifestando su complacencia á los defensores, colmándolos de justos elogios, y gratificando á los artilleros. Á fin de observar el campamento del enemigo subieron el general, su hermano el marques y comitiva á la torre del Portillo. Desde ésta, y tambien de la batería, vieron que algunos soldados tremolaban un pañuelo blanco; y aunque el brigadier don Antonio Torres expresó no debia hacerse caso, y que lo verdadero era contestarles con el cañon, salieron don Joaquin Sanchez del Cacho, un teniente y algunos guardias españolas con el objeto de explorarlos. Á cierta distancia se avistaron, y la conversacion giró sobre los triunfos que conseguian las armas del Emperador, lo inutil de la temeraria defensa que hacian los zaragozanos, y que debian entregarse para evitar los desastres de la guerra. Uno de los franceses les pidió tabaco, un peine y otras bagatelas, y habiendo solicitado el permiso se condescendió, y volvieron á conducirle, pero tuvieron la precaucion de vendarle; y habiéndole explorado el comandante de ingenieros don Francisco de Gregorio en italiano, ponderó las muchas fuerzas del ejército sitiador, y le hicieron regresar á su campamento. El descalabro que sufrieron los franceses en el furioso ataque de la mañana del 2 de julio fue tal, que de sus resultas pidieron refuerzos, con los que presentaron por la izquierda del Ebro una fuerza capaz de dividir la nuestra, en términos que pudiese facilitarles la ocupacion de la ciudad. Efectivamente, llegó el 6 por la noche el general Verdier, que habia entrado en España por el mes de junio con unas dos brigadas y el correspondiente tren de artillería. Se conceptuó que ascendería su fuerza de unos cuatro á seis mil hombres; y desde luego comenzó á dirigir las operaciones del sitio. Entretanto los paisanos continuaban cortando árboles y derruyendo las casas de campo inmediatas; y al ver los franceses semejante teson,

y que podian interrumpir sus trabajos, dispusieron desalojarlos bajando un cañon volante, que situaron frente á la torre de Estepa; y á pesar de que las guerrillas sostenian el fuego parapetadas con las ramas y troncos que hacinaban, fue preciso replegarse y continuar la obra por los olivares hondos inmediatos al rio Huerva: siendo como quiera muy admirable y digno de los mayores elogios haber salido por diferentes puntos en algunos dias consecutivos á destruir las preciosas heredades que circuían la capital, á trueque de ofender mas abiertamente al enemigo. Manuel Salvatierra y tres compañeros que con el presbítero don Gines Palacin fueron el 28 de junio á cortar el agua del canal para imposibilitar la conduccion de granadas y bombas, participaron que en la noche del 29 habian realizado su comision, echando las compuertas y rompiendo las roscas para que no pudieran levantarse; pero fue inutil, porque diez soldados de caballería precisaron á Martin Serrallé, encargado de aguas, á que las pusiese corrientes. La actividad era recíproca: los franceses no perdian de vista cuanto podia facilitar su empresa y aumentarnos las privaciones; y por nuestra parte no omitíamos tampoco ningun medio para desbaratar sus planes é impedir perfeccionasen sus trabajos.

La necesidad de atender á los extraordinarios gastos que exigian las urgencias de aquella época, produjo la publicacion de un bando para que, con arreglo á lo resuelto con fecha de 30 de mayo último, se confiscasen los bienes pertenecientes á vasallos del Emperador de los franceses y los de los españoles que se habian ido á Francia; prescribiendo reglas para recaudar los consistentes en metálico y conservar los demas fondos; imponiendo penas á los que protegiesen las ocultaciones, y premio á los que las delatasen.

Continuaba la entrada de soldados que habian podido

fugarse, y muchos guardias de corps, que, contando con la proteccion del general, deseaban ser colocados en los cuerpos que iba organizando en medio de tantas y tan extrañas tropelías. El coronel don Bernardo Acuña, encargado de formar uno de caballería de Aragon, logró perfeccionarlo algun tanto, y arregló el plan, fijándolo en tres escuadrones de cuatro compañías, cada una de doscientas veinte y seis plazas montadas y cuarenta desmontadas; componiéndose la plana mayor del coronel Acuña, del teniente coronel don Ramon Adriani, del sargento mayor don José Manrique, del ayudante el teniente de Borbon don Domingo Pavía, y del porta-estandarte el sargento de Borbon don Felix Carrasco. Para proporcionar á estas tropas y á las de línea, las correspondientes armas, el intendente Calvo mandó presentar en el término de veinte y cuatro horas las escopetas, pistolas, sables y espadas de montar; ofreciendo á su tiempo devolverlas ó satisfacer su valor. La junta suprema de gobierno fijó un momento su atencion sobre los infinitos desórdenes que ocasionaba la conducta de algunos paisanos que so color de celo y patriotismo vejaban á muchos vecinos honrados, aprisionándolos arbitrariamente, reputándolos por traidores; y para evitar tamaños excesos mandó que, no siendo *in fraganti delicto*, nadie prendiese sin autoridad de la justicia; imponiendo al que lo ejecutase dos meses de carcel y la multa competente; previniendo al alcaide diese cuenta á la junta de los que le presentasen sin llevar orden de las autoridades constituidas. El ramo de hacienda se confió al intendente del ejército y reino don Lorenzo Calvo de Rozas; á don Elías Javier de Lanza, canónigo; al reverendo padre fray Felipe Andres, del colegio de trinitarios calzados; á don Ventura de Elorduy, contador principal del reino; á don Tomas de la Madrid, tesorero del mismo; á don Pedro Cornel, intendente honorario de la provincia y

administrador general de rentas; á don Juan de Marticorena, del comercio; y á don Eusebio Jimenez, racionero de la metropolitana de la Seo, y secretario de su ilustrísimo cabildo y de esta junta. Posteriormente se agregó á don Miguel Pescador, del comercio.

Impacientes los escopeteros voluntarios de la parroquia de san Pablo por batirse con el enemigo, salieron en número de doscientos hombres, y llegaron hasta el olivar situado frente al castillo, en donde hicieron un fuego muy vivo; y á pesar de que fueron reforzados los franceses, los hicieron retroceder, matándoles cinco hombres, con pérdida de uno solo por nuestra parte. Á su imitacion le molestaban los de los otros puntos; pero como estas operaciones eran aisladas, no producian grandes ventajas. Sin embargo, para excitar á los habitantes y á las tropas, el general publicó la siguiente resolucion.

«Nada es preferible á la defensa de nuestra santa religion, del rey y de la patria; y nadie es mas acreedor á los beneficios de esta patria que aquellos que en circunstancias críticas, como las presentes, se presten voluntariamente á salir á su defensa. En consecuencia, el excelentísimo señor capitan general y la suprema junta de gobierno del reino han resuelto: que si alguno de los que hicieren una salida para derrotar á los franceses y salvar la patria muriese en la accion, se socorra á sus viudas ó hijos con una suma en dinero para que no queden desamparados, y que se tenga toda consideracion, y premie á los oficiales y soldados que se distingan, al paso que degradará y castigará á los que no hagan su deber. El general y la junta esperan que unidos á la tropa los valerosos habitantes de esta capital, y procediendo con toda armonía, se logrará un completo triunfo contra el enemigo. Zaragoza 13 de julio de 1808.=El gobernador y capitan general, José Palafox y Melci."

Deseoso éste de aumentar el número de defensores, y cerciorado de que la falta de organizacion y orden habia movido á algunos de los alistados á retirarse á sus pueblos, expidió, de acuerdo con la junta de gobierno, una circular á todas las justicias para que detuvieran á los soldados ó paisanos alistados que no tuviesen licencia ó pasaporte, y que los condujesen con sus armas á la capital; expresando que su omision ó malicia sería castigada con penas rigurosas: y en la misma orden se decia que circulaban algunas cartas de Madrid con el objeto de poner en duda la fidelidad de los generales y juntas supremas de las provincias, dando á entender obraban de acuerdo con el gobierno intruso; y disponia que al que le ocupasen papeles que pudieran turbar la tranquilidad pública sufriría la pena establecida para los cómplices de alta traicion; y en confirmacion, Palafox publicó algunas de las cartas que daban noticia de lo que ocurria.

Por mas esfuerzos que hacia la junta suprema de gobierno, no podia dirigirse con igualdad el espíritu público. Faltos de aquella concentracion que exigen las operaciones complicadas, nos veíamos luchando entre mil especies opuestas; y los genios fogosos, que creían estaban todos poseidos de un mismo ardor, prorumpian en quejas, y no dejaban de suscitarse contestaciones entre los militares y paisanos. Los escopeteros, engreidos con sus triunfos, decian, que las reglas eran inútiles, y que el valor lo superaba todo. El militar sostenia que, á pesar del feliz éxito, obraban temerariamente y sin consideracion: que no bastaba el arrojo si no le acompañaban ciertas medidas: que el defender las puertas, pertrechados de las baterías, y desde los edificios, no era lo mismo que batirse en el campo, donde el arte vence los obstáculos y arrolla las masas mas grandes cuando no son dirigidas con la debida pericia. Palafox tocaba á cada paso difi-

cultades muy árduas; y mandó que, para evitar la desunion, orillasen unos y otros semejantes debates; imponiéndoles las mayores penas si llegaban á insultarse con expresiones indecorosas; recomendando especialmente al clero y personas de algun influjo procurasen celar sobre este extremo para impedir que el enemigo sacase ventajas de semejantes disturbios. El decreto que se publicó con este motivo decia así:

«El gobernador y capitan general del reino y la junta suprema de gobierno, que incesantemente se afanan por el bien de la patria, han visto con el mayor sentimiento la desunion que algunos espíritus perturbadores han intentado sembrar entre la tropa y los paisanos. Estan persuadidos de que unos y otros caminan á un mismo fin, y desean sacrificar su vida por la causa mas justa; pero para precaver las funestas consecuencias que necesariamente debian resultar de esta division, manda: que todo oficial y soldado que insulte á cualquiera paisano con alguna voz odiosa, verificado el hecho será castigado inmediatamente con todo el rigor de la ley militar: que todo paisano, de cualquiera estado ó sexo, que insulte á cualquiera militar con expresiones indecorosas ó no correspondientes á tan honrada profesion, inmediatamente sea preso y castigado militarmente con el mayor rigor. Se espera del noble carácter de los aragoneses y de las exortaciones pacíficas y poderosas del clero y personas de influjo, que se logrará conservar reunido el ánimo de todos los defensores de la patria, y se privará al enemigo comun del recurso que de lo contrario podria resultarle. Zaragoza 14 de julio de 1808."

En las conmociones populares reina siempre un espíritu de agitacion y credulidad. La muchedumbre acoge con facilidad especies que deberian examinarse con mucha madurez, pues algunos encubren intenciones dañinas con la capa de celo y adhesion al gobierno. Todo

esto no dejaba de producir obstáculos; y por mas que ansiábamos ver consolidada la autoridad para que el verdadero amante y defensor de la patria tuviese un escudo contra la perversidad y malicia, quedaron sin cumplirse nuestros deseos.

CAPITULO XIV.

El baron de Warsage organiza un cuerpo. — Los franceses entran en Calatayud. — Choque de Villafeliche. — Gestiones para interceptar los convoyes de bombas. — Resistencia de la villa de Sós.

He insinuado que los franceses, resueltos á variar de plan en tanto que llegaban refuerzos, habian dejado una fuerza suficiente para comenzar á abrir las trincheras; y con este motivo emprendieron varias incursiones por la provincia. Pero antes de internarme mas en los sucesos militares y políticos que ocurrian en Zaragoza y sus inmediaciones, daré una ligera idea de los esfuerzos de algunos pueblos y ciudades comarcanas, y de los sacrificios que hicieron, dignos por cierto de trasmitirse á la posteridad, y de ocupar un lugar distinguido en esta historia. En la ciudad y partido de Calatayud tomaron sus habitantes sin demora parte en el levantamiento de Zaragoza; y el baron de Warsage, designado por gefe para dirigir el entusiasmo de aquella juventud, comenzó desde luego á organizar algunas compañías; pero se veía en el apuro que casi todos los pueblos de la provincia, y era el no tener fusiles ni municiones. Por fin, le enviaron de las fábricas de Villafeliche diez quintales de pólvora, y el general Palafox le remitió á principios de junio dos cañones de á cuatro con su brigada. Como Calatayud es pueblo de carrera, iban llegando sin cesar oficiales y soldados que á la desbandada

venian huyendo de Madrid y de otros pueblos. El corregidor, ó alcalde mayor, don Ignacio de la Justicia protegia en lo posible tan heróicos esfuerzos; y con esto el baron logró entre soldados y paisanos reunir dos mil hombres, de los cuales substrajo don Francisco setecientos de tropa de línea con dos cañones de á cuatro que aquel tenia, para incorporarlos á las tropas del general Palafox que fueron dispersadas en la batalla de Epila. Muchos concurrieron al Frasno, y otros á Calatayud; por manera que don Francisco Palafox, encargado por su hermano para que tan presto como llegáran los dispersos viniese al socorro de Zaragoza, salió en compañía de Warsage con mas de mil hombres, bien armados, de Calatayud para el pueblo de Almonacid, en donde recibió pliegos para que activase su marcha, como lo ejecutó, retrocediendo con treinta hombres para conducir unos presos. En el camino tuvo noticia que los franceses estaban por las inmediaciones de la Almunia; y extraviándose por montes y veredas inusitadas, llegó al Frasno, cuyo pueblo halló casi abandonado; y concluyeron todos de fugarse á poco rato, porque un pastor avisó al baron que los franceses estaban en la venta de Morata. No se detuvo un momento; y con veinte y dos hombres que le siguieron llegó al estrecho de la Condesa, desde donde observó una columna enemiga de mil infantes y doscientos veinte caballos. Á poco rato divisó otra de igual fuerza, caminando ambas á paso redoblado. Los veinte y dos hombres al verlas huyeron, y el baron tuvo que partir precipitadamente con sus edecanes, haciendo una marcha violenta, pues destacaron contra él algunos caballos, que le persiguieron, llevando solo la distancia de dos tiros de fusil, hasta el puerto de Calatayud. En este punto se habian reunido como unos quinientos paisanos y algunos soldados, que, cerciorados de la fuerza enemiga, estaban en el mayor conflicto. Faltos de

municiones, y con solos doscientos fusiles útiles, tuvieron todavía bastante serenidad para sostenerse, ocupando aquellas alturas hasta entrada la noche para imponer al enemigo. Al abrigo de la obscuridad partieron á las gargantas de nuestra señora de Illescas y san Ramon, distantes una hora de Calatayud; y habiendo sabido Warsage que la fuerza enemiga era de alguna consideracion, se dirigió á las inmediaciones de la ciudad, en donde tuvo una junta con algunos de los oficiales de mas graduacion; y resolvió retirarse por Ateca, y desde allí venir á caer sobre Daroca para auxiliar en su caso las fábricas de Villafeliche; mandando cortar los puentes, y poniendo algunos embarazos para entorpecer el paso á la caballería. Al ver esto los habitantes de Calatayud, abandonaron la mayor parte, inclusas las comunidades religiosas, en el espacio de una hora la ciudad, quedando solo de los individuos de ayuntamiento el corregidor y dos diputados; y estando aquel meditando lo que deberia practicar, se le presentó un coronel frances de orden del general, y se convinieron en franquear lo necesario para la tropa acampada en las inmediaciones; y á hora de las ocho de la mañana entró en Calatayud la oficialidad y gran guardia, en número de unos doscientos infantes y treinta caballos. Una partida de franceses que fue al lugar de Torres, la recibieron sus habitantes á fusilazos; y habiéndoles muerto uno, entraron y pasaron por las armas á trece paisanos que hallaron, y partieron despues de incendiar y saquear el pueblo. El enemigo subsistió acampado delante de Calatayud hasta el 7, en que habiendo recibido pliegos, al medio dia tocaron generala, y á las dos de la tarde levantaron sus reales, dejando el camino de Madrid, á pesar de haber dado órdenes para que les acopiasen víveres en Ateca; y regresaron otra vez por el camino de Zaragoza, trayéndose doscientas arrobas de pólvora que ocuparon en la ciudad.

Las pocas tropas que custodiaban las fábricas de Villafeliche á las órdenes del comandante teniente coronel don Angel Bayon, suponiendo trataria el enemigo de apoderarse de aquel punto, oficiaron á Warsage para que estuviese por aquellas inmediaciones, por lo que rehusó enviar mas gente á don Francisco, haciéndole ver no tenia sino quinientos hombres, y muchos desarmados, pues la restante fuerza la habia ocupado en las remesas de pólvora, y muchos se habian desertado. No se equivocaron, porque á pocos dias, tomando los franceses la direccion por el campo de Cariñena, subieron ácia el puerto de Codos, en donde el comandante de aquel campo don Ramon Gayan, con el paisanage armado y unos cincuenta voluntarios que le proporcionó el gobernador de Daroca, les hizo algunos de menos; y continuando su marcha, el 17 de julio á las cinco de la tarde apareció á las inmediaciones una descubierta; y nuestra tropa avanzada observó venia un destacamento de mil doscientos hombres y cincuenta caballos. Por el pronto comenzaron á hacer señas con los pañuelos, dando á entender deseaban entrar de paz; pero como vieron no se les contestaba, desplegaron la caballería para imponer á los paisanos. Éstos, en lugar de arredrarse, rompieron un fuego vivo y ordenado: el enemigo se adelantó; y observando mas firmeza de la que esperaba, para atraerlos á la llanura se retiró con buen orden. Enardecidos los paisanos y soldados, avanzaron; pero luego que pudo maniobrar la caballería, los atacaron con vigor, y tuvieron que replegarse precipitadamente á tomar las alturas que hay sobre los molinos y camino de Ateca, desde las cuales rompieron el fuego, sosteniéndolas con entereza; y aunque algunos lograron entrar en la villa, pagaron cara su temeridad: y luego que llegó el baron con su gente retrocedieron escarmentados; y despues de haber durado el tiroteo de una y

otra parte hasta las nueve de la noche, á las diez tocaron generala, y regresaron por la misma ruta que habian traido. Á la mañana siguiente hallaron dispersos algunos franceses; y el subteniente de la compañía de fusileros de Calatayud don Juan Biec y Lopez con su partida consiguió hacer veinte y cinco prisioneros. El teniente coronel de artillería don Angel Salcedo dirigió á los paisanos y tropa bisoña; el capitan del primer tercio don Rafael de Gracia se batió, perdiendo la tercera parte de su gente; y el capitan de cazadores don Bonifacio Perez, que atacó al frente con su caballería, quedó muerto de un balazo. En este encuentro murieron bastantes franceses; y nuestra pérdida no fue de la mayor consideracion, aunque tambien nos hicieron prisionera una avanzada que sorprendieron, dirigida por Langa: debiendo observarse que este acontecimiento fue señalado, por cuanto nuestra tropa bisoña lidió contra duplicadas fuerzas de soldados aguerridos; y el resultado por entonces fue impedir la ocupacion de las fábricas de Villafeliche. De vuelta de tan desgraciada expedicion cometieron algunos excesos en la villa de Muel, á pretexto de que cuando subieron habian muerto á algunos franceses que quedaron rezagados. En el pueblo de Añon ocurrió tambien que negaron las raciones á la guarnicion de Tarazona, compuesta de mas de trescientos hombres. Para vengar el insulto fue una partida contra el pueblo. Treinta ó cuarenta hombres los recibieron á escopetazos; y habiéndoles hecho algunos de menos tuvieron que retirarse. Tales fueron los sucesos mas esenciales que ocurrieron á la derecha del Ebro: pasemos á ver rápidamente los de la izquierda, con especialidad en el partido de Cinco-villas.

Celebrada la junta para tratar sobre los medios de impedir los convoyes de bombas y granadas, el marqués de Lazan autorizó, á una con la junta militar, á don Andres

de Egoaguirre para que, de acuerdo con las autoridades, reuniese los paisanos y formase cuerpos ó guerrillas. Egoaguirre, unido con el abogado de Corella don Luis Gil, publicó una proclama para excitar á los navarros á que imitasen la conducta de los aragoneses; lo cual produjo el debido efecto. Supieron que don Antonio Florian conducia á Zaragoza la poca tropa arreglada que habia por aquel territorio, y que trataba de ejecutar lo mismo don Gines Marcos Palacin, quien con fecha 4 de julio escribia á Palafox llegaria el 5 con trescientos valientes que conducia y todo lo necesario para su manutencion. Antes del arribo de Egoaguirre, el comandante don Francisco Gonzalez con los doscientos hombres que tenia á sus órdenes salió á situarse en el punto llamado el Yugo, altura inmediata al pueblo de Tudela, para interceptar las municiones que bajaban de Pamplona; pero, ó fuese omision, ó por otra causa, lo cierto es que aquellas pasaron sin oposicion, y que la tropa regresó á Sos, en donde recibió la orden por medio del capitan don Cosme Ubago para venir á socorrer á Zaragoza. Como por una parte habia expedido oficios el general Palafox para que concurriesen á la capital, y de otra el marques y la junta circulaban tambien órdenes para llevar adelante los planes mas conducentes, nacia de esto una contraposicion desventajosa: pero como quiera, los comisionados Egoaguirre y Gil trataron de llevar adelante su empresa; y noticiosos de que habian salido de Pamplona veinte y seis carros y cincuenta caballerías con bombas y pólvora, escoltados de setenta y cinco á ochenta hombres, y que vendrian iguales remesas los dias sucesivos, dispusieron que don Luis Gil fuese á la Bardeta con trescientos cincuenta hombres de infantería y doce caballos, y que el corregidor de Sos don Vicente Bardagi se le incorporase con cuarenta soldados del regimiento de Tarragona, dos oficiales y seis soldados de ca-

ballería que existian en dicho pueblo; y oficiaron al comandante de armas de la villa de Egea don Gines Marcos Palacin para que el dia 10 al amanecer estuviese en el punto de las Cuebetas. El 9 salió por la tarde Bardagi con su gente para ir al punto señalado; y aunque recibió un oficio de Palacin en que le pedia armas y municiones, como habia de pasar por las inmediaciones de Egea, le avisó desde Castiliscar, y se dirigió al punto de reunion á las nueve de la mañana. Á esta sazon recibió un oficio de Palacin, en el que exponia conceptuaba poco ventajoso el punto del Yugo, y que lo sería mucho mas el de los Portillos, en las inmediaciones de Caparroso. Habiéndose conformado Bardagi, avisó á Gil para que concurriese á los Portillos, y partió á las cuatro de la tarde; y despues de haber proporcionado á su gente algun alivio, recibió á las diez de la noche un oficio en que le decian no contase sino con la fuerza procedente de Sangüesa, con lo que quedó el plan trastornado. No obstante, Bardagi, dejando su tropa en parage seguro, fue con el oficial don José Chacon y el médico don José Martinez al lugar de Carcastillo para enterarse de lo que motivaba la detencion de Gil, á quien no pudieron persuadir les acompañase; de modo que fue preciso recoger de las Cuebetas las municiones y víveres aprontados, y retirarse todos á la villa de Sos.

Este pueblo llamó á seguida la atencion de los franceses; y considerándolo punto ventajoso, trataron de ocuparlo. Cerciorados los habitantes de Sos, no titubearon en defenderse, á pesar de la escasez de medios. En las dos ó tres veces que se presentaron los recibieron con teson; pero, á pesar de esto, resolvieron atacar al pueblo el dia 23. Divididos por varios puntos, destacaron diez y siete caballos con orden de tomar un punto avanzado, pero los veinte paisanos que lo defendian sostuvieron el fuego por espacio de una hora, logrando re-

chazarlos, hiriendo gravemente cinco hombres y dos caballos: siendo muy digno de loa el que sin gefes, sin tropa, con malas armas, y escasos de municiones, tuviesen bastante espíritu aquellos naturales para hacer frente al enemigo. Los franceses veían que los paisanos estaban dispuestos por todas partes á incomodarlos y perseguirlos. Esta oposicion no podia menos de producirles un atraso en el acopio de víveres para su ejército, bien que á prevencion tenian galleta, pues conocieron que la empresa se iba prolongando de cada dia mas y mas. Si esto sucedia en los pueblos comarcanos, la insistencia y tenacidad en defenderse los habitantes de Zaragoza se acrecentaba sobremanera; y para dar una idea de sus esfuerzos volvamos la vista á las operaciones que poco ha insinuamos haber comenzado á practicar para bloquearnos.

CAPITULO XV.

Preparativos de defensa en la izquierda del Ebro. — Estado de nuestras fuerzas. — Entra tropa de línea y una partida de pólvora. — El enemigo pasa el Ebro. — Descríbense las escaramuzas ocurridas en las puertas de Sancho, Carmen y santa Engracia.

El 27 de junio teníamos ya dos cañones á la izquierda del Ebro; y se destinó á un oficial con dos sargentos, cuatro cabos y sesenta soldados para sostener aquel punto. Fue nombrado comandante de vados el teniente coronel don Rafael Estrada, poniendo á sus órdenes el 29 dos capitanes, dos tenientes, cuatro subtenientes, ocho sargentos, catorce cabos y doscientos ochenta soldados. Se organizaron en lo posible algunos cuerpos, de cuyos nombres y fuerzas será oportuno hacer mencion para formar idea de los acontecimientos sucesivos, como tambien de los muchos puntos que habia que guarnecer y dificultades extraordinarias que superar. Los cuerpos que existian en Zaragoza, segun el estado que presentó el 10 de julio el inspector don José Obispo, eran los siguientes: Guardias españolas y walonas; batallon de cazadores de Fernando VII; Extremadura; primer batallon de voluntarios de Aragon; batallon de voluntarios de Aragon de reserva del general; tercio de jóvenes; primer tercio de nuestra señora del Pilar; tercio de fusileros de Aragon; tercio de don Gerónimo Torres; tercero, cuarto y quinto tercio de vo-

luntarios aragoneses, portugueses y cazadores extrangeros; real cuerpo de artillería; compañía de Párias. La total fuerza respectiva de estos cuerpos consistia en mil novecientos once hombres de tropa veterana y seis mil seiscientos setenta y uno bisoños. Los puntos que cubrian eran: Puerta del Portillo, de Sancho, del Carmen, de santa Engracia, molino de aceite, y avanzada en la torre de Aguilar, puerta del sol, del Angel, san Ildefonso, castillo de la Aljafería, conventos de agustinos y trinitarios descalzos, huerta de santa Ines, cuartel de caballería, casa de Misericordia, huerto del oficio de Alpargateros, pino de Ranillas en Juslibol, en los vados, en la academia de san Luis para custodiar los franceses; empleándose en ellos dos mil novecientos noventa y nueve; y en retenes y avanzadas de las puertas del Portillo, Carmen, Sol y Sancho trescientos quince hombres; ascendiendo el total de empleados en servicio activo á tres mil trescientos catorce hombres de tropas y paisanos. Ademas de los cuerpos mencionados existia el segundo tercio de nuestra señora del Pilar, llamado de los jóvenes, cuya fuerza vendria á ser de unos seiscientos veinte y seis hombres, y las compañías de Tauste; debiendo agregarse á todo esto la tropa que entró el 9 de julio con don Francisco Palafox, y tambien la porcion de caballería coordinada bajo la direccion del coronel Acuña. El cuerpo de artillería, compuesto de un sargento mayor, tres capitanes, tres tenientes, tres subtenientes, diez sargentos, treinta y cuatro cabos y trescientos seis soldados de tropa veterana, se habia reforzado algun tanto con los que venian incesantemente: siendo de notar que el dia 2 de julio, en que perdimos bastantes artilleros, llegaron nueve á la Puebla de Alfinden, los que envió con carros el coronel don Fernando Gomez de Butron, que desde dicho pueblo expedia oficios á todas partes para acelerar la marcha de las tropas y paisanos que reunian

los partidos para venir á tomar parte en la defensa de Zaragoza. El 3 de julio entraron en la Puebla á las cuatro y media de la mañana trescientos veinte voluntarios y una compañía de cien hombres á las órdenes del coronel don Antonio Cuadros, que extrajo de Teruel; pues la demas gente que habia reunido el gobernador de Daroca para remitírsela se retiró á sus casas, con cuyo ejemplo estuvo expuesto Cuadros á que lo abandonasen, y en grandes apuros para que continuasen los restantes su marcha, que tuvo que variar por estar Torrero ocupado; y habiendo pasado el Ebro, entraron felizmente en la capital. Al mismo tiempo que estos refuerzos, llegó con la mayor oportunidad una remesa de pólvora que, en virtud de los oficios expedidos á resultas de la explosion del 27, envió de las fábricas de Villafeliche el comandante don Angel Bayon, y ascendió á trescientas diez y ocho arrobas del primer género de cañon y fusil, y ciento cincuenta de plomo, custodiada por un oficial, un sargento, cuatro cabos y cincuenta soldados; siendo los conductores José Moneba, Francisco Bagés y Vicente Langa, vecinos de Villafeliche. El alcalde de la Almunia Antonio Gutierrez envió tambien veinte y cuatro arrobas, y una barra de plomo de cinco arrobas, con algunos cartuchos; y el de Cariñena Pedro Carabajal aprontó siete arrobas, la única que habia en la expresada villa. Grande fue la complacencia que produjo la llegada de tan importantes auxilios, especialmente el de la pólvora, que escaseaba sobremanera, en razon de consumirse por los paisanos indiscretamente. Depositada parte en el almacen del convento de san Agustin, y parte en el de san Juan de los Panetes, los eclesiásticos y otras personas que ignoraban el manejo del arma se dedicaron á la formacion de cartuchos.

Por este tiempo el enemigo resolvió hacer un puente para cruzar el Ebro y cortar todas las comunicaciones;

pero como tenia pocas tropas, se ciñó á formar una línea de contravalacion, para lo que le sirvieron mucho las tapias, acequias y desigualdades del terreno que hay en las inmediaciones de la ciudad; y solo en algunos parages tuvo que construir la línea, cuyo ancho era de cuatro pies, y su profundidad de tres, cubierta por un parapeto de otros tres pies de elevacion, sin revestimento ni banqueta formal, y el todo informemente construido; sirviéndose de algunas casas de campo aspilleradas para establecer en ellas las guardias de la trinchera. Una parte de esta línea apoyaba su izquierda en el Ebro, y la derecha en la Huerta, siguiendo lo restante á lo largo de este rio, que les servia de impenetrable foso.

Para el paso del Ebro observó el enemigo todas las reglas: escogió un ángulo entrante; colocó en sus costados á cubierto artillería y fusilería; recogió y arregló el maderamen en el edificio de san Lamberto; proporcionó barcos para pasar una avanzada; y en una noche construyó el puente con gruesas vigas de seis varas de largo. En cada cuatro salia una de ellas una vara mas que las otras por ambos costados, y cada tres estaban sujetas entre sí, y ácia sus extremos, con tablas que aseguraban grandes clavos: por el medio, y en toda la extension del puente, corria un piso de tablas con el ancho suficiente para el paso de un cañon ó carro. Su figura formaba un ángulo saliente contra la corriente en el parage en que ésta era mas fuerte; y sus cabezas estaban enterradas por ambas orillas en las excavaciones que hicieron para recibirlas: dos amarras salian á veinte varas ácia la parte superior del rio: la naturaleza de la madera permitia que esta grande balsa flotase sin socorro alguno del ingenio; pero su ninguna flexibilidad hubiera sido causa de su destruccion al primer aumento que hubieran recibido las aguas: la cabeza del puente estaba defendida con un parapeto y su foso en línea

recta de unas trescientas varas de longitud, y flanqueada por un ángulo saliente en cada extremo, en los que abrieron un par de cañoneras: en el medio estaba la salida á la campaña cubierta por una flecha: dos estacadas unian esta obra con las aguas; y el todo lo dejaron sin revestir, aunque las tierras, por areniscas y pedregosas, eran tan malas para la construccion como para la defensa.

Los paisanos y tropa destinada á custodiar el vado en los campos de Ranillas trataban de incomodar al enemigo; pero, establecido el puente, quedó burlada su vigilancia, pues algunos soldados de caballería, pasando el vado por mas arriba, treparon á la torre de Sobradiel, camino de los molinos; y enterados del sitio en que las acequias tomaban el agua, inundaron la campiña. Viendo que en la orilla habia una batería para hacer fuego á cuantos compareciesen, y que les despedian algunas granadas, el capitan don Joaquin Primo de Ribera, juntamente con el de ingenieros don Luis Abella se dirigieron con dos piezas por el camino de Juslibol al punto de Ranillas, en el que, prevalidos de los cañares y cajeros de las acequias, les fue facil establecer su batería, procurando enfilar los fuegos ácia el molino de la Abeja. En los dias 9 y 10 siguió el fuego de cañon y fusil de una y otra parte; pero el 11 amaneció asegurado el puente, y luego principió una escaramuza, que muchos habitantes salieron á presenciar al puente de piedra, viendo claramente el tiroteo que sostenian los paisanos en el punto de Ranillas, como el de los que salieron por la puerta de Sancho, siguiendo la orilla del Ebro, con direccion al sitio de la refriega. Los labradores sobre el interés general tenian el particular de conservar las heredades, que por aquella parte son preciosas, procurando ganar algun tiempo para ejecutar la siega, y así sostenian el fuego con el mayor empeño; y la caballería, que por la mañana intentó trepar el vado, tuvo que

replegarse. Luego que comenzó la accion, don Francisco Palafox, que acababa de llegar con su primer tercio, fue á reforzar el punto de Ranillas, é hizo conducir por la horca de Ganaderos un obús y dos cañones de á ocho, que situó en el alto de la torre de Ezmir, enfilando los fuegos al paso de los barcos, que dirigió el comandante don Manuel Garcés. El choque continuó con teson; y por la tarde fue el general Palafox con el brigadier don Antonio Torres, el inspector don José Obispo y otros varios á la torre de Ezmir; y observando que el punto de Ranillas iba á ser ocupado por los franceses, se retiraron, y encargaron á los paisanos del arrabal y Juslibol procurásen cortar por la noche las acequias é inundar los campos, como lo ejecutaron con la mayor exactitud. Á la mañana siguiente volvió á trabarse el choque. Colocaron las tres piezas indicadas en la torre de Ezmir; y viendo que los cañones de á ocho no alcanzaban al vado, habiéndose presentado al medio dia don Francisco en aquel punto, le pidieron remitiese uno de á doce; pero todo fue infructuoso por cuanto el enemigo con cautela hizo pasar el vado por frente á la tejería de Almozara á una porcion de caballería, llevando cada uno un infante en la grupa, con lo que por la mañana, despues de haber tiroteado las guerrillas, desplegaron su fuerza, y avanzaron hasta ponerse en disposicion de proteger el paso por el puente á una columna de infantería. Éste lo realizaron á las dos y media de la tarde; y habiéndose dividido en dos alas, tomando una la derecha, resguardada de los ribazos que hay á la orilla del Ebro, y dirigiéndose la izquierda ácia la torre de Mezquita, auxiliada de la caballería, fue indispensable abandonar el terreno; y sin embargo de que procuraron retirar la artillería, todavía dió caza el enemigo á los dos cañones de á ocho, que ocuparon; y por fortuna pudo salvarse el obús, que iba algun tanto avanzado, el cual

internaron los paisanos por las huertas. Tambien nos tomaron un cañon de á doce que conducian á la torre de Ezmir, y dejaron abandonado en el camino al ver que la tropa y paisanos huían de aquellos sitios. El enemigo ocupó uno ó dos barcos chatos, llamados pontones, en aquellas cercanías; y habiendo divisado Maximino Marin, labrador del arrabal, á uno de ellos con dos franceses cercano á la orilla, se arrojó al agua con sus compañeros, lo apresaron, y bajaron con él hasta las inmediaciones del puente de piedra. El labrador Galiano, de Juslibol, indicó podian cortarse algunos árboles de los sotos que hay encima de este pueblo, y arrojarlos al Ebro para que desbaratasen el puente; pero nada pudo ejecutarse, porque las tropas enemigas discurrian libremente por toda la campiña. Tambien, á propuesta de otro, comenzaron á incendiar las mieses, pero no prendió el fuego sino en un corto trecho. El enemigo no solo tanteó el vado por la parte de Juslibol, sino tambien por frente á la villa de Pina. Luego que observaron sus habitantes que dos de á caballo comenzaban á trepar el Ebro por el punto donde estaba el ponton, trataron de salir armados, y estuvieron en observacion por algun tiempo: con este motivo fue preciso dar órdenes para que cortasen las sirgas, quitasen las barcas y custodiasen los vados. El teniente coronel don Rafael Estrada supo al llegar el 16 á Villafranca que unos cuantos dragones acababan de pasar el rio, y que muchos paisanos, y aun tropa avanzada, se habian fugado; y á seguida ofició á los alcaldes de Fuentes, Viana, Belchite, Zaida, Quinto, Samper y Alcañiz para que hiciesen venir á los prófugos á la Puebla á fin de custodiar el camino de Barcelona; y por su parte reunió de Pastriz, la Puebla, Alfajarin y Villafranca ciento diez hombres, que condujo hasta el Gallego con cincuenta y dos de la octava del cuarto tercio que habian abandonado sus puestos en dos alarmas,

y habian sido reemplazados con la sexta compañía del segundo batallon de Fernando VII, dirigida por don José Colomer. Tambien estaba en Alfajarin el coronel don Manuel Martinez, que llegó el 13 acompañado de los oficiales el teniente coronel de ingenieros don José Fonz, y los de igual clase de infantería don Antonio Guerrero y don Teodoro Royo; los capitanes don Tomás Gonzalez, ingeniero voluntario, y don Rafael Barco, y los subalternos don Juan Pagan y don Juan Tirado, con los cuales vinieron ciento treinta y siete hombres procedentes de Mora, que de orden del coronel don Andres Bogiero se unieron en Villarquemado, la mayor parte sin armas. Emprendieron su marcha para venir á Zaragoza: la llegada de una porcion de dragones que hallaron cerca del puente de Gallego les impuso, dándoles á entender estaba cerrado el paso, con lo que retrocedieron; y los dragones fueron á la Puebla, en donde el paisanage, creyéndoles caballería francesa, les hizo fuego, con lo que evitaron la entrada en el pueblo, y pasaron adelante, dirigiéndose á la villa de Jelsa; cuyo suceso, y el observar que los dragones no habian querido reunirse, ni reconocer la autoridad de Martinez, Fonz y demas oficiales, hizo se desbandase la mitad de la gente que venia desde Mora, ejecutando lo mismo muchos de los que custodiaban los vados á las órdenes del comandante don Tomás García Riaño, por lo que tuvo que replegarse hasta la indicada villa. Con esto podrá formarse idea de cual era nuestra verdadera situacion, y cuan árduo atender á la defensa de tantos y tan interesantes puntos en medio de la multitud de obstáculos que á cada paso sobrevenian.

Los franceses continuaban sin interrupcion sus paralelas, adelantando los trabajos, á pesar de que por todos los puntos procuraban incomodarlos. En la puerta de Sancho el comandante Renovales no cesaba con los dos cuer-

pos de fusileros y compañías de Tauste de distinguirse en varias y repetidas salidas: entre ellas, el dia 7 de julio el sargento primero Mariano Bellido, los cabos José Monclus y Gregorio Lopez, y los soldados Mariano Andres y Matías Betrós, de fusileros, continuaron acreditándose, y lo mismo los sargentos primeros Miguel Cabestrés, Miguel Salanova, Mariano Larrodé, José Las-eras y Juan Marin, que salieron heridos. Su intrepidez y arrojo, como el de los oficiales Laviña, Gambra, Mediavilla y Ruiz, hizo retroceder largo trecho las guerrillas enemigas, logrando dar muerte á diez y siete soldados, hiriendo una porcion considerable. Oyendo los paisanos que era preciso hacer salidas, acalorados por el presbítero Sas, el propietario don Patricio Villagrasa y otros capataces, resolvieron tomar la batería que los sitiadores habian construido en el monte Torrero. Con este fin se dirigieron á las tres de la tarde una porcion considerable de los de la parroquia de san Pablo al convento de san Francisco, en donde estaba acuartelado el regimiento de Extremadura, y obligaron al capitan don Blas San Millan, que estaba de guardia, á que los dirigiese. En vano se propuso hacerles ver lo arriesgado de la empresa, y que no podia obrar sin orden del capitan general; todo fue inutil, y tuvo que salir con su ayudante don José Estebe y la tropa disponible, encaminándose al puente de la Huerva, sin poder conseguir el que se formase una partida de guerrilla para evitar un descalabro. Apenas observó el enemigo la salida cuando, luego que estuvieron á tiro, los saludó con una descarga de metralla, que hirió á San Millan y dió muerte á su ayudante Estebe. Apenas supo este incidente don José Obispo, partió con su ayudante don Martin de Castro y sesenta hombres del tercer tercio á sostenerlos; y viendo que se aproximaban mas franceses, volvió á la batería de la puerta de santa Engracia y extrajo sesenta voluntarios

del cuerpo de reserva, mandados por el capitan don José Lagarda y el teniente don Medardo Vezma, con lo que pudo proteger la retirada y evitar mayores pérdidas; habiendo ascendido la de los paisanos á catorce muertos y veinte heridos, y la de los voluntarios á siete muertos y cuatro heridos. Abandonado el edificio de la Cartuja alta, se dió principio á la extraccion de comestibles y otros enseres; y el teniente Viana con los paisanos del arrabal sostuvieron el puente de Gallego para auxiliar la operacion, que se consiguió completamente, á pesar de que el enemigo procuró aproximarse; pero le contuvieron los paisanos, haciendo fuego por los cajeros de las acequias.

CAPITULO XVI.

Se atenta contra los franceses asegurados. — Segréganse algunos individuos de la junta militar. — Formacion de otra consultiva.

El general Palafox se trasladó al palacio del arzobispo por ser mas á propósito para la distribucion de oficinas. La multitud de concurrentes á él ofrecia una escena interesante. Rodeado de algunos militares que nada les parecia bien, y de paisanos que no se conformaban con su lenguaje, tenia que acomodarse á las circunstancias. Muchas operaciones se ejecutaban sin su conocimiento, y otras, aunque las reputase importunas, era preciso tolerarlas; y así, al paso que parecia ilimitada su autoridad, no dejaba de ser contrarestada; pues en una época como aquella de efervescencia popular, ni el que mandaba podia hacerlo como en tiempos tranquilos, ni los que obedecian se penetraban de lo indispensable que es la subordinacion para conseguir un buen éxito. A las veces se daban órdenes verbales, que desfiguraban; lo cual producia desórdenes, vejaciones, y males difíciles de remediar en tan apurada situacion. Un eclesiástico llamado García fue al cuartel de san Miguel pidiendo gente para degollar á los franceses reunidos en las casas de la real academia de san Luis; y decia que un edecan, que designó, habia dado la orden; pero el capitan que custodiaba aquel punto recceló de ella, arrestó á García, y dió parte en seguida á la junta. Estaba á la sazon congregada, y le hizo

comparecer, mandando redoblar las guardias. Reconvenido, confesó habia oido dentro de palacio á un edecan mandar que degollasen á los franceses. Sacrificar á sangre fria á unos miserables á quienes el pueblo acertadamente habia puesto á cubierto de todo insulto, fue cosa que los horrorizó; y viendo García pintada la cólera en sus semblantes, con la misma bajeza con que dió los primeros pasos imploró la conservacion de su vida. La junta acordó su prision y la del edecan, y comisionó á un magistrado para que averiguase la certeza de lo ocurrido. Palafox mandó que el edecan quedára desde luego arrestado en su palacio. Á la una de la mañana hubo una reunion extraordinaria, á la que concurrieron cuatro individuos; pero nada se resolvió, y quedó todo paralizado. Este mismo eclesiástico, segun se divulgó, fue el que por los dias últimos del mes de junio proyectó ir á casa de don Pedro Lapuyade con ánimo de matarle por traidor, y á dos generales franceses que decia tenia escondidos; y habiéndole el intendente Calvo hecho responsable con su cabeza, partió á contener su gente, que habia entrado ya en la casa á fuerza mayor. Fuese por las contestaciones que mediaron, ó por algun otro motivo, lo cierto es que al dia siguiente fueron arrestados en sus casas los magistrados don José Villa y Torres y don Pedro María Ric, y presos el cura de san Felipe don Felipe Lapuerta, y el racionero don Manuel Berné.

En semejantes agitaciones siempre hay partidarios ocultos y agentes diseminados para introducir el desorden. En palacio y en las plazas oíamos quejarse á muchos que el no hacer mas progresos era por los muchos traidores que habia en Zaragoza. Las cartas publicadas y papeles anónimos apoyaban la idea: ésta llegó á tal punto, que el pueblo creyó, no solo que los franceses tenian sus espías, y que sabian por las gentes que salian á sus trabajos

las noticias y cuanto pasaba en la capital, sino que las mugeres y los muchachos les llevaban pólvora y cartuchos; y para remediar este exceso colocaron en la puerta del Angel á una muger que registrase los lios de cuantas salian. Estas y otras particularidades demuestran el espíritu público que reinaba en aquella época. Una mañana ocurrió que una anciana llevaba cartuchos y unos papeles que dijo los habian cogido en la mochila de un frances: los que estaban en el Mercado, que es una de las plazas mas concurridas, la sorprenden, la tratan de traidora, y la maltratan en términos que de las resultas perdió la vida. Algunos propusieron que los eclesiásticos y ciudadanos honrados hiciesen guardias en las puertas y rondasen, y así se verificó. El general publicó un bando, por el que indicaba ser sabedor de que algunos soldados del ejército enemigo se introducian con el trage de paisanos, y prevenia á los vecinos anduviesen con precaucion, y á los comandantes de las puertas celasen. Sin embargo de las órdenes de la junta suprema sobre la arbitrariedad con que se hacian varias prisiones, y la de que no se insultasen militares y paisanos, siempre continuaban los abusos, pues la complicacion de objetos y las incesantes alarmas no dejaban á la autoridad tiempo para consolidar su obra. De aquí incidentes desastrosos y resoluciones aventuradas. Por estos dias extrajeron de la prision á don Rafael Pesino, corregidor de Sos, y lo condujeron á la puerta de Sancho, donde fue pasado por las armas, en el concepto de traidor segun el lenguage del pueblo. En las épocas de turbulencia es triste el estado del que manda y de los que obedecen; y así es que la efervescencia, al paso que sirve para ejecutar cosas grandes, tambien produce extravíos.

Si era árduo atender á la defensa de tantos puntos, no lo era menos la direccion de los diferentes ramos de administracion pública. La agregacion de individuos á los que

ya componian la junta militar, segun lo acordado en la gran reunion del 25 de junio, produjo intrincadas contestaciones. La mas interesante fue la que suscitó el intendente Calvo. Á resultas de haberse recibido algunas cartas que se incluyeron en la gaceta extraordinaria del 17 de julio, sobre que Murat trataba de introducir la anarquía en la provincia de Aragon, fue preciso tomar medidas extraordinarias; y al ver el retraso con que se recibia la correspondencia, se suscitaron repetidas quejas; por lo que, observando la junta que el confiar su escrutinio á otras personas era un agravio, consiguió el que uno de sus individuos hiciese el reconocimiento con las debidas precauciones. El intendente ofició á la junta para que su comisionado se abstuviese de dicha operacion. Le contestó ésta no sabia tuviese tal encargo, ni podia figurarse lo apeteciese: que hallándose complicado con objetos tan árduos, ventilaria si era mejor cortar la correspondencia de Madrid, ó sujetarla á un rigoroso registro; y por último, añadian que si gustaba, para evitar contestaciones y adelantar el servicio de S. M., acudir á la junta, quedaba desde entonces nombrado individuo de la misma. Esta contestacion irritó al intendente Calvo; y con fecha de 22 ofició á Palafox, manifestando que la junta que se titulaba suprema no era sino la agregacion de algunos individuos á la militar, y que no resultaba título formal: que extrañaba le nombrase individuo, cuando lo era nato por ordenanza de las juntas y consejos de guerra, correspondiéndole el primer lugar despues del general: que habia sido secretario en la junta de las cortes, y que no debia admitir títulos de quien no podia legalmente dárselos: se quejaba á seguida de que la junta disponia de los caudales de tesorería: avocaba á sí el conocimiento de las causas pertenecientes á la hacienda; y que aunque conocia que los individuos agregados estaban llenos de buenos

deseos, expedian infinitas órdenes sin tener facultades; y que, como no se acordaban, ó no tenian á la vista los antecedentes, todo lo complicaban, entorpeciendo el curso de los negocios. «Yo no reconozcó, decia, otra autoridad legítima que V. E., y así no puedo obedecer otras órdenes: soló por amor á V. E. me constituí en abrazar los destinos de intendente y corregidor; lo que importa es que cada gefe sea responsable de su ramo." Y despues de hablar largamente, concluía haciendo dimision de sus destinos. Con vista de esto, y de cierta conmocion que promovieron algunos paisanos pidiendo la disolucion de la junta, el 23 fueron segregados los individuos unidos á la militar; y con la misma fecha, despues de indicar algunas causales de las producidas por el intendente, y dando á entender que aquellos se habian excedido, Palafox nombró una junta consultiva, compuesta del conde de Sobradiel, del baron de Purroy, de don Juan Francisco Martinez arcediano de Daroca, de don Mariano Sardaña y don Pedro Miguel de Goicoechea; y se les ofició para que concurriesen á las casas de S. E. mañana y tarde. El general queria acertar en asuntos tan árduos, pero tenia que chocar con las rivalidades, que no dejaban de producir sinsabores.

De cada instante nuestra situacion era mas crítica. Los comestibles escaseaban: los molinos estaban inutilizados: apenas teníamos municiones. El intendente expidió una orden para que los géneros se vendiesen á los precios que tenian en el mes de junio, bajo la pena de perderlos; y para mayor exactitud arregló con los datos de introduccion un arancel equitativo. Fue preciso construir tahonas, y entretanto suplieron las harinas de algunos vecinos, conventos y pabostrias, satisfaciendo su importe. Para ocurrir al terrible fallo que habia de pólvora comisionó al administrador general de salitres don José Jimenez de Cisneros, y al catedrático de química don Esteban Deme-

trio Brunete, para que desde luego comenzasen la elaboracion. Á instancias de un oficial de artillería construyeron un gran cilindro para hacerla por el método de compresion; y destinaron al efecto el molino de aceite de la Vitoria, entarimando la rueda orizontal; pero conocieron lo inutil y peligroso de la operacion, atendida la escasez de medios y lo defectuoso del sitio. Los comisionados hicieron conducir al edificio de la inquisicion los morteros de los confiteros, tintoreros y otros artesanos; y reunieron hasta setenta, pues todos los vecinos se prestaron inmediatamente á hacer este servicio. En la maestranza construyeron con la mayor actividad mas de cien mazas: y habiéndose encargado don Pablo Esteban Yagüe, fiel primero de la fábrica de salitre, de hacer las mezclas de salitre, carbon, azufre, y otras maniobras, se destinaron los demas empleados á desempeñar varios cargos, auxiliados de dos compañías de soldados de Caspe y de la Almunia. Luego que tuvieron sesenta morteros elegidos comenzaron á trabajar sin interrupcion; y aun así, solo proporcionaban una escasa cantidad de pólvora, incapaz de ocurrir al extraordinario consumo. Llegaron á faltar tambien las balas para los cañones de grueso calibre; y sin embargo de carecer de todos los medios para fundirlas, se presentó al general una de á veinte y cuatro de hierro, de buena calidad. Por fin, se comisionó al magistrado don Pedro Silves para que en un pueblo de la sierra de Daroca estableciese una fábrica de pólvora como las de Villafeliche. Es de todo punto admirable el teson con que los zaragozanos superaron las mas árduas dificultades para continuar su acérrima defensa.

CAPITULO XVII.

Descríbense los exteriores de la ciudad en la línea del mediodia.— El enemigo ocupa el convento de capuchinos; los defensores lo recuperan, y no pudiendo sostenerlo lo incendian. — Alarma en la noche del 17 de julio.

Habemos llegado con la narracion de los acontecimientos político-gubernativos hasta el 24 de julio; y es preciso retroceder para hablar de los sucesos militares á la época que especificamos, anterior á los dias en que habiendo pasado el Ebro trataron de llamar nuestra atencion por aquella parte, ya para circunvalar la ciudad, ya para adelantar sus obras y estrechar el sitio. No será, pues, importuno describir la línea exterior desde la puerta de santa Engracia hasta la Quemada, para formar idea de las obras avanzadas del enemigo. Escarmentados los franceses con el mal éxito que tuvieron en cuantos ataques intentaron por su izquierda, apenas llegó el general Verdier con los grandes refuerzos que se ha referido, variaron su plan de ataque; y á este fin comenzaron á trazar su línea desde la torre de Montemar hasta el puente de san José. Estaba situada á la izquierda del rio Huerva, y era el punto de apoyo para dirigir sus tentativas contra la puerta del Carmen y conservar el paso del rio, que desde allí viene á correr paralelo con la ciudad hasta que desagua en el caudaloso Ebro. Los edificios confrontantes son tapias de la huerta de santa Engracia, que es dilatada,

y discurren formando un ángulo que termina en las casas de Camporeal, cuyas paredes se unen con el cementerio de san Miguel; y luego siguen los edificios que enlazan con la puerta Quemada y muro antiguo de Zaragoza. El cauce del Huerva no es profundo, pero el terreno por su derecha domina las huertas mencionadas: á corta distancia de su orilla, y sobre los sitios mas á propósito, construyeron tres baterías: la primera contra el edificio y puerta de santa Engracia; otra en la salitrería contra la huerta del monasterio, y la tercera para cruzar los fuegos de ambas y asestarlos contra la puerta Quemada. Para comunicarse entre ellas y conducir la artillería, hicieron caminos cubiertos, cuyas obras perfeccionaron á poca costa por la abundancia de cauces y calidad del terreno. Entretanto seguian los trabajos, observaron los enemigos que estaba casi abandonado el convento de capuchinos. Vieron les era ventajoso para tomar la puerta del Carmen, y lo ocuparon, prevalidos de la oscuridad. Los defensores de ésta conocieron que iban á estrecharlos, y llenos de entusiasmo intentaron recuperarlo á toda costa. Una compañía de voluntarios de Aragon, y otra de extrangeros, hicieron una bizarra salida, y sostuvieron un vivo tiroteo, logrando introducirse por el edificio y hacer retirar al enemigo: por el pronto nuestras tropas incendiaron el convento, pero considerándose con pocas fuerzas desistieron; y en este infructuoso, pero atrevido choque, perdimos algunos valientes. Entre capuchinos y la puerta del Carmen estaba la casa-campo de Atares, ocupada por cien voluntarios de Aragon: fue batida en brecha desde el convento con dos cañones, mientras un obús arrojaba granadas contra sus defensores, obligándoles á que abandonasen las aspilleras. Los trabajadores enemigos empezaron á zaparla; y aunque les arrojaron unas cuantas granadas, la brecha quedó practicable, y fue preciso á los nuestros retirarse á la

batería. Inmediatamente construyeron un ramal á tiro de pistola de la puerta del Carmen, revistiendo su obra con gaviones y faginas, y colocando en la cresta del parapeto guarda-cabezas. Desde este instante, tiradores escogidos por ambas partes no permitieron que nadie se asomase sin saludarle á balazos, que por la corta distancia rara vez dejaron de hacer su efecto; siendo principalmente víctimas los artilleros, como que eran los mas expuestos. En esta ocasion se distinguieron los gefes Hernandez y Ramirez, y el oficial de artillería don Francisco Berbecey, con otros de que no puedo hacer conmemoracion. Corrió la voz de que un prisionero habia asegurado que los enemigos estaban minando con el objeto de volar la batería de la puerta del Carmen. Los inteligentes despreciaron la especie, pues no teníamos sino débiles tapias y sencillos parapetos revestidos con sacos á tierra, que por todos lados veía el enemigo, alojado á tiro de pistola. Sin embargo, los ingenieros dispusieron se hiciesen dos ramales de contramina á derecha é izquierda de la batería del Carmen, que iban á reunirse mas allá del foso de ésta. Tenian cuatro pies de ancho y cinco y medio de alto, habiéndose notado que la línea de menor resistencia era de catorce pies. La buena calidad de las tierras permitió que no se encofrase esta obra, en la que se consumieron unos brazos y un tiempo que empezaba á ser precioso. Tan extraordinario era el ardor de los que residian dentro del recinto de la inmortal Zaragoza, que al ver iban aproximándose mas y mas los franceses (á pesar de lo infructuoso de las salidas), no perdian ocasion de incomodarles, ni ellos para sobrecogernos. En la noche del 17 percibimos á las nueve un ligero tiroteo; y á las doce, el enemigo intentó una sorpresa, aunque en vano, porque los defensores estaban prevenidos. Á la menor alarma se coronaron de tiradores las aspilleras, y en una exhalacion corrió el fuego desde la

puerta del Sol hasta la del portillo. El paisanage obró con bastante orden. Una fusilería inmensa, y mas de cuarenta piezas de artillería tronaban á la vez. La noche era oscura y tempestuosa; y se vió bien cuan temibles son los fuegos rasantes y cubiertos, que algunos autores modernos propenden á que se usen con mucho empeño en la fortificacion. Los franceses conocieron que los verdaderos deseos de defenderse y el valor suplen la impericia, y que tan temibles eran los zaragozanos de noche como de dia.

Al contemplar al enemigo tan próximo á la puerta del Carmen, temieron con fundamento peligrase aquel punto. Efectivamente, queria trepar por las tapias que enlazaban dicha puerta con la torre del Pino, pues conseguido esto era facil coger por la espalda la batería de la puerta de santa Engracia y la del Carmen; por lo que, huyendo del fuego que le hacíamos desde el convento y huerta de trinitarios, fijó su atencion sobre los puntos que intentaba acometer con denuedo. Nuestros valientes trataron de desalojar de sus atrincheramientos á los franceses; y para ello, cien granaderos de Guardias de infantería española y walona, y algunos portugueses, se arrojaron sobre ellos al descubierto, pero con poco fruto, pues reunian contra el punto tanto fuego parapetado, que fue preciso desistir, despues de sufrir alguna pérdida.

CAPITULO XVIII.

Acciones del 29 y 30 de julio. — Ataque en las inmediaciones de Osera. — Las tropas auxiliares llegan á Pina. — Choques en los puntos que se designan.

ORILLEMOS las varias y continuadas peleas que ocurrian en la derecha del Ebro, indicando solo que una noche intentaron sorprender á Renovales, amañándose á querer ocupar el postigo Real, que es una salida al Ebro por debajo del camino del pretil, próxima al convento de dominicos, lo cual frustró la vigilancia del comandante y tropas de su mando, para hacer el detall de las que ocurrieron por la izquierda, y en las que se ejecutaron singulares proezas. Luego que los franceses pasaron el Ebro, incendiaron el puente de Gallego, inundaron los campos, y derruyeron los molinos y varios edificios. Tambien colocaron una série de centinelas á pie y á caballo en las alturas de san Gregorio, dejando en los barrancos grandes guardias para comunicarse; viniendo á terminar esta línea en el rio Gallego, en donde tenian un grueso cuerpo de infantería y caballería que los sostenia; y con sus continuas correrías cortaban todo el terreno que mediaba hasta la plaza, dificultándonos una multitud de socorros, que eran indispensables diariamente para la subsistencia y comodidad de un pueblo tan numeroso, que en esta ocasion dió pruebas de lealtad y sufrimiento, tolerando con la mayor resignacion toda suerte de privaciones.

Una determinacion de aquella época hace mucho honor á mis compatriotas, pues manifiesta el empeño con que sostenian su causa. Desde el principio, la tropa y alistados comian pan de la mejor calidad: la escasez de buenas harinas obligó á hacerlo de municion; pero el vecindario, para que el soldado no extrañase que cuando mas trabajaba le empeoraban el alimento, se sujetó gustoso á comer de la misma especie de pan; y desde aquel dia no se vendió sino de municion, prohibiendo cocer el que enviasen los particulares, y compeliendo á los que no habian presentado sus harinas lo ejecutasen en los almacenes públicos.

El valor era tan grande, que los defensores infatigables, viendo derramadas las tropas francesas, no titubearon en acometerlas á cuerpo descubierto. En verdad interesaba el que no ocupasen los arrabales, porque entonces hubiese sido imposible introducir los auxilios y refuerzos que debian llegar por momentos, cuya idea sostenia el ánimo de los sitiados. Luego que vió el enemigo abandonada la torre de Ezmir, y replegadas la tropa y paisanos al arrabal, envió una avanzada para explorar; pero antes de que pudiera cerciorarse, las compañías de Cerezo, y una porcion del batallon de jóvenes del Carmen, á quienes se incorporaron al toque de generala varios escopeteros, llenos de ardor y entusiasmo los atacaron; y guarecidos de los cauces y cañaverales sostuvieron un fuego vivo que les hizo retroceder con alguna pérdida. Las guerrillas diseminadas por la vega suscitaban diferentes encuentros, en los que los franceses no quisieron por el pronto empeñarse. Los paisanos, adiestrados con semejantes ensayos, salian á su arbitrio á incomodarles y desviarlos de sus posesiones. Previendo que á seguida ocuparian los puntos mas ventajosos, la caballería que estaba organizándose salió á despejar el camino para que la infantería ocupase la

torre del Arzobispo; lo que se verificó, partiendo sesenta ó setenta caballos á las órdenes del coronel don Bernardo Acuña, y un cañon volante bajo la direccion del oficial don Gerónimo Piñeiro, con su correspondiente tren. Apenas estuvieron á tiro de fusil, observaron que los franceses les hacian fuego desde el edificio, con lo que se detuvieron, esperando á que el marques de Lazan llegase con la infantería. El cañon volante comenzó á obrar; pero como estaban al descubierto, el enemigo desde la torre hacia un daño terrible, como que en un cuarto de hora perecieron algunos artilleros, y quedó desmontado, y contuso el oficial don Luciano de Tornos. Dudosos de si avanzarian partiendo á galope, ó aguardarian el refuerzo, despues de haber perecido veinte y cuatro hombres y algunos caballos, una bala hirió gravemente al coronel Acuña, con cuyo motivo tomó el mando el coronel don Antonio Torrecini. Á esta sazon llegaron el brigadier don Antonio Torres con una porcion de fusileros y walonas, y el coronel don José Obispo con otra de portugueses y voluntarios. En seguida mandó el marques avanzasen, y dando espuelas á los caballos partieron todos á galope tras ellos; y visto aquel arrojo por los enemigos, y la superioridad de fuerzas, pues al mismo tiempo iban avanzando para sostener la izquierda por el camino de los molinos las compañías de Cerezo, abandonaron la torre del Arzobispo. La rapidez con que cargaron nuestros valientes hizo que en el molino del Pilon, que está frente á la indicada torre, rodeasen á los que lo ocupaban y les intimasen la rendicion; pero viendo no hacian caso, escalaron treinta portugueses el molino, y dieron muerte á los ocho franceses que allí habia. Inflamados con el feliz éxito de esta accion, Torres con parte de la caballería llegó hasta el puente de Gallego, que aun estaba ardiendo; y Obispo con otra porcion y alguna infantería avanzó hasta cerca de Cogullada, haciendo al

enemigo algunos muertos y prisioneros de los que iban errantes: y habiendo colocado una gran guardia, y guarnecido las torres de Lapuyade y del Arzobispo, se retiraron llenos de gloria á recibir los aplausos del pueblo, que estaba esperando con impaciencia el resultado de aquella salida.

Desde el momento que los franceses pasaron el Ebro nadie dudó que íbamos á ser circunvalados, y que si formalizaban el sitio estábamos expuestos á no recibir ningun socorro, y á que empeorase nuestra suerte. Creyó el pueblo que el general trataba de salir á activar la venida de las tropas; y llevado de la adhesion que le profesaba, comenzaron á suscitarse hablillas, que poco á poco fueron fermentando, y por último manifestaron los síntomas de una conmocion. Aunque era muy frecuente el toque de generala, al oirlo, todos se ponian en movimiento. La caballería estaba en las inmediaciones de la casa de Lazan; y al anochecer se presentaron delante de palacio una multitud de paisanos alborotados, porque creían que no estaba el general. Les aseguraron de su permanencia; y aunque el brigadier don Antonio Torres, con el ascendiente que tenia, quiso, usando su lenguage, disuadirles de su error, fue preciso que Palafox saliese al balcon, y les dijese que su ánimo era no separarse, y continuar cooperando á tan heróica defensa. Con esto calmaron sus inquietudes: y este suceso debe servir para conocer cuan delicado era desempeñar el mando en circunstancias tan escabrosas.

Como que era grande el teson y empeño de los sitiados y sitiadores, no habia dia ni hora en que no ocurriese por un punto ú otro algun choque, y continuase el bombardeo, aunque no tan furioso como los dias 30 de junio, 1 y 2 de julio. Las escaramuzas eran muchas, y el buen éxito que tuvo la salida primera, en que lograron ocupar el punto de la torre del Arzobispo, los excitaba á repe-

tirlos, pues por la izquierda habia mas campo para obrar, por cuanto el enemigo solo se apoyaba en las casas de campo, sin emprender obras como en su derecha. El 23 muy por la mañana el comandante de los vados de Gallego don Rafael Estrada ocupó la derecha del rio, y comenzó á hacer un reconocimiento, lo que alarmó al enemigo, el cual, viendo que por el camino de Barcelona venia gente, tomó posiciones en tanto se batian las guerrillas. La infantería, caballería y artillería, compuesta de un batallon ó tercio incompleto á las órdenes del brigadier don Miguel Viana, de doscientos paisanos del batallon de Tauste á la direccion de su mayor don Joaquin Urrutia, y del cañon de á ocho volante dirigido por Piñeiro, se formó delante del convento de san Lázaro. No pudiendo dirigir guerrillas á derecha é izquierda por estar inundados los campos, partieron de vanguardia por el camino cuarenta caballos á las órdenes de don Antonio Torrecini: á estos seguia el cañon volante, á pesar de que Piñeiro expresó no le tocaba el hacer la descubierta: la infantería formó en columna cerrada, y á su frente iba el brigadier Viana, y luego á retaguardia el resto de la caballería, dirigida por el coronel don Miguel de Velasco. En esta forma avanzaron hasta un ángulo del camino, en el que hicieron alto; y Viana mandó una avanzada para que hiciese la descubierta. Ésta volvió, expresando no habia hallado obstáculo, y movió toda la fuerza con direccion al puente de Gallego. Ya estaban próximos á las casas situadas junto al puente, cuando de proviso salen de entre los cañaverales y zarzales unos cincuenta lanceros. Al ver Viana aquella sorpresa, y el efecto que causó en su gente, apenas pudo contenerles: el cañon hizo una descarga; pero la velocidad é ímpetu con que cargó la caballería enemiga, y la llegada de una columna de infantería, produjo el desorden: siendo el resultado de esta desgraciada salida perecer á lanzadas el brigadier

Viana, varios artilleros, soldados y paisanos; habiendo logrado salvarse los demas al auxilio de algunos senderos desconocidos. Un soldado portugues de á caballo se avalanzó á coger la lanza de su contrario, y logró ocuparla y darle muerte. Uno de los que hicieron frente al enemigo fue el sargento de Tauste Mariano Larrodé, que herido mató dos franceses de á caballo; al que premió el general. Éste publicó con dicho motivo un bando, imponiendo á los soldados y paisanos que abandonasen sus puntos, y no desempeñasen el servicio, las penas mas severas, el cual no solo se fijó en los parages mas señalados, sino que lo leían los gefes en la orden del dia.

En la batería de la puerta del Carmen era continuado el fuego, y el enemigo lo hacia casi á tiro de pistola. El capitan don Pedro Romero, que en medio de su avanzada edad recorría los puntos mas arriesgados, murió el 22 en ella. En la de la puerta de santa Engracia los voluntarios de Aragon Antonio Mingote, Vicente Aguaron, Domingo Lopez, el artillero Antonio Bulua y el paisano Agustin Domenec presentaron una bomba que cayó á corto trecho de donde estaba el enemigo; y por no haber reventado, la cogieron, exponiéndose extraordinariamente. Las mugeres seguian llevando refrescos; y se publicó en la gaceta ordinaria del 26 de julio, que viendo una (que no nombra, ni designa el sitio) que habia muerto un artillero, hizo fuego con el cañon, y que el general la concedió el sueldo del artillero cuyo puesto habia desempeñado. Á fin de que no quedase por mover ningun resorte, y llamar generalmente nuestra atencion, comenzaron á hacer tentativas para pasar el rio Huerva por donde desagua en el Ebro, y ocupar los caseríos de su izquierda; pero sobre un terraplen que domina aquel trozo de campiña habia un reducto circular avanzado, y en él cinco cañones, con lo que, y la vigilancia de los escopeteros, se

les contuvo. Tambien se habilitó sitio en el convento de las monjas del Sepulcro y baluarte del antiguo muro para colocar algunas piezas que enfilasen á derecha é izquierda si llegaba el caso de hacer por aquella parte el enemigo alguna tentativa. En los arrabales formaron una batería con un pequeño foso, cerca del convento de san Lázaro, y cerraron con estacadas todas las avenidas, aspillerando los edificios que constituían línea, y haciendo ademas por los caminos algunas cortaduras. Los cañones del reducto de las Tenerías hicieron callar á los que el enemigo puso en el extremo del olivar de san Agustin; y en una de las peleas promovidas por aquel punto, los paisanos situados en el caserío de don Victorian Gonzalez y molino de aceite de Goicoechea, lograron imponerle. He insinuado que, previendo la escasez de pólvora, se construía á mano, y que no podia proporcionarse la necesaria para el consumo. Como siempre llegaban paisanos de las inmediaciones, burlando la vigilancia del enemigo, avisaron venian unas cargas de este artículo; y habiendo salido por la noche las compañías de Sas, aunque no tuvieron ningun encuentro con los franceses, lograron introducirla, haciendo un singular servicio. En esta y otras introducciones intervinieron Pedro Novallas, Manuel Chavarría, fray Ignacio Santa Romana, Manuel La-rosa, Manuel de Gracia y sus dos hijos, Manuel las Eras, con otros dos; todos de la parroquia de la Magdaléna.

Constantes en la idea de evitar nos estrechasen por la izquierda, como lo hacian por la derecha, y reconocer las posiciones y fuerzas enemigas, como tambien para auxiliar al teniente coronel don Adriano Valker, que con una compañía de suizos subsistia en la torre del Arzobispo, teniendo que sostener incesantes acometidas, se ejecutó la mañana del 29 una salida, en la que ocurrió lo que expresa el parte oficial que se dió al público.

«Excelentísimo Señor: = En cumplimiento de la orden que V. E. se sirvió comunicarme, mandándome pasase á informarme de la situacion que ocupaba el enemigo en la márgen izquierda del Ebro, y tomar el mando de las tropas que le defendian; habiéndolo verificado con un escuadron de cazadores de Fernando VII, compuesto de cincuenta plazas, á las órdenes del capitan don Francisco Dufau; otro de igual número, del cuerpo de reserva de V. E., á las órdenes de su capitan don Manuel Juano, y treinta voluntarios de Aragon al mando de don Gerónimo las Eras, me dirigí á la torre del Arzobispo, que se veía atacada por los enemigos, y sostenida por una compañía de suizos al mando del teniente coronel don Adriano Valkuer, é inmediatamente formé la caballería en tres divisiones, y mandé á Juano que con la mia avanzase hasta la torre, sostenida por los treinta voluntarios; y visto que fue por los enemigos, empezaron á verificar su retirada, replegándose á la altura de Gallego, en donde tenian emboscada su tropa en número de quinientos hombres y cien caballos; y habiéndoseme incorporado como hasta unos cuatrocientos paisanos armados, me pareció debia atacarles en su retirada, como en efecto lo ejecuté; pero habiendo notado que por las alturas de Juslibol y san Gregorio se dirigian dos columnas bastante numerosas de infantería y caballería á tomarme por el flanco izquierdo, me fue forzoso abandonar el proyecto y salirles al encuentro con la mitad de las fuerzas por el camino que guia á Cogullada, mientras el coronel don José Obispo, tomando el flanco izquierdo, recobró los molinos, ocupando una posicion muy ventajosa, apostando el resto con un volante de á cuatro en el camino de Barcelona, para que en todo evento sostuviese mi retirada: á poco tiempo rompieron el fuego las partidas de guerrilla con las enemigas; y dispuse que mi ayudante don Francisco Toro, con don

Carlos Porta y don Manuel de la Plaza, que voluntariamente se me agregaron deseosos de venir á las manos con los enemigos, avanzasen hasta encontrarles (que tardaron poco tiempo); y me avisaron que la caballería enemiga venia atacando á gran galope; y en efecto, se acercó hasta medio tiro de pistola de la nuestra que tenia emboscada entre la arboleda del camino, desde donde, al primer toque de degüello, cargó con tal intrepidez sobre el enemigo, que le obligó á huir vergonzosamente hasta ponerse resguardados de sus trincheras: en el intermedio seguia el fuego de fusilería por derecha é izquierda, tan bien dirigido por los paisanos y corto número de tropa, que su infantería se vió en la dura precision de tener que imitar en un todo á su caballería, refugiándose igualmente de una casa y tapias encima de Cogullada, de donde fueron igualmente desalojados y perseguidos á bastante distancia, abandonando algunos bagages cargados de municiones de boca y guerra, fusiles, mochilas, y algunos cajones sueltos de cartuchos. = La pérdida de los enemigos ha sido muy considerable, segun los rastros de sangre que por todas partes se encontraban; consistiendo la nuestra tan solo en un voluntario de Aragon y un paisano muertos: es increible el ardor y espíritu que noté en nuestras tropas y paisanos: todos á porfia despreciaban los riesgos por adquirir la victoria; y faltaria al cumplimiento de mi obligacion si dejase de recomendarlo á V. E. en general, y particularmente el mérito que han contraido mis tres ayudantes de campo don Francisco Toro, don Manuel de la Plaza y don Carlos Porta, quienes, cruzándose por el fuego de los enemigos, me traían noticias sin cesar del centro de sus columnas, como igualmente siendo los primeros á cargarlas al frente de la caballería cuando mandé que atacase á los comandantes de los cuerpos expresados, y á los subalternos de cazadores don Francisco Pavía y don José Alipi,

que con sus partidas de guerrilla no han dejado de incomodar al enemigo durante la accion. = Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general de Zaragoza 29 de julio de 1808. = Excelentísimo Señor. = Fernando Gomez de Butron. = Excelentísimo Señor don José Palafox y Melci."

«Al paso que se empeñaba esta lid, los que guarnecian las baterías de Sancho y del Portillo hicieron dos paseos militares, en los que empeñaron acciones bien reñidas por los puntos opuestos sin pérdida nuestra, en los que una compañía de valientes portugueses hizo prodigios de valor y atacó las baterías enemigas. Dividieron sus fuerzas ambos comandantes, el coronel don Francisco Marcó del Pont y el teniente coronel don Mariano Renovales, en tres columnas; y sostuvieron el fuego por derecha é izquierda, mientras el centro obraba con tal acierto, que en este dia, en que justamente se vió presentarse al enemigo con mas órden y mejor posicion que hasta entonces, quedó bien escarmentado, dejando los campos manchados con su sangre, y abandonando efectos y fusiles en su vergonzosa huida."

Á la izquierda del Ebro, y por el camino de Barcelona, á distancia de cuatro leguas de esta capital, inmediato al pueblo de Osera, hay un barranco que ofrece una situacion ventajosa. Varios paisanos y soldados que no se resolvieron á internarse en la plaza, ignorando las fuerzas del enemigo, lo ocuparon, y formaron un desaliñado atrincheramiento; dedicándose unos á cortar el puente, que forma una parte del camino sobre el barranco, y otros á hacer parapetos. Convocaron gentes de aquellas cercanías; y los pueblos de Pina, Jelsa y Belilla les contribuían con raciones. En pocos dias consiguieron reunir hasta trescientos hombres, y nombraron por su comandante al teniente coronel don Antonio Guerrero. Trasluciéronlo los franceses; y para cerciorarse enviaron una descubierta de coraceros, la cual dió con treinta voluntarios, seis carabineros y una

porcion de paisanos, que al todo vendrian á ser cien hombres; y luego que estos les hicieron fuego, matándoles cuatro, volvieron grupa. El 29 fueron á desbaratar las obras y dispersar el paisanage mas de mil hombres, y la vanguardia comenzó el tiroteo. Los paisanos y pequeña porcion de tropa situada en el barranco, mal armados y con pocas municiones, recibieron con bastante entereza el ataque, y sostuvieron el fuego por espacio de hora y media, en el que hicieron algun daño al enemigo; pero á poco rato aparecieron parte de las tropas francesas haciéndoles fuego por la espalda, con lo que principió el desorden, y avanzando las del frente, no les quedó otro partido que la fuga, la cual ejecutaron dirigiéndose á pasar el Ebro á nado; y este desastre no dejó de ocasionarnos alguna pérdida. La caballería persiguió á los fugitivos, y todavía hicieron diez y nueve prisioneros, entre ellos á don Juan Antonio Tabuenca. Los habitantes de Osera y Aguilar abandonaron sus hogares, y los franceses avanzaron hasta las eras de Pina, á donde llegaron al anochecer á sazon que estaban cerrando las boca-calles y entradas del pueblo para defenderse. Felizmente arribó entonces el coronel don Francisco Romeo con doscientos voluntarios del cuerpo de Amat; y éste, con lo restante del batallon entró á media noche; y luego al amanecer salieron algunas guerrillas, que recorrieron el sitio en que la tarde anterior acampó el enemigo; y viendo que éste iba á atacar, formó en batalla el segundo de voluntarios de Aragon; y conociendo sin duda los franceses la superioridad de fuerzas, despues de haberse tiroteado por largo rato, se retiraron precipitadamente. El enemigo veía operaciones arregladas, pues el mismo dia que trataron de atacar á los del barranco tuvieron que hacer frente á las tropas que salieron á batirse por el camino de Barcelona y torre del Arzobispo, y atender á la continuacion y con-

servacion de las obras. El habérseles presentado en Pina tropa de línea debió sorprenderles, aunque no ignoraban esperábamos refuerzos. Lo cierto es que no se perdonaba ningun género de fatiga por una y otra parte, y que los zaragozanos se excedian á sí mismos.

Ufanos con haber disipado la reunion de los patriotas en el barranco de Osera, regresaron á sus campamentos; pero al mismo tiempo que ocurrió este ligero choque á las vistas de Pina, tuvimos otro de mas importancia junto á la torre del Arzobispo. La mañana del 30 observaron los vigías que por el puente provisional del enemigo pasaba una columna de infantería apoyada de caballería. Á esta sazon ya habia principiado el tiroteo entre las avanzadas que salieron de la torre del Arzobispo bajo la direccion de su comandante don Adriano Valkuer, al que los franceses contestaron; y empeñados unos y otros con el mayor teson, consiguieron las partidas de suizos, Guardias españolas, batallon ligero de Zaragoza y voluntarios de Aragon rechazarlos, desalojándolos de la torre de Lapuyade, y precisándolos á retirarse desordenadamente por el camino de Cogullada. Replegados sobre este punto, apenas llegó la columna indicada cargaron sobre nuestra infantería con fuerzas tan considerables, que tuvo que retirarse con el mayor orden, sostenida por el capitan don Manuel Juano con cuarenta caballos de su compañía, que llegó en aquel instante. Noticioso Palafox de esta ocurrencia, comisionó al coronel don Fernando Gomez Butron, inspector de caballería, para que con diferentes partidas de infantería y caballería los reforzára; y con efecto, lo verificó con buen éxito, segun dió cuenta en el parte oficial siguiente:

«Excelentísimo Señor: = Hallándome á las cinco de la mañana de hoy en la batería de la puerta del Carmen, advertí toque de generala, y en seguida el de la campana de Torrenueva: inmediatamente monté á caballo, acompa-

ñado de mis ayudantes don Francisco Toro, don Carlos Porta y don Manuel de la Plaza, á cuyo tiempo recibí la orden de V. E. de pasar á dirigir el ataque de las tropas destinadas á sostener la torre del Arzobispo, lo que verifiqué inmediatamente. = Encontré á los enemigos con fuerzas muy considerables, sin duda con el objeto de vengar la sangre que el dia anterior habian derramado: sus intentos fueron vanos, pues nuestra tropa y paisanage les recibió con tal serenidad de espíritu (animada por el que caracteriza al coronel don José Obispo, mayor general de infantería, y al teniente coronel de Extremadura don José Ramirez, que hasta mi arribo habia dirigido la accion), que habiendo rechazado á los enemigos, les persiguieron en su retirada hasta cerca de Cogullada, en cuyo camino, cargándoles un escuadron de caballería del cuerpo de reserva de V. E. á las órdenes de su capitan don Manuel Juano, les derrotó completamente, haciéndoles varios prisioneros, y tomándoles muchos fusiles, mochilas y otros efectos: mas cuando yo creía decidida la accion y nuestro el campo de batalla, advertí que por la altura de san Gregorio y Juslibol bajaban dos columnas, como de unos seiscientos hombres cada una, con un escuadron de caballería á su retaguardia, y otra que por la parte del Gallego se emboscaba, con el objeto sin duda de tomarme por el flanco derecho: todas tres me atacaron á un tiempo; y considerando mis cortas fuerzas, y que la retirada en tan críticas circunstancias era indispensable, pues su caballería se adelantaba, para evitar el desorden que ésta podia introducir en mis columnas, mandé colocar la que me acompañaba en el orden de batalla; y poniéndome á su frente, me resolví á admitir el partido que el enemigo adoptase; pero á poco tiempo noté que los paisanos que cubrian mi izquierda se retiraban hostigados de la superioridad de fuerzas con que se veían atacados: dispuse que

mis ayudantes pasasen á ponerles en orden, y aun yo mismo tuve que ejecutarlo ínterin la caballería, sostenida por un corto número de voluntarios del cuerpo de reserva, se dirigia con el mejor orden á la torre del Arzobispo, en donde sufrimos un vivo fuego á distancia de medio tiro de fusil: á esta sazon me llegó una compañía de refuerzo del regimiento de Extremadura, la que, mandada por su teniente coronel, cargó con tanto denuedo sobre los enemigos, que no pudiendo estos resistir el fuego, empezaron á verificar su retirada con algun desorden, que por instantes se aumentaba luego que don Gerónimo Piñeiro, comandante de nuestra artillería volante, rompió el fuego con un violento que conducia: de forma que desde el instante en que llegó la compañía de Extremadura no estuvo dudosa la victoria por nuestra parte ni un solo momento, dejando el campo de batalla cubierto de cadáveres, entre ellos un oficial y un general de division, único fruto que cogieron en esta jornada; consistiendo su pérdida en mas de cien muertos, muchos heridos, cinco prisioneros, ciento cincuenta fusiles y un sin número de mochilas, sables y otros efectos. Por nuestra parte tuvimos ocho muertos y doce heridos, entre ellos el capitan de caballería don Manuel Juano, el subalterno de Extremadura don Francisco Santano, el cadete don Baltasar Facsiel, y dos sargentos del mismo cuerpo, con mas dos caballos muertos y diez heridos. No es facil explicar á V. E. el espíritu y ardor de nuestras tropas y paisanos; bastará decir que con la tercera parte de fuerzas han tenido la gloria de batir á los vencedores de Marengo, Austerliz y Jena. No sé, señor, á quién recomendar á V. E., pues en cada uno de los que se hallaban en esta accion solo he encontrado prodigios de valor; oficiales, ayudantes mios y soldados procuraban á porfia adquirir para sí el laurel teñido en sangre de nuestros enemigos: tal ha sido, señor, la

jornada de hoy. = Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general de Zaragoza 30 de julio de 1808. = Excelentísimo señor capitan general. = Fernando Gomez de Butron."

Como en aquella premura no podian recogerse las noticias con la debida exactitud, y los militares ansiaban porque se mencionasen en los partes sus respectivos servicios, fue preciso suplir algunas conmemoraciones: con este fin, á continuacion del que dió Butron, se insertaron en la gaceta extraordinaria de 1.° de agosto en esta forma:

«Esta derrota, unida á la del dia de antes de ayer 29, en que á mas de la pérdida de Ranillas la experimentaron no menos considerable en las baterías de santa Engracia y Portillo, han dejado al enemigo lleno de terror. = El paisanage creía que los franceses no tenian espaldas, ni que sabian abandonar sus armamentos y mochilas, aun viéndose atacados por fuerzas inferiores; pero han quedado completamente desengañados. = El coronel don Antonio de Cuadros, comandante de santa Engracia, con sus acertadas disposiciones, apoyadas de sus valientes soldados y artilleros, y el de la batería del Portillo el teniente coronel don Ignacio Lopez, acreditaron de nuevo su valor y conocimientos militares, sosteniendo con sus oportunos y bien dirigidos tiros el ataque de la compañía de Guardias, que á las órdenes de su comandante don Luis de la Vega hizo prodigios de valor. = No pueden negarse los debidos elogios á estos dignos comandantes por la accion del dia de antes de ayer, como tambien por la de hoy al teniente coronel del regimiento de Extremadura don José Ramirez, y al mayor general de infantería don José Obispo, y en una y otra al inspector de caballería don Fernando Butron, quien, animado de un celo nada comun, se ha encontrado en las dos acciones, mandando como gefe el ataque de

sus tropas, y animándolas con su ejemplo como soldado. Son tambien acreedores al comun aprecio su ayudante don Francisco Toro, con don Carlos Puerta, don Manuel de la Plaza, y don José Bernal, capitan de Extremadura.═ El capitan don Manuel Juano con su compañía se ha distinguido en los dos dias, habiendo sido herido en el de antes de ayer, y vuéltose á la accion despues de curado.═ Igualmente se distinguieron los caballeros guardias de corps don Justo Urrechu y don Domingo Arechavala, quienes se agregaron voluntariamente á la caballería y entraron en accion, ocupando y llenando completamente el puesto de soldados, haciéndose acreedores al particular elogio que los distingue.═ Los mismos guardias, y ademas don José Torres, don Domingo Canales, don Vicente Teruel y don Juan Revenga se presentaron tambien el dia 29 voluntariamente á servir en el ataque agregados á la artillería volante, en cuyo destino se mantuvieron durante la accion con todo el valor y entusiasmo que es tan propio de su honor.═ Se hace sumamente recomendable la conducta de los individuos de este tan distinguido como desgraciado cuerpo, tanto porque en él tuvo principio la gloriosa restauracion de nuestra patria, rompiendo los ocultos lazos con que pretendió el enemigo comun ligar su libertad é independencia, como por la ardiente sed que manifiestan en ser destinados á los puntos de mas riesgo.═ El brigadier don Antonio de Torres, comandante de fusileros del reino, con sus valerosos soldados ha repetido una de las continuas pruebas de su patriotismo, contribuyendo con el mayor ardor á la derrota del enemigo: su celo infatigable por la justa causa le hace muy recomendable y digno del aprecio general.═ Tambien se han distinguido el teniente don José Villacampa y el subteniente don Miguel Gila, quienes con sus partidas avanzaron siguiendo al enemigo hasta cerca del puente de Ga-

llego. Todas las tropas y sus dignos oficiales se han portado con la mayor bizarría, disputándose con entusiasmo la gloria de quién sacrificaria mas enemigos al amor de la patria. = Son dignas del mayor elogio las de los diferentes cuerpos ya citados que guarnecian la torre del Arzobispo. = El comandante de aquel puesto don Adriano Valker hizo con las pocas tropas de su mando prodigios de valor, como igualmente el capitan de la compañía de Guardias españolas don Luis de la Vega, quien fue herido en la accion."

El interes era general; y así muchos, impacientes por saber como iban las cosas, sin temor á los riesgos, llegaron hasta el sitio de la lucha, y tuvieron el placer de anunciar con anticipacion al pueblo espectador el triunfo conseguido. La entrada de las tropas y paisanos victoriosos por la puerta del Angel conmovió los ánimos de una multitud que estaba esperándolos con el mayor anhelo. La vista de los defensores de la madre patria acaloró las imaginaciones, y todos prorumpieron en repetidos vivas. Brillaba en los semblantes la complacencia que produce una justa represália; y la sangre francesa de que estaban teñidas algunas espadas, casi humeando, era el objeto mas grato á los ojos del padre desolado y de la esposa afligida. Cuanto se ha referido de los pueblos mas belicosos no equivale á la grandeza de espíritu que mostraron en esta época los zaragozanos. La posteridad tributará mejor los debidos elogios á unas acciones tan heróicas. Vendrá un tiempo en que Zaragoza y sus inmediaciones serán un objeto de asombro para los viageros.

Al dia siguiente ocurrió una alarma á las doce de la mañana; y salió la caballería á las órdenes del coronel don Antonio Torres, la cual, con algunos voluntarios, fusileros y paisanos, tomó el camino de los molinos. Los franceses que los ocupaban comenzaron á defenderse: el

coronel Torres mandó avanzar hasta las tapias de la huerta que hay contigua al del Pilar; y aunque allí hicieron alto, don Narciso Lozano, subteniente de la quinta compañía del tercer tercio de voluntarios de Aragon, asaltó con catorce hombres las tapias de la huerta; y desde la torre ó edificio que habia en ella hizo fuego á los que ocupaban el molino, hasta que observando les venian refuerzos, fue preciso retirarse, siendo Lozano y su gente los últimos que lo ejecutaron.

CAPITULO XIX.

Principia el bombardeo. — Extraccion de los enfermos del hospital.— El enemigo abre dos brechas.—Palafox sale con el estado mayor. —El marques de Lazan y don Francisco se le reunen.— Se dá el asalto, y entran los franceses por las huertas de santa Engracia y de Camporeal.

ADMIRABLES son los sucesos referidos; pero al considerar lo singular de los que restan, la imaginacion confundida no sabe como describir con precision y claridad tanta multitud de asombros y proezas ejecutadas en los dias sucesivos. Las obras enemigas perfeccionadas; grandes convoyes de municiones y pertrechos de guerra: todo presagiaba la desolacion, el estrago y la muerte. Lebfevre y Verdier, afianzados con siete baterías, y en ellas sesenta piezas, la mayor parte á tiro de pistola de nuestras débiles tapias y terraplenes, contaban como inevitable nuestra ruina. ¡Cielos, dadme energía para trasmitir á la posteridad lo que ocurrió en estos dias horrorosos y aciagos, y desempeñar la parte mas árdua de esta interesante narracion!

El 31 de julio comenzó el bombardeo por la mañana, y continuó hasta el 4 de agosto inclusive, con tal actividad, que despidieron mas de seiscientas granadas y bombas. La mayor parte las dirigian á las inmediaciones de la puerta del Carmen, torre del Pino, santa Engracia y línea que va hasta la huerta de Camporeal, que eran los puntos elegidos para internarse. Á las inmediaciones de la puerta

de santa Engracia existia el suntuoso edificio del hospital general de nuestra señora de Gracia, fundado en el año de nuestro señor Jesucristo 1425 por el rey don Alonso el V. Ya en aquella noche cayeron en él varias bombas y granadas; pero viendo que parecia ser el blanco del enemigo, principiaron á remover los pobres enfermos, dementes y demas imposibilitados, para evitar fuesen víctimas de las explosiones. ¡Miserable humanidad, que no te respeta el guerrero, y te persigue sobre el lecho del dolor! Habia en aquel entonces quinientos enfermos, y bastantes heridos: por el pronto los trasladaron á la iglesia, poniendo las camas por las capillas: entre tanto cargaban carros con jergones y aquellos efectos mas precisos. Los que tal cual pódian caminar salieron envueltos en sus mantas, y otros sin cubrir su desnudez, palpitantes, escuálidos, con paso trémulo, viéndose aguijados de las bombas que reventaban por aquellas inmediaciones. Á otros los conducian en camillas: algunos perecieron, quedando sus miembros mutilados por los cascos de las granadas, que caían como de llovido. ¡Qué espectáculo tan terrible! El intendente Calvo dió las disposiciones necesarias con la mayor entereza para realizar esta grande obra, que presenció constantemente, como tambien el regidor de Sitiada don José Dara Sanz y Cortés, baron de Purroy, y don José Obispo. Varios dependientes de la casa, algunos religiosos de san Francisco, oficiales de la intendencia y contaduría, y muchos vecinos honrados, á una con las piadosas mugeres coadyuvaron con un celo encantador y heróico á aliviar la suerte de aquellos desgraciados. En pocas horas consiguieron colocarlos en la lonja de la Ciudad, que es un salon compuesto de tres naves, sostenido de ocho magníficas columnas, que tiene de longitud ciento noventa y dos pies, ciento veinte de latitud, y ciento sesenta de altura; el cual se construyó en el año de 1551. Frente á este

edificio estaba el de la real Audiencia, edificado en 1450; y allí se acomodó otra porcion. Tendidos aquellos infelices por el suelo y escaleras, en medio de tanta amargura tenian la satisfaccion de ver con cuanto interes y fervor les presentaban los escasos socorros que aquellas escabrosas circunstancias permitian.

Las familias de todo aquel distrito iban replegándose á lo interior, huyendo los horrores del bombardeo. Las gentes discurrian por las calles, con paso azorado, decaidas con tan extraordinarias penurias y desgracias, observando si venia á desgajarse á sus pies la bomba destructora: todos silenciosos, meditabundos, la respiracion agitada, ofrecian el espectáculo mas asombroso que puede concebirse. El fuego era infernal; de lo que no se puede formar idea. Las bombas y granadas echaban por tierra trozos enteros de los edificios: una multitud de balas de cañon de á doce y diez y seis batian de frente, de reves y de enfilada el punto por donde el enemigo queria introducirse, que era la parte comprendida entre la puerta del Carmen, la de santa Engracia y su huerta; apoyando esta operacion desde su línea de contravalacion con un fuego sostenido de fusilería. Por la tarde intentaron un ataque falso, que tal vez se hubiera convertido en verdadero si hubiesen flaqueado los defensores. Segun datos del vigía, las baterías inmediatas, al atacar por aquella parte incomodaron nuestras defensas con setecientos tiros de cañon, obús y mortero en el espacio de catorce horas. El castillo padeció bastante, pues llegó á verse derruido un lienzo de su debil muralla, y parte del edificio ácia el poniente, lo que consternó á algunos; pero el valeroso Cerezo cerró la puerta, diciéndoles á sus paisanos: *Caballeros, aqui no hay mas remedio que morir ó vencer.* Todo manifestaba bien que el enemigo iba á echar el resto, y que se nos preparaba una catástrofe terrible. Las pruebas que habia dado don Ma-

riano Renovales de valor y entereza excitaron á Palafox á dirigirle el siguiente oficio:

«Luego que V. S. reciba éste, pasará á tomar el mando en gefe del canton que comprende desde la puerta del Sol hasta la huerta de santa Engracia inclusive, con todas las puertas, baterías, avanzadas, &c. = Lo que comunico á V. S. para su puntual cumplimiento. Cuartel general de Zaragoza 3 de agosto de 1808."

Y por la noche del mismo le mandó una minuta concebida en estos términos:

«Á don Mariano Renovales le avisa el capitan general que esta noche hay rumores que tratan de un asalto con escalas que traen. Entérese Vmd. bien de toda la línea del fosal de san Miguel y huerta de Camporeal. Un asalto se evita con fusiles, con pistolas, con lanzas, con piedras. Si hay serenidad son perdidos los que asaltan. Vmd. es activo, y no solamente no dormirá, sino hará que no duerman los demas. = Palafox."

Amaneció por fin el 4 de agosto; dia tremendo sobre toda ponderacion. Al rayar el alba, las sesenta bocas de fuego comenzaron á sonar cadenciosamente; y parecia que todo iba á salirse de sus quicios. La imaginacion vehemente no descubria sino un abismo espantoso, y la escena mas trágica y lúgubre. Veamos como dirigieron su ataque para apoderarse de Zaragoza. Salió la infantería enemiga de sus líneas por derecha é izquierda del castillo, y avanzaban, creyendo apurados á los defensores, cuando de proviso precipitaron estos al foso una porcion de ruinas que ocultaban las nuevas baterías construidas, de que no tenian noticia, las cuales hicieron dos descargas de metralla con tal oportunidad, que los franceses se retiraron á sus atrincheramientos, dejando sobre el campo tendidos varios cadáveres, y entre ellos el del que marchaba á su frente. Al mismo tiempo amenazaron por su derecha; y

se cruzó un fuego vivo en el molino de aceite, con lo que llamaban la atencion para cargar con todas sus fuerzas por el centro. Las baterías de brecha redoblaban sus tiros; pero en la huerta de santa Engracia no produjeron por el pronto efecto, porque la tapia no tenia sino dos ó tres varas, y lo demas era un terraplen revestido de piedra y argamasa, con lo que la bala rasa, ó reflejaba, ó se enclavaba, hasta que, advirtiéndolo, alzaron la puntería; y en nuestras baterías el cuerpo de ingenieros estaba tan puntual en reparar los daños, que con la misma precipitacion que veinte y seis piezas derribaban los parapetos, se rehacian con sacos á tierra y de lana; operacion arriesgadísima, y con la que se manifestó cómo el valor y pericia pueden equilibrar la defensa con el ataque de una plaza. El gobernador general marques de Lazan, luego que rompió el fuego marchó con la caballería á las cercanías de la puerta de santa Engracia, desde donde, acompañado de su hermano don Francisco, daba las órdenes; y tropa y paisanos se distribuyeron por toda la línea. Nuestros cañones sostuvieron el fuego con tal teson, que fueron inaccesibles al enemigo. Entre tanto se desplomaban las tapias sobre los defensores: los trozos de pared que se desprendian de la puerta y arco de santa Engracia colmaban de escombros las baterías, sepultando á muchos bajo su peso. El enemigo llegó en repetidos aproches á tocar la batería de la puerta del Carmen; y el foso, aunque reducido, quedó cubierto de cadáveres franceses; sobresaliendo en tan vigorosa defensa los paisanos lanceros del quinto tercio; dando pruebas de un valor heróico el comandante don Pedro Hernandez, que, auxiliado de su ayudante don Mariano Villa, y reforzado por don Lorenzo Cerezo, hijo del don Mariano, con ciento cincuenta hombres que extrajo del castillo sostuvo toda la mañana aquella enardecida pelea. El capitan comandante de Guardias walonas

don Luis de Garro permaneció con toda su compañía desde las cuatro hasta las nueve de la mañana, en que fue relevada, maniobrando con los cañones por falta de artilleros; y en el mayor riesgo salvaron dos de ellos y un obús: y tuvo en las cinco horas de combate un alferez, un sargento, cuatro cabos y once soldados muertos, y un sargento, dos cabos y nueve soldados heridos. Como la torre del Pino estaba en el ángulo saliente que hay desde la puerta de santa Engracia á la del Carmen, hicieron una defensa vigorosísima, pero tambien perecieron muchos. El subteniente del tercer tercio de voluntarios aragoneses don Narciso Lozano fue con un reten de un sargento, dos cabos y veinte y cuatro soldados, y perdió un cabo y veinte y dos soldados. Don Francisco Ipas, subteniente de la segunda compañía de escopeteros voluntarios de la parroquia de san Pablo, perdió veinte y cuatro de treinta que llevó: por manera que de los doscientos hombres que hacian fuego en la torre y tapia que discurria hasta la puerta, la mayor parte quedaron muertos ó heridos. El impertérrito comandante coronel don Antonio Cuadros daba sus órdenes con el mayor teson y acierto: el coronel don Antonio Torres permanecia en la huerta al lado de sus valientes; y el benemérito Sangenis, acompañado de don Manuel Tena, iba recorriendo aquel trecho y cerrando las brechas, lo que ejecutó en la tapia indicada como pudiera hacerlo un soldado, pues todos uniformes trabajaban con el mayor celo. Don José Obispo llevaba sin cesar refuerzos; y el capitan don José Martinez hacia conducir municiones, dando ánimo á los infinitos heridos, que apenas se atrevian á salir á la plazuela por la multitud de balas que cruzaban por aquel sitio. Don Felipe San Clemente subsistió en la batería; y el coronel don Domingo Larripa se señaló por sus tareas, como tambien el capitan don Joaquin Montalbá y don Fernando Jacques. En esto, una

granada incendió el convento de religiosas capuchinas; pero á poco rato el capitan Martinez tomó sus disposiciones, y logró extinguirlo. Trabajaban ímprobamente gefes, soldados y paisanos en el reducido trecho que queda indicado. El segundo comandante don Fernando Pascual; el infatigable Renovales, con otros cuyos nombres no han llegado á mi noticia, sostenian aquel terrible fuego y los ataques que comenzaron por toda la línea. Las compañías de paisanos dirigidas por Zamoray, imitando el valor y entereza de su gefe, y del acérrimo don Andres Gurpide, que como diestro tirador hacia mucho daño á los artilleros de las baterías enemigas, llegaron á inutilizar los fusiles, y fue preciso mandar un carro cargado de ellos. Una columna que llegó al puente de la Huerva fue contenida por el fuego que hacian desde la torre del Pino y tapia de su izquierda. El enemigo, á pesar de las pérdidas que experimentaba, redoblaba mas y mas sus esfuerzos: llenos de calor, aproximaron un cañon que hacia mucho daño á nuestros valientes; y habiendo perecido sus conductores, el intrépido José Ruiz, soldado del segundo de voluntarios de Aragon, al oir á su comandante Cuadros ofrecer una charretera al que lo clavase, lo ejecutó con una velocidad sorprendente, logrando salir ileso de tan arriesgada empresa. El capitan general Palafox iba recorriendo los puntos, y su hermano el marques subsistía en el mas peligroso, que era el del centro; y ambos procuraban hacer frente á tantos horrores y desastres como por todas partes nos circuían. La oposicion y resistencia que hallaron los franceses desde la puerta del Carmen hasta la de santa Engracia, los arredraba; pero felizmente, habiendo atravesado el rio Huerva, abiertas dos brechas en la tapia de las dilatadas huertas de santa Engracia y Camporeal, se introdujeron en ellas; y aunque desde los edificios inmediatos sufrian un fuego terrible, fueron cargando fuerza, y despues

de varios encuentros entraron poco á poco, dando algun rodeo para venir á coger por la espalda las inexpugnables puertas. Herido el teniente coronel don Felipe Escanero, y por la segunda vez el teniente coronel de artillería don Salvador de Orta, viendo el capitan comandante del punto de la huerta don Bartolomé Lavega la intrepidez y superioridad con que acometia por aquella parte el enemigo, despues de perdida mucha gente comenzó á retirarse. El fuego y las explosiones se multiplicaban á porfia: perecian valientes sin término, abrumados unos de las masas y trozos de paredes y tapias desplomadas, y otros de las infinitas balas y cascos de bombas, como el teniente don Pascual Cimorra; no cesando la muerte de cebarse entre los combatientes, que, constantes en su propósito, preferian á todo perder la vida. De cada momento la situacion era mas escabrosa y crítica: los lienzos de las tapias caían, dejando á los defensores al descubierto, y la metralla y balas causaban un horroroso estrago. El subteniente de voluntarios de Aragon don Antonio Arruc procuraba animar á la tropa, que, no pudiendo resistir tanto fuego, parecia que desmayaba; pero una bala de fusil le hirió, y tuvo precision de retirarse. Cerciorado el marques del estado tan lastimoso de la defensa de aquel punto, y que habian perecido todos los artilleros, viendo que no le enviaban refuerzos, dispuso que don Antonio Cuadros retirase los cañones, lo que se ejecutó á cuerpo descubierto, colocando parte en la entrada del callejon de la torre del Pino, y parte en la calle de santa Engracia, á lo cual cooperó el soldado de gastadores Ramon Perdiguer, que en aquella mañana obró con la mayor serenidad, reparando las brechas bajo el espantoso fuego del enemigo. Á seguida cerraron la puerta de santa Engracia. Para colmo de las infinitas desgracias que ocurrian, sobrevino que al tiempo de poner el valiente don Antonio Cuadros un saco para for-

mar batería, una bala de fusil le dejó yerto; y esta pérdida hizo una impresion extraordinaria sobre todos los que conocian el mérito que este gefe tenia contraido. Al ver los que estaban tras las tapias inmediatas á la torre del Pino que los franceses ocupaban el monasterio, retiraron los dos cañones á las casas de santa Fé, los que quedaron al cuidado de Antonio Fernandez, sargento primero de artillería; y entonces fue cuando el marques de Lazan con don Felipe San Clemente, el coronel don Domingo Larripa y otros estaba en la casa de Palomar, allí inmediata: sabedor de que iban internándose por los jardines y corrales inmediatos, se retiró: y aunque el sargento Fernandez logró echar por tierra en una ó dos descargas á los que comenzaron á salir por la portería del monasterio, como ya asomaban por el frente, y otros venian á coger la espalda por las huertas y campo santo del hospital de nuestra izquierda, fue necesario retirar los cañones, lo cual ejecutaron á brazo los paisanos, poniéndolos en la entrada de la calle de santa Engracia.

Viendo el general Palafox que no podia sostenerse la ciudad si no llegaban los refuerzos que por momentos esperaba, y ya habian llegado á Pina; ignorando á qué atribuir tal demora, resolvió ir á buscarlos, y atravesar á todo trance por la línea enemiga. Partió, pues, con su comitiva y algunos soldados de caballería, vadeando el Gallego por el camino de Pastriz para dirigirse á la villa de Pina. El marques de Lazan y su hermano don Francisco subsistieron un poco mas de tiempo en las inmediaciones á la puerta de santa Engracia; pero esparcida la voz de que atacaban por el arrabal, partió éste á cerciorarse, dejando al marques en aquel arriesgado punto.

Posesionados los franceses de la torre del Pino despues de siete horas de fuego, fue preciso retirar los cañones de la puerta del Carmen; y en este apuro, el sargento mayor

del tercer tercio de voluntarios aragoneses don Alonso Escovedo, y su segundo don Francisco de Paula Bermudez, cadete de Guardias de corps, que con su tropa bisoña guarnecian el colegio del Carmen, auxiliaron al comandante Hernandez; y á pesar de verse casi cortados, tuvieron teson y denuedo para situarse en el edificio de Convalecientes, á fin de sostener lo restante de aquella línea, é impedir se derramasen por aquellas calles á tomar por la espalda las baterías de las puertas de Sancho y del Portillo. En estos puntos fueron heridos en un brazo el capitan don Felix Llorens, el subteniente de Extremadura don José Alba y el presbítero don Gines Palacin. Cuando el coronel Obispo fue con unos pocos paisanos á la plaza del Carmen para hacer frente á los que se dirigian ácia el juego de pelota, ya asomaban por las puertas de la iglesia del convento del Carmen, y al mismo tiempo iban avanzando ácia la calle de santa Engracia, aunque con lentitud. El primer cuidado del enemigo fue posesionarse de la línea, y ocupar las puertas del Carmen y santa Engracia. Á este objeto, al paso que algunos iban haciendo la descubierta por los huertos de las casas inmediatas al monasterio, y otras que ocupan un terreno bastante espacioso, bajaban de Torrero las columnas francesas, y la caballería iba á tomar posicion, amenazando aquel torrente de fuerza entrar en la ciudad á sangre y fuego. Los que desde las torres observaron aquel aparato bélico, se arredraron, y el espanto creció de punto al considerar el estado tan deplorable de Zaragoza. Apenas vió Renovales cómo iban esplayándose, fue al molino de aceite de la Ciudad, y tomó un cañon y cincuenta hombres, colocándolo en la plaza de san Miguel. En seguida pasó á la puerta del Sol, y tomó otros cincuenta hombres y dos cañones, que trasladó y situó uno en pos de otro á la entrada de la calle de santa Engracia, encargando la direccion del primero á su ayudan-

te don Mariano Bellido, que hizo algunas descargas apoyado de la fusilería dirigida por Renovales con el mayor acierto, de modo que causaron gran daño á los franceses, y contuvieron sus progresos. Efectivamente, tomaron el rumbo de introducirse por las tapias de la huerta del convento de san Francisco para apoderarse de él y huir el fuego que les hacíamos, y al mismo tiempo dirigieron varias granadas para hacer abandonar aquel punto y los cañones á los defensores. Una de ellas incendió las municiones y abrasó á dos artilleros, con lo que lograron su objeto. Abandonada que fue la batería colocada en la calle de santa Engracia, junto á las casas del hospital, salió el marques de Lazan por el puente de piedra, y reunido con don Francisco y otros, siguieron la misma ruta que Palafox, y llegaron al anochecer al pueblo de Osera.

Al considerar la situacion de la capital en aquellos momentos, me estremezco, y la pluma se cae de las manos. Habitantes y defensores en número considerable comenzaron á retirarse ácia la plaza de la Seo llenos de confusion, arrojando algunos las armas; y agolpados iban á tomar el puente de piedra, cuando poseido de celo y entusiasmo el comandante de la puerta del Angel el coronel don Cayetano Samitier, comenzó con espada en mano á querer contener aquella muchedumbre: sus declamaciones fueron inútiles; y el pueblo, compuesto de ancianos decrépitos, madres desoladas, esposos, que aunque intrépidos, les abrumaban los clamores de sus mugeres, presentaba la escena mas patética y lúgubre que puede concebirse. Ya una hora antes á la desfilada habian salido infinitos; pero cuando pareció imposible resistirse, fue extraordinaria la reunion. Las voces de los que querian contener á los fugitivos, unidas á los clamores de algunos infelices, y el pavor pintado en los semblantes taciturnos producia un contraste el mas terrible. En esta crisis llegó el teniente de húsares españo-

les don Luciano Tornos y Cajigal, y desenvainando su espada, mandó volver cara al cañon de la batería de san Lázaro, y tomando la mecha, amenazó con resolucion á la muchedumbre: á seguida mandó hacer igual gestion con los cañones del puente: otros se revistieron de igual espíritu: algunos eclesiásticos comenzaron sus exhortaciones, las que un religioso hacia mostrando un crucifijo. Mientras esto pasaba por la plaza de la Seo, los franceses, viendo que solo les saludaban con algun tiro aquellos pocos patriotas que no sabian retirarse sino paso á paso, cobraron mas denuedo, y se prepararon en la calle de santa Engracia y juego de pelota para desfilar en columna. Reinaba el silencio mas profundo; y solo se distinguia el sonido bronco de la gran campana, que tocaba á rebato para manifestar el tremendo peligro en que estaba Zaragoza. El enemigo, conociendo no debia extender sus fuerzas sino en masa, desistió del empeño de internarse por la casa de Camporeal, y se reconcentró en el monasterio de santa Engracia y calle recta que va á salir á la plaza del Carmen, en cuya operacion consumió una larga hora. Alineados y pertrechados de municiones, tocaron marcha; y viendo desierto el Coso, comenzaron á salvar una valla que allí habia.

CAPITULO XX.

Choques en las calles y casas. — Atrocidades del enemigo. — Proezas de los defensores.

La calle del Coso es una de las mas anchurosas y dilatadas: forma una curva con diferentes boca-calles á derecha é izquierda; y la de san Gil va recta hasta la puerta del Angel. Frente á la calle de santa Engracia está la de la puerta de Cineja, delante de la cual existia un monumento de piedra con su columnata, dedicado á la memoria de los mártires. El enemigo, lleno de orgullo, comenzó á obrar segun su plan, dirigiendo una columna ácia la plaza de la Magdalena para ocupar la puerta del Sol é introducir por ella la caballería; otra á la plazuela de las Estrevedes, con el objeto de darse la mano con los que subian por la calle del Azogue, y reunidos, ocupar la puerta de san Ildefonso. Parte de la primera enfiló por el arco de Cineja, creyéndola equivocadamente la de san Gil; pero viendo que no iba recta, desistieron; y fuera de algunos que entraron á robar y asesinar por las casas, los demas siguieron las otras direcciones. Por el pronto no se oía sino el ruido de las cajas, los pasos de las tropas, y las voces de los gefes que las animaban, diciéndoles: *Zaragoza es nuestra.* Ademas de ir en líneas acechando para ver si les hacian fuego, procuraban ganar las boca-calles, pues en su tránsito, algunos paisanos que iban asestando

de paso sus tiros, dejaban á varios yertos en su carrera. Los vigías de la torre de la Magdalena el doctor don Miguel Perez y Otal, presbítero, y don Juan Martinez de Nardues apenas divisan la columna que venía por el Coso, bajan, y con las ocho ordenanzas que tenian para dar los partes, destacan una á la puerta del Sol y otra á las Tenerías. Habia en la plazuela una porcion de paisanos acalorados que no sabian qué rumbo tomar; y ya por fin resolvieron aproximarse á un arco que en lo antiguo era una de las puertas de la ciudad, titulada de Valencia, con ánimo de salir á la plaza. Así lo hicieron, y resguardados de una almena del antiguo muro, ocuparon unos portales angostos, y desde ellos hicieron una descarga, á la que contestaron los franceses, pero sin causarles el menor daño; y lo mismo ejecutaron á la vez otros que estaban en la esquina del hospital de Huérfanos. Efectivamente, fray Ignacio Santa Romana, del convento de agustinos calzados, con algunos labradores dirigió sus certeros tiros contra el gefe y tambor, y logró derribarlos: á breve rato notaron que tambien salian tiros de la calle de san Lorenzo; y habiendo dispuesto quedasen unos pocos para contener, abocaron los demas á los que ocupaban el arco, porque aunque la direccion del enemigo era ácia la puerta del Sol, podian hacerles fuego de frente con mejor éxito. El capitan don Alberto Langles estaba de comandante en la puerta del Sol, y el de igual graduacion don Pablo Casamayor. Una porcion de granaderos franceses comenzó á hacer un fuego vivo bajo el arco de Suelves, y se les correspondió con algun cañonazo. En esto llegó el capitan comandante de las baterías de aquellas inmediaciones don Marcos María Simonó, y lleno de valor y ardimiento, con una bayoneta en la mano subió sobre un banco que servia de parapeto, para observar; y aunque le asestaron una multitud de tiros, salió ileso; y encarándose á seguida á

los pocos que le rodeaban, comenzó á reprenderles su falta de energía, y que era preciso acometerlos de frente y con vigor si querian libertar la patria, y salvar con ella sus familias. Animado de un espíritu belicoso, les ofreció arrojar los franceses de la ciudad si querian seguirle. Era grande aun el aturdimiento que habia causado la sorpresa de ver tendidas por las calles las huestes francesas: la mayor parte estaba indecisa. Simonó, lleno de inquietud, vió que algunos soldados salian de una casa inmediata á la del arco, y tuvo la ocurrencia de exclamar: *que huyen los enemigos.* Estas voces fueron un rayo luminoso que vivificó el ánimo de nuestros defensores. Comienzan á salir los vecinos de sus casas, otros de las calles, y en breve se reunen una porcion de valientes. Langlés pone á las órdenes de Simonó varios fusileros y extrangeros, dirigidos por el teniente don Ambrosio Ruste: ordénase que unos vayan por la subida de la Trinidad á ocupar y sostener el arco de Valencia; y luego un grito de *viva el Rey* fue la alarma, á la cual todos partieron con inaudita velocidad, conduciendo un cañon. Como á este mismo tiempo ocurrió la muerte del gefe y tambor, viendo Simonó que comenzaban á no saber qué hacerse los franceses, y que unos estaban guarecidos en la aguardentería que habia junto al arco, y otros por las casas, mandó tocar una caja de guerra, lo que sobrecogió al enemigo y animó de tal modo á los combatientes, que comenzó un fuego terrible. Al ver los franceses que la metralla y fusilería les fatigaba por todas partes, y que de frente, por la espalda y costados iban apareciendo escopeteros, hacian inútiles esfuerzos para rechazarlos. La escena iba mudando de aspecto insensiblemente, porque en la hora y media de combate que se trabó, y sostuvo en la plaza de la Magdalena con un encarnizamiento sin igual, muchos de los que estaban en la plaza de la Seo cobraron ánimo, y excitados por el

brigadier don Antonio Torres, se acuadrillaron; y unos partieron sin demora al sitio de la pelea; otros, siguiendo las órdenes de Torres y de su segundo el coronel Obispo, fueron ocupando todas las avenidas de la calle del Coso, formando en muchas de ellas trincheras con colchones, sacas, bancos y muebles. Renovales mandó colocar una pieza cerca de la puerta del Sol, por lo que pudiera ocurrir, y sostener las medidas tomadas por el comandante del molino don Francisco Milagro, que, entre otras, una fue extraer un cañon de la batería baja, frente á san José, para colocarlo en las avenidas de las calles inmediatas, para lo cual tuvo que derribar paredes y hacer una galería cubierta. Tambien dispuso que el subteniente don Francisco Salvador, que sostuvo el campo santo de san Miguel con el tercio de Tauste, llevase un cañon de los del molino á la puerta de Cineja; lo que no se verificó porque Torres y Obispo creyeron haria mejor servicio en la calle de san Gil, donde lo colocaron. Cada habitante era ya un leon feroz; y todos formaron la resolucion de morir matando. El arribo de Simonó con el cañon y mas de trescientos combatientes entusiasmó á los que habia esparcidos por aquellas inmediaciones: apenas comenzó á obrar la artillería y fusilería, los franceses procuraron parapetarse en la calle del Coso; pero los defensores los acometieron, saltando la valla con arma blanca; y al ver su arrojo, retrocedieron á refugiarse entre las ruinas ocasionadas por la explosion del 27 de junio. Mas, ¿cuál fue su sorpresa al ver que perecian infinitos? La intrepidez de los patriotas fue tal, que considerando podian hacer fuego con ventaja desde los medio derruidos corredores del Seminario, subieron á ellos, apoyándose los unos sobre los hombros de los otros; de modo que apenas habian principiado á amagarse contra las piedras y masas desmoronadas, cuando una multitud de tiros les causó una mortan-

dad espantosa, porque no solo tenian que sufrir el fuego superior de esta altura, sino el que se les hacia de frente y por la espalda con otro cañon situado á la entrada de la calle de la Parra. Á esta sazon caminaba ya ácia aquel punto tropa de refresco. Simonó formó inmediatamente á los patriotas en batalla delante de las ruinas, colocando el cañon en el centro; y apostó una partida considerable en la calle de los Graneros, y horno del Seminario Sacerdotal. La columna francesa llegó á situarse muy cerca de las ruinas; y cuando creyó que iba á superar aquel paso, improvisamente se vió entre tres fuegos, porque el labrador de la parroquia de la Magdalena Vicente Codé y otros, que á falta de artilleros servian un cañon que habia en la embocadura de la calle de la Parra, aunque con pocas municiones y un tizon por bota-fuego, lo dispararon por retaguardia. Contestó por el frente el de Simonó, siguió la fusilería, y en breve rato los desbarataron, haciéndoles muchos muertos y considerable número de heridos. Apenas los vió Simonó desordenados, se arrojó sobre ellos con toda su gente, é hicieron una carnicería. Entre tanto el capitan Renovales, con mas de cien labradores de la parroquia de san Miguel que habia reunido, procuró situarse y hacerse fuerte en la calle de la Cadena. Seguia la cruenta lucha, y oían tronar de nuevo el cañon situado en la calle de la Parra. Codé y compañeros tuvieron el arrojo de avanzarlo hasta la calle del Coso, y dispararlo con la metralla y bala con que estaba cargado contra los que avanzaban de refuerzo. Esta nueva columna sufrió diferentes descargas de los que ocupaban las calles de tránsito, denominadas de la Parra, la Imprenta, Rufas, Urreas, de santa Catalina, y Zurradores, á la izquierda, subiendo ácia el hospital; y de las de la Hiedra, Verónica, san Cristobal, del Refugio y san Gil, á la derecha; pero como iban en hileras, y á distancias, apenas se les hacia daño.

Tambien contestaban echando los fusiles sobre el brazo, pero sin direccion, y solo para contener. Disparado el cañon de la calle de la Parra, volvieron á cargarle á metralla; pero al ir á darle fuego vieron que estaba muy próximo el enemigo; y así, los cuatro paisanos que allí habia se retiraron por la misma calle; y Codé se puso agazapado debajo del cañon. Pasaron los franceses, y á su tiempo Codé y compañeros lo retiraron á brazo con una cuerda que proporcionó una vecina á don Pedro Cortés, para situarlo en su lugar á la entrada de la calle; y dándole fuego les hicieron bastante daño. Simonó hizo otra descarga de frente, que repitió apoyado de la fusilería; y confundidos de verse entre dos fuegos, volvieron la espalda; y entonces los nuestros comenzaron á hostigarlos de frente y por los costados, y los persiguieron hasta la calle de Villalobos, en que tuvieron que detenerse para hacer cara á un nuevo refuerzo. Entonces volvió á tomar cuerpo la lucha, y ejecutaron proezas singulares los defensores. El enemigo, que tan pronto veía acrecentarse los pelotones por el frente, como por la espalda y sus costados, perdió el tino, y no sabia qué hacer en un combate tan extraordinario. En medio de aquella confusion ocuparon los franceses el cañon de la calle de la Parra, y lo volvieron para enfilar los fuegos contra la casa de Camporeal, é impedir que atacasen por aquella parte una gran porcion de defensores que habia en la plaza de san Miguel; pero á poco rato lo reconquistaron los patriotas. Allí estaba el gefe Arnedo, don Pedro Cortés, el alcalde de barrio don Antonio Abad, y otros valientes. Para conseguir su intento, luego que obraba el cañon iban saliendo y ocupando por cada lado los umbrales de las puertas; ya que avanzaron cuatro casas, dieron muerte á dos artilleros; y luego aparecieron de golpe los que estaban en la plaza, con lo que concluyeron de matar á unos y ahuyentar á otros. Luego que lo cogieron

con un cajon de municiones que vieron abandonado mas allá de la casa de Tallaque, comenzaron los paisanos á maniobrar y ejecutar sus descargas con mucho fruto, pues los que todavía andaban errantes, ya por las ruinas, ya ácia la cruz del Coso, fueron casi todos víctimas. Estaba aquel trecho cubierto de cadáveres, presentando un cuadro horroroso; pero el entusiasmo patriótico era tal, que una porcion de jóvenes se arrojaron en medio del fuego á liarlos, y los llevaron arrastrando hasta la orilla del Ebro. Por último, despues de tantas horas de combate, arrollaron á los franceses, en términos que fueron muy pocos los que pudieron salvarse en el convento de san Francisco.

Así iban las cosas por la derecha de los que atacaban, al paso que por la izquierda, esto es, por la calle del Coso, que vá á salir á la plazuela de las Estrevedes, y la del Azogue, apenas habia comenzado la refriega. La columna que enfiló por la calle de las Rosas, y la que subió ácia el palacio de los Gigantes, no hallando oposicion, se entregaron al saqueo. La tesorería estaba frente al convento de san Francisco; y fue desde luego ocupada, arrebatando los caudales que el mas acendrado patriotismo habia aprontado para sostener las extraordinarias urgencias de aquella época. Las religiosas de santa Rosa y las Recogidas se vieron rodeadas de franceses, que las hicieron entregar el dinero y alhajas; y despues las trasladaron á las casas de don Mariano Sardaña y convento de descalzas. En todo aquel distrito reinaba el mayor desorden; y no se distinguian sino los golpes desaforados de la soldadesca para derribar las puertas, y los moribundos *ayes* de las tristes víctimas que degollaban con una barbaridad inaudita.

He insinuado que el subteniente de la segunda compañía de escopeteros de la parroquia de san Pablo don Francisco Ipas habia ido á las once con veinte y cuatro ó treinta hombres á reforzar el punto de la torre del Pino, y que

habiéndole quedado seis, se retiró, haciendo fuego á los que salian por la portería del convento del Carmen, huyendo los tiros que la artillería colocada por el comandante Hernandez desde la esquina del convento de la Encarnacion enfilaba ácia la plaza, impidiéndoles trepar adelante. Sin embargo, como luego avanzaron por la calle de santa Engracia, pudieron comunicarse; y estaban próximos á santa Fé á sazon que Ipas y sus compañeros, viéndose apurados, entraron en una casa, la que á poco rato ocuparon los franceses, matando á cuantos encontraron en ella; y viéndose perdidos, saltaron de un tejado á otro con riesgo, y se encaminaron á la calle de la Dama: cuando bajaron, viendo no avanzaban, ofuscados con el robo, comenzaron á dirigirles desde la plazuela de las Estrevedes algunos tiros. El enemigo miraba con indiferencia aquellos esfuerzos de los patriotas; pero éstos, aprovechándose de su confianza, se rehacieron poco á poco. Uno de los primeros que comparecieron á contener y refrenar el ímpetu enemigo fue Martin Abanto, albéitar, que con seis compañeros comenzó el tiroteo desde la plazuela, y lo sostuvo hora y media, hasta que una herida que recibió en la cabeza le obligó á retirarse; pero hecha la primera cura volvió con mayor entusiasmo á la pelea. Pero quien consumó la obra fue el benemérito don Santiago Sas, presbítero, hijo de tan inmortal ciudad, el que apenas supo habian entrado los franceses, partió á la puerta del Portillo, y tomando la gente de sus compañías, lleno de valor, despues de colocarla en los puntos que juzgó á propósito para asegurar la retirada, mandó le siguiesen los mas esforzados. Por el pronto sorprendieron en una casa seis ú ocho franceses, y arrojándose á ellos, los asesinaron. Este espíritu causó tal espanto en el que pudo salvarse, que al ver iban de casa en casa derribando tabiques, matando á cuantos encontraban, y arrojándolos á seguida por las

ventanas, se atolondraron, y no sabian ya qué hacerse. El artesano Matías Carrica cuando iba replegándose el enemigo entró en la del número cuatro de la calle Malempedrada, á una con sus compañeros, á pesar del fuego; y habiendo dado muerte á un frances que encontró registrándola, halló un hombre y cuatro mugeres muertas, y consiguió salvar la vida á un muchacho de siete años; á cuya sazon, viendo se aproximaban en bastante número, se replegó al cuartel de Fusileros; y en estos encuentros le mataron á Ildefonso la Huerta y José Serrano, y le hirieron á Mariano Fletas. Todas estas proezas se comenzaron á ejecutar por la manzana de casas que hay frente al convento de santa Fé: y habiendo llegado al cuartel, Obispo, su ayudante Montalvan, y Sas á la cabeza de sus valientes, acometieron por tres veces, hasta que consiguió Sas entrar por una puerta excusada: mataron trece franceses y ahuyentaron á los demas, logrando tabicar la puerta de la calle; de modo que no es posible dar idea de las acciones heróicas y extraordinarias ejecutadas por este esforzado campeon y sus compañeros.

La resistencia que se les opuso en la plaza de la Magdalena, y confianza con que se entregaron al saqueo, dió tiempo para formar una línea de defensa en las calles inmediatas á la del Coso, imposibilitando subsistiesen por las casas de la misma, que abandonaron al ver el arrojo con que dentro de ellas les acometian los habitantes de esta capital. Don Francisco Salvador ocupó con su gente el arco de Cineja, y lo defendió, permaneciendo tres dias herido, hasta que lo relevaron; siendo notable la energía con que sostuvo el fuego de cañon el sargento Fernandez. En la subida de la Verónica, don Vicente María Marraco, con veinte ó treinta paisanos, no consintió entrase por ella el enemigo. Conociéndose que en la de la Parra no se necesitaba tanta gente, propusieron á don Pedro Cortés par-

tiese con una porcion á ocupar otra. Á seguida eligió veinte de su confianza, y se situó en la que hay paralela á la de la Parra, llamada de las Urreas; y desde su entrada comenzaron á hacer fuego á los franceses que iban vagueando por el Coso; pero observando podia dirigirse el enemigo por otra calle recta que desde la de Zurradores sigue paralela á la del Coso, lo que si ejecutaban podian verse cortados, dejaron que los que ocupaban las boca-calles de enfrente continuasen la defensa, y fueron á contener á los que efectivamente habian tomado aquella direccion. El enemigo, viendo hallaba una resistencia temeraria por todas partes, y multiplicado el número de paisanos, se abandonó enteramente al pillage; y así esta capital ofrecia en la tarde del dia 4 una escena la mas nueva, y tambien la mas horrorosa que puede presentar la historia.

Como á media tarde, iban ya de retirada los que bajaron á la plaza de la Magdalena; y los que subian por el Coso y calle de santa Fé para reunirse en la plazuela de las Estrevedes, fueron tambien rechazados. Enardecidos ya los paisanos, iban á pelotones de una parte á otra, dirigidos por aquellos capataces de mas espíritu, sin dejarlos respirar. Por el pronto el enemigo trató de hacer fuego con un cañon desde la cruz del Coso; pero como no dominaba las casas de la izquierda, viéndose apurado, tomó el partido de colocarlo en el patio de la casa de Lloret, que era donde estaba la tesorería, y cargándolo dentro del umbral, lo extraían á mano para descargarlo; operacion que repitieron varias veces; pero observados por Manuel Fandos, aparejador del canal, uno de los esforzados, fue con algunos de sus compañeros á sorprenderlos. En medio de las balas que cruzaban de una parte á otra, logró introducirse, y dando muerte á los que hacian fuego con el cañon, lo arrebataron; y con una mula que tomaron y quedó herida, auxiliados de otros paisanos, lo retiraron à la

casa llamada de Zapater, distante unos cincuenta pasos; no habiendo resultado de esta accion arriesgadísima sino un paisano herido, que murió al dia siguiente. Estas y otras infinitas acciones de aquella tarde espantosa no dejaban de imponer á los franceses, que desde la torre del convento de san Francisco estaban observando todos los movimientos.

Luego que exploraron á placer este grande edificio, cruzaron por dentro, á la casa del conde de Sástago, y desde allí salieron unos cincuenta al jardin de la del conde de Fuentes. El coronel don Benito Piedrafita desde su alojamiento, que estaba en la calle de la Morería cerrada, y al que habia ido desde la puerta del Carmen para tomar algun alimento, observó no habia nadie que defendiese aquellas avenidas, y acompañado de su asistente, desde la penúltima casa de la acera que dominaba el palacio del conde, dejó muerto de un tiro á un oficial frances; y habiendo reunido cinco hombres por el pronto, se situó en una de las puertas del jardin, desde donde sostuvo un vivo fuego, que impedia la retirada á los que habian entrado; y habiendo ido á buscar auxilio, lo proporcionó el memorable Sas, dándole cincuenta hombres de sus compañías, con los que no solo desalojó á los franceses, sino que aseguró aquel punto; pues habiendo aspillerado la casa de los Agonizantes, dispuso que cuatro hombres hiciesen fuego continuo á los que asomaban por el patio de san Francisco y galería de san Diego: en este punto hirieron los franceses en un muslo al comerciante don Felipe San Clemente.

El entusiasmo y valentía de los patriotas iba subiendo de punto. Zaragoza parecia un volcan en el estrépito, en las convulsiones, y en los encuentros rápidos con que donde quiera se luchaba y acometia. Todo era singular y extraordinario: unos por las casas, otros por las calles: en

un extremo avanzando, en otro huyendo; cada cual sin orden, formacion ni táctica, tenia que hacer frente donde quiera le acometia el riesgo: franceses y españoles andaban mezclados y revueltos: rara cosa se hacia por consejo ú orden; y todo lo gobernaba el acaso. Guiados del impulso de vencer ó morir, se arrojaban los defensores de Zaragoza con el mayor ardor en medio de los peligros. Si el enemigo asaltaba una casa, derribando alguna entrada por la calle del Coso, allí estaban luego los patriotas, que ejecutando lo mismo con las puertas de la espalda, ó entrando por las casas inmediatas, los cogian entre sus manos, clavándoles el acero en el pecho: así sucedió en el Coliseo, en donde, crujiendo una puerta á pistoletazos, subieron, y los persiguieron, haciéndoles abandonar el sitio. Tambien se introdujeron unos treinta por el paso de Torresecas, los que subieron á la casa; pero el monge del monasterio de Piedra fray José Garin, al frente de una porcion de paisanos los hizo huir. Apenas entraron en la casa del procurador don Manuel Aguilar, á quien dieron muerte, cuando el capitan Martinez con cuatro ó seis paisanos consiguió prender al polaco matador, á quien se formó causa, y murió ahorcado despues de levantado el sitio. En casa de don Pedro Jimenez Bagués, á quien asesinaron, los sacaron á mas de paso, y descarriados, se iban refugiando de los blindages: los pocos que entraron en casa del conde de Fuentes fueron acometidos; y desde el umbral trabaron con los de las escaleras un tiroteo, del que perecieron cuatro paisanos; pero por último, subieron y los lanzaron, haciéndoles algunos de menos. Viendo ardía la casa de Sástago, y conociendo Piedrafita no podia apagarse porque arrojaban el combustible desde un patio inmediato, mandó derribar un tabique para atacarlos con tres hombres que tenia; y tan presto como oyeron los golpes huyeron, y ocuparon los nuestros el edificio. Por la

calle de santa Rosa intentaron un nuevo ataque; pero se les contuvo, pues era tal la concurrencia de defensores, que se les hacia un fuego infernal. En la plazuela de las Estrevedes, con un cañon que llevaron á brazo los patriotas desde la plaza del Pilar, enfilaban los fuegos, unas veces contra la cruz del Coso, y otras contra la derecha, segun les convenia. En esta plazuela se incendió la casa del comerciante Padules, y el humo, las llamas y gritería acrecentaban los horrores de aquella espantosa escena. ¡Qué de acciones valientes se ejecutaron en este dia memorable! ¡Qué lástima no poderlas trasmitir todas á la posteridad! Vosotros, edificios y calles de Zaragoza, vosotros fuísteis testigos de la lucha mas extraordinaria que ofrecen los anales de la historia. Delante de las puertas cada defensor vendió cara su vida; y si sucumbió á la superioridad de fuerzas, fue despues de haber sacrificado al filo de su acero muchas víctimas. En las calles quedó refrenado el torrente devastador de las huestes apellidadas invencibles. Siete horas duró este horrendo combate; y en él se vió lo que puede el valor cuando lidia el hombre por un objeto loable y justo. Superada la primera sorpresa, no hubo varon, ni muger, jóven, ni anciano que no hiciese un empeño en defenderse hasta el último apuro. En las calles fronterizas hacinaron los muebles; y mientras seguia la lucha en el Coso, iban fortificando los portales de la plaza del Mercado para hacer una defensa mas acérrima todavía. Los habitantes de aquel distrito formaron desaliñadamente un parapeto, dejando los pasos necesarios para comunicarse. La condesa de Bureta, prima del general Palafox, poseida de un ardor varonil, reconvenia á los que se retiraban sobrecogidos con las expresiones mas vivas para que volviesen á sus puntos. Luego que supo la aproximacion del enemigo á las casas de su habitacion, hizo cerrar la entrada de la calle,

preparándose con un fusil, dando ánimo, y excitando á los demas á que ejecutasen lo mismo. Ocupada con su familia, ya en suministrar socorros á los patriotas, que, desfallecidos, apenas habian tenido lugar para tomar algun ligero refresco, ya en dar disposiciones para oponer todos los diques y obstáculos posibles al enemigo: manifestó bien el empeño que habia formado de que los zaragozanos venciesen á toda costa, ó pereciesen, renovando las escenas heróicas de Numancia y Sagunto.

Llegó por fin la noche á dar treguas á tamañas catástrofes. Desesperado el enemigo de semejante oposicion, al considerar tanto estrago y carnicería, trató de guarecerse en el hospital y san Francisco, formando su línea desde este convento al de san Diego, y de allí al de santa Rosa, ocupando el terreno que indica el plano. Á poco rato de oscurecido comenzaron á hacernos un fuego de obús y mortero espantoso. Calmó el choque, pero no las fatigas. El enemigo arrojó con artificio al foso del castillo un pliego con sobre para el gobernador de Zaragoza. Al momento fue presentado al brigadier Torres; éste lo hizo traducir, y viendo que su contesto se reducia á querer persuadirle que la ciudad estaba en el caso de capitular, y que si no entrarían, usando de los derechos que les daba la guerra, mandó contestarles con el cañon. Cuando volvió al castillo el enviado, ya habian anticipado la orden, porque vieron aproximarse fuerza por el camino de la Muela, y les hicieron una descarga.

La mayor parte de los patriotas en el dia cuatro no pudieron tomar el menor refrigerio; y cuando llegó la noche tuvo que suplir el esmero de los habitantes, que franquearon con la mayor generosidad lo que tenian. El dia 3 á las nueve y tres cuartos de la noche no habia en los graneros sino treinta y seis cahices y cuatro fanegas de trigo, reducido á harina, y ésta procedente de la requisicion

que el dia anterior se hizo por el vecindario, á virtud de un bando que intimaba sería castigado como traidor á la patria el que se opusiera al registro y no manifestase la que tuviese. Tambien se prohibió á las corporaciones y particulares amasar pan, añadiendo se habia mandado á los horneros lo hiciesen para la tropa y pueblo de inferior calidad al que se vendia; y que esto seria pasagero, atendidas las disposiciones adoptadas para que entrasen comestibles y harinas con abundancia.

El brigadier Torres en el primer momento de desahogo, si puede decirse que lo tuvo, tomó la pluma y escribió al capitan general Palafox lo siguiente: «Excelentísimo señor: = Luego que los enemigos pasaron á la cruz del Coso y la tropa se retiró al arrabal, pasé en casa de V. E., y hallé que no estaba, ni sus señores hermanos: en consecuencia, me hice cargo del mando interinamente: reuní la tropa y oficiales que pude en el arrabal, con la que pasé á la ciudad, y tomé las providencias que juzgué oportunas para evitar se extendiesen por la plaza; y despues de un fuego que ha sido contínuo y muy sostenido, se han rechazado hasta el Coso; y tengo tomadas todas las boca-calles desde la plazuela de la Magdalena hasta el convento del Carmen. Es imponderable el valor de la tropa y oficiales. Los franceses han cometido un sin número de atrocidades, que no son para el apuro en que me hallo el contarlas, y sí que me veo sin el precioso género que á V. E. le consta. Los mayores generales é ingenieros solo se han separado de mí cuando les daba una comision particular. Todos los puntos estan tomados, excepto la puerta de santa Engracia: los enemigos estan quietos; pero no es regular suceda esto por la mañana; y mi situacion es la mas crítica que ha tenido ningun militar, por lo que juzgo que V. E. no la perderá de vista; por lo que espero que V. E., ó uno de sus señores hermanos, se presente en

la plaza por la mañana del 5 con refuerzo y auxilios de boca, pues ni yo, ni nadie podrá libertar á esta plaza del comprometimiento en que V. E. la ha dejado con unos enemigos tan feroces. = Dios guarde á V. E. muchos años. Zaragoza 4 de agosto, á las diez de la noche, de 1808. = Antonio de Torres. = Excelentísimo señor capitan general de este ejército."

Es imponderable, dice el oficio, el valor de la tropa y oficiales, y no se puede negar que pelearon con la mayor bizarría; pero el brigadier Torres fue buen testigo de los heróicos esfuerzos que hicieron los patriotas. Obraron con valor y denuedo la tropa y oficiales que permanecieron el dia 4 en Zaragoza; pero tambien los labradores, en especial de las parroquias de san Pablo, san Miguel y la Magdalena, como expresó otro militar muy benemérito, se hicieron dignos de los elogios que se tributan á las tropas mas bizarras, y sellaron su reputacion á costa de mucha sangre. Sépase, pues, que los oficiales y soldados que tuvieron el honor de encontrarse en el combate de aquel dia, juntamente con la multitud de paisanos que de todos los ángulos de la ciudad salieron á batirse cuerpo á cuerpo con el enemigo, se cubrieron unos y otros de gloria y laureles inmarcesibles. El espíritu que animaba á los padres de familia á defender la vida de sus mugeres é hijos pudo solo inspirar acciones que los egoistas apellidarán temerarias, y que el hombre amante de su libertad clasificará de heróicas y dignas de eterna nombradía.

Pero, volviendo á la narracion, no puede negarse era grande el compromiso y apuro en que se veía este campeon la noche del dia 4 de agosto. Efectivamente, habia muy poca pólvora, pues la fabricada á mano, tendida como estaba para secarse, la trasladaron à las once de la mañana á las baterías. En lo mas apurado del choque fue preciso tomarla de los cuatro tiros con que estaba dotada

la batería de san Lázaro, y de repente tuvieron algunos religiosos del convento que hacer cartuchos; y así se fueron recogiendo pequeñas porciones para sostenerse. Por eso expresa el brigadier Torres en su oficio carecer del precioso género; y esto fue una de las cosas que mas afligió generalmente: no obstante, para que no se trasluciera, Torres, con voces perceptibles daba órdenes para trasladar cajones de cartuchos, destinándolos á esta parte y á la otra, mandando tiroteasen por los puntos. Así se ejecutó; y los patriotas continuaron en prepararse para sostener nuevas refriegas.

Cuantas veces contemplo en este dia, cuantas recuerdo la serenidad con que de todas partes los defensores perseguian á los franceses, y la confianza en que estaba la muchedumbre dispuesta á perder hasta la última gota de sangre, mi admiracion crece, y la imaginacion se ofusca. ¡Qué ardor, qué arrogancia la del paisanage! Aquel distribuirse los sitios, los destinos; unos caminando á galope de una parte á otra, tomando las disposiciones mas oportunas; otros haciendo de artilleros, cuando solo habian manejado el formon y la esteva; algunos situándose con lanzas y picas en las calles inmediatas á la pelea; las mugeres llevando el tizon para bota-fuego; los muchachos arrastrando con sogas los cadáveres; los habitantes preparándose con piedras y ladrillos; el anciano animando á los combatientes, y todos buscando donde saciar su cólera, son cosas, que á no haberlas presenciado, y tener en su confirmacion las ruinas y muestras indudables que dan una idea la mas grande que pudiera apetecerse, parecerian increibles. Vosotros, héroes zaragozanos, que con un valor á toda prueba supísteis confundir el orgullo de las tropas mas aguerridas, recibid el parabien de todas las naciones, y de aquellos que con entereza de ánimo saben apreciar los esfuerzos de los buenos para confundir á los tiranos y

á cuantos apoyan sus perfidias: y tú, impertérrito Sas, víctima desgraciada, gloríate de haber contribuido con tu valor, y el de tus compañías, á que el enemigo no se posesionase de tu patria en aquel dia fúnebre. Loor eterno á los valientes Torres, Obispo, Simonó, Renovales, Santa Romana, Sangenis, y á los ingenieros de su mando Beyan, Quiroga, Gregorio, Navarro, Tena, Roman, Cortines, Armendariz, y demas de quienes queda hecha mencion, tanto militares como paisanos, y que las generaciones venideras profieran tales nombres con entusiasmo y respeto, pues ni es posible enumerarlos á todos, ni han llegado á nuestra noticia los nombres de varios, que han quedado sepultados en lastimoso olvido. Tampoco puede decirse con seguridad el número de tropas francesas que llegaron á entrar en Zaragoza, que muchos afirman pasaban de tres mil hombres, la mayor parte granaderos de la guardia imperial; ni la pérdida y descalabro que experimentaron, en lo que tambien varían, pues unos la fijan en dos mil, y otros en dos mil y quinientos, entre muertos y heridos. Lo que puede asegurarse es que la mañana del dia 4 de agosto perecieron bastantes patriotas, y que en la refriega acérrima de por la tarde fue triplicada la de los franceses á la nuestra, y de tanta consideracion, que los arredró extraordinariamente. En la batería que de orden de Torres y Obispo se formó frente á la iglesia de san Gil, murieron aquella noche el sargento de Guardias graduado de capitan don Vicente Izquierdo, el capitan de Extremadura don José Tirado, el teniente del mismo cuerpo don Andres Amaya; y quedaron heridos dos oficiales y el sargento de Guardias graduado de teniente don Luis de la Vega, que hacia de comandante de la artillería, con otros de que no se ha tenido noticia.

CAPITULO XXI.

Intimacion del general frances. — Heróica resolucion de los gefes militares de la plaza. — Fórmanse baterías en las boca-calles, y el enemigo fortifica su línea. — El marques de Lazan entra con parte de las tropas auxiliares. — Añagaza para ocupar por sorpresa el convento de san Ildefonso.

El dia 5, el general en gefe frances envió un paisano de los varios que hicieron prisioneros, con segundo pliego, amenazando que si no se rendia luego, luego Zaragoza, iba á convertirla en cenizas. El brigadier Torres, conociendo el apuro por su parte, y tratando de ganar tiempo por otra, manifestó á las autoridades la intimacion. Los momentos no podian ser mas apurados. El ayuntamiento se congregó en su sala consistorial, y la oficialidad en la casa del brigadier Torres. Allí fue donde, despues de varios debates, prorumpió Sangenis con una entereza sobremanera plausible: *Hay recursos; el mayor don de la guerra es ganar tiempo, y á todo trance deberemos perecer entre las ruinas.* Su resolucion fue seguida; y como al mismo tiempo aconteció que Jorge Ibort entró por la plaza de la Seo vociferando venian ya los voluntarios en nuestro auxilio, el ayuntamiento no tomó ninguna resolucion, y dejó al pueblo que siguiese sus impulsos. Los oficiales ingenieros regresaron á sus puntos, y comenzaron á fortificarse por la espalda. En las inmediaciones á la puerta del Portillo alzaron un parapeto con foso, y colocaron dos piezas

cargadas á metralla, quedando cerrados en cien varas de espacio los defensores, sobre cuyas cabezas, por vanguardia y retaguardia, cruzaban todo género de proyectiles. En la puerta de Sancho enfilaron parte de la artillería contra las calles inmediatas. El cañon de á veinte y cuatro retirado de la puerta del Carmen lo pusieron delante de la de san Ildefonso, por si llegaban á entrar en la plaza del Mercado. Despues formó don José Ramirez con sacas una batería, é hicieron varias cortaduras; y se pertrechó la calle de san Gil, que era punto muy interesante, por ir recta á la puerta del Angel. Despues de tomada la batería de la puerta del Carmen, fue preciso abandonar el convento de trinitarios; habiéndose señalado en su conservacion el oficial de Soria don Ignacio Lozano. Los defensores se retiraron por una mina construida para hacer uso de ella en el último apuro, y formaron varios parapetos y cortaduras ácia el flanco izquierdo, á cuya sazon fue herido de una bala de fusil el oficial ingeniero que dirigia estas obras, pues era un punto arriesgadísimo. Delante de la iglesia de santa Fé construyeron una batería con sacas, bancos y maderos; y al fin de la calle nueva de san Ildefonso, junto á su plazuela, un parapeto. Era extraordinario el ardor con que todos á porfia cooperaban á la defensa de la capital, que bombardeaba furiosamente el enemigo. Éste seguia el mismo sistema de fortificar su línea con baterías de sacos á tierra, y haciendo fuego de cañon contra las nuestras. Viendo los generales que no se daba á sus intimaciones otra respuesta que un fuego continuado y vivo, trataron de sorprendernos; y al intento comparecieron por la calle de santa Engracia una porcion de polacos con alguna caballería; y habiendo hecho diferentes ademanes desde la calle, y por la puerta de san Francisco, situados tras la trinchera que habian formado con los cadáveres de varios religiosos y las estatuas que

tenia la hermandad de la Tercera orden, aparentando querian entregarse, salieron el mayor general Obispo y el ayudante don Simon Jimeno á la cruz del Coso con varios soldados y paisanos. El ayudante Jimeno llevaba una pica, y en la lanza un pañuelo blanco; pero apenas se presentó, lo mataron; y creyendo que esto podia ser efecto del fuego que hacian los patriotas desde las casas de Lloret y arco de Cineja, procuraron Obispo y Martinez contenerlos, como lo consiguieron, y entraron en contestaciones. Esto produjo un espectáculo enteramente nuevo. Salieron de la línea varios pelotones de paisanos saltando las vallas, y entre otros lo ejecutó el presbítero don Miguel Cuellar, que ya en el dia anterior se habia mezclado en lo mas rudo del choque de la plaza de la Magdalena y calle del Coso, el cual habló con un oficial que hacia de intérprete, á quien conoció por haber estado antes en la ciudad. Manifestaban querer entregarse, pero que tenian miedo á los paisanos; y para desengañarlos, Cuellar los excitó á que pasasen. Un oficial jóven dió muestras de prestarse; pero viendo que en la calle de frente disparaban tiros los paisanos, quiso retirarse. Cuellar lo cogió de la casaca, diciéndole no tuviese reparo. Al ver esta accion el oficial, desenvainó el sable, y el otro su espada; comenzaron á forcejear, de cuyas resultas aquel se lastimó, y lo introdujo dentro del parapeto. Por último, al ver unos y otros que no querian dejar las armas, comenzó el fuego, y todos se retiraron con la mayor precipitacion. En la noche del dia 5 se hizo una cortadura, bajo la direccion del oficial de artillería don Manuel Tena, frente á la iglesia de san Pedro, calle de san Gil; y como seguia el tiroteo, quedó herido, aunque levemente, el brigadier Torres. Allí inmediata, á pesar de la estrechez de las calles, estuvo formada la caballería; y el capitan del regimiento de Borbon don Juan Dufú, su ayudante don Juan Pozas, y el te-

niente don Domingo Pavía sufrieron el fuego que los franceses hacian para imponer á los defensores.

Entre tanto iba aproximándose el marques de Lazan con cuatrocientos Guardias españolas, que venian al mando del capitan don Nicolás Fiballer. Esta tropa llegó el 2 á Osera, y quedó esperando allí órdenes; pues don Francisco María Bañuelos con fecha del 2 ofició desde Pina al general Palafox, dándole cuenta de que en la junta de oficiales se habia arreglado el siguiente plan: De Pina, por la Val de Osera, á salir á Farlete, ó camino que vá de Zaragoza á dicho lugar por la balsa del llano de Candasnos, y de allí á tomar las alturas que dominan á Villamayor y sus inmediaciones, tratando de venir siempre cubiertos. Conociendo que el enemigo iba á atacar reciamente, se expidieron varios propios, entre ellos fray Vicente de san Bruno, quien tuvo que arrojar los papeles por haber dado con una avanzada enemiga; y habiéndolo llevado á Torrero, manifestó que iba á Fuentes; y como los franceses tenian proyectado ir allí, entraron en sospechas, y lo hicieron servir de guia; pero habiéndole mandado entrar al pueblo con algunos soldados para que viniesen el cura y alcalde, tuvo proporcion de huirse, y fue á Osera manifestando cómo estaba Zaragoza, y sobre todo la escasez que habia de pólvora. Á Bañuelos se le contestó el 3, sin pérdida de momento, con propio que salió á las cinco de la tarde, ampliando las ideas sobre su marcha; encargándole la actividad, y que la introduccion de pólvora era urgentísima; que no se detuviese en organizaciones, ni consultas, sino en aprovecharse del entusiasmo de que indicaba estar todos poseidos. Se le ofrecia salir cuando comenzase la accion con todas las fuerzas posibles de la plaza; y que la marcha la ejecutára con reserva, pues el enemigo estaba alerta sobre el camino de Barcelona. Á las ocho de la noche recibió un segundo aviso,

participándole lo furioso del bombardeo; que al amanecer se temia un ataque; que faltaban las harinas, porque las tahonas no servian; concluyendo con estas expresiones: «Considéreme V. S. por todas partes apurado, y que es indispensable ganar los instantes. Yo contaba que mañana, en que se cumplen los cuatro dias, vendrian esas tropas: excusado es que yo repita que al momento, al momento que V. S. reciba éste se ponga en marcha, porque de lo contrario podrá llegar tarde." Penetrados, pues, de la necesidad y apuro en que estaba la capital, dispusieron salir el 4 por la noche con dos carros cargados de pólvora y tres piezas de artillería. Todo estaba prevenido, cuando llegó un edecan diciendo que Zaragoza estaba perdida; pero posteriormente arribó el coronel don Emeterio Barredo manifestando lo contrario, y con orden para que moviesen. El marques se incorporó con los Guardias españolas, y tomó la izquierda, viniendo á caer por Pastriz sobre el vado del Gallego. Las avanzadas y descubiertas enemigas vieron nuestras tropas luego que salieron de Pastriz, y á mas de paso cruzaron el Ebro: así fue que al llegar al vado vieron un destacamento de ciento cincuenta caballos que venia á impedir el paso; pero cuando llegaron se habia verificado felizmente. El marques dejó las tropas, y con una ligera escolta entró á la una en Zaragoza; y habiendo hallado al brigadier Torres en el arrabal, que acababa de escribir un oficio para su hermano el general, dándole cuenta que el enemigo atacaba por cuatro puntos, y tambien lo de los parlamentos, que queda referido, y que lo iba á remitir con propio, añadió una postdata participándole su llegada; y sin pérdida de tiempo mandó á Torres pasase al vado con gente y dos violentos, como lo verificó, suponiendo enviaria fuerza el enemigo para imposibilitar la entrada de nueva tropa. No se equivocaron, porque á su arribo habia ya comenzado

el tiroteo. La caballería por el pronto trató de cortar el ala izquierda, pero el comandante don Francisco Bañuelos formó sus guardias en tres divisiones, que al todo eran cuatrocientos hombres; y al abrigo de zanjas provisionales aparentó una retirada, con lo que cargó el enemigo; pero revolviéndose los nuestros, les hicieron varias descargas, que desordenaron la caballería. Los franceses repasaron el rio, dejando una gran guardia de observacion; y á las dos horas llegaron trescientos infantes y doscientos caballos con ánimo de dejar expedito el vado; pero como á este tiempo teníamos ya los dos violentos, comenzó el fuego, y desistieron de su empresa. Al anochecer entraron la mitad de los Guardias en Zaragoza bajo el mando del capitan don Nicolás Fiballer, y la otra mitad al dia siguiente. El enemigo no hizo sino destacar para la descubierta varias partidas de caballería.

En tanto los Guardias españolas se batian sobre las amenas riberas del Gallego, principió el choque por todos los puntos. Luego que Verdier y Lebfevre tuvieron noticia de la llegada de los Guardias españolas, aprovecharon los momentos é hicieron un esfuerzo para apoderarse de la ciudad, pero los patriotas estaban alerta. No bien observaron su intento, cuando de todas partes les contestaron con un fuego vivo que les impuso, y mas el ver los acometian con un valor sin igual; pues, ocupando todas las casas del hospital, paralelas á la calle de san Gil, se propuso el denodado Simonó desalojarlos; y atravesando la calle del Coso con una porcion de los suyos á cuerpo descubierto, fue herido en un muslo; pero los demas se introdujeron en los edificios, y allí lucharon con cuantos sobrecogieron ó trataron de resistirse. La tropa y paisanos iban escudriñando las casas; y Obispo y Martinez restauraron en la de la tesorería treinta mil reales vellon, con varios papeles; y esto sin internarse, pues el 7, Antonio

Larte, sargento primero de la primera compañía del cuarto tercio, recogió todavía sesenta y seis vales reales, valor de diez y seis mil cuatrocientos pesos, y aseguró allí mismo gran porcion de papeles. No era menos sorprendente ver cómo iban encontrando franceses por las bodegas y sótanos: en la de la tesorería, Matías Carrica halló uno; y viéndole en ademan de hacer fuego, le disparó un tiro que le pasó el brazo derecho, y entonces se le rindió; y le ocupó una espada de montar y una mochila. Al ir Francisco Ignacio Ibañez el 6 á ver si le habian dejado alguna cosa en su casa, sita en el arco de Cineja, divisó en una aguardentería un soldado frances, y arrojándose á él, sin llevar armas, lo precisó á que se le rindiese, como lo ejecutó, cuyo prisionero entregó al comandante del cuarto tercio el coronel don Sancho Salazar. En el mismo dia, Antonio Navasqües, patron de barcos, viendo que aparentaban en la calle del Carmen querer rendirse unos pocos franceses, salió con veinte hombres para recibirlos. Les insinuó dejasen las armas, á lo que se resistieron; y hallándose frustrado, se arrojó al mas inmediato, y retirándolo con presteza le quitó el fusil, y lo presentó en el palacio del general al capitan don Jorge Ibort. ¿Y qué diremos del arrojo del célebre José de la Era, carpintero, que á la edad de setenta y seis años, armado solo de un cuchillo, acometió denodadamente á dos franceses que estaban saqueando, despues de haber asesinado los habitantes, logrando matar al uno y hacer prisionero al otro? Á este ejemplo, desde la noche del 4 en adelante ocurrieron muchos lances singulares, pues las descubiertas eran por las casas; y como la confusion de la tarde tremenda fue tal, que todo andaba mezclado y revuelto, de aquí provino el que unos, ansiosos de saquear, y otros embriagados, quedasen por las casas, y que fuesen despues sorprendidos. Sería interminable referir todos los sucesos par-

ticulares; pero con los narrados hay lo bastante para formar alguna idea de las proezas ejecutadas en el recinto de la capital cuando ocupaban su séptima parte los enemigos.

Viendo no podian sorprendernos, y que los defensores eran infatigables, usaron de una añagaza para apoderarse del convento de san Ildefonso. Ya por la mañana habian logrado (aparentando querian pasarse) sobrecoger al comandante don Pedro Hernandez, á quien condujeron prisionero á Torrero. Como desde el convento enfilaban los fuegos al tránsito que era preciso para avanzar ácia la calle del Azogue, les interesaba ocupar aquel punto; y así salieron á la nueva de san Ildefonso en bastante número. Con sus ademanes consiguieron llamar la atencion de los paisanos, y movidos algunos del deseo de hacer prisioneros, entraron en contestaciones. Llegó en esto el teniente coronel don Benito Piedrafita; y luego que saltó el parapeto, les propuso dejasen las armas si efectivamente querian entregarse; mas viendo lo resistían, mandó hacer fuego; y fueron tan puntuales, que la calle quedó cubierta de cadáveres; y si alguno se pudo salvar, debió salir muy mal herido. En los tiroteos que ocurrieron el 5 por el punto de san Ildefonso, murió el oficial don Tomás Aznar, hermano del difunto don Andres Aznar, teniente general que fue del cuerpo de Artillería. Era raro el aspecto que ofrecia el campo de batalla. Los franceses por una parte saqueaban el recinto que ocupaban, al paso que por otra salian á explorar con artificio la disposicion y espíritu de los patriotas, los que los perseguian en medio de sus rapiñas, pertrechándose y fortificando las calles para defender á palmos el terreno. El fuego se sostenia por las torres, por los tejados, y desde las casas por ventanas y balcones, cosa muy nueva para las tropas de Napoleon, á pesar de que habian visto mucho. Estas insitian en hacer fuego con un cañon desde la calle de santa Engracia, por lo que los de-

fensores perfeccionaron la batería de la puerta de Cineja; y viendo que los enemigos habian formado parapetos con cadáveres de religiosos y compañeros suyos, pusieron en la trinchera cadáveres franceses, lo cual producia un hedor intolerable por todo aquel distrito. Á tal punto llegó el encono y furor de los combatientes. Tambien llevaron para corresponderles otro cañon; y fue tal la destreza de un artillero aleman que lo manejaba, que logró desmontar el del enemigo; pero con la multitud de tiros que aquel dirigió y los nuestros, cayó á trozos el monumento dedicado á la memoria de los Mártires, y la casa inmediata vino á tierra, con lo que quedó impenetrable la entrada por aquel sitio.

Ya se ha referido como luego que ocupó el enemigo la torre del Pino fue preciso retirar la artillería de la puerta del Carmen, á lo que cooperaron las dos compañías de Guardias walonas á las órdenes de su gefe don Luis Garro, que lo ejecutaron con dos cañones y un obús; y que el comandante don Pedro Hernandez con la mayor oportunidad ocupó los edificios inmediatos, con lo que impidió entrasen por el cuartel á tomar la batería del Portillo por la espalda, lo que hubiese ocasionado un gran trastorno, y acaso la perdicion de la ciudad. El enemigo, luego que vió esta acertada operacion, y que no podia dirigirse sino con rodeo á la plaza del Carmen, trató con todo empeño de formar batería para enfilar sus fuegos contra Convalecientes, ó mas bien contra las avenidas de aquella parte; pero encargado de aquel punto el comandante don Fernando Cepino, por haber hecho prisionero á Hernandez, comenzó con el mayor esmero á defenderlo; y aunque el enemigo desbarató por dos veces nuestra trinchera, la repuso con la mayor celeridad el teniente de ingenieros don Antonio Cortines, que, despreciando el fuego, ejecutó esta maniobra arriesgadísima. Al mismo

tiempo, el teniente de la primera compañía del primer tercio de voluntarios aragoneses don José Sarabia, encargado del hospital de Convalecientes, lo defendió con ochenta hombres, y repelió con granadas de mano los aproches continuos del enemigo. Éste hizo ademas un fuego terrible de obús y mortero contra el edificio; y las explosiones cubrieron de escombros á los defensores que lo guarnecian. Tambien auxiliaron estos esfuerzos el teniente del segundo batallon ligero de Zaragoza don Baltasar Pallete, que se presentó voluntariamente con treinta hombres de su cuerpo, y el subteniente del regimiento de Extremadura don Ignacio Taboada.

CAPITULO XXII.

Los sitiados conquistan y reconquistan el convento de santa Catalina. — Arriban las tropas auxiliares y un convoy de víveres. — Acciones parciales en varios puntos de la línea.

La entrada de los Guardias, y remesa de pólvora que José Moneba, Francisco Bagés y Vicente Langa, de Villafeliche, introdujeron, tanto esta vez como la otra cuando los escoltaron desde los vados las compañías de Sas, causó una alegría general; y los zaragozanos de cada vez se creían mas invencibles. Sin cesar fueron conducidos á reforzar los puntos; y el marques de Lazan comenzó á subsanar en lo posible el desorden general que habia ocasionado la lucha del dia 4; y á fin de reunir la tropa de puestos para atender al relevo y manutencion de la misma, publicó un bando el 6, destinando como cuartel para el regimiento de Extremadura la plaza del Mercado, para fusileros del reino la plaza de san Anton, y la de san Felipe para que sin confusion se reuniesen los individuos de otros cuerpos ó compañías sueltas; y se nombró un ayudante para alistar á los que se presentasen. Considérese cuál estaria la poblacion: merced á que todos trataban de defenderse y ofender al enemigo, pues sin este entusiasmo era imposible continuar en un estado tan terrible. Renovales consiguió desalojar con su gente á los franceses de las casas del hospital, salvando de ellas muchas alhajas de valor, en especial de la casa en que habi-

taba el comerciante Carbonell: tuvo el arrojo de salir al Coso por la puerta que habia en el ángulo que aquella formaba con la iglesia del hospital, y comenzar con sus compañeros á abrir brecha para entrar en la sacristía, lo que consiguió, sufriendo entre tanto el fuego que el enemigo hacía desde la torre y edificio del convento de san Francisco. Apenas entró, extrajo todos los ornamentos, que remitió con un ayudante al marques de Lazan; y ademas dos pares de timbales con sus fundas bordadas, y seis estandartes, correspondientes al regimiento de dragones del Rey. Creyendo el enemigo que iban á cargarle, incendió una de las casas contiguas al hospital para contenerlos, pero Renovales lo apagó con parte de su gente, y con la restante se apoderó de la puerta que sale al Coso, desde donde comenzaron á hacer un fuego vivo, que apoyaron los que ocupaban las casas de frente bajo la direccion del capitan don Pablo Casamayor y del teniente de Extremadura don Francisco Cáceres, contra la batería enemiga, que lograron desbaratar enteramente.

El hospital era un edificio muy crecido, y ademas tenia á su derecha, como lo indica el plano, huertas, corrales y cementerio, que enlazaban con los del convento de santa Catalina, aunque en el medio habia una calle que circunvalaba el espacio. El dia 4 anduvieron errantes los franceses por todo aquel distrito; pero por la noche se ciñeron á conservarlo. Como casi todas las operaciones eran hijas del celo patriótico, advirtió un paisano que aquel punto estaba con poca fuerza para contener una invasion, y dió cuenta á su comandante don Miguel Oñate: éste dispuso reforzarlo, pero no pudo impedir el que por las huertas se introdujese el enemigo en el convento de santa Catalina, y se posesionase de la casa del abogado don Genaro Rodriguez, desde la cual enfilaban sus fuegos al Coso por la calle de Zurradores. Renovales formó el proyecto

de desalojarlos; y habiendo tomado una partida de Guardias españolas y otra de voluntarios, los sorprendió, y huyeron, con lo que quedaron los voluntarios de guarnicion en el convento, los cuales, pasados dos dias, fueron á su vez sorprendidos; pero conociendo lo importante que era aquel punto, entraron doscientos paisanos con una porcion de voluntarios del segundo por la iglesia y portería tiroteando y luchando por los claustros y corredores, de modo que huyeron los franceses precipitadamente. Los oficiales de las compañías de voluntarios don Juan y don Miguel Frasno dirigieron los esfuerzos de éstos con la mayor energía; y el sargento Martin Brun y sus compañeros hicieron un fuego tan terrible con las granadas de mano, que el enemigo no pudo resistirlo. Conseguido esto, Renovales, para hacerles abandonar un cañon que habian colocado junto á la pared que en otro tiempo separaba la calle del Cementerio de la de Zurradores y santa Catalina, colocó parte de sus compañeros en una casa frente al patio del convento, para que desde allí hiciesen fuego á los que ocupaban la casa de Rodriguez, y luego subió con otros á los tejados de aquel, desde donde, con granadas de mano y cascos de ladrillo, consiguió su intento. En este punto quedó herido gravemente el comandante don Rafael Estrada, y murió un guardia española.

El marques de Lazan y su hermano don Francisco no cesaban de tomar aquellas disposiciones mas oportunas, al paso que el capitan general Palafox trabajaba ahincadamente para activar la marcha de las tropas auxiliares y del convoy de víveres. El dia 5 al amanecer llegaron á Osera seis cañones volantes de Lérida, que conducia el capitan Sara. Incorporados en este punto don Carlos Miguel Artazcos con el oficial y tropa que envió Palafox escoltando una porcion de pólvora, partieron con direccion á Zaragoza; pero, noticiosos de que habian salido de

la Puebla bastantes franceses, retrocedieron, refugiándose en el castillo de Alfajarin, y la pólvora continuó ácia Villamayor, segun el aviso que dió Artazcos á las once de la noche, hora en que insinuaba iba á salir el general don Luis Amat excitado por Palafox; y viendo el interes y ardor que reinaba en las tropas, comenzó á dar órdenes; y, entre otras, previno desde Perdiguera á don Felipe Perena amaneciese el 7 situado con las fuerzas que pudiese reunir en las alturas de Villanueva de Gallego; y aun Perena por su parte dispuso, con acuerdo del edecan don Juan Pedrosa, colocar en ella dos violentos. Arreglado el plan, emprendieron los voluntarios y catalanes su marcha; y éstos, como los de Perena, fueron á ocupar los puntos convenidos. Junto á las balsas de Villamayor hubo un ligero encuentro con una porcion de caballería francesa que iba al campamento de las torres del Hornero y de los Cipreses. Anticipadamente partieron de Villamayor con carros cargados de tablones los doscientos miqueletes que habian venido de Lérida, á los que se agregaron cien paisanos, los cuales, dirigidos por don Francisco Tabuenca, habilitaron el dia 8 por la noche los puentes, en especial el de Gallego, como tambien los vados y pasos necesarios; por manera que á las tres de la mañana del 9 estaba el convoy en el camino de Barcelona, y el general Palafox en la torre del Arzobispo. El enemigo en una de sus correrías, aprovechándose de nuestra negligencia, viendo varios carros que, entre otras cosas, traían el vestuario de los voluntarios con sesenta hombres de escolta, los atacó y ocupó, haciendo algunos prisioneros. Entraron, pues, en aquella mañana por la puerta del Angel los voluntarios de Aragon y de Cataluña, que al todo compondrian la fuerza de dos á tres mil hombres; y el general Palafox, despues de haber disipado las partidas enemigas de la orilla izquierda, tuvo la satisfaccion de encontrar siempre

libres y victoriosos á sus compatriotas. El pueblo salió acelerado al camino, y algunos anduvieron toda la noche por anticiparse el placer de encontrar con los que, arrostrando por todo bajo la direccion del ínclito marques de la Romana, venían huyendo de los paises en que la perfidia los retenia para auxiliar á los zaragozanos. Personas de todas clases esparcidas á lo largo del magnífico puente de piedra y sus inmediaciones esperaban á aquellos valientes, que por fin aparecieron tremolando sus banderas, é inspirando su música marcial la alegría del triunfo. Espectador de esta escena, mi corazon palpitaba de gozo. Rodeado de objetos sublimes, recorría las filas: «estos son dignos, exclamé, de pisar este suelo. El que no ame á su patria y aborrezca la esclavitud, huya de entre nosotros, y no profane jamas estos umbrales." Toda la columna marchó en derechura á la plaza del Pilar, y entró á rendir sus homenages en el suntuoso templo de María. Á las nueve de la mañana fueron á tomar cuarteles en los conventos de san Ildefonso y de la Victoria. Durante su tránsito, los vivas resonaban de todas partes, y los semblantes rebosaban de puro gozo. Sin reposar emprendieron las fatigas, ansiosos por coronarse de laureles. Estimulado su valor al contemplar las ruinas, y penetrados de tan heróica defensa, exclamaban: «Si así han obrado los bisoños, ¿qué podemos hacer? Imitarlos, ya que no podamos competirlos."

Destinados los voluntarios de Cataluña á la huerta del convento de santa Catalina y al jardin botánico, con su trage provincial de gorro encarnado y zaragüelles, sus fusiles y puñalejos, gobernados por el toque de un caracol, y llenos de corage, divididos en cuadrillas comenzaron á perseguir á los franceses, que, esparcidos por aquel terreno, se iban guareciendo de los corpulentos olivos para hacer fuego. Los encuentros eran personales,

pero obstinados y vivos: luchaban con la arma blanca brazo á brazo, y llegaron á arredrar á los enemigos. Por la parte opuesta de Convalecientes, los voluntarios hacian huir á cuantos divisaban. Desde las torres se veía que para pasar por el camino de un lado á otro de la puerta del Carmen, lo hacian de corrida, y muchos cargados con colchones y efectos del botin, que almacenaban en el convento de Trinitarios. Noticiosos los franceses de los refuerzos que habíamos recibido, y que ocupaban los conventos de san Ildefonso y Victoria, comenzaron á bombardearlos; y particularmente con un obús despedian granadas á la batería y huertas inmediatas donde subsistía la tropa. Irritados los catalanes que fueron á reforzar el edificio de Convalecientes de que no se presentasen á lidiar á cuerpo descubierto, y que los querian sacrificar por medio de las explosiones, no titubearon en acometer á los artilleros: se preparó desde luego una compañía, y caminando con firmeza, sorprendieron á los que servian el obús: unos huyeron, otros espiraron al filo de sus aceros; y como estaba tan inmediato, lograron antes que pudiesen impedirlo ponerlo en salvo. Al ver los voluntarios el feliz resultado de esta accion, ejecutaron otra igual con los que en el ángulo de la huerta inmediata hacian fuego con un cañon, que ocuparon y condujeron sin pérdida de tiempo á su línea. Las expresiones de desafio é insulto eran continuas; y los excitaban á que dejasen sus troneras.

Replegado el enemigo á la orilla derecha del Ebro, comenzaron á entrar por la puerta del Angel cincuenta carros de las Cinco-villas, y ciento cincuenta de la Tierra baja con trigo, harina, pan, arroz, tocino, y otros comestibles que los pueblos aprontaron con la mayor generosidad para suplir la escasez que experimentábamos, especialmente de pan y carne. Infinitas familias carecian de lo

mas necesario, y aun muchas de las acomodadas lo comian de municion. En las alturas de san Gregorio y Juslibol estaban las tropas que don Felipe Perena habia formado de los jóvenes del partido de Huesca, y venian á tomar parte en los triunfos de los zaragozanos. No bien se situaron en las alturas, cuando luego salimos á cerciorarnos. El sol acababa de ocultarse: el orizonte estaba claro y hermoso. Próximos á gozar de una entera libertad, la naturaleza parecia mas risueña. Perena no tenia mas que ochocientos hombres armados, aunque ascendian á dos mil. Situado en dicho punto, procuró aparentar una fuerza mayor; y al dia siguiente, una crecida avanzada de caballería francesa, pasando el puente provisional, se acercó á hacer un reconocimiento.

Previendo que el enemigo procuraria vengar los insultos que le hacian, reforzamos en la noche del 10 al 11 la batería de Convalecientes con un cañon de á ocho; y sobre el parapeto fijaron los patriotas una bandera con esta inscripcion: POR FERNANDO VII VENCER Ó MORIR. Al ver que no podian superar ni el edificio de Convalecientes, ni la batería que enlazaba con el convento de san Ildefonso, y les cerraba el paso para avanzar y apoderarse de la puerta del Portillo por la espalda, intentaron derribar las tapias de la huerta de san Ildefonso para introducirse en el convento y esplayarse á su comodidad por la parroquia de san Pablo; pero como dieron con una batería construida en la enfermería baja del mismo, y el lienzo paralelo á la tapia estaba aspillerado y guarnecido de una inmensa fusilería, despues de dos tentativas en que les mataron bastante gente, vieron era imposible superar una resistencia capaz de consumir ejércitos enteros.

El punto de la casa de Misericordia llamó tambien la atencion del enemigo; y deseoso de ocuparlo, construyó una batería, formando la trinchera con la mesa del altar

mayor del convento de Trinitarios descalzos, que ocupó por haberlo abandonado los nuestros, á causa de estar separado de la línea, y enteramente derruido, pues cayeron sobre él mas de doscientas cincuenta bombas y granadas, y multitud de balas rasas; pero no hizo un gran fuego, porque vieron que el comandante don Joaquin Santistevan, y el capitan de ingenieros don José Armendariz, que el 11 quedó herido, estaban muy alerta con los demas que lo guarnecian.

Con mas ó menos actividad el fuego no cesaba un momento: los paisanos, aun por la noche, escopeteaban: tal era el furor de que estaban poseidos: de dia atravesaban por las casas, y en ellas tenian los choques: sucedió varias veces abrir un tabique, encontrarse en el aposento á los franceses, y luchar con las bayonetas. Todas las noches á la hora acostumbrada salia la retreta del palacio; y desde la plaza de la Seo, alternando los tambores con la música, seguia su marcha hasta el convento de la Victoria, donde la tropa estaba acuartelada. Un grupo de gentes, como sucedia en tiempos tranquilos, iba disfrutando de aquel estrépito marcial. El campo de batalla distaba solo de muchas casas doscientos pasos, y sus habitantes no las abandonaban sino para salir á batirse. No habia rincon en donde no se persiguiese á los franceses, quienes se contentaban con aparentar iban á dar ataques, y expedir bombas y granadas, tanto á los sitios donde estaba acuartelada la tropa, como á los puntos que sostenian los patriotas; y aun las extendian á los arrabales, á donde se habian retirado muchos habitantes; pero sin fruto, pues infinitas cayeron sobre el rio Ebro y las balsas, sin que hiciesen desistir de sus faenas á las mugeres que estaban lavando por las orillas. En los puntos iban á competencia los veteranos con los bisoños, los patriotas con los militares. Viendo don Baltasar Pallete y Lanuza, teniente de la

quinta compañía del quinto tercio, lo ejecutado por los miqueletes catalanes, solicitó le permitiesen salir con treinta soldados; y comenzó á perseguir y hacer fuego al enemigo, de modo que al ver los que le seguian su intrepidez, sin embargo de su poco ejercicio, obraron con el mayor denuedo. Tomas Martinez, granadero del regimiento de Extremadura, en la calle de san Ildefonso desarmó á tres franceses, y los hizo prisioneros. El sargento de artillería Francisco Gonzalez en estos dias consiguió desmontar un cañon de á doce á los enemigos; y sin permitir lo relevasen, murió gloriosamente despues de cinco horas de fatiga. En fin, cada hora, cada momento ocurria una ú otra proeza, pues poseidos todos de un ardor sin igual, buscaban medios de señalarse; y como la situacion era la mas delicada que puede concebirse, nada se comunicaba; y por esto, y las ocurrencias posteriores, han quedado sepultados muchos hechos en un profundo olvido.

Sería nunca acabar querer dar idea de la multitud de cortaduras, parapetos, comunicaciones cubiertas y otros preparativos de defensa ejecutados sin intermision, y á los que todos coadyuvaban con el mayor esmero, no obstante que el enemigo nos causaba incesantes daños, y que eran muchos los trabajadores que perecian por todos los puntos. El empeño no podia ser mas extraordinario de una parte y otra: y viendo nuestra tenacidad, dieron fuego por la espalda á las casas de la acera que ocupaban de la calle nueva de san Ildefonso, y á la iglesia del hospital. Uno de los generales franceses que estaba en casa de Sardaña, plaza del Carmen, tuvo que retirarse á las habitaciones interiores, pues el primero ó segundo dia, habiéndose presentado en el balcon otro de brigada con la señora doña María Engracia Pascali, viuda de don Francisco Sardaña, á quien obligó le acompañase, con prevencion

para que no le tiráran desde la torre de san Ildefonso, que domina toda la plaza, lo dejaron yerto en el sitio. Todavía subsiste la señal de la bala; y este suceso lo refirió la misma señora, que sufrió las mas duras vejaciones, y fue testigo de los ultrajes que cometieron por todo aquel recinto. El presbítero Sas, despues de la refriega del 4, quedó ocupando con su gente los puntos del arco de san Roque, casa y jardin de Fuentes, hasta la esquina del convento de santa Fé; y se sostuvo en ellos seis dias y medio, matando al enemigo mas de ochenta hombres, entre ellos dos oficiales.

CAPITULO XXIII.

Palafox inspecciona los principales puntos. — El enemigo entrega los prisioneros, y levanta el campo á media noche, volando el monasterio de santa Engracia.

La capital de Aragon presentaba en estos dias el cuadro mas lúgubre: edificios enteros ardiendo; las bombas girando sobre nuestras cabezas en todas direcciones; heridos que conducian por las calles, unos en hombros, otros en parihuelas; tiroteos incesantes; hogueras formadas en la calle del Coso para quemar los cadáveres franceses; choques por las casas y claustros de los conventos; alarmas contínuas como la del dia 7, en que dos dragones á caballo vinieron á las once de la mañana por el Azogue al Mercado, carrera tendida, gritando avanzaba el enemigo. Al oirlo, no pudieron menos las gentes de conmoverse y comenzar á cerrar ciertas boca-calles. Pasada la primera sorpresa, vieron que la alarma era infundada; y como se sospechaba de todo, el alcalde Moya prendió al uno, y lo mismo ejecutaron los paisanos con el otro. Perena con su campo volante hacia por las alturas varias evoluciones; y los defensores seguian llenos de entusiasmo, ya con los refuerzos recibidos, ya con las noticias lisonjeras publicadas y corroboradas acerca de la rendicion del ejército del general Dupont, y las insertas en la gaceta extraordinaria del 9, en que, con referencia á una carta de Madrid, se anunciaba haberla abandonado los franceses.

Tambien se enteró al público de que por las balijas que habian estado detenidas, y acababan de llegar, el ministro de la audiencia y auditor general del ejército de Valencia don Ramon Calvo de Rozas, participaba á su hermano el intendente don Lorenzo la agradable noticia de haber dispuesto la junta suprema de aquel reino, accediendo á las repetidas instancias oficiales del general Palafox, enviar una division de su ejército, compuesta de tropas de Cartagena y valencianas, á las órdenes del brigadier Saint-Marc, y del conde de Montijo, con lo que conceptuó que el enemigo desistiría de su empresa. Al ver que en Zaragoza todo era heróico y sublime, comenzaron á disponer su marcha, y destacaron entre el dia 11 y 12 una division con gran parte del bagage. Los vigías daban continuos avisos de los movimientos que observaban; pero por el pueblo corria la voz de que iban á dar un ataque formidable. Como quiera, las operaciones del 12 indicaron claramente que iban á levantar el sitio, pues arrojaron artillería al canal, y se observó una extraordinaria agitacion en todos los campamentos. El 13, los vigías afianzaron mas la idea de que los franceses iban á retirarse. No obstante, las avanzadas enemigas, y las guardias de contravalacion seguian sosteniendo el fuego; y lo mismo ejecutaban las tropas y paisanos, continuando con el mismo ardor y vigilancia en todos los puntos. Palafox los recorrió, animando con su amable presencia á los defensores, colmándolos de elogios, y dándoles á entender terminarian prontamente los desastres, y que á tan terrible tempestad sucederia el reposo. Con este objeto publicó la siguiente exhortacion:

«Aragoneses y soldados que defendeis á Zaragoza: Dos meses ha que los llamados invencibles ejércitos franceses tienen sitiada esta capital; y han usado de cuantos medios puede sugerir la crueldad y la vileza para afligiros.

No contentos de ejercer el robo de las cosas mas sagradas, de incendiar los campos, de degollar á los rendidos é inocentes, y de violar sin pudor á las infelices que la casualidad y la desgracia han hecho caer en sus manos, han arrojado en la ciudad mas de cinco mil bombas y granadas, han atacado con furor, y á un tiempo mismo repetidas veces, todos los puntos y baterías, y por fin no os han permitido un solo dia ó noche para el descanso. Á todo habeis sabido resistir: vuestro valor, vuestra constancia, y el fuego sagrado de la religion y de la patria os han hecho olvidar el descanso, y preferir la muerte á la humillacion y abatimiento del nombre español. Vuestras mugeres las zaragozanas, cuyo valor admirable las hace superiores á cuantas la historia nos recuerda, han desplegado su extraordinario espíritu y esfuerzo, presentándose en medio de los peligros para animaros y suministraros generosamente, durante los combates, los alimentos y auxilios necesarios. La Europa admira la defensa que ha hecho Zaragoza. Toda la nacion española dirige sus votos al Altísimo en favor nuestro; y cuando llegue á saber que la vista misma de tantas desgracias como han sobrevenido, la ruina de muchas casas, y los robos cometidos por los viles esclavos de Bonaparte, no han podido arrancar una sola lágrima ni queja, y que tan solo respirais armas y venganza, la posteridad llegará á dudar de tanto heroismo; mas no podrá dejar de venerar la memoria de tanto oficial de mérito, y tantos héroes, ya paisanos, ya militares, como se han distinguido, y cuyos nombres se publicarán en dias de mas quietud. Soldados: ya la suerte está decidida: nuestro triunfo es seguro: completad la obra que tan dignamente habeis sabido sostener: que no se salve, ni escape uno solo de estos pérfidos destructores de la paz del género humano. Ya corren presurosos á vuestro socorro los valerosos ejércitos españoles, acostumbrados á

vencer siempre. Estad preparados, y cuando llegue el momento de llamaros, que será en breve, acudid, obedeced á vuestros gefes, y acábese de exterminar ese ejército frances que tan mal se ha conducido en España. Cuartel general de Zaragoza 13 de agosto de 1808. = José de Palafox y Melci."

Por la tarde se anunció un parlamento, que creimos por el pronto se dirigiría á renovar sus acostumbradas pretensiones; pero fue para hacer entrega de las religiosas y otras gentes que tenian prisioneras; entre ellas al padre Basilio, maestro que fue del general Palafox, el cual, habiendo salido de Villamayor el 11 á las siete de la mañana creyendo no habria ya franceses en la orilla izquierda, fué hecho prisionero á la media hora, y conducido á Torrero ante Lebfevre. ¡Qué escena ésta tan singular y extraordinaria! En medio de la mas funesta desolacion salir los zaragozanos á recibir á sus compatriotas, y presenciar el enemigo las efusiones de ternura y gozo que experimentaron unos y otros al verse reunidos. Al anochecer incendiaron los edificios de Torrero. El depósito de maderas del parque, situado á la izquierda, y paralelo á los molinos, ardía furiosamente, y las llamas piramidales en la oscuridad presentaban un golpe de vista lúgubre. En medio de que todo marcaba íbamos luego á vernos libres de franceses, los patriotas no podian contenerse. Observaron que delante las gradas de la puerta de la iglesia de san Francisco habia un obús abandonado; y el comandante de la parte superior del Coso don Benito Piedrafita proyectó tomarlo. Á este objeto salieron de las casas inmediatas á la subida del Trenque Magin Salas, artillero del segundo de voluntarios, en compañía de Cristobal Tolosa. Éste ató una cuerda, pero al tiempo de tirar los paisanos, se rompió; y don Juan Jimeno, de oficio cerero, proporcionó una maroma; pero como una de las ruedas de la cureña

estaba rota, fueron precisos muchos brazos para aproximarlo. Igual operacion ejecutaron algunos voluntarios que estaban á las órdenes del teniente coronel don Felipe Escanero con un cañon violento, que ocuparon del mismo modo, aunque con mas dificultad, pues estaba ardiendo la cureña, y era necesario evitar pegase el fuego en las cuerdas con que lo arrastraban. Todo esto fue ya en los últimos momentos, y acaso despues de haber abandonado la línea el enemigo.

Los habitantes iluminaron sus fronteras por si ocurría alguna novedad; y estábamos en la mas viva expectacion, cuando dadas las doce sentimos una explosion tan horrenda, que todos los edificios se conmovieron. Aquel terretiemblo inesperado suspendió los ánimos por un momento; pero á seguida supimos habian volado el monasterio de santa Engracia, y que huían. Á las tres de la mañana del dia 14 caminaban los paisanos á Torrero saltando los parapetos; y por medio de los colchones y muebles que ardian esparcidos por las calles, y á la escasa luz del alba, observaban los despojos de que estaba sembrado todo el camino, y aun de cadáveres de varios paisanos asesinados al tiempo de entrar por las casas en el dia 4 de agosto. Llegaron á Torrero, y examinaron hasta los sitios mas ocultos. El pan recien amasado, los víveres, armas y pertrechos que hallaron daban idea de que su partida habia sido precipitada. Tambien hallaron ejemplares de la constitucion formada en Bayona, y otros papeles publicando sus victorias, y las acciones de Alagon y Mallen. Los zaragozanos quedaron atónitos al contemplar á buenas luces las ruinas del monasterio. El subterráneo ó iglesia de los Mártires, donde existía el pozo y catacumbas que cerraban los venerables restos de los que con tanto heroismo habian perdido la vida en apoyo de su creencia, estaba cegado con las ruinas del edificio superior, del cual solo

se descubria un lado de la nave que formaba la iglesia principal, y algunos medios arcos de la bóveda. Entre las masas enormes de las paredes desgajadas aparecian trozos de arquitectura. El pórtico de mármol, obra de Juan Bautista Morlanes, quedó en pie, aislado, aunque con muchos balazos; y tambien la torre, y otras dos que adornaban los costados del pórtico. Á la parte exterior quedó colgado un trozo de corredor con los artesonados, y varias hileras de columnas pequeñas; presentando por ambas caras una vista interesante de ruinas. Todas las calles de aquel distrito ofrecian el cuadro de la desolacion mas espantosa: vigas ardiendo, edificios amenazando una próxima caida, otros que conservaban solo las paredes forales, la mayor porcion convertidos en montañas de escombros. El hospital, aquel ásilo de la humanidad desvalida, que antes ofrecia un aspecto consolador viendo la distribucion de sus oficinas, las salas de los enfermos, segun la clase de sus indisposiciones, y todo cuanto podia contribuir al alivio de los infelices, en la mañana del dia 14 aumentaba mas y mas el desconsuelo: paredes, techos, escaleras todo asolado, todo derruido. En las iglesias, los altares por tierra, consumidos los retablos, pues las maderas sirvieron para hacer los ranchos. Las fronteras de la casa de Lloret, frente á san Francisco, é inmediatas, todas cubiertas de balazos, y las puertas de los balcones hechas astillas. Por el suelo habia infinitas balas; y á cada paso se conocia que aquellos sitios habian sido el teatro de la guerra. Cerciorados de la retirada de los franceses, la anunciaban todos con el mayor júbilo: á muchos les parecia un sueño; y en verdad que el peso era demasiado enorme para concebir y acoger de pronto una nueva tan lisonjera.

Aquella misma tarde se cantó un solemne *Te Deum* en la metropolitana del Pilar. El ayuntamiento fue á las seis á palácio. La tropa estaba tendida desde éste hasta la

iglesia. Palafox, acompañado del conde de Montijo, corregidor, regidores y gefes militares, llegó entre el estrépito marcial de música y cañones, toque de campanas y vivas de la muchedumbre al templo, donde el cabildo le recibió con el aparato que las circunstancias permitian. Este acto solemne acabó de esplayar los ánimos piadosos de los zaragozanos. La religion, que contribuyó no poco á revestirlos de energía, derramaba sobre los corazones una efusion inocente y pura. Atribuían el éxito á su Protectora y Patrona; y con esta agradable sensacion derramaban lágrimas de ternura. Terminado el *Te Deum*, regresó Palafox con su comitiva al palacio, recibiendo los vivas y aplausos que le prodigaba el entusiasmo de la muchedumbre.

El general Palafox mandó saliesen á reconocer el campamento don Fernando Gomez Butron y don Mariano Renovales, los cuales tomaron medidas para cortar el fuego y salvar un sin número de provisiones de boca y guerra. En la casa Blanca hallaron cincuenta y seis cureñas de buen servicio, á excepcion de algunas pocas que el fuego comenzaba á consumir, y las provisiones siguientes:

Trigo................................ 600 cahices.
Harina................................ 120 costales.
Aceite................................ 400 arrobas.
Vino: una barca con cajones de botellas.
En san Lamberto............ 300 talegas de harina.

Tambien salió el teniente de ingenieros don Mariano Villa á deshacer las trincheras y baterías de los enemigos, dispuestas en la forma siguiente:

3 obuses en la huerta de capuchinos.
2 morteros en el conejar de la torre de Forcada.
4 obuses en la ribera derecha de la Huerva.
29 cañones y 1 mortero en la batería levantada contra las tapias de santa Engracia.

Los pertrechos de guerra que dejaron los franceses, segun la nota comunicada por él comandante de Artillería, fueron:

Morteros de 12 pulgadas	5
Obuses de 8 pulgadas	5
Cañones de á 18	2
Id. de á 16	4
Id. de á 12	3
De diferentes calibres	35

Ademas encontraron una crecida porcion de granadas, fusiles, balería y otras municiones: en el hospital se encontró una porcion de costales de grano, otra de vino y aceite. Varias partidas que salieron á picar la retaguardia al enemigo condujeron la mañana del 15 tres polacos, que ahorcaron en el Mercado á vista de un inmenso pueblo.

CAPITULO XXIV.

Palafox decreta un distintivo para los defensores. — Nombra diputados para la junta Central. — Proclaman los zaragozanos á Fernando VII. — Salen tropas contra el ejército frances. — Conclusion.

El júbilo era tan extraordinario como el suceso que lo motivaba; y para manifestar el capitan general Palafox la parte que le cabia, publicó el siguiente manifiesto. «Despues de tantos dias de penalidad y de aflicciones, llegó por fin la deseada época que podia prometerme de la constancia y del valor con que habeis defendido esta ilustre capital. Testigos ya de la vergonzosa huida de los esclavos franceses, que han abandonado la artillería, municiones, y los víveres que su detestable rapiña habia amontonado, llenemos nuestra primera obligacion, que es dar gracias al Todo-poderoso, que ha dado el bien merecido castigo á esos miserables soldados, que profanan templos, ultrajan las imágenes sagradas de la divinidad, y no conocen la moral, ni son dignos de alternar con los demas hombres. Dejemos á su Emperador entre los remordimientos y aflicciones, único patrimonio de todos los malvados, y roguemos al Altísimo que bendiga de nuevo nuestras armas, para que los dos ejércitos que marchan en seguimiento de la fugitiva canalla logren su completa derrota. Los campos de Zaragoza, sus puertas, y algunas de sus calles manchadas con la sangre de mas de ocho mil

franceses que han pagado con la vida la temeridad de su gefe, es el fruto que han cogido hasta ahora de su entrada en Aragon. Toda la Europa, y aun el universo oirá con horror el detestable nombre de Lebfevre y Verdier sus generales, que olvidados del buen tratamiento que se ha dado en Aragon á los prisioneros franceses, y á los naturales de aquel pais, han cometido las mayores iniquidades. Apreciarán justamente la diferencia que hay de un sistema de gobierno ambicioso y falaz al de una nacion que cimenta su felicidad en principios justos, y que no considera como enemigos verdaderos á los que no tienen parte en los delirios de su gobierno. La Francia llorará muchos siglos el mal que le ha preparado la guerra con España; y no podrá sin vergüenza pensar en los medios que se han empleado para hacerla. Labradores, artesanos, huérfanos, religiosos, viudas y ancianos que habeis quedado reducidos á la indigencia y á la miseria por haber incendiado vuestros campos, destruido vuestras haciendas y casas, y robádoos los franceses una propiedad que, aunque limitada, constituía vuestra fortuna, y era vuestro único consuelo, tranquilizaos. Teneis la fortuna de vivir en España, y la gloria de haber defendido la capital de Aragon, impidiendo que nuestros enemigos asolasen el resto de esta hermosa provincia. Habeis sufrido con resignacion vuestros quebrantos, disimulando vuestras penas, desestimado vuestra fortuna, y aun despreciádola por atender solo al bien general: mi corazon no puede ser indiferente á tantos rasgos de heroismo, ni sosegará hasta proporcionaros algun alivio. He encargado muy particularmente al intendente general del reino don Lorenzo Calvo que, cuando las graves y urgentísimas ocupaciones del dia se lo permitan, piense los medios de acudir á vuestro socorro; y cuento con la generosidad de todos los corazones sensibles de los españoles y la de nuestro amado

Rey, cuya causa hemos defendido, que harán un esfuerzo capaz de indemnizaros. Cuartel general de Zaragoza 15 de agosto de 1808. = Palafox."

Deseoso de condecorar á los defensores que habian sobresalido, publicó el decreto siguiente: «Á fin de que todos los individuos del ejército que se han distinguido en los diferentes ataques contra los enemigos tengan la justa recompensa debida á su valor, he resuelto que á todos los oficiales, sargentos, cabos, paisanos alistados y soldados que hubieren hecho, ó en lo sucesivo hicieren alguna accion valerosa y digna de recompensa, se les dé un escudo de premio y distincion para que su mérito no quede oscurecido. Esta honrosa distincion deberá adjudicarse con conocimiento de causa, sin que tenga lugar el favor, la parcialidad, parentesco, ni otra consideracion mas que el mérito personal de los que hayan de ser agraciados; y para ello, los comandantes de los cuerpos y puntos, con informe de testigos presenciales, me propondrán los sugetos en quienes deba recaer esta gracia. El escudo deberá tener las armas del Rey y las de Aragon, con la inscripcion siguiente: RECOMPENSA DEL VALOR Y PATRIOTISMO. El presente decreto se publicará en todo el ejército, y se insertará en la gaceta y diario de esta capital. Cuartel general de Zaragoza 16 de agosto de 1808." — Para hacer estas adjudicaciones se nombró posteriormente una junta.

Abierta la comunicacion, comenzamos á conocer el estado de las demas provincias, y á recibir las noticias mas satisfactorias. Á semejanza del que despues de una larga oscuridad le deslumbra la luz, y queda extático y confundido, del mismo modo parecia increible el que con la pequeña diferencia de dias ocurriese el levantamiento de todas las provincias. ¡Qué complacencia tan extraordinaria se experimentó entonces! Vencidos en el Bruc, en las puertas de Valencia; delante de los muros de Tarra-

gona, en donde, despues de varios ataques que intentaron contra ella en el espacio de mes y medio, tuvieron que evacuarla el 14 de agosto: arrollados en Bailen, y detenidos sesenta dias delante de las tapias y bardas de Zaragoza, regando con su sangre la arena de sus paseos, y tiñendo las piedras de sus calles, nadie podia concebir una campaña tan brillante, cuando sin gobierno, sin tropas, invadidos y ultrajados, todo anunciaba la mas dura esclavitud. Hacía tres meses que, inundada la España de ejércitos, ocupadas las fortalezas de Barcelona y Pamplona, y tremolando las águilas imperiales en Portugal, amenazaban con altanería al poder británico; y por un conjunto inesperado de sucesos, abandonan la corte el 1.º de agosto, y se reconcentran en Navarra, sus provincias y las fronteras de Cataluña. Todas las conversaciones giraban sobre estos particulares, que el sabio é ignorante miraban con asombro; y éste se acrecentaba mas y mas si se descendia á hacer comparaciones. Sin recurrir á tiempos remotos, y sin salir de los veinte años últimos, ¡qué triunfos no habia conseguido la Francia! ¡qué conquistas mas rápidas! ¡qué rendir las plazas de primer orden! Mántua, en Italia; Ulma, en Alemania; Stetin y Danzik, en Prusia. ¡Qué arrollar las masas mas respetables! ¡qué domeñar las potencias que antes servian á nivelar la balanza de los intereses de la Europa! ¡qué agitar los tronos! Un engrandecimiento colosal, un poder ilimitado apenas daba márgen á combinaciones políticas. Tres coaliciones formadas y deshechas consecutivamente, era la prueba mas clara de la debilidad de los gabinetes. El hombre extraordinario conoció su situacion, de tal manera, que de las mismas desgracias sacaba partido. Su conducta, superior á los principios del mas refinado artificio, era tan temible como sus ejércitos: aquella hipocresía de estar prometiendo siempre una paz sólida; prestarse á hacerla en los momentos

que reinaba un terror pánico; sentar desde la primera las basas con que debia ir encadenando el grande edificio de sus conquistas; hallar pretextos para romperlas en el punto que le convenía intrigar entre tanto con sus mismos aliados, ¿á qué potencia no debia imponer? Á todas, menos á la España. Los españoles, que miraban con desprecio las estudiadas narraciones de los periódicos franceses, viendo habia llegado el momento de abandonarlos á una irrupcion, y que los depositarios de la autoridad no contaban con el yugo que les amenazaba, rompieron justamente los diques, despertaron de su letargo, y sus primeros pasos fueron dignos ya del lustre de sus progenitores. Una monarquía vasta tiene muchos recursos, y sus habitantes unidos pueden hacer titubear al poder mas cimentado, é influir en variaciones que á su vez causen, como se ha visto, la ruina del mayor de los imperios.

Si el levantamiento uniforme de las provincias es uno de los sucesos mas admirables de esta época, no lo es menos el que tratasen de reconcentrar el poder en un punto para evitar rivalidades, que de necesidad debian ser funestas á la nacion. En casi todas las capitales, el primer paso fue crear una junta, compuesta de las personas de la primera gerarquía. Este nombramiento popular se hizo con una uniformidad extraordinaria. El voto público se insinuó sin rodeos; y todos marcaron los sugetos en quienes querian residiese la autoridad. Castilla y Leon establecieron la junta suprema en Leon; pero como los franceses ocuparon esta ciudad, se trasladó á Ponferrada, desde donde estuvo en comunicacion con las juntas de la Coruña, Oviedo y Badajoz. En las capitales de Galicia, Asturias y Extremadura se crearon iguales juntas; y tambien en Sevilla, Granada, Cartagena, Mallorca, Murcia, Valencia, y en Molina de Aragon; y lo mismo ejecutó el Señorío de Vizcaya luego que estuvo libre de la opresion de

los enemigos. En Zaragoza se nombró capitan general á Palafox. La junta suprema formada en la célebre sesion del 9 de junio no llegó á instalarse; y ya se ha visto del modo con que se procuró desempeñar el gobierno político.

Obtenidos los primeros triunfos, era preciso reconcentrar el poder; y el primero que anunció la necesidad de esta operacion fue el capitan general de Castilla la vieja don Gregorio de la Cuesta, quien, con fecha de 4 de julio, dirigió una circular á los capitanes generales, ó juntas en quienes residia el mando de cada provincia. La de Valencia, penetrada de las mismas ideas, y como estaba en un punto ventajoso, y disfrutaba en aquella época de mas tranquilidad que otras poblaciones, en la sesion del 15 de julio acordó expedir otra á todas las juntas, con insercion de la del general Cuesta, excitándolas al nombramiento de una central. La de Granada, Cartagena, Mallorca y Murcia contestaron á la de Valencia, y dieron giro á la circular, remitiéndola á la de Sevilla y demas de aquel territorio. Uniformes en la necesidad de un gobierno central, variaron en cuanto al sitio y número de diputados.

La junta suprema de Sevilla, creyéndose con ciertas prerogativas sobre las demas, despachó la suya á todas con fecha del 3 de agosto, acompañando un impreso, en el que, despues de hacer varias reflexiones sobre la materia, y rebatir algunas opiniones y especies suscitadas por otras juntas; censurando la conducta del Consejo de Castilla, y manifestando que ni éste, ni las ciudades y villas de voto en cortes, que, aunque habian obrado con prudencia, no habian hecho con esta calidad ningun esfuerzo: concluía con que el poder legítimo lo habian reasumido las juntas supremas, que todos habian reconocido; y que por lo tanto era privativo de las mismas elegir las personas que debian componer el gobierno supremo; y que

éstos debian ser miembros de las mismas; designando para el sitio de la reunion á Ciudad-Real ó Almagro, en la Mancha.

La salida de los franceses de Madrid hizo que repitiese con fecha del 8 nuevo oficio, en que, refiriéndose al antecedente, indicaba que el gobernador interino del Consejo de Castilla con fecha del 4 escribía al presidente de la junta ofreciendo tomar las providencias convenientes para la defensa de España, y concurrir con el influjo y luces del Consejo en la materia á los diputados que las juntas provinciales (así las llama) nombrasen, y se le reuniesen al efecto; y que remitia copia de la contestacion dada para que se enterasen de su modo de pensar; insistiendo en el punto de Ciudad-Real, á donde partian los diputados que por votacion secreta acababan de elegirse. La de Valencia contestó que, habiendo variado las circunstancias, encontraba muy propio que la reunion fuese en Madrid; y que desde allí, si se juzgase mas del caso otro sitio, lo eligiesen los mismos individuos. La junta suprema de Leon y Castilla, despues de hablar largamente sobre la materia, y esparcir especies en cuanto á la organizacion, tratamiento, y otros pormenores de la junta Soberana, consideró por punto mas oportuno á Lugo por el pronto, para la mas facil reunion de los reinos de Castilla, Leon, Galicia y Extremadura, sin perjuicio de lo que determinase el nuevo gobierno en orden al pueblo donde deberia fijarse en lo sucesivo. Otras juntas propusieron por punto á Ocaña, Guadalajara ó Cuenca. La de Asturias se dirigió á la de Valencia con fecha del 18 para saber con exactitud el lugar en que se convenian dos ó mas provincias, para agregarse, pues no se atrevian á resolver viendo la diversidad que habia entre las de Andalucía, Badajoz, Valencia, Leon y Galicia. La de Extremadura, con fecha del 19 se adhirió á la propuesta de la de Sevilla, juzgando á Ciudad-Real

por la mas á propósito para celebrar el congreso. Palafox, con fecha del 9 de agosto, escribió á los generales y juntas supremas de Valencia, Cataluña, Asturias, Galicia, Andalucía, Castilla y Extremadura participándoles habia recibido dos oficios de don Arias Mon y Velarde, gobernador interino del Consejo de Castilla, y remitiéndoles la contestacion que dió al mismo, y que queria contar con ellas antes de designar el lugar y época donde podian juntarse los diputados; insinuando desde luego á Teruel, Guadalajara ó Cuenca, y les daba noticia del estado y riesgo en que se hallaba la capital: y con fecha del 13 escribió á las mismas, comunicándoles que los franceses habian abandonado su empresa, y que convenía acelerar la reunion de diputados, fijando el 10 de setiembre; pero por último, con fecha del 6 de este mes contestó á la de Valencia, conviniendo en el punto de Madrid. Finalmente, prevaleció el que la reunion fuese en éste, pues el 25 de setiembre se instaló la junta Central suprema gubernativa, compuesta de mas de las dos terceras partes de diputados de provincia, nombrando presidente interino al excelentísimo señor conde de Floridablanca, quienes, prestado el juramento, declararon legítimamente constituida, sin perjuicio de los ausentes, la junta que, segun el acuerdo del dia anterior 24, debia gobernar el reino en ausencia del Rey Fernando VII. Esta instalacion se ejecutó con absoluta complacencia del vecindario de Madrid y aplauso de todas las provincias, solemnizándose este paso con demostraciones religiosas y regocijos públicos. El intendente Calvo manifestó á Palafox deseaba restituirse á Madrid, por haber cesado los motivos que le obligaron á servir los destinos que le habia conferido; y éste le confirmó en ellos, expresando deberia continuar sin excusa desempeñándolos con el celo y extraordinario patriotismo con que lo habia hecho hasta aquel dia.

El general Palafox nombró para concurrir á la Central al conde de Sástago, á su hermano don Francisco, y al intendente don Lorenzo Calvo: verificado el nombramiento, convocó á algunas personas del ayuntamiento, cabildo, y aun del comercio, quienes no pudieron menos de aprobarlo; y con esto les confirió poderes, incluyendo tan solo á su hermano y al intendente Calvo, no obstante que se anunció al público que de los tres los dos primeros se iban á poner inmediatamente en camino, y que el intendente lo verificaría en los tres ó cuatro dias precedentes al que se designase para la junta general, á fin de que, llevando instrucciones mas recientes, ampliase las de los demas diputados, y entre tanto tomase disposiciones para la asistencia de los ejércitos.

He reasumido lo mas interesante de este suceso, porque, aunque por lo respectivo á Zaragoza bastaba indicar la contestacion dada á la junta de Valencia, no obstante, como esto ha de ocupar un lugar distinguido en la historia general, he creido util enlazar los pormenores ocurridos en una empresa que hace mucho honor á los españoles. Llegará un tiempo en que el crítico analizará, y querrá discutir si la voluntad general se exprimió ó no bastantemente en las elecciones parciales, y si éstas concurrieron para la formacion de la junta suprema gubernativa central; pero entre tanto admiremos la energía y union de los españoles, que en el primer momento de desahogo, conociendo sus verdaderos intereses, consiguieron establecer una junta suprema, de donde, como punto céntrico, derivasen las disposiciones que debian contribuir al sostenimiento de la monarquía.

Teniendo presente que en la sesion única, celebrada el 9 de junio, se habia acordado proclamar á nuestro augusto monarca el señor don Fernando VII, y que no se realizó por la invasion del enemigo, determinaron ejecu-

tarlo el 20 de agosto con las formalidades de estilo. Al intento construyeron cuatro tablados en las plazas de la Seo, Pilar, Mercado, y en la cruz del Coso: tambien pusieron otro delante del edificio de la audiencia para que asistiese el tribunal: y llegado el dia, tendida la tropa por toda la carrera, salió de palacio á pie la comitiva, precedida de una brillante escolta de infantería y caballería, y compuesta de las personas mas distinguidas y condecoradas, que concurrieron á obsequiar al ayuntamiento, el cual, presidido por su corregidor, y llevando el real pendon los reyes de armas, proclamaron por legítimo soberano á Fernando VII, resonando por las calles y plazas los ardientes VIVAS con que un inmenso pueblo se congratulaba, dando rienda suelta á su entusiasmo y acendrado patriotismo. Los tribunales, autoridades, gefes, oficialidad y demas personages pasaron á felicitar al capitan general, quien recibió sus obsequios y tuvo un espléndido convite, á que asistieron las personas mas distinguidas. En las casas consistoriales estaba colocado con la debida ostentacion el retrato del Rey, y el real pendon, que subsistió por tres dias, en los cuales hicieron los honores los Guardias de corps y una compañía de walonas. Todos los habitantes adornaron sus fronteras, que iluminaron por tres noches con el mayor esmero; y hubo varias músicas y festejos que manifestaban el regocijo público. El dia 25 se celebró un solemne aniversario en la metropolitana del Pilar á la memoria de los patriotas que habian fallecido.

No se perdieron de vista los objetos de utilidad pública, pues con fecha del 18 de agosto publicó el general un bando, por el que, al paso que disponia se retirasen los labradores á sus casas para atender á sus faenas, daba órdenes para reunir toda clase de armamento; permitiendo solo que los que tuviesen escopetas propias las conservasen, tomando razon los alcaldes y el intendente cor-

regidor: mandó por otro cubrir los fosos y cortaduras que habia por las calles, depositando los sacos y tablones en poder de los comisionados de la real hacienda; haciendo lo mismo en la maestranza con los picos y demas herramienta distribuida; y que los comerciantes y corredores recogiesen las sacas de algodon y lana que habian prestado para las baterías.

La division valenciana fue á caer sobre Daroca, al paso que Warsage se puso de observacion y llegó el 14 con tres mil hombres á la venta de la Muela; pero el enemigo no dió lugar á que le cerrasen el paso, y desde luego procuró retirarse á la ciudad de Tudela. Para estrecharlo á que abandonase este punto, salió el marques de Lazan á los tres ó cuatro dias mandando la vanguardia de los batallones de voluntarios de Huesca y Aragon, y se dirigió á Sos, de donde desalojó al enemigo. Al mismo tiempo, las tropas á las órdenes de Montijo y Warsage, á las que se incorporaron las que salieron de esta capital en persecucion de los franceses, avanzaban; y el enemigo, al verse apretado, desalojó el campo de Fontellas, con lo que el 20 de agosto al amanecer dejaron libre á Tudela. El ayuntamiento lo comunicó así al general Palafox felicitándole, y rogándole no los desamparase. Con fecha del 22 les contestó quejándose no habian correspondido á las ideas ventajosas que habia formado de sus ofrecimientos cuando á principios de junio fue el marques de Lazan con su tercio y remesa de armas y municiones; pero que esperaba desplegasen mas celo en lo sucesivo; y que nombraría un gobernador y comandante militar para establecer el orden y disciplina; y ademas acompañaba una proclama para excitarlos á que imitasen la constancia y teson de los aragoneses. Posteriormente, el general manifestó que los habitantes de Tudela eran acreedores á la estima y aprecio de los aragoneses, y que las expresiones

y especies divulgadas solo debian entenderse con los malvados que protegian la causa del déspota. El 23 de agosto se publicó un manifiesto, en el que, renovándose las órdenes circuladas en 30 de mayo, 7 y 22 de julio para aprontar las cantidades existentes en los fondos públicos, haciéndose efectivas las no recaudadas, se mandó proceder al secuestro de los bienes de los franceses residentes en Aragon, y que no estuviesen domiciliados; y que los corregidores, justicias y administradores del partido rindiesen cuentas de los caudales que hubiesen ingresado en su poder. La junta de hacienda con fecha del 30, de acuerdo con el general, dispuso que por el mes de setiembre se entregasen los tres tercios de contribucion de aquel año, de los que habia ya dos vencidos, con el importe de las bulas, sal, y todos los atrasos de estos ramos. Aunque los donativos fueron muy cuantiosos, las urgencias eran mayores, y no cabe concebirse cómo pudo atenderse á tan árduos y extraordinarios objetos.

La defensa que hicieron los zaragozanos no solo impuso á los franceses, sino que asombró á todas las naciones extrangeras. En Londres, Petersburgo, Berlin, Varsovia y Viena se hablaba con entusiasmo de los sucesos que la fama iba divulgando; no pudiendo concebir cómo una ciudad abierta, sin mas baluarte que los pechos de sus habitantes, habia hecho frente á unas huestes que acababan de arrollar los ejércitos mas aguerridos. Cuando lean esta narracion, aunque débil, de las acciones y proezas ejecutadas, con especialidad el 15 de junio y 4 de agosto, sin duda exclamarán: ¡Zaragoza es un pueblo de héroes! y lo propondrán por modelo los Soberanos á sus súbditos.

El interés que los habitantes de la provincia tomaron fue extraordinario, pues sobre los auxilios con que contribuyeron generosamente para el mantenimiento de las tropas, de todas partes venian á recorrer los sitios que habian

sido el teatro de la guerra, y á contemplar las memorables ruinas de que nos hallábamos circuidos. Cada paso era una sorpresa: aquel monasterio suntuoso, objeto de veneracion, trasformado en una montaña de escombros: tanto edificio derruido, tantas paredes hendidas de balas; los templos deshechos; los altares abrasados: estos objetos los abismaba en una tristeza profunda. «Nosotros, decian, estábamos en una agitacion contínua: subíamos á los sitios elevados para distinguir por el estrépito si seguia la resistencia. De dia y de noche percibíamos con toda claridad el horroroso estampido del cañon y del bombardeo. No hay remedio, exclamábamos; á Zaragoza la reducen á cenizas. Ya no tendremos otro consuelo que prorumpir: AQUÍ EXISTIÓ AQUELLA CIUDAD POPULOSA, CUYOS HABITANTES, POR VENGAR UNA PERFIDIA Y EVITAR EL YUGO PESADO DE LA ESCLAVITUD, PREFIRIERON MORIR GLORIOSAMENTE ENTRE SUS RUINAS."

NOTAS,

Y

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.

NOTA 1.

PÁGINA 4, TOMO 1.°

Bando. Por real orden que se me ha comunicado por el señor don Gonzalo O-Farril, secretario de estado y del despacho universal de la Guerra, con fecha de 3 del corriente, se me ha hecho saber, de orden de la suprema Junta de Gobierno, que preside el serenisimo señor infante don Antonio, que un incidente, provocado por un corto número de personas inobedientes á las leyes, causó el dia 2 del corriente en Madrid un alboroto, cuyas resultas podian haber sido funestisimas para todo su honrado y distinguido vecindario, si la prudencia y patriotismo de los Consejos y demas jueces, dirigidos por las providencias de dicha suprema Junta de Gobierno, no hubiesen logrado contenerlas, dejando restablecida la tranquilidad antes de que anocheciese aquel mismo dia; cuyos autores y cómplices seducidos y preocupados habrán sido castigados severamente. Desea expresamente la referida suprema Junta que este triste ejemplo sea el último de su especie que los pueblos experimenten; que los encargados de velar sobre su tranquilidad y buen orden activen sus providencias, y se ocupen incesantemente en dirigirlas á tan importante objeto: y en su consecuencia, previene S. A. S. el señor infante don Antonio que todos los empleados y clases distinguidas del estado, fieles y honrados vasallos de S. M., concurran á cuanto conspire á que sea inalterable la buena armonía con las tropas francesas, y á libertar al pueblo bajo de los terrores ó celo mal dirigido, capaces uno y otro de acarrearle desgracias, y de envolver en su ruina la parte mas inocente del vecindario; en el seguro y fundado concepto de que consta á dicha Junta que nuestro Soberano no conoce, ni forma voto mas vivo y sin-

cero que el de la felicidad comun de toda la nacion, la integridad de su territorio, los privilegios de sus provincias, la conservacion de clases, y el respeto inviolable de las propiedades. En esta inteligencia, yo espero de la acreditada lealtad y obediencia de los Aragoneses á su Soberano que, esperanzados en tan sólidos principios, conservarán la pública tranquilidad, concurriendo á ella todos los habitantes en este reino, conforme á sus respectivas obligaciones, sin que persona alguna se deje seducir de falsas noticias, ni maliciosas ó equívocas interpretaciones de las verdaderas, inspiradas por el infundado terror que puedan haber causado las apariencias, ó por la malignidad del enemigo comun de la feliz alianza y armonía que reina entre España y Francia, en el mismo tiempo en que ambos gobiernos tratan y arreglan los mas estrechos vínculos que deben conducir á los dos estados, individual y generalmente, á su mas posible y recíproca felicidad, la cual debe conseguirse por la confianza, obediencia y tranquilidad, conteniendo la imaginacion en los justos límites que prescribe nuestra santa religion, la sana razon, y las leyes, á que todo buen vasallo debe sujetarla.

Para que llegue á noticia de todos, y observe, cumpla y ejecute cuanto tiene encargado y recomendado S. M. y la referida suprema Junta de Gobierno, se publicará este edicto, fijándolo en los sitios públicos y acostumbrados de todos los pueblos de este reino, por cuya individual felicidad me intereso particularmente; á cuyo efecto va refrendado del infrascripto secretario de gobierno y capitanía general de Aragon en Zaragoza á 5 de mayo de 1808. = Jorge Juan de Guillelmi. = Francisco Vaca (1).

(1) Aunque Madrid estaba muy agitado, el suceso del 2 de mayo no fue sino un pretexto para amedrentar. Los que rodeaban al duque de Berg calcularon mal; y su cálculo causó la mayor parte de los males de España. *Nota de M. L. V. Angliviel de la Beaumelle.*

NOTA 2.

PAGINA 5, TOMO 1.°

Sobre la venida de Palafox se ha dicho por algunos escritores nacionales y extrangeros (1) que fue con el objeto de organizar la insurreccion, apoderarse de la autoridad; y que se retiró á una casa de campo mientras sus confidentes juntaban un cierto número de agitadores del bajo vulgo; pero lo que puede decirse con imparcialidad sobre este notable acontecimiento es que se le encargó procurase organizar un gobierno en Aragon, creyendo ser el pais mas apto en aquellas circunstancias. El impulso estaba dado; Guillelmi y Mori tenian contra sí la opinion popular. El destino de Palafox, su fuga de Bayona, su clase, su amabilidad, su ardor juvenil eran un conjunto de cualidades, las mas á propósito para reunir los votos de los entusiasmados zaragozanos; de consiguiente, la expresion de que se apoderó de la autoridad, no es delicada, ni exacta; y la posteridad hará justicia á Palafox sobre este y otros particulares, en que se le ha censurado sin la cordura y crítica que exigen estas materias.

NOTA 3.

PAGINA 12, TOMO 1.°

El suplemento al diario del 28 de mayo ha dado márgen á algunos para suponer que aquel lenguaje fue una política y moderacion aparente de Palafox; pero no falta quien afirma que su carácter lo pone á cubierto de esta sospecha (2). Si se ha

(1) *Garciny*: Cuadro de la España desde el reinado de Carlos IV, parte primera, pág. 23. — *J. Daudebard de Ferusac* en su Diario histórico del sitio de Zaragoza. — Carta fecha campo delante de Zaragoza 30 de febrero de 1809.

(2) Nota del traductor de la Defensa de Zaragoza, escrita por el teniente coronel don Manuel Caballero. — *M. L. V. Angliviel de la Beaumelle*, *pág.* 41. — *J. Daudebard*, lugar citado.

de juzgar de las cosas por lo mas natural, sin buscar interioridades, su desconfianza no se ciñó á palabras, sino á hechos. Aunque la violencia tiene sus grados, se debe deducir de aquellos, pues el que, prestándose como se prestó Palafox en sus primeros pasos á reunir las personas mas ilustradas y de carácter para que le aconsejasen y auxiliasen, no dá indicios de buscar el mando con ahinco en unas circunstancias tan escabrosas, y que lo comprometian extraordinariamente.

NOTA 4.

PAGINA 13, TOMO 1.°

Cuando Palafox entró en Zaragoza, se hallaba en ella el conde de Cabarrús; y decidido entonces por la gloriosa causa de la independencia, obtuvo su confianza, y se asoció al conde de Sástago y al consejero Hermida. Con este motivo se cree que extendió el exordio y disposiciones de esta proclama para ganar tiempo; pero luego partió, á pretexto de haber hecho preso á un criado suyo, y temiendo que la opinion del pueblo le fuese contraria. El nunca bastantemente celebrado Jovellanos, que llegó á Zaragoza el 27 de mayo, y salió el 28 para continuar su viage, tuvo una entrevista con Cabarrús, y creyó que iba á sostenerla; pero se equivocó, pues habiendo á poco tiempo recibido, hallándose en Burgos, el nombramiento de ministro de hacienda en medio de los ejércitos franceses, su ligereza, ó su ambicion, lo arrastraron al partido opuesto. Los zaragozanos oyeron con placer el nombre de Jovellanos; y entre los aplausos que le prodigaron cuando fue á visitar al general Palafox, se oyó á algunos que decian: *Este es de los buenos: este conviene que se quede con nosotros.* Palafox le recibió con su acostumbrada afabilidad, le dispensó pruebas de aprecio, y le instó para que se detuviese, con muy finas y honrosas expresiones; pero no permitiéndole aceptar la oferta el estado de su salud, encargó á su ayudante Butron le acompañase por la noche á la posada de los Reyes, que está fuera de las puertas,

y le dió una escolta de escopeteros mandada por el célebre tio Jorge, de quien se tiene hecha mencion (1).

NOTA 5.

PAGINA 16, TOMO 1.°

Esta singular y extraordinaria produccion, que se cree obra del padre Basilio Bogiero, escolapio, y preceptor que fué de los hijos del señor marques de Lazan, acabó de inflamar el ánimo de los aragoneses. Su lenguage enérgico, y las disposiciones acaloradas y fuertes que contiene, no pudieron menos de llamar la atencion general. Efectivamente, en unos momentos en que no se habia salido del primer estupor, y en que todavía se conservaba un simulacro del anterior gobierno, Palafox, sin apoyo, ni medios, suscitó especies, que solo podia sugerir la efervescencia y el deseo de acrecentar el odio que se habia comenzado á desplegar contra la usurpacion y la tiranía.

NOTA 6.

PAGINA 40, TOMO 1.°

Aunque se ha inserto literalmente todo lo mas interesante del acta de la primera sesion que celebraron los diputados de voto en cortes, sin embargo, se ha creido oportuno copiar la introduccion y el apartado relativo á la propuesta que se hizo de individuos para la suprema junta del reino, que es lo único suprimido, á fin de que pueda verse íntegro este interesante documento.

Don Lorenzo Calvo de Rozas, intendente general del ejército y reino de Aragon, secretario de la suprema junta de las cortes del mismo, celebrada en la capital de Zaragoza en el dia 9 del mes de junio del presente año de 1808: Cer-

(1) Memorias de Jovellanos, tomo 1.°, página 15.

tifico que, reunidos en la sala consistorial de la ciudad los diputados de las de voto en cortes, y de los cuatro brazos del reino, cuyos nombres se anotan al márgen (1), habiéndose presentado el excelentísimo señor don José Rebolledo de Palafox y Melci, gobernador y capitan general del mismo, y su presidente, fui llamado, y se me hizo entrar en la asamblea para que ejerciese las funciones de tal secretario; y habiéndolo verificado así, se me entregó el papel de S. E., que original existe en la secretaría. Se leyó, y dice así.........(2).

A seguida del periodo que termina diciendo "se acordó unánimemente nombrar una junta suprema compuesta de solo seis individuos, y de S. E. como presidente, con todas las facultades": sigue el relato en estos términos:

Se nombró en seguida una comision compuesta de doce de los señores vocales tomados de los cuatro brazos del reino, que lo fueron: por el eclesiástico, el señor Abad de Monte Aragon, el señor Dean de esta santa iglesia, y el señor Arcipreste de santa Cristina: por el de la nobleza, el excelentísimo señor Conde de Sástago, el señor Marques de Fuente-Olivar, y el señor Marques de Zafra: en el de hidalgos, el señor Baron de Alcalá, el señor don Joaquin María Palacios, y el señor don Antonio Soldevilla: en el de la ciudad, el señor don Vicente Lissa, el señor Conde de Florida, y el señor don Francisco Pequera, para que propusiesen á la asamblea doce candidatos, entre los cuales pudiese elegir los seis representantes que con S. E. habian de formar la junta suprema: y habiéndose reunido en una pieza separada los doce señores proponentes que quedan expresados, volvieron á entrar en la sala de la junta, é hicieron sus propuestas en la forma siguiente:

Propusieron para los seis individuos que habian de elegirse, y componer la suprema junta de gobierno del reino, presidida por el señor Capitan general, al ilustrísimo señor Obispo de Huesca, al muy reverendo Prior del sepulcro de Calatayud, á los excelentísimos señores Conde de Sástago y

---

(1) Son los mismos designados en la relacion, página 32, capítulo III.
(2) Véase el que se halla inserto á la página 33 del mismo capítulo.

don Antonio Cornel, á los señores: Regente de la real Audiencia, don Valentin Solanot, Abad del monasterio de Beruela, Arcipreste del Salvador, Baron de Alcalá, Marques de Fuente-Olivar, Baron de Castiel, y don Pedro María Ric. Se procedió en seguida á la votacion por escrutinio, y de ella resultó que los propuestos tuvieron los votos siguientes: el señor Obispo de Huesca, treinta y dos; el Prior del sepulcro de Calatayud, once; el señor Conde de Sástago, veinte y siete; el señor don Antonio Cornel, treinta y tres; el señor Regente de la real Audiencia, veinte y nueve; el señor don Valentin Solano, once; el señor Abad de Beruela, dos; el señor Arcipreste del Salvador, doce; el señor Baron de Castiel, diez; y el señor don Pedro María Ric, diez y ocho: resultando electos á pluralidad de votos para individuos de la suprema junta de gobierno de este reino, presidida por S. E., los señores don Antonio Cornel, Obispo de Huesca, Regente de la real Audiencia, Conde de Sástago, don Pedro María Ric, y el señor Marques de Fuente-Olivar; y por muerte ú otra causa legitima que impidiese el ejercicio de su empleo á los electos, lo harian, segun uso y costumbre, los que siguen en votos.

En la obra del coronel Garciny, titulada *Cuadro de la España*, se llama la atencion mas sobre la persona de Palafox que sobre lo interesante de la reunion. «Supone que esta medida la adoptó para consolidar su nombramiento; que introdujo á Calvo, como hechura suya, para que desempeñase las funciones de secretario; que al extender el acta, puso que la soberanía residiria en Palafox, y tendria una junta para que le ayudase en el gobierno; que se resistió por tres veces aquella alteracion; y que apurado por último el sufrimiento, se levantaron algunos vocales, cuya firmeza de ánimo no se dejó intimidar de la fuerza que les rodeaba; y acercándose á la mesa, dijeron *que extenderian la acta conforme á la voluntad que habian declarado las cortes*; que Palafox levantó la sesion á pretexto de ser tarde; y que se extenderia y firmaria en la sesion inmediata.» Este hecho, en

boca de un escritor que no disimuló hallarse resentido, porque siendo antes intendente de Aragon, se vió desamparado y expuesto á causa de aquellas agitaciones, debe suponerse desfigurado; y su averiguacion sería del caso si se tratase solo de las personas sobre que refluye la censura. Entre tanto puede deducirse de la misma narracion que hubo contestaciones, como las hay en tales juntas ó congresos, nacidas acaso de causas accidentales, que pueden tener algun enlace con las generales; pero se necesita mucho pulso, y datos muy sólidos para producirse sobre acontecimientos de esta clase (1). Como luego ocurrió la aproximacion de los franceses, no puede criticarse con fundamento el que no se celebrasen mas sesiones, y que los nuevos sucesos hiciesen variar de sistema; debiendo conocer cuán árduo es hacer frente en tales épocas á empresas difíciles, y conciliar el poder civil con el militar cuando se dislocan las ruedas de la máquina política.

NOTA 7.

PAGINA 46, TOMO 1.º

Esta gestion, á la que era imposible oponerse estando bajo el yugo opresor, prueba que el alzamiento del Aragon alarmó á Bonaparte sobremanera, y que su corazon presintió los trastornos que esto podia ocasionarle. El discurso que se pronunció en la apertura del congreso manifiesta le impusieron los términos con que Palafox se habia producido, y ya se ha visto que no eran infundados. El lenguaje de la exhortacion no debe perjudicar al buen concepto de los que la suscribieron; porque no cabe dudarse de lo ilegal de aquella reu-

---

(1) El traductor del folleto del S. Caballero, M. L. V. Angliviel de la Beaumelle, se explica en estos términos; « Lleno de admiracion por los defensores de Zaragoza, no trato de decidir sobre las acusaciones dirigidas contra el general Palafox acerca de si ejerció en Aragon un poder régio. *Non nostrum inter vos tantas componere lites* Contemplo, sí, su constancia y la entereza que desplegó en clase de gobernador, como un modelo digno de imitarse por todos los que son nombrados para desempeñar tales destinos." *Advertencia preliminar, paginas* 13 *y* 14.

nion, "hecha (como dice el señor Canga Argüelles en sus observaciones ya citadas) por un hombre que, á pesar de su omnipotencia, no queria que jamas se atribuyesen sus derechos al trono, á la fuerza irresistible de sus armas, sino que quiso darles un viso de legitimidad por medio de la aquiescencia de las personas reunidas, para tratar luego de *rebeldes é insurgentes* á los que se le opusieran." Y mas adelante para impugnar al señor Napier, que, hablando de la asamblea de Bayona, dice se compuso de noventa personages eminentes; queriendo darle con esta expresion una autoridad brillantemente respetable: "¿Por qué (prorumpe) ocultó que la mayor parte de los individuos que la formaron fueron conducidos por la fuerza al congreso? ¿Por qué no añadió que, mas que un cuerpo deliberante, fue una reunion de hombres violentados, á quienes el aspecto aterrador del soldado del siglo y la horrible impresion de la sangre derramada por sus satélites en la corte, sellaba los labios para hablar, y ponian trabas á su voluntad? Hijo de una nacion libre, ¿cómo no observó la ridícula estructura de dicha reunion y su radical incompetencia para representar al pueblo á quien se trataba de dar un monarca y unas leyes fundamentales? ¿Cuándo se celebraron en España cortes compuestas como las de Bayona, de once grandes y títulos, de diez y nueve consejeros y magistrados, de siete militares, de ocho clérigos, y de cuarenta y un ciudadanos, para decidir y acordar los negocios de mas alta trascendencia? ¿Y cuándo asistieron á las cortes como representantes de la nacion los generales de las órdenes monásticas?"

El que desee enterarse de las escandalosas escenas que ocurrieron, y de la violencia que padecieron los llamados diputados en aquel congreso, puede ver un folleto que se publicó en Cadiz el año de 1811, sin nombre de autor, con el título de *Una parte desconocida de nuestra revolucion*, y del cual se halla un resumen en las *Memorias* que formó el coronel Marin *para la historia militar de la guerra de la revolucion española*.

NOTA 8.

PAGINA 51, TOMO 1.°

Aragonesas: Vuestros hijos, vuestros hermanos, vuestros compatriotas, inflamados de un noble entusiasmo, han tomado las armas para conservaros la paz y seguridad: aquellos mismos que esperaban en un tranquilo himeneo disfrutar de las delicias de vuestro amor, con heróica prudencia han desatendido tan alhagüeñas ideas, y presentádose á los peligros, para labrar con ellos vuestra perpetua y verdadera felicidad. Todos han corrido con denuedo á vengar las injurias de su Dios, de su Rey y de su Patria en la infame sangre de nuestros enemigos. Habeis enjugado las lágrimas que vertian los ancianos, porque sus débiles fuerzas no correspondian al valor que los animaba. Habeis visto la rabia y la tristeza pintadas en los rostros de aquellos cuyo estado, ó sagradas funciones obstaban al manejo de las armas. En este general ardimiento, cuando el patriotismo y las demas virtudes sociales se despliegan con toda su energía, vosotras participásteis tambien del heroismo de vuestros paisanos. Bien notorio me es cuánto habeis contribuido á inflamar el valor de los aragoneses, preparándolos de este modo á la victoria. Si aun quereis contribuir á ella, un vasto campo se abre en que podeis manifestar vuestro amor á la patria. Las labores mecánicas á que vuestra aplicacion os ha acostumbrado desde la niñez, son muy precisas para sostener los ejércitos. El robusto y valeroso soldado resiste mejor las intemperies de la atmósfera estando bien vestido: el abrigo le preserva de tantas enfermedades que acarrean la humedad y desnudez; y las operaciones militares se ejecutan con mas facilidad en los cuerpos cuyas divisas y trages son uniformes. La patria necesita, pues, y necesita pronto, un crecido número de uniformes; y espero que, cuando tantos celosos ciudadanos me han ofrecido paños y otros efectos, vosotras contribuireis á la brevedad con su costura. Estoy muy persuadido que esperábais esta ú otra semejante ocasion para manifestar cuánto

os interesa el bien de vuestra patria. Con este trabajo adquirireis un nuevo lustre; y excitadas todas por vuestro ejemplo, no dudarán que la verdadera senda del honor es la constante aplicacion. Zaragoza 13 de junio de 1808.

Se puso á continuacion que en la calle del Temple, donde estuvo el cuartel de Miñones, se entregarian telas para hacer chaquetas, y sucesivamente camisas.

NOTA 9.

PAGINA 58, TOMO 1.º

El señor marques de Lazan, hablando en su manuscrito, titulado *Primera campaña del verano de* 1808, sobre la salida de su hermano en la mañana del dia 15, se produce así: " El capitan general, hallándose sin tropas, no pudo jamás esperar en la defensa de una ciudad abierta, cuyas fortificaciones eran ningunas, y sus defensores inexpertos en el arte de la guerra (sigue haciendo otras reflexiones y comparaciones, y continúa), de manera que nada, nada podia lisonjear el buen éxito; por lo que el capitan general, considerando que si permanecia en la ciudad se exponia á perderlo todo, y que siendo gefe del reino de Aragon podria hacérsele algun cargo sobre esto, determinó trasladar el cuartel general y estado mayor á la villa de Belchite, con ánimo de reunir allí á la tropa dispersa, y volver á formar el pie de ejército de Aragon." Añade que él recorrió varios puntos al tiempo que comenzaron á atacar las puertas; que por la variedad de las noticias que recibia no podia conocer si ellos ó los defensores llevaban la ventaja; que viendo venía una columna enemiga por la parte del rio Huerva, y otra por el lado opuesto, procuró animar á los paisanos del arrabal para que fuesen con él á auxiliar á los que tan bizarramente se defendian en el otro extremo; pero que no pudo persuadirlos, porque estaban poseidos de un terror pánico; que últimamente se dirigió con unos pocos á la puerta del Sol, en donde un peloton de paisanos, con su gefe ó caudillo, se le incorporó, y fueron al

puente de san José, por donde decian atacaban los franceses; pero que á poco rato llegó la noticia de que los enemigos estaban dentro de la ciudad; y observando que apenas se sentia fuego, creyéndolo todo enteramente perdido, y que la ciudad estaba tomada, por lo que resolvió retirarse; y pasando el vado por una senda muy oculta á la misma orilla del Ebro, se dirigió con el coronel Obispo y algunos otros oficiales al pueblo del Burgo, y de allí á Mediana, en donde hizo noche, trasladándose á la madrugada del siguiente á Belchite, en donde encontró al capitan general, que habia llegado la noche anterior.

NOTA 10.

PAGINA 79, TOMO 1.º

Excelentísimo señor: El cuerpo de oficiales del segundo batallon de infantería ligera voluntarios de Aragon ha sabido con el mayor gozo que V. E. se halla á la frente de sus amados compatriotas; y llenos los individuos que firman del mas noble ardimiento ácia un objeto que tanto excita al patriotismo, desean realizar sus mas vivos anhelos de sacrificar sus vidas en defensa de su augusto monarca Fernando VII, de su religion y patria, aspirando al honor de reunirse con los que militan bajo las órdenes de V. E., y tener parte en las gloriosas acciones á que no dudan ser guiados por tan bizarro caudillo. Penetrados de tan loable celo y justa confianza, no pueden sobrellevar el estado de inaccion á que se hallan reducidos en esta isla, cuya situacion local, agregada á las actuales circunstancias, les privan toda esperanza de venir á las manos con el pérfido enemigo del género humano, y de vengar á la nacion de tan inicuos ultrajes, contribuyendo á libertarla del insufrible yugo que le amenaza, y bajo el cual gimen la metrópoli y otros desgraciados pueblos de esa península: en este concepto, imploran la proteccion de V. E., suplicándole tenga la bondad de reclamar este cuerpo, á fin de que se le permita pasar á incorporarse con el ejército de su mando, respecto á que en esta isla se estan formando nue-

vos batallones, que en breve quedarán organizados, y aptos para cubrir los puntos que éste ocupa; esperando asimismo merecer de V. E. que, cuando esto no fuere asequible, al menos se sirva alcanzar de esta nuestra suprema junta la gracia para pasar á ese reino á continuar sus servicios á las órdenes de V. E. Así lo esperan de la innata piedad de V. E. estos sus súbditos conciudadanos que mas le veneran. Palma 15 de junio de 1808. = Excelentísimo señor: = Capitan: Vicente Ricafort. = Ayudante: Pedro Villacampa. = Tenientes: Rafael de Arcas. = Francisco Paul. = Pedro de Mendieta. = Subtenientes: Gaspar Pelegero. = José Villaba. = Cadetes: Antonio Cornel. = Tomas Villalonga. = Excelentísimo señor capitan general del ejército y reino de Aragon.

NOTA 11.

PAGINA 112, TOMO 1.°

Habiendo causado la explosion cierta inquietud en los ánimos, se publicó este exhorto. = ZARAGOZANOS: Vuestro celo por la causa de la religion, de la patria y del rey, de que habeis dado pruebas tan repetidas, ha podido exaltarse en los primeros momentos de los incidentes de esta tarde, inseparables de las ocurrencias de la guerra, pero despreciables por sus resultas, supuesta la abundancia de pólvora de que estamos surtidos. La suprema junta, cuanto se complace é interesa en ver los patrióticos sentimientos y tranquilidad pública, otro tanto espera de vuestra sumision y deferencia á las leyes y autoridades constituidas que, penetrados todos del ardor y vigilancia de estos magistrados, depositarios de vuestra confianza, en cuyas manos habeis puesto la salud de la patria, oireis dóciles sus voces paternales, entrareis tranquilos en el seno de vnestras familias, acudireis puntuales á vuestros talleres y ocupaciones diarias, persuadidos de que esta junta ha tomado las mas vivas y enérgicas providencias para que el enemigo, aun cuando atrevido é inhumano quiera aprovecharse de esta catástrofe, no logre el fruto de sus

bárbaras tentativas; asegurándoos que en el momento en que sea necesario vuestro valeroso esfuerzo, os llamará á nombre de la patria á que tengais parte en los laureles que la justicia de nuestra causa, la proteccion de Dios y de su Madre Santísima, y vuestro valor á toda prueba prepara á los aragoneses en accion tan gloriosa. El orden, la subordinacion, la fraternidad, y una union íntima de sentimientos nos ha de producir y proporcionar incalculables ventajas. La posteridad admirará el valor que desplegásteis en las críticas circunstaucias del dia 15, y contemplará con respeto la serenidad de ánimo que la junta os encarga y exige en las tristes ocurrencias del 27 de junio. Corresponded á tan lisonjeras esperanzas, y no temais á los enemigos. El ciudadano virtuoso viva tranquilo en medio de su familia, y el culpable tiemble á vista de la espada de la justicia, que sin remedio va á descargarse sobre su cabeza. Zaragoza 27 de junio de 1808. = El marques de Lazan.

El intendente publicó tambien un bando, que decia así: Hago saber á todos los vecinos y habitantes de Zaragoza que aunque el enemigo nunca ha estado mas imposibilitado que ahora para invadir esta ciudad, siendo conveniente se les instruya el modo con que debe evitarse toda desgracia, por pequeña que sea, y ocurrir á todo inconveniente y accidente que pueda haber, aun en el caso muy remoto de que algun soldado enemigo llegue á penetrar dentro de ella, deberán, para lograr su exterminio sin el menor perjuicio por nuestra parte, observar las disposiciones siguientes: 1.º Que todas las mugeres, ancianos y niños se retiren á sus casas cuando hubiese fuego, ó se toque la generala, y no se presenten por las calles; en inteligencia de que si, por no hacerlo así, resultáre el menor daño, serán responsables de él los padres de familia, y los amos, que están en su lugar. — 2.º Que en caso de entrar un solo soldado frances (lo que no harán), los vecinos cuiden de tener abiertos los zaguanes de sus casas para refugiarse en ellos los que transiten por las calles; debiendo tener la puerta defendida con armas, con lo que se asegura la defensa sin perjuicio de sus habitantes; pues si se cerrasen las puertas, quedarian expuestos á sufrir daños, por no

poder entrar en sus casas. — 3.° Que desde las ventanas ofendan al enemigo con armas de fuego, piedras ó cualquiera otra defensa, por cuyo medio se logrará su total exterminio, que son los deseos de S. E. y de todo español.— 4.° Habiendo entendido que algunos, tal vez con el fin de intimidar, han esparcido la voz de que los franceses en Madrid señalaron las casas que hicieron fuego contra ellos desde los balcones; debo declarar que no es cierto, y que para una operacion semejante en esta capital, que trata de defenderse, no serian bastantes todas las tropas francesas que hay en España. — 5.° Mediante que van á llegar por momentos á esta capital un crecido número de tropas españolas para escarmiento del ejército frances, cuidarán los vecinos todos de guardar entre tanto el mayor orden; contribuyendo por este medio á que se verifique el buen servicio en las puertas y puntos de defensa; y darán parte de cualquiera que, estando de guardia en el momento de un ataque ó salida, abandone su puesto, ó se retire á su casa. — Y para que lleguen á noticia de todos estas prevenciones, dirigidas á la defensa de sus personas y bienes, y á la mayor ofensa del enemigo, he mandado fijar este edicto. Zaragoza 29 de junio de 1808. = Lorenzo Calvo de Rozas.

Estas disposiciones sirven para formar concepto del estado de la poblacion y del compromiso de los que mandaban. La ocurrencia acaloró los ánimos, en términos que habiendo oido hablar á uno que se dijo ser el tramoyista del teatro del Príncipe de Madrid en términos favorables á los franceses, y censurando la resistencia, fue condenado por la junta á las seis horas de ocurrido el lance á la pena de horca.

NOTA 12.

PAGINA 113 TOMO. 1.°

En el segundo sitio se guarneció el punto del monte Torrero con cerca de seis mil hombres, á las órdenes del general don Felipe Saint-Marc, y se vió precisado á aban-

donarlo; y al teniente coronel don Vicente Falcó, que no tenía sino un oficial, un sargento, dos cabos, sesenta soldados del primero de voluntarios de Aragon, y como unos doscientos paisanos, se le puso preso; y levantado el sitio, se le formó consejo de guerra. La rivalidad de algunos acalorados fue causa de que se le fusilase el 22 de agosto á las cinco de la mañana junto á un árbol corpulento que habia delante de la entrada al hospital de Convalecientes.

NOTA 13.

PAGINA 136, TOMO 1.°

Excelentísimo señor: = Don Mariano de Renovales, sargento mayor de caballería, y comandante de la puerta de Sancho, á V. E. expone: Que en vista de la gacetilla extraordinaria de ayer, y que V. E. desea tener una noticia individual de los comandantes de las puertas, expresando los ataques que han sufrido, oficialidad y soldados de su mando que se hayan distinguido, caería en la nota de omiso, y faltaría á los deberes de mi obligacion si no relacionase á V. E. el por menor de las ocurrencias que ha habido en las puertas de mi mando desde el dia 15 del pasado, en que sufrimos el primer ataque. — Dia 15 de junio. Hallándose los enemigos en la puerta del Carmen y cuartel de caballería, salí por la puerta del Angel, dí la vuelta al puente de san José, tomé de de ella como ciento y cincuenta hombres, paisanos, que voluntariamente me quisieron seguir; dí la vuelta por detras del olivar á pasar el puente de la Huerva; gané las esquinas de la torre del Pino, y otra que está contigua; se me reunieron otros tantos paisanos de la puerta de santa Engracia; les rompí un fuego violento por su derecha, hasta que, atropellados por su caballería y artillería, nos hicieron retroceder hasta la puerta de santa Engracia, desde donde los rechazamos al momento con nuestra artillería, y les cargamos en su retirada con dos cañones; haciéndoles dejar desde aquel distrito al de Capuchinos tres banderitas, ó guias de línea, un tambor de guerra, cuatro piezas de artillería y cinco prisio-

neros. En el mismo momento traté de preparar la puerta del Carmen, y ponerla en punto de defensa. A la media noche me relevó un capitan por orden del señor teniente de rey; y presentado á dicho señor en aquella misma hora, me mandó fuese de comandante á la de santa Engracia: me mantuve hasta el dia 19 que me mandó á ésta de Sancho el señor inspector. Estos dos señores saben lo que en aquellas trabajé, y de consiguiente en ésta. — Dia 24. A las tres de la mañana fue atacada una descubierta de cincuenta hombres, al mando del sargento primero de fusileros del reino Mariano Bellido, despues de una vigorosa defensa: á las diez de dicho dia fui reforzado por noventa fusileros, al mando de don José Laviña y don Pedro Gambra, quienes los contuvieron y desalojaron de la torre de santo Domingo; pero viendo el enemigo retroceder su gente, cargó en mas número sobre éstos, durante cuyo tiempo reuni cien hombres del tercio de Tauste, al mando del capitan don Juan Mediavilla, y con un violento sali á la cabeza de los nuestros; les sostuve el fuego desde las diez hasta la una, que cargando por la izquierda un escuadron de granaderos enemigos con ánimo de cortarme la retirada, tuve por conveniente usar de ella; habiéndole muerto al enemigo veinte y tantos hombres y porcion de heridos; siendo de nuestra parte la pérdida de cuatro hombres muertos y once heridos. — El 26 á la una del dia atacó el enemigo por este punto, y fue rechazado vigorosamente con los dos cuerpos que guarnecen esta puerta, de fusileros y tercio de Tauste, al mando de sus respectivos oficiales. = La mañana del 1.° del corriente, con la fuerza del bombardeo se vió en el mayor apuro y abandono la puerta del Portillo: me vi precisado á emprender á tiros con los que la guarnecian, para contenerlos y hacerlos volver á su destino: vi quemarse las municiones; acudi á su socorro al momento; llegué á tiempo que iban á clavar la artillería, lo evité con mis artilleros: la provei de municiones; las dejaron quemar segunda vez, y volvieron á quedar faltos de uno y otro: los volvi á proveer de artilleros y municiones que ya yo habia reunido de los dispersos personalmente, y conducido, usando ambas veces de todo el rigor: cuando llegaron

los oficiales de Bercelona, ya estaba en orden la batería, y mitigado el fuego del enemigo. — Dia 2. A las dos y media de la mañana fuí atacado por el enemigo intrépidamente por el frente é izquierda, hasta tiro de pistola de nuestra batería, por la oscuridad de la hora; pero el fuego violento de artillería y fusilería de nuestras trincheras los hizo retroceder con la mayor precipitacion, y pérdida considerable de muertos y heridos: sin embargo de la inmensidad de balas, granadas y bombas que el enemigo repartía á esta batería, no causaron mas estrago que herir á dos hombres levemente (1). — Dia 3. Se presentaron los enemigos á tiro de bala de fusil haciendo señas de que querian hablar; y á la hora de que insistian en ello salí al frente, hice señas saliese otro de ellos, como en efecto lo verificó un oficial, y me dijo queria pasarse una division entera á nosotros; que á su consecuencia me atraje siete con sus armas, y remití á disposicion de V. E. — Es muy raro el dia que pasa sin que tenga la gente de mi mando su guerrilla, á causa de la inmediacion de sus emboscadas: se les ha desalojado de varios puestos que ocupaban; los he mandado quemar y arrasar para mayor seguridad y defensa de esta puerta, y si el enemigo quisiese atacar, que sea á cuerpo raso. — Los dos cuerpos, el de fusileros del reino y del tercio de Tauste han trabajado y velado con el mayor celo y entusiasmo, cumpliendo y desempeñando cuantas fatigas se les han confiado. — Los sugetos que se han distinguido con particularidad en los ataques arriba dichos, y no puedo menos de recomendar á V. E. para descargo de mi conciencia, son los siguientes: el subteniente de fusileros don José Laviña, sobremanera en las acciones y celo; los sargentos primeros del mismo cuerpo Mariano Bellido, sobremanera en acciones y celo; Nicolás Villacampa y Mariano Gonzalez; el cabo José Monclus, idem, sobremanera en acciones y celo; y los soldados Paulo Anglada, Bautista Cubils y Francisco Amorós: idem del tercio de Tauste:

---

(1) Las balas de á doce que se han tomado llegan al número de diez y siete; de á ocho idem cuarenta; de á cuatro idem treinta y seis; granadas sin reventar diez, fuera de la inmensidad que reventaron; todas caidas en esta batería.

los sargentos Mariano Larrodé y José las Heras; el cabo primero Vicente Ibañez, y el soldado Manuel Estaregui: el procurador fray Antonio Securum, del convento de Agustinos descalzos, ha servido y socorrido con mucho celo esta puerta. Dios guarde á V. E. muchos años. Puerta de Sancho 4 de julio de 1808. = Excelentísimo señor. = Mariano de Renovales. = Al excelentísimo señor capitan general del reino.

NOTA 14.

PÁGINA 150, TOMO 1.°

Habiendo visto que un paisano pedia limosna, encarando el fusil á los que no se la daban, sufrió el 17 de julio la pena de doscientos azotes. Al dia siguiente amanecieron dos paisanos en la horca, á quienes se habia agarrotado en la carcel por haber cometido, segun se propaló, dos asesinatos, uno en Torrero, y otro en la plaza de san Miguel.

NOTA 15.

PAGINA 153, TOMO 1.°

Entre las varias singularidades que ocurrieron en aquella época, no puede omitirse la de haber formado en el partido de Calatayud una red extraordinaria, y de bastante peso, para colocarla en los desfiladeros ó sitios por donde se dirigiese la caballería francesa, y construido en otras partes cañones de madera, y tablones con clavos. Esto solo puede compararse con lo que se anunció en un boletin frances, hablando de las disposiciones que habia tomado el conde Rastopchin, gobernador de Moscow, apenas supo la pérdida por los rusos de la batalla de Borondino, y de las voces que circulaban por el pueblo; siendo una de ellas la de que un polvorista ingles trabajaba secretamente en su quinta de Voronova en hacer cohetes y preparar materias combustibles; y que tam-

bien se estaba construyendo un globo de nueva invencion, con el que se lograría exterminar á todos los gefes del ejército frances (1). El entusiasmo era tal, que el pádre fray Joaquin Fandos, carmelita descalzo, y arquitecto, inventó una lanza que, ademas de la punta ó pica de cada estremo, tenia dos pistolas, que se disparaba cada una al dar el golpe por su respectivo lado; pero no se adoptó, porque su manejo era dificil. El mismo presentó una máquina con veinte ruedas de á tres morteros cada una, para fabricar pólvora, movida por el agua. Mas natural se presenta lo que con fecha 23 de junio decia á la junta de Vich desde Lérida su comisionado don José Casimiro Lavall, participándole que los franceses habian tenido en San Poll una pérdida considerable, especialmente en su caballería, por los ardides de que se valieron aquellos naturales, haciendo barrenos, desplomando los peñascos, y tirando las colmenas, cuyas abejas molestaron tanto al ejército, que muchos caballos se tiraron por un derrumbadero, y no pararon hasta el mar.

NOTA 16.

PAGINA 160, TOMO 1.°

El 10 de julio se creó la junta de comision militar y fortificacion de la plaza, compuesta del excelentísimo señor Capitan general, presidente; del teniente general don Antonio Cornel, decano; del excelentísimo señor Marques de Lazan, gobernador de la plaza; del brigadier don Raimundo Andres y del capitan don José Butron, inspectores generales de infantería y caballería; de los coroneles don José Mateo y don José Obispo, mayores generales de ambos cuerpos; del coronel don Antonio Sangenis, comandante de artillería; del coronel don Narciso Codina, comandante de ingenieros; del alcalde de la sala del crímen don Diego María

(1) Boletin 21. Los rusos dan á la batalla de Moskowa el nombre de Borodino. *Relacion circunstanciada de la campaña de Rusia en* 1812, *por* Eugenio Labaume, *tomo* 1.°

Vadillos, y del abogado don Juan Miguel Serrano, auditores de guerra; del capitan don José Pascual de Céspedes, fiscal militar; y de los capitanes don Joaquin Garcia y don Justo San Martin, secretarios.

NOTA 17.

PAGINA 172, TOMO 1.°

"Excelentísimo señor: =Con fecha 17 del presente trasladé á V. E. el oficio que pasé á la junta, y que comprendia varios puntos de gravedad, y dignos en mi entender de que V. E. los tomase en consideracion. La respuesta que se me dió por el vice-secretario de ella, sin fecha alguna, de que incluyo copia, sobre contener equivocaciones notorias, dice que se me ha nombrado por individuo de dicha junta suprema. Esta junta, señor excelentísimo, á tiempo de exponer á V. E. por escrito sus atribuciones y orígen, por sí la gravedad de sus ocupaciones no le han permitido acordarse de ellas; no es mas que la agregacion de algunos de sus individuos á la junta militar, hecha á propuesta, ó por indicacion mia, y con aprobacion del excelentísimo señor marques de Lazan en la junta general que S. E. tuvo á bien celebrar el dia 25 de junio. Sus encargos se redujeron á lo que indica el acuerdo mismo de aquella junta general, y no se extienden, ni deben extenderse á mas. Esto, sobre resultar del nombramiento que se hizo de las personas, se puede comprobar por todos los concurrentes á la junta, que fueron buenos testigos de ello. La junta, pues, contestando á mi oficio del 17, dice me ha nombrado por individuo de ella; y ciertamente me admira el que no sepa que yo lo soy, por el artículo 143 de la Ordenanza de Intendentes, nato de las juntas y consejos de guerra, y á quien, despues de V. E., corresponde el primer lugar; que he sido secretario en la junta de las Cortes, y que no puedo, ni debo admitir títulos de quien no puede legalmente dármelos. La junta ademas dispone y manda sobre la tesorería, contraviniendo á las or-

denanzas; ha entendido en causas de dependientes de real hacienda, siendo privativo mio, con inhibicion de todo tribunal, aun cuando sean causas civiles y criminales, con arreglo al artículo 64 de las Ordenanzas de Intendentes; ha entrometídose á confiscar bienes, olvidando que, segun los artículos 52 y 53 de las mismas Ordenanzas, ningun tribunal, ni consejo puede entender en las causas de rentas, intereses, derechos feudales, imposiciones, productos, fisco, formado ya ó futuro, y finalmente, en cuanto corresponde á regalías ó derechos á favor de la real hacienda, sino los intendentes y corregidores. Conozco, excelentisimo señor, que los individuos agregados para fines determinados á la junta militar estan llenos de buen deseo, mas la complicacion de órdenes que dan, sin tener facultades para ello, entorpeciendo la expedicion de los negocios, y no acordándose, ni teniendo á la vista los antecedentes de ellos, me ponen en la dura necesidad de representar á V. E. que no me es posible coordinar los ramos que estan á mi cargo. Yo no reconozco otra autoridad legítima que la de V. E., y así, no puedo obedecer otras órdenes: por amor á V. E. me constituí en la obligacion de servir la intendencia y corregimiento, y he procurado hacer lo que está de mi parte para el desempeño. Veo cuánto importa al bien de la patria y conservacion de este país mantener el orden, y que cada gefe de un ramo sea responsable del buen manejo de todo lo que está bajo su inspeccion y cuidado. El mio tiene ordenanzas y disposiciones sábias establecidas, á las que me he conformado; mas no pudiendo conseguir que se efectúen, si otras, á quienes no pertenece, se entrometen en ello, cesa mi responsabilidad; y para que en ningun tiempo pueda, ni aun remotamente, llegar el caso de decirse que cometí desórdenes, y el quebrantamiento de las leyes, conociéndolo, por evitar ademas otras consecuencias, hago en manos de V. E. formal dimision del destino de intendente y corregidor; y ruego á V. E. que en el dia de hoy nombre persona que substituya, y á quien yo dé cuenta y razon de todo lo que ha estado á mi cuidado, para retirarme al descanso, de que necesito. Zaragoza 22 de julio de 1808.=Excelentísimo

señor: = Lorenzo Calvo. = Excelentisimo señor don José Palafox y Melci."

Copia del oficio que acompañó á esta exposicion. "La junta suprema ha visto el oficio de V. S. de 17 de los corrientes; y meditado su contenido, debe poner en su noticia que el encargo que hizo á uno de sus individuos de reconocer las balijas que deberian conducirse á la administracion de correos incluía las precauciones para la entrega de cartas que exigen las actuales circunstancias, en virtud de las cuales solo se han distribuido gacetas á S. E. y á V. S., y que motivó esta providencia la queja de retraso, debiendo S. E. reconocerlas, ó dar encargo á sugetos que no eran conocidos de la junta: ésta no entendió que V. S. tuviese este encargo, ni era de creer fuese suyo, implicado con los del cargo que desempeña. La junta tratará, si conviene, absolutamente cortar la correspondencia de Madrid, ó limitarla á un rigoroso registro, y tendrá en consideracion lo que contiene el oficio de V. S.: y si V. S., para evitar contestaciones de esta clase, y adelantar el servicio de S. M., gusta de acudir á junta, queda nombrado individuo de ella. Dios, &c. = De orden de la junta suprema, = Liborio Miralles, vice-secretario. = Señor intendente de este ejército y reino."

NOTA 18.

PAGINA 207, TOMO 1.°

El señor marques de Lazan refiere los sucesos del 4 de agosto hasta su salida en estos términos (1): "Delante de la puerta de santa Engracia habia una batería de sacos con un pequeño foso, y en ella, de cuatro á cinco piezas de corto calibre; y en los dos flancos, otras del mismo, colocadas detras de las tapias de la huerta llamada torre del Pino. En la de santa Engracia habia un mortero. Así que tuve aviso del ataque, me trasladé inmediatamente á la calle de santa En-

(1) Primera campaña de verano de 1808. *Manuscrito.*

gracia, y desde allí empecé á dar las órdenes convenientes, segun lo que iba ocurriendo. Los enemigos batian en brecha el convento y puerta de santa Engracia, con tal furia y tal empeño, como si se tratase de batir una fortificacion de primer orden. Pronto destruyeron todo un lienzo de la fachada del convento, y echaron abajo las tapias de tierra que tenia delante, al mismo tiempo que disparaban contra nuestra batería, y contra la puerta de santa Engracia, toda clase de armas arrojadizas, balas, piedras, granadas, en tal conformidad que parecia una lluvia; y consiguieron por precision acallar nuestros fuegos, matándonos mucha gente, pues ni artilleros, ni soldados podian parar en la batería, cuyos parapetos quedaron deshechos prontamente. Nuestros fuegos de los flancos, especialmente los de la derecha de la torre del Pino, continuaban sin cesar causando mucho daño á los enemigos, y deteniendo el ímpetu de su ataque; pero éste se formalizaba cada vez mas, y debia temerse el asalto. Por lo mismo, dispuse que se retirasen nuestros cañones de la batería dentro de la plaza de santa Engracia, que se cerrase enteramente dicha puerta, y que se duplicasen en cuanto fuese posible los fuegos de los flancos. Así se ejecutó, no con pequeño trabajo, y con alguna pérdida de nuestra parte; pero al fin, se consiguió completamente la idea; y los mas de dichos cañones se colocaron en las tapias de la torre del Pino. Se retiró igualmente el repuesto de municiones á la calle de santa Engracia, y se colocó en un portal grande, detras de la batería que habíamos formado de antemano en el embocadero de la misma calle, que sale á la plaza, y hace frente á la portada de la iglesia de santa Engracia; con lo cual se reconcentró nuestra línea á lo interior de la ciudad, quedando sin embargo los flancos haciendo fuego. — En tanto que esto sucedia por aquella parte, no dejaban de ser atacados otros puntos de la ciudad, si bien no con tanta furia, ni con tanto empeño, pues éste todo se habia cargado en la puerta de santa Engracia. Pero el bombardeo continuaba siempre por todas partes, de manera que era realmente un dia de juicio para la ciudad, la que sufria un fuego infernal, y padecia diferentes quemas en sus edificios, á las que no se po-

dia atender, ni sus defensores sabian á donde acudir, ni acertaban lo que convenia hacer. La puerta de santa Engracia se defendia con todo teson; pero fue tanto el estrago que hicieron en ella los enemigos, y la pérdida de nuestra parte, así como el cansancio de nuestra tropa, que á eso del medio dia aflojó ésta algun tanto por la parte de la huerta de los padres Gerónimos, en cuyas tapias habian hecho los enemigos horror de brechas. Por estas mismas, sin dificultad, pasando el vado del rio la Huerva, que traia muy poca agua, se metieron detras de los paisanos, y mezclados casi con estos, se entraron en la plaza de santa Engracia. Igual operacion hicieron por la torre del Pino, habiendo derribado tambien sus tapias, y atropellado á sus defensores. Puestos dentro de la plaza, empezó á jugar sobre ellos nuestra batería de la calle de santa Engracia; la que, protegida de los fuegos de fusilería que disparaba nuestra tropa desde los balcones de derecha é izquierda de la calle, y las infinitas granadas de mano que se les tiraban, hizo una mortandad terrible, y un estrago en los enemigos; los que, sin embargo, no desistiendo de su empeño, y adelantando por medio de sus mismos cadáveres, consiguieron tomar la pared de las casas contiguas á nuestra batería, y en éstas el portal por el que teníamos la comunicacion de la calle con la plaza de santa Engracia, estando cerrada con la bateria la desembocadura de aquella. Los paisanos y soldados, aturdidos algun tánto con la intrepidez y tenacidad del ataque, no tuvieron la serenidad necesaria para cerrar prontamente, y con toda seguridad, la puerta del portal de nuestra comunicacion; y habiéndose los enemigos agolpado á ella cuando la estaban cerrando los paisanos, la forzaron, y se metieron en la calle; tomando de este modo la espalda de nuestra bateria, é inutilizándola por consiguiente. En medio de aquellos tan denodados ataques acabó su vida gloriosamente el coronel don Antonio de Cuadros, corregidor de Teruel, comandante que era del punto de santa Engracia. Con motivo de la toma de nuestra bateria, me retiré yo con la tropa y algunos oficiales á la calle del Coso, con objeto de hacer nueva defensa desde allí por medio de otra batería que á toda prisa se

habia formado en la calle del Hospital con un parapeto de sacas de lana. Mi hermano don Francisco de Palafox estuvo á mi lado desde el principio del ataque; pero habiendo venido noticia de los temores que habia de otro ataque de los enemigos por el arrabal, situado en la orilla del Ebro, combinado con el que hacian en la puerta de santa Engracia, se fue á cuidar de aquel punto, que le estaba encargado, en tanto que yo seguia haciendo todos los esfuerzos imaginables para animar á la tropa, y hacer que defendiese la calle y plaza de santa Engracia. Estos no bastaron, por las razones ya dichas; y al fin, á cosa de la una nos retiramos todos á la calle del Coso. Nos quedaba por último recurso la batería de la calle del Hospital, la que por espacio de mas de media hora estuvo haciendo un fuego infernal sobre los enemigos, ayudándole la infantería, con cuyas armas seguramente se contuvo á aquellos; y se les hubiera contenido aun mucho mas si no hubiéramos tenido la desgracia de habérsenos volado el pequeño repuesto de municiones que estaba al lado de la batería; con cuyo accidente, nuestra tropa y paisanage se acobardaron, y desampararon la batería. Por lo mismo les fue facil á los franceses tomarla, y aparecer en la calle del Coso. Al mismo tiempo que penetraban éstos en la ciudad por la calle recta de santa Engracia al Coso, otras columnas enemigas se habian extendido desde la huerta de los padres Gerónimos al jardin Botánico y cementerio de la parroquia de san Miguel, por donde se introdujeron á la ciudad; y entrando por la calle llamada las Piedras del Coso, llegaron hasta la plaza de la Magdalena, en donde fueron detenidos por los paisanos. Por el lado opuesto atacaron la puerta del Carmen; y aunque no pudieron tomarla enteramente hasta la madrugada del dia siguiente, se introdujeron desde la plaza de santa Engracia por la calle del juego de Pelota hasta la plaza del Carmen; de modo que cogian la ciudad por el frente y los dos ángulos.—Hallábame yo en el Coso esperando el resultado de la defensa de nuestra batería, cuando, desamparada ésta, y dueños de ella los enemigos, retirándose toda la tropa acobardada por la calle de san Gil, con direccion á la puerta del Angel y puente del Ebro,

llamado de Piedra, que era la única retirada que teníamos, tuve yo que hacer lo mismo; y me trasladé por el pronto al arrabal, dejando dueños á los enemigos cuando menos de la tercera parte de la ciudad, y sin ninguna defensa interior contra estos; de manera que no se podia dudar que dentro de media hora serian dueños absolutos de toda ella. Era tal la confusion de tropa y de gente que pasaba el Ebro, huyendo de la ciudad, sin saber á dónde, que nada absolutamente podia dar la mas remota esperanza de libertarla, pues ni quedaba quien la defendiese; de manera que era preciso salir de ella por no exponerse á ser presa de los enemigos. — Por aquellos dias tuvo noticia el capitan general de la llegada de las tropas, que, segun se dijo, venian de refuerzo de Cataluña, á la villa de Pina; y en cuyo pueblo harian algun descanso con motivo de la falta de municiones y de algunos carruages que esperaban. Desde luego que el capitan general vió perdida la ciudad, poco antes que yo me retirára del Coso, dejando el mando de las armas al coronel don Antonio Torres, se dirigió con su estado mayor á Pina: lo mismo hizo don Francisco de Palafox; y yo seguí el mismo camino, segun las órdenes que habia dejado dicho capitan general, quien desde luego conoció el partido que debíamos tomar, que era el buscar el apoyo de la tropa de Pina para cualquiera lance que pudiera ocurrir.

NOTA 19.

PAGINA 222, TOMO 1.°

Acabo de recibir el adjunto pliego que un soldado del ejército frances ha arrojado al foso; y lo remito á V. S. para su inteligencia. Dios guarde á V. S. muchos años. Castillo de la Aljafería 5 de agosto de 1808. = Lucas de Velasco. = Señor gobernador de esta plaza.

NOTA 20.

PAGINA 224, TOMO 1.°

Señor gobernador de esa plaza: = He llegado á esta altura de Villamayor, donde descansa un poco la tropa, que viene unida, aunque con tal disposicion de matar franceses, que no los puedo sujetar. Ahora entro yo en mis operaciones: la primera debe ser franquear el paso y comunicacion de la ciudad. Para esto, habiéndose dado á mi hermano el Marques los Guardias españolas y walonas, gente bizarra, me he quedado con los voluntarios, los catalanes y somatenes, que hoy mismo han sorprendido á mi presencia una partida de diez hombres lanceros, que ahuyentaron, dejando uno muerto, al que quitaron la lanza y botas; y se les escapó el caballo, que fue una lástima. Con esto estan locos los catalanes, que andan por esos campos con sus gorros colorados, sin poderlos reunir. El batallon de voluntarios que he escogido, si no acierto á salir de esa ayer, no se mueve; pero yo les mandé venir, y me los he traido por delante. Lo mismo he hecho con mil y quinientos hombres que tengo á dos leguas de aqui, y trato de reunirlos esta noche. Tengo cuatro violentos y competentes artilleros. Además, en cierto punto, que no fio al papel, he dejado dos de á ocho y un obús, que hubieran hecho mi marcha tarda y penosa. Voy procurando viveres, que hacen falta, y encontraré, á pesar de que los pueblos se hallan desiertos. Espero esta noche cerca de aqui un tren bonito de artilleria. Todo va bien; y me lisonjeo que ahora obraremos con utilidad. Lo que necesito es que esten prontas y corrientes como unas cuatrocientas tiendas de campaña por si las pido. Tambien he dispuesto se ponga corriente el agua de los molinos; y veré si puedo limpiar á Ranillas (1). He mandado conducir algunas cargas de polvos de aquellos que V. S. me cita para los tra-

(1) Término del arrabal, sito á la izquierda del Ebro, junto á Juslibol.

bajos; y es regular los tenga V. S. ahi hoy mismo. Haga V. S. no se pierda. Este era mi cuidado único. Yo estaba ya que no sabía qué hacerme, cuando por el oficio de V. S. veo cuántos prodigios se habian hecho. Bendito sea Dios, que pronto, tal vez, saldremos de ellos. Si ocurre algo, avise V. S. sin término lo que se ofrezca. Dios guarde á su importante vida muchos años. Villamayor 5 de agosto de 1808. = Palafox. = Trato de ir muy pronto á esa, tomando las posiciones comunes. Digame V. S. qué hay de nuevo, y cómo está èsa gente. = Señor don Antonio.

NOTA 21.

PAGINA 226, TOMO 1.º

Relacion de méritos de los oficiales que se han distinguido en el dia 4 de agosto en el ataque de la puerta de santa Engracia, que por muerte del comandante de dicha puerta el coronel don Antonio Cuadros dá el coronel del real cuerpo de ingenieros don Antonio de Sangenis, sucesor en el mando de dicho punto. = El capitan del primero de voluntarios de Aragon, reserva de S. E., don Fernando Yagües, que habiéndose hallado en dicho punto por espacio de muchos dias, sufriendo ataques y el continuo fuego del enemigo, se halló en este dia con su tropa de refuerzo en el monasterio de santa Engracia, donde, despues de haber contenido cuanto estuvo de su parte al enemigo, y perdido porcion de gente, se retiró con los demas que defendian dicho punto. = El subteniente del mismo cuerpo don Antonio Arruc, que hacia muchos dias estaba fijo en dicha puerta, se halló constantemente en la batería desde que principió el fuego del enemigo hasta que, habiendo sido herido por una bala de fusil, le fue indispensable retirarse, mostrando en todo este tiempo grande ánimo, mucha serenidad en medio de la multitud de balas, bombas y granadas que el enemigo arrojaba dentro de la batería, y continuas ruinas que éstas hacian caer de los edificios contiguos; y sobre todo, animan-

do la tropa, que de ver no podia resistir á tanto fuego, parecia que desmayaba. — El capitan don Bartolomé la Vega, comandante de la huerta de santa Engracia, se mantuvo en el punto de su mando, sufriendo el fuego de las baterías; y la defendió con valor hasta despues de abierta brecha, que habiendo sido atacada por una multitud de enemigos, le precisaron á retirarse, con pérdida de mucha gente, hasta la entrada de la calle de santa Engracia, en cuyo punto se resistió hasta que fue imposible el sostenerlo. — El teniente coronel del real cuerpo de artillería don Salvador de Orta, que se hallaba de comandante de la misma, se mantuvo dirigiendo ésta, con el posible acierto y serenidad en medio del peligro, hasta que fue herido, y obligado á retirarse. — El capitan de ejército, y del real cuerpo de ingenieros, don Manuel de Tena, que se hallaba dias hacía de comandante del ramo de fortificaciones de dicha puerta, estaba igualmente en la batería desde que rompió el fuego del enemigo, donde, con sus trabajadores, tapó por diferentes ocasiones las brechas que abria continuamente, mostrando la serenidad de ánimo que exigia para tales operaciones; y así es que, permaneciendo constantemente entre el espantoso fuego, se confundió varias veces entre las enronas de las baterías y edificios contiguos: y habiendo faltado los comandantes de artillería y tropa que la dirigía, defendió uno y otro, haciendo las funciones de ambos; hasta que por fin, siendo imposible sostener la puerta, por estar la batería enteramente arruinada, por orden del comandante del punto el coronel don Antonio de Cuadros retiró todas las piezas de artillería á cuerpo descubierto, colocándolas, parte en la torre del Pino, y parte en la calle de santa Engracia, donde se mantuvo, despues de haber entrado los enemigos, hasta que se apoderaron de dicho punto. — *Nota*: Recomiendo igualmente al soldado de gastadores Ramon Perdiguer, que con la mayor serenidad se halló cerrando las brechas de la batería bajo el espantoso fuego del enemigo, y fue uno de los que ayudaron á retirar la artillería. — Se advierte que en el mismo dia se halló en la expresada puerta el capitan del real cuerpo de ingenieros don Juan Miguel de Quiroga diri-

giendo en la plaza de santa Engracia una cortadura, y manifestando mucho espíritu y valor en este trabajo. Cuartel general de Zaragoza 12 de noviembre de 1808. = Antonio de Sangenis.

Don Alberto Langles, capitan y comandante de la puerta del Sol de esta capital de Zaragoza. = Certifico que á las dos y media del dia 4 de agosto último se presentó en la referida puerta don Marcos María Simonó, capitan comandante de las baterías de la del Sol en lo relativo á ingenieros, en cuyo acto la artillería y fusilería del punto hacía fuego contra algunos granaderos franceses que se presentaron en el arco de Suelves, que hace frente á la puerta del Sol, los cuales hacian un fuego bastante vivo; pero como al cabo de un buen rato no se advertía ventaja por una ni otra parte, particularmente porque la posicion del enemigo dominaba aquel punto, recelándonos que pudieran los franceses dirigirse por los costados, y sorprender la puerta, subió con acuerdo mio sobre el banco que servía de parapeto al cañon, á pesar de una llúvia de balas que le tiraban, por verle solo en medio de la calle con una bayoneta en mano. Que en seguida, habiéndose suspendido nuestro fuego, el expresado Simonó echó en cara á los paisanos su cobardía porque se escondian en las callejuelas y zaguanes en circunstancias que era preciso acometer con vigor, y de frente, al enemigo, si querian defender á sus mugeres, familias, y salvar la patria. Les propuso qué sacaría á los franceses de la ciudad si le querian seguir; pero viéndoles indecisos, se aprovechó de la ocasion en que vió salir á varios franceses de una casa cerca del arco, y les gritó: *Que huyen los enemigos*; en cuyo momento acudieron algunos vecinos, á quienes luego siguieron otros; y habiendo cobrado todos valor, se presentaron en medio de la calle, y prometieron seguir á Simonó y cumplir sus órdenes; tambien, con mi permiso, varios fusileros, mandados por el teniente don Ambrosio Ruste, y una partida de extrangeros: y un grito de *viva el Rey* fue la señal de correr á la plaza de la Magdalena, á donde llegaron inmediata-

mente; haciendo Simonó tocar á degüello. Se encontraron con una division de granaderos y cazadores franceses, y dió principio el ataque, que duró cerca de hora y media, en que fue rechazado el enemigo en fuerza del fuego, verdaderamente espantoso, que les hicieron. Y últimamente, aunque no pude observar mas, por no abandonar el punto, supe que Simonó atacó segunda vez al enemigo, protegido en las ruinas del Seminario, y los rechazó despues de una valerosa defensa hasta acorralarlos en san Francisco. Y para que conste el singular y extraordinario servicio de este oficial en aquel dia, que tan claramente contribuyó á la defensa de esta capital, doy la presente á su instancia en ella á 20 de agosto del año de 1808. = Alberto Langles.

NOTA 22.

PÁGINA 227, TOMO 1.°

El brigadier Torres desempeñaba el 5 de agosto el destino de gobernador de la plaza, de que se habia hecho cargo el dia anterior con la autorizacion del general, á virtud del siguiente oficio. = Por gobernador de la ciudad de Zaragoza, ínterin regrese el marques de Lazan, nombro al brigadier don Antonio de Torres; en defecto de éste, al coronel don Francisco Marcó del Pont; en seguida, al teniente coronel comandante del punto y batería del rastro de los Clérigos don Joaquin Urrútia; y finalmente, por imposibilidad de estos tres lo será el teniente coronel don Celedonio de Barredo, sargento mayor de dicha capital. Cuartel general de Zaragoza 4 de agosto de 1808. = José de Palafox y Melci. = A los comandantes de las tropas que guarnecen la capital (1).

---

(1) Es de creer que este oficio se extendió en Osera, en donde, reunidos los tres hermanos, celebraron aquella noche una junta; y, oyendo los cañonazos, acordaron volver sobre Zaragoza; de modo que, cotejados los antecedentes, debió recibirse en la noche, ó madrugada del dia 5.

NOTA 23.

PAGINA 230, TOMO 1.°

Partes de los dias 4 y 5 de agosto que han podido conservarse.

Los enemigos han entrado por la torre de Montemar á las dos de la tarde, ocupando toda la huerta del Carmen y casa que servía de cuerpo de guardia para los oficiales; por cuyo motivo, y el tener solo dos artilleros en la batería, nos hemos visto en la precision de retirar la artillería, á excepcion de dos violentos y un obús que han quedado clavados. En este momento ocupamos la huerta de la derecha, y una avanzada entre la puerta, y solo fue ocupando el convento del Carmen con unos cien hombres. Si se manda refuerzo y municiones de boca y guerra, podré tal vez recobrar la batería; para esto necesito á lo menos trescientos hombres. El cañon de á veinte y cuatro lo he mandado á la plaza del Mercado. Dios guarde á V. S. muchos años. Zaragoza 4 de agosto de 1808. = Pedro Hernandez.

Francisco Zapater, teniente de la compañía de fusileros, á V. S. expone, que en el ataque de hoy ha sufrido en la avanzada de san José (que hace dos dias permanece sin otros comestibles que pan y vino) bastante estrago la tropa, que ascendia á cuarenta hombres, y han quedado en veinte y nueve, y de estos algunos, aunque no heridos, golpeados de las ruinas de la casa que ocupan, y está ya inhabitable en cuanto á su defensa; y por tanto, V. S. determinará lo que juzgue mas conveniente; en inteligencia de que si el enemigo me ataca, por corto número que sea, me veré quizás precisado, por mis cortas fuerzas, á abandonar este punto. Dios guarde á V. S. muchos años. Zaragoza 4 de agosto de 1808.=Francisco Zapater.=Señor don Antonio Torres, brigadier.

Señor don Antonio Torres: Me hallo sin cartuchos en

este punto; y concluido el bombardeo, sabe Dios lo que puede esperarse: V. S. determinará, pues de ninguna parte se me quieren dar. Dios guarde á V. S. muchos años. Zaragoza 5 de agosto de 1808. = Alberto Langles.

En otra se decia: = Señor don Antonio Torres: = Excelentísimo señor: Estamos con dos cajones de cartuchos, y sin víveres: los enemigos dentro de la plaza; y si V. E. no nos auxilia con tropa, dentro de seis horas no respondo del éxito, que no será feliz. Dios guarde á V. E. muchos años, &c.

NOTA 24.

PAGINA 231, TOMO 1.°

Excelentísimo señor: = Es la una, y los enemigos atacan por cuatro puntos; y quieren, por papeles dirigidos al gobernador de Zaragoza, falsos y perversos, entrar en parlamento, manifestando con bandera blanca su rendimiento, los que presentaré á V. E. á su arribo; y entre tanto, he mandado que las baterías que son nuestras hagan sus deberes; pues al mismo tiempo que recibo sus papeles, estoy tambien recibiendo un sin número de granadas y bombas, que nos abrasan, é incendian las casas. Esta es su buena fé; y el parte adjunto enterará á V. E. de sus disposiciones, y de la necesidad que hay de que V. E. acelere su marcha con las tropas. Dios guarde á V. E. muchos años. Zaragoza 5 de agosto de 1808. = Excelentísimo Señor: = Antonio de Torres. = Excelentísimo señor capitan general de Aragon.

A continuacion escribió el señor marques de Lazan á su hermano lo siguiente:

Zaragoza 5 de agosto de 1808. = Es la una, y acabo de llegar con felicidad. En el camino, mas acá de Pastriz, divisamos ocho ó diez de caballería francesa, que no se han resuelto á atacarnos, y han echado á correr; y pasado el rio, se han ido á Torrero seguramente á dar la noticia, pues cuando hemos llegado al vado del Gallego, ya los hemos

vuelto á ver, y pasar el rio para atacarnos; pero hemos tenido tal felicidad, que todos pasamos el vado, y los carros de municiones. Tambien, antes que ellos llegasen, dejé á los Guardias españolas en el vado, porque era urgentisima la necesidad, respecto á que los que habia allí de Teruel no podian hacer frente como aquellos; de manera, que estoy persuadido que no pasarán. Me he encontrado á Torres en el arrabal, y lo he hecho ir allá; y no hay cuidado, á mi parecer. Pero es una felicidad el que yo haya llegado; y parece un socorro enviado del Cielo. La gente está contentísima, y muy animosa; y los vecinos de Pastriz sobremanera obsequiosos. Por lo demas, de la ciudad parece que no hay novedad particular; y se van pasando, y haciéndose prisioneros, entre otros á un coronel polaco. Deseo saber cómo te vá en tu viage; y no temas atacar las alturas de san Gregorio y demas, pues toda la fuerza del enemigo de caballería carga por este lado del vado del arrabal. No dejes de escribirme, y á Dios. = Lazan.

NOTA 25.

PAGINA 238, TOMO 1.°

El marques de Lazan dispuso el 7 de agosto en la orden del dia se pusiesen aparatos de cirujía, con los correspondientes facultativos, en las plazas de san Pedro Nolasco, san Felipe, en las Piedras del Coso, y frente al colegio de las Vírgenes y de la iglesia de san Pedro en la calle de san Gil; y el 8 publicó el siguiente bando: — "Sobre lidiar con un enemigo que no conoce el mas pequeño sentimiento de honor; que ha asesinado á hombres, mugeres y niños, que clamaban por la misericordia; que les daban el caudal y cuanto en su casa tenian (testigos de esta verdad cuantos por felicidad se han escapado de sufrir lo que no se lee de ninguna nacion bárbara), lo que mas aflige mi corazon, y el de todos los vecinos de caracter y honradez de esta valerosa é inmortal ciudad, es el abuso que ha hecho la tropa y algunos paisanos mal intencionados, que, habiendo dispuesto los

gefes entrasen en varias casas del Coso para ofender al enemigo, se han dedicádo algunos individuos perversos á robar y destrozar sus efectos; de modo que, siéndoles de poca utilidad, se han llenado de infamia; y siendo preciso castigar delitos tan enormes: Mando: 1.º Que á todo individuo que se le aprehenda encima cosa alguna robada, por pequeña que sea, y que se justifique no por de su uso, sufrirá la pena de ser pasado por las armas, irremediablemente, dentro de seis horas de aprehendido. — 2.º Todo oficial, sargento y cabo que esté de comandante de puesto, y no vigile á la tropa de su mando, á fin de evitar los desórdenes, será castigado segun las circunstancias del delito. Encargo á los vecinos honrados, oficiales, sargentos y cabos que vigilen y observen á todo soldado y paisano que lleve bulto, ó cosa que les haga sospechosos, y registrándolos, acudan á la guardia mas inmediata, á fin de asegurar al malhechor. Dado en el cuartel general de Zaragoza, y mandado publicar este bando á 8 de agosto de 1808. = Lazan.

NOTA 26.

PAGINA 242, TOMO 1.º

Observando los paisanos que disparaban cohetes de dentro de la ciudad, y que en seguida los franceses dirigian las granadas y bombas por aquellas inmediaciones, de que resultó que una de ellas mató en la plaza del Pilar á un artillero, dieron aviso á Palafox, el cual hizo publicar un bando por el pregonero, imponiendo la pena de muerte á los que los tirasen y alarmasen al pueblo; y tambien dió permiso para que incendiáran las casas que ocupaban ya las tropas francesas; concediendo gratificaciones pecuniarias á los que se distinguiesen en estos servicios. Uno de los delatados fue el ayudante de cocina de Guillelmi; y el 12 de agosto apareció ahorcado.

NOTA 27.

PAGINA 245, TOMO 1.°

Estando ardiendo el edificio del hospital y el convento de san Francisco, colocaron los franceses el 12 de agosto un cañon en la capilla de la virgen de los Angeles, y los paisanos armaron una escaramuza, de la que resultó ocuparles cinco fusiles.

NOTA 28.

PAGINA 248, TOMO. 1.°

Las tropas enviadas por la junta suprema de Valencia á las órdenes del señor conde de Montijo, sufrieron en su marcha algunos entorpecimientos, segun la carta que él mismo dirigió á Palafox, y que para vindicarse pidió se publicase, concebida en estos términos: "Querido amigo: Sabes cuántos, y cuán sagrados vínculos nos unen, y cuán ardientemente te amo desde antes que hubieses dado tantas pruebas de héroe. Pero la intriga, ó la casualidad, ha puesto tantos obstáculos á la venida del ejército de Valencia que he traido á tu socorro, que, á pesar de mis esfuerzos, y de los del digno don Felipe Saint-Marc, su general, se ha retardado. Soy deudor á la opinion pública de mi conducta; y son demasiado apreciables los zaragozanos para que yo no desee tengan de mí la que procuro merecer. Así te ruego hagas saber á los habitantes de esa ciudad que no solo no he tenido parte en la demora del ejército, sino que, á no haber sido el patriotismo de Saint-Marc, y mi resolucion y actividad, aun no estaría aquí el ejército; y finalmente, hemos sido detenidos doce dias. Todo lo que te haré ver por los documentos originales en permitiéndolo las circunstancias, esto es, antes de cuatro dias, si Dios y la Vírgen bendicen nuestros proyectos. Paniza 9 de agosto de 1808. = Tu Eugenio."

NOTA 29.

PÁGINA 252, TOMO 1.°

Los extraordinarios sucesos del memorable dia 4 de agosto, y sucesivos, se anunciaron en la gaceta de 16 del mismo en estos términos: "Despues de haber apurado los franceses los medios de apoderarse de Zaragoza con la guerra de la fuerza, y con la de la cobardía, es decir, con la flor de sus tropas, y con las mentiras de sus papeles y proclamas; dejando caer en el campo ejemplares de la soñada constitucion de España y reino de no sé qué José Napoleon, parece que volvieron en sí, y trataron de dar el último golpe, y vengarse de la afrenta que recibian cada dia que se dilataba la rendicion de esta capital. Su despecho era el mayor: por espacio de cincuenta dias se habian estado estrellando contra las tapias de esta ciudad, rodeada de cadáveres y sangre francesa. Abierta, indefensa, desarmada, llena de una poblacion grande, descansaba en medio de quince ataques furiosos, y ofrecia á los que la contemplaban de lejos la vista de sus hermosos edificios y torres intactas.

La ignominia que resultaba contra el ejército frances era patente. Tres mil bombas y granadas que arrojaron, principalmente los primeros dias del mes de julio; quince ataques que dieron en el discurso de este sitio; una lluvia incesante de balas de cañon y fusil, con la que tenian en alarma contínua á sus habitantes; las amenazas que vomitaban en las cartas que escribian, en lugar de debilitar á los de Zaragoza, les servian de estímulo para doblar su vigilancia y esfuerzo. No sabiendo á qué partido aplicarse; y no atreviéndose á contradecir al que desde Bayona mandaba fuese tomada Zaragoza, se determinaron á salir de una vez de tan larga suspension, y poner fin á este conflicto. Ya anunciaban hacia dias que bajaban de las provincias y reino de Navarra regimientos de caballería y de infantería, trenes espantosos de artillería, centenares de carros de municiones, bombas y granadas, que habian de reducir á cenizas esta capital. Ya

estaba su general Verdier, que juntando al ímpetu del mozo Lebfevre, su atrocidad y sangre fria, habia de dar fin á esta empresa: ya los pueblos á donde llegaban sus avanzadas y partidas de descubierta resonaban con las amenazas mas horrendas, y parece que no habia escape.

Llegó el dia 4 de agosto, destinado por los generales franceses para la conquista de Zaragoza, y para hacer en ella su entrada en triunfo. Dieron principio con un bombardeo tan espantoso, que los anteriores, comparados con él, parecian cosa leve: para que el horror que causaba el bombardeo, y la multitud de granadas que le acompañaban, fuese el mayor, las dirigian á los edificios y barrios en que causasen mayor consternacion; y, contra las leyes de la guerra y de la humanidad, se asestaban al hospital general de esta ciudad, almacen de todas las miserias humanas. Una muchedumbre de heridos y enfermos andaban por las calles medio desnudos huyendo de esta nueva afliccion. Con este aparato de terror avanzaron, amenazando con cuatro ataques, dos falsos, y dos verdaderos. Primeramente hicieron una descarga de la batería que tenian oculta en frente de la puerta de santa Engracia; y fue tal el estrago que causaron sus nueve piezas de artillería, que, quedando muertos, ó medio enterrados los artilleros y defensores de la batería, saltaron los franceses sobre ella, obligando á los nuestros á llegar á las manos, y á hacer una resistencia que excedía sus fuerzas. Era imposible en aquel rebato y confusion de cosas suplir la falta de los asistentes á la batería: así, habiéndose dado la mano los que entraron por santa Engracia con los que rompieron por las tapias del cementerio de san Miguel, formaron como un torrente arrebatado, que empezó á tenderse por la calle del Hospital hasta el Coso, y por san Diego á la puerta del Carmen. Muchos de los franceses mas arrojados tuvieron la osadía de adelantarse por el Coso hasta el seminario conciliar; otros por otras calles, tan trasportados de gozo y llenos de orgullo, que gritaban: *Sarragosse est nostre*: Zaragoza es nuestra. Cuando vió la capital los enemigos dentro de sus muros, y muertos, ó heridos, los comandantes encargados de su defensa, resuelta á morir ó vencer, reu-

niendo á sus habitantes y á las tropas que la irrupcion habia rechazado, empezó de nuevo el combate mas heróico. Recogió á los extraviados, cerró sus boca-calles, quebrantó el orgullo de los sitiadores, y les cortó los pasos en mitad de su supuesta victoria. El general, que con sus hermanos habia asistido á los puntos del mayor peligro, viendo que el remedio de tantos males dependia de la llegada de las tropas detenidas en Pina, con una marcha, la mas osada y expuesta, fue á buscarlas en persona. Llegó á Osera al oscurecer: á las diez de la noche juntó todas las fuerzas de Guardias españolas, voluntarios de Aragon, voluntarios de Cataluña, Artillería, y cañones; y aquella misma noche vino al socorro de la capital, en la cual entró el marques de Lazan con el batallon de Guardias españolas, muchas municiones, y otros efectos. El general se quedó en Villamayor, en donde se juntaron como unos seis mil hombres, que, despues de haber batido á los franceses, condujo á esta ciudad, en la que entró en medio de las mas vivas aclamaciones. Desde este dia, que fue el 9 del presente, no hicieron los franceses mas que dar indicios de su flaqueza. Mantuvieron los puntos de santa Engracia, puerta del Carmen, san Diego, san Francisco y Hospital. Encarcelados en aquellas casas y calles, iban muriendo á manos de los nuestros, que les hacian fuego incesante. Las tropas de Cataluña se arrojaron el dia 10 á las baterías con arma blanca, y las despojaron de un cañon; lo mismo hicieron los voluntarios de Aragon con un obús. Estas pérdidas, y las órdenes que cada dia recibian, les obligaban á desistir de la empresa: no obstante, sus amenazas eran de cada dia mayores. Como deseaban con tanta impaciencia domar la constancia de esta ciudad, usaban los generales y la oficialidad de los mayores obsequios con los prisioneros, y con las religiosas de santa Rosa y Recogidas, que tenian cautivas en el convento de las Descalzas de san José. Lebfevre estaba alojado en Torrero; Verdier en los barrios del Carmen, que ocupaba. El dia 12 y 13 los emplearon en esparcir especies de un ataque el mas atroz, al mismo tiempo que hacian llegar á los oidos del general las proposiciones mas lisonjeras de capitulacion; ofreciendo que sería la mas

ventajosa; contentándose con que Zaragoza admitiese á la tropa francesa. Es bien notorio el fin á que se dirigian todas estas lisonjas, de las que se hizo el aprecio merecido, respondiendo á todas ellas con el cañon. Desengañados los franceses de que ni la fuerza, ni la falsedad reducirian á Zaragoza, llamados por los movimientos de Francia, desanimados con los golpes de Andalucía y Castilla, saciaron su rabia revolviendo sus furias contra los edificios del Torreró, contra el convento del Carmen, y contra el de santa Engracia, tumba de los Mártires cesaraugustanos. La noche del 12 al 13 se vieron los incendios del Torrero, y de los barrios de Zaragoza; ardian aquellos monumentos augustos de la antigüedad cristiana, el Hospital general, y el incomparable convento de san Francisco. Para disimular su fuga continuaron su fuego; y á las doce de la noche del 13 dispararon varios cañonazos, y la última de sus granadas.

Se conocia lo mismo que constaba por los avisos que iban llegando, que los franceses iban á desertar el sitio; pero cuando vino la mañana, quedó descubierta la retirada de los enemigos. Despues de dos meses de la mayor opresion, se vió libre Zaragoza: salió á ver por sus ojos la fuga de sus sitiadores: las puertas de santa Engracia, del Carmen y la Quemada, el Torrero, la casa Blanca, las baterías de toda la circunferencia abandonadas, sin descubrirse un frances en toda la comarca. La huida de estos hombres mas es una derrota que una separacion, pues todos sus campamentos han quedado cubiertos de víveres, municiones, armas, cañones y obuses; muchas alhajas y ropas del pillage de los pueblos saqueados; bombas y granadas, y todo género de repuestos. El dia 14 de agosto ha sido un dia de victoria y de alegría, en que hemos roto las cadenas que quiso echarnos al cuello la tiranía francesa. Los incendios y siete mil bombas han dejado destrozada la séptima parte de la ciudad, y llena de ruinas; pero sus ciudadanos la miran ahora mucho mas hermosa con el grande nombre y eterna fama que éstas le han procurado." Esta relacion oficial fue la única que circuló por todos los ángulos de la Península; y ya se vé por la que acaba de leerse cuán distante estaba de dar una idea de los su-

cesos ocurridos en los dias mas críticos y apurados, como lo fueron los trascurridos desde el 4 hasta el 13. Esta brevedad, efecto de la escasez de datos, que no era posible reunir en aquellas circunstancias, la suplió la fama aligera, que con cien lenguas iba publicando lo grande é inconcebible de aquellos acontecimientos (1). Entre las víctimas que sacrificaron en su entrada el dia 4, lo fueron el ex-provincial fray José Moya, y ocho religiosos franciscanos; la ministra del convento de Altabas sor Engracia Campos; el coronel de dragones del Rey don Pedro del Castillo; el abogado don Dionisio Trallero, y los relojeros Chatel y Perrina.

NOTA 30.

PAGINA 262, TOMO 1.º

Este suceso es memorable en la gloriosa insurreccion española. Apenas se instaló la junta suprema Central, cuando, conociendo el usurpador su importancia é influencia, procuró usar de los ardides que le eran familiares para destruirla. Su táctica, bien conocida, se desplegó de un modo original y asombroso. Comenzaron sus agentes á hacerla la guerra con la pluma, poniendo tachas y defectos á los poderes, criticando la conducta de las juntas provinciales, apoyándose de los actos mas indiferentes, é invocando las leyes para sobrecoger á los incautos. La imprenta, que tantas ventajas ha producido, es un arma que, puesta en ciertas manos, causa estragos en las épocas turbulentas. Los mismos progresos de las luces sirven á las veces para ocultar bajo una hipocresía y política miras atroces y destructoras; y ahora que han trascurrido ya veinte años, podrán conocer los españoles cuál pudo ser el móvil de los escritos que en-

(1) En artículo fecha 19 de agosto se publicó la noticia, que con la del 17 recibió el gobierno á las diez de la noche, de haber levantado los franceses el sitio de Zaragoza; y entre otras cosas decia: «De todas las provincias y ciudades se han recibido papeles impresos, cartas y noticias de los sucesos ocurridos en ellas; pero Zaragoza ha sido tan desgraciada, que no hemos podido adquirirlas ni para llenar una página. En fin, ha llegado el dia en que sus contínuas y señaladas victorias necesitan de un gran libro, y de un Zurita para escribirlas dignamente.»

tonces se publicaron, de las tropelías que se cometieron, y de la debilidad de algunos hombres que, por su posicion y luces, no debian haberse dejado alucinar tanto, y mas sabiendo que la salvacion de la patria es la suprema ley; pero el tiempo, calmando las pasiones, descubre por fin la verdad, y hace justicia á los que aquellas denigraron. Lo sensible es que algunos, inclinados á ver las cosas á su manera, hayan coincidido últimamente en iguales extravíos. Los escritores ingleses Southey y Napier, despues de aplicarse indebidamente la gloria que fue exclusiva de las juntas particulares y provinciales, las imputan que no querian se estableciese una autoridad suprema que, acallando las tumultuarias pasiones del momento, pudiera, bajo la influencia británica, sostenerse con vigor, por no abandonar el mando: que, recelosas del Consejo, cuyo poder temian, trataron de destruirle: que en los poderes que algunas dieron, prevenian que sus comitentes no habian de votar sino con arreglo á lo que ellas les sugirieran; y cuando las de Sevilla y Valencia se vieron precisadas á reformarlos, les dieron instrucciones reservadas, concebidas bajo la primera idea; y últimamente, que los diputados en la Central no tenian mas conocimientos que los de sus provincias; que para darse tono hablaban con exageracion, con otras especies ridículas, y solo propias de quien no mira en asuntos de esta clase sino el flanco mas debil, sin tomarse la pena de examinar lo mucho que se ha escrito en el particular. Don José Canga Argüelles en su obra, que ha impreso en Londres en 1829, titulada: *Observaciones sobre la historia de la guerra de España, que escribieron los señores Clarke, Southey, Londonderry y Napier, tomo* 1.°, *párrafo* 5 *y* 12, *página* 151 *y* 204, refuta victoriosamente semejantes imputaciones: y si los ingleses, antes de escribir, hubiesen leido la *Exposicion* que hicieron á las Cortes generales y extraordinarias los individuos de la suprema junta Central, las *Memorias del señor Jovellanos*, publicadas en 1811, y otras producciones; si cuando estuvieron en España hubieran conferenciado con personas ilustradas, es regular que fuese su lenguage el que exige una crítica ajustada; y que no habrian incurrido en semejantes incongruencias.

NOTA 31.

PAGINA 263, TOMO 1.º

Palafox conoció bien que era preciso reconcentrar la autoridad; pero el asunto, como árduo y nuevo, ofrecia graves dificultades, no solo con respecto á la eleccion de personas, sino sobre el modo de conferir los poderes. Con este motivo ocurrió lo que queda referido; y como los poderes de Aragon y Navarra contenian la cláusula de darse para el establecimiento de una Regencia; visto en la junta, se devolvieron, y se mandaron en esta forma: = "Aragon. *In nomine Dei. Amen.* Sea á todos manifiesto que yo don José Rebolledo de Palafox y Melci, Bermudez de Castro, Borja, Gurrea de Aragon, Urrea, Moncayo, Bardají, Moncada, Figueroa de Velasco, Osorio, Eril, Urries, &c.; oficial mayor de reales Guardias de Corps; brigadier de los reales ejércitos; caballero de la ínclita orden de san Juan de Jerusalén, comendador de Montanchuelos en la de Calatrava, capitan general y gobernador político y militar del reino de Aragon por eleccion del pueblo, reconocido por aclamacion en la junta de cortes celebrada en esta ciudad en 9 de junio último pasado: Digo: Que estando próximas á abrirse las sesiones de la junta Central, compuesta de diputados de todas las provincias de la Península no sojuzgadas por el enemigo, habia nombrado en el mio, y para representar este reino, á los señores don Francisco Rebolledo Palafox y Melci, brigadier de los reales ejércitos, y don Lorenzo Calvo, intendente general del mismo; dándoles las instrucciones que estimé mas convenientes para el logro de los fines comunes, y á las que debian conformarse; pero siendo sin tal restriccion, ni semejante limitacion los poderes que habian presentado la mayor parte de los diputados, se hace necesario que á los ya nombrados de este reino se les deje la misma ampliacion en los que les confiera. En consecuencia, declaro que doy mi representacion, y las facultades mas ámplias é

ilimitadas, á los señores expresados don Francisco Rebolledo de Palafox y Melci, y don Lorenzo Calvo; para que con la misma libertad que los que mas de los señores diputados en la junta Central puedan proponer, deliberar, aprobar, reponer, reformar, y hacer todo lo que les pareciere y creyesen en su conciencia ser mas util y provechoso á la patria en general, y á este reino en particular, mas conducente á redimir la persona de nuestro soberano Fernando VII, y restablecerle en su trono, y mas conforme á los verdaderos intereses, defensa y felicidad de la España y sus Indias. Pues el poder que para todo ello, cada cosa y parte necesitan, les confiero por el presente, el mas ámplio, cumplido y bastante que puedo y debo, sin limitacion ni restriccion; y prometo haber por firme y válido cuanto en virtud de él hicieren y otorgáren; y no revocar en tiempo, ni por ningun motivo; bajo la obligacion que á ello hago de mis bienes y rentas, habidas y por haber. Hecho fue lo sobredicho en la ciudad de Zaragoza, capital del reino de Aragon, á 26 dias del mes de setiembre del año, contado del nacimiento de nuestro señor Jesucristo, 1808; siendo presentes por testigos el coronel don Fernando Butron, y el teniente coronel don Joaquin García, ambos residentes en la expresada ciudad. Queda firmado este poder en papel del sello cuarto en su nota original, segun fuero de Aragon y reales órdenes.

El dia siguiente al otorgamiento de este poder convocó el excelentísimo señor don José Palafox, gobernador, gefe político y militar de este reino, una junta general, compuesta de los individuos que fueron elegidos para la junta suprema establecida en las cortes que se celebraron el mes de junio anterior, de los ministros del real Acuerdo, del teniente corregidor é individuos del ilustre Ayuntamiento, con asistencia de los diputados y síndico procurador general, de una diputacion del Cabildo eclesiástico, de los lumineros de las parroquias, y del capitan don Mariano Cerezo: en ella presentó el citado poder, y expuso las razones que motivaban esta nueva disposicion, para que, enterada la junta, le propusiese y deliberase lo que estimase mas conveniente: y despues de una madura y detenida reflexion, manifestaron

todos los señores vocales unánimemente no tenian que proponer cosa alguna en contrario, antes bien estaban prontos á aprobar y ratificar dicho poder; como en efecto, ante mí el escribano y testigos dijeron lo aprobaban y ratificaban en todo y por todo, en la mejor y mas cumplida forma que podian y debian hacerlo; prometiendo estar á su observancia y cumplimiento, y no contravenir, ni revocarlo en manera alguna, bajo la obligacion de sus bienes y rentas, muebles y raices, habidos y por haber. Hecho fue lo sobredicho en la ciudad de Zaragoza á 27 dias del mes de setiembre de 1808; siendo testigos el coronel don Manuel de Ena, y el teniente coronel don Joaquin García, ambos residentes en esta ciudad. Está firmada la adicion con iguales formalidades que el poder; y todo autorizado por don Francisco Lopez, escribano real de S. M., del número del corregimiento y juzgados ordinario y provincia de la ciudad de Zaragoza, y principal de guerra del ejército y reino de Aragon, y comprobado con la legalizacion de tres escribanos del Colegio de la referida ciudad de Zaragoza" (1).

NOTA 32.

PÁGINA 266, TOMO 1.°

Alocucion que el conde de Rastopchin, gobernador de Moscow, dirigió á las personas mas ilustradas y ricas para enterarles de la aproximacion de los franceses (2).

¡Valerosos moscovitas! Nuestro enemigo se acerca, y ya ois rugir su artillería no lejos de nuestros arrabales. El perverso quiere derribar un trono cuyo esplendor ofusca el suyo. Hemos cedido el terreno, pero no hemos sido venci-

(1) Las razones que se tuvieron para la devolucion de los primeros poderes, y mandarlos en esta forma, se hallan en la *Exposicion* que hicieron á las Cortes generales y extraordinarias los individuos que compusieron la junta Central suprema gubernativa de la misma, *Sec* 1.ª *p.* 13, *impresa en Cadiz año* 1811.

(2) *Relacion circunstanciada de la campaña de Rusia en* 1812, por don Eugenio Labaume, gefe de escuadron, caballero de la legion de Honor, &c., traducida por don Juan Lopez de Peñalver, *tom.* 1.°, *pag.* 313 *á la* 324.

dos. Bien sabeis que nuestro imperio, á imitacion de nuestros antepasados, reside en nuestro campo. Nuestros ejércitos estan casi intactos; y cada dia se refuerzan con nueva gente, mientras que los del pérfido, por el contrario, vienen exhaustos y aniquilados: el insensato pensaba que su águila victoriosa, despues de andar errante desde las orillas del Tajo hasta las del Volga, podria despedazar á la que, criada en el seno del Kremlin, ha alzado su rápido vuelo, y cerniéndose sobre nuestras cabezas, extiende una de sus alas hasta el polo, y la otra hasta mas allá del Bósforo. Tengamos perseverancia, y me atrevo á aseguraros que la patria saldrá del seno de sus ruinas mas grande y magestuosa. Para conseguir tan grandes efectos, pensad, amigos, que es preciso hacer grandes sacrificios, y renunciar á lo mas amado. Dad hoy pruebas de que sois los dignos émulos de los Pojarskis, de los Palitsires y de los Minines, quienes, en tiempos todavía mas desgraciados, establecieron á fuerza de valor la creencia de que el Kremlin era sagrado. Mantened esta piadosa tradicion; y para defenderla, arme cada uno su brazo contra el cruel enemigo, que quiere destruir nuestro imperio y saquear nuestros altares. Para alcanzar la victoria, todo se ha de sacrificar, pues sin ella, perdereis vuestro honor, vuestros bienes, y vuestra independencia. Pero si, por efecto de la ira celestial, permite Dios por un instante que el crímen triunfe, acordaos que el deber mas sagrado vuestro es huir á los desiertos, y abandonar una tierra, que no será vuestra patria desde el punto en que la mancillen vuestros opresores. Los moradores de Zaragoza, teniendo siempre ante sus ojos el valor inmortal de sus abuelos, quienes, por no sujetarse al yugo de los romanos, encendieron una hoguera, y sepultaron en ella sus bienes, sus familias, y ellos mismos, han preferido morir entre las ruinas de su ciudad antes que doblarse á la injusticia. Hoy la misma tiranía nos amenaza con sus horrores. Haced, pues, ver al universo que el ejemplo memorable de la España no ha sido perdido para la Rusia. = A este discurso se siguió la mas violenta agitacion: todos los senadores lo aplaudieron; y, á excepcion de siete, votaron que se quemase Moscow. Luego que el pue-

blo supo esta resolucion, corrió por las calles principales gritando, instigado de la nobleza, que era mejor perecer que vivir sin patria y sin religion. Aquellos á quienes naturaleza habia negado el valor, se metian en sus casas para librar del peligro á sus familias: unos huian, yéndose á los montes, sin miedo al hambre y á la muerte: otros, al contrario, juraban defender la ciudad, ó se iban con el ejército, que se retiraba. Los demas acudian á las armas, y se refugiaron en el Kremlin, mientras que otros, mas exasperados, fueron con hachas á pegar fuego á la Bolsa, que encerraba riquezas inmensas, y podria el ejército frances hallar en ella con que subsistir todo el invierno.

ESTADO

DE LOS HERIDOS EN LA ACCION DEL 15 DE JUNIO DE 1808, CONOCIDA POR LA BATALLA DE LAS HERAS.

La H *denota herido, la* Q *quemado, la* C *contuso.*

El teniente coronel de dragones del Rey don Pedro del Castillo, fracturadas dos costillas.
El teniente de idem don Jacinto Irrisarri. . . . . H.
El teniente de paisanos don Mariano Palacio. . . . . C.
El ayudante del tercero de fusileros don Joaquin Montalvan. . . . . C.
El alferez retirado don Esteban Retamar. . . . . H.
El oficial de paisanos don Juan Sandoval. . . . . C.

Artilleros.

Juan Araujo	Q.	Francisco Valles	Q.
Felipe Campo	H.	José Alauste	Q.
Manuel Sierra	C.	Tomas Arribas	Q.
Eusebio de la Fuente	Q.	Miguel Ciria	Q.
Alejandro Ruiz	H.	Martin Muñoz	Q.
Toribio Lostao	H.	José Jimenez	Q.
Manuel del Rio	Q.	Nicolás García	Q.
Ildefonso Burgos	H.	Fausto Ramirez	Q.
Pascual Marco	H.		

Dragones del Rey.

Vicente Forner	C.	Juan Arias	H.
José Conde	H.	Francisco Amian	H.

Voluntarios.

Prudencio Vela	H.	Iñigo Casao	H.
Antonio Espinosa	H.	Mariano Fraile	H.
Antonio Embi	H.		

Regimiento de Tarragona.

Ramon Omení. . . . . . . H.	Pedro Cruel. . . . . H.

Walonas, y Suizos.

Alejandro Piedrafita. . . H.	Luis Dispe. . . . . H.
Alejandro Crusc. . . . . . H.	Miguel Gullet. . . . . H.
José Riche. . . . . H.	Francisco Galiot. . . . . . H.
Antonio Virac. . . . . . . H.	

Regimiento de Borbon.

Laureano Grajal. . . . . H.

Religiosos.

Dos frailes franciscos. . . H.	Uno agustino. . . . . Q.

Paisanos.

Salvador Pintre. . . . . . H.	Miguel Grao. . . . . H.
Francisco Esteban. . . . . H.	Antonio Buen-dia. . . . . H.
José Gonzalez. . . . . . . H.	Antonio Andia. . . . . . . H.
Atanasio Martinez. . . . . H.	Rafael Felipe. . . . . H.
Manuel Fuste. . . . . . . H.	Rafael Herrero. . . . . . . C.
Joaquin Bailo. . . . . . . H.	Pedro la Bastida. . . . . . H.
Manuel Trillas. . . . . . . H.	Juan Estella. . . . . H.
Ignacio Aramburo. . . . . H.	Francisco Bailo. . . . . . . C.
Domingo Ubeño. . . . . . H.	José Almenara. . . . . . . H.
Tomás Serrano. . . . . . . H.	José Morcate. . . . . H.
Mauricio Jimenez. . . . . H.	Mariano Viana. . . . . . . H.
Miguel Tallero. . . . . . . H.	Antonio Jirez. . . . . H.
Pedro Lerin. . . . . H.	Pablo Lobateda. . . . . . H.
Manuel Maurillo. . . . . . H.	Benito Lazuña. . . . . . . H.
Manuel Cortés. . . . . . . H.	Manuel Amuel. . . . . . . H.
Francisco Miguel. . . . . . H.	Bernardo Calvete. . . . . H.
Mariano Lamarca. . . . . H.	José Sierra. . . . . H.
Lorenzo Arroyo. . . . . . . H.	Antonio Jimenez. . . . . . Q.
Nicasio Chueca. . . . . . . H.	Agustin Lopez. . . . . Q.
Sebastian Lezcano. . . . . H.	Tomás Dominguez. . . . . H.
Miguel Martin. . . . . H.	Antonio Belio. . . . . H.

Francisco Plot. . . . . . . H.
Blas Galvez. . . . . Q.
Fermin Villagrasa.. . . . H.
Juan Arren.. . . . . H.
Francisco Lastarras. . . . H.
Juan de Gracia.. . . . . . H.
Pedro Roy.. . . . . H.
Francisco Pascual. . . . . H.
Felipe Villar. . . . . H.
Mariano la Fuente. . . . H.
Diego Mencio. . . . . . . H.
Juan Matias.. . . . . H.
Pedro Robles. . . . . H.
Juan de Gracia.. . . . . . . H.
José Lorens.. . . . . H.
Luis la Lana. . . . . H.
Manuel Valls. . . . . H.
Pascual Gracia. . . . . H.
Miguel Andres.. . . . . . . H.
Antonio Royo. . . . . H.
Manuel Llorens. . . . . . H.
Melchor Layus.. . . . . . . H.
Gerónimo Brase. . . . . . H.
Pedro Poyo. . . . . C.
Bruno Vio.. . . . . H.
Miguel Castillo.. . . . . . . H.
Miguel Fatuarte.. . . . . . H.
Valero Alaber. . . . . H.
Joaquin Felix. . . . . H.
Pedro Cervera.. . . . . H.
Agustin Salaifran.. . . . . H.
Mariano Castellon.. . . . . H.
Pablo Juna. . . . . H.
Matias Ribera.. . . . . H.
Manuel Beria.. . . . . H.
Antonio Tomás. . . . . . . H.
Juan Corolla. . . . . C.
Dionisio García. . . . . . . Q.
Silvestre Lerete. . . . . . H.
Blas Cortés. . . . . H.
Manuel Uson.. . . . . H.
Pablo Manero. . . . . . . H.
José Esteban. . . . . H.
Miguel Galvez. . . . . . . H.
Joaquin Vielsun. . . . . . H.
Serafin Gonzalez. . . . . H.
Gabriel Ruiz. . . . . H.
Ramon Loscos. . . . . H.
Mariano Ibañez. . . . . . H.
Joaquin Marco. . . . . H.
Antonio Satulana. . . . . Q.
Francisco Be. . . . . H.
Camilo Alonso.. . . . . . . H.
Pedro Fortane.. . . . . . . H.
Joaquin la Sala.. . . . . . H.
Juan Egea.. . . . . H.
Mariano Sancho. . . . . . H.
Antonio Mora. . . . . . . H.
Manuel Causa. . . . . . . H.
Manuel Serrano. . . . . . H.
Antonio Oliete.. . . . . . . C.
Joaquin de Gracia. . . . . H.
Juan Ibañez. . . . . H.
Francisco Casa-mediana. H.
Joaquin Gros. . . . . H.
Matías Buñon.. . . . . H.
Antonio Fistago. . . . . . H.
Domingo Muñoz.. . . . . . H.
Bernardo Martinez. . . . H.
Manuel Ardid. . . . . H.
Antonio Calvo. . . . . H.
José Ginés.. . . . . H.
Lucas Ciria. . . . . H.
José Mijeljona. . . . . H.
Esteban Melus. . . . . H.
Valero Miguel. . . . . H.

José Baquero.	H.	Tomás de Gracia.	H.
Mariano Ramirez.	H.	Manuel Gil.	H.
José Sanz.	H.	Celestino Jamundi. . . .	H.
Carlos Ordoñez.	H.	Ambrosio Sabio.	H.
Manuel Soria.	H.	Baltasar Lopez.	H.
Juan Martin.	H.	Dos paisanos.	Q.
Mateo Valero.	H.		

Dos prisioneros. . . . . H.

Asciende el número de heridos á ciento setenta y siete. Zaragoza 24 *de junio de* 1808. = *Serafin Rincon.*

Estado de las fuerzas francesas que, segun el general Foy, habia en España en el mes de mayo de 1808.

	HOMBRES.	CABALLOS.
Al mando de Junot.	24.978.	1.771.
Al de Dupont.	24.428.	4.050.
Al de Moncey.	29.341.	3.860.
Al de Bessieres.	19.036.	1.881.
Al de Duhesme.	12.724.	2.033.
Guardia imperial.	6.412.	3.300.
	116.919.	16.895.

Estos ejércitos constaban en abril de 1808 de las siguientes divisiones:

	BATALLONES.	ESCUADRONES.	COMPAÑÍAS.
1.º.	25 infantería. . .	11 caballería.	$11\frac{1}{2}$ artillería.
Id.	. . . .	. . . .	2 equipage.
2.º.	18 id. y 3 comp.s	11 id.	$3\frac{1}{4}$ artillería.
3.º.	27 id.	. . . .	2 id.
4.º.	51 id.	10 id.	5 id.
5.º.	10 id.	8 id.	2 id.

Resumen general del estado que describe la organizacion y fuerza del ejército permanente español, y la de los cuerpos de milicias provinciales en mayo de 1808.

	Armas.	Batall.s ó escuad.s	Gefes y oficiales.	Tropa.	Caballos.
En España y Portugal.	Tropa de casa real.	6	....	7.280	1.117
	Infantería de línea.	105	2.450	37.967	
	Infantería ligera.	10	410	11.275	
	Infantería suiza.	12	....	10.977	
	Artillería.	...	282	4.581	317
	Ingenieros y zapadores.	2	169	922	
	Caballería.	95	763	11.241	7.443
	Milicias.	50	1.853	29.961	
		280	....	114.204	8.877
En el norte de Europa.	Infantería de línea.	12	280	7.975	
	Infantería ligera.	2	82	2.299	
	Artillería.	...	10	306	
	Ingenieros y zapadores.	...	5	127	
	Caballería.	25	195	3.058	2.358
		39	572	13.765	2.358
Total en España y Portugal.		280	....	114.204	8.877
Total en el norte de Europa.		39	572	13.765	2.358
Total general.		319	....	127.969	11.235

Estado de las fuerzas que habia en Zaragoza á principios de junio de 1808, pocos dias despues de haberse pronunciado por la justa causa, y pocos antes de ser atacada por el general Lebfevre.

	Cuerpos.	Tropa.	Caballos.
De cuerpos veteranos, ó del ejército.	Voluntarios de Aragon que se hallaban de bandera de los dos batallones	300.	
	Id. que estaban de partida de varios cuerpos	456.	
	Reclutas de los cuerpos de voluntarios de Aragon	157.	
	Dragones del Rey	300.	90.
	Artilleros y zapadores	250.	
Del nuevo alistamiento.	Cinco tercios de paisanos reglamentados, á mil hombres cada uno	5.000.	
	Dos tercios de fusileros, de á mil hombres	2.000.	
	Compañías de Obispo	400.	
	Total	8.863.	90.

Nota. Habia en la plaza á principios de mayo en clase de agregados 6 coroneles, 12 graduados de coronel, 7 tenientes coroneles, 33 capitanes, 46 tenientes, y 11 subtenientes. La compañía de fusileros de Aragon constaba de 5 oficiales, 11 sargentos, 21 cabos, y 168 soldados. Las partidas de recluta, y en comisiones, se componian de 5 capitanes, 23 subalternos, 41 sargentos, tres tambores, 70 cabos, 383 soldados, y 157 reclutas. Con este pie, y los que empezaron á llegar de otras provincias, se formó el ejército de Aragon.

Plana mayor.
- Capitan general de la provincia, y general en gefe: don José Palafox y Melci.
- Segundo: el teniente general marques de Lazan.
- Mayor general de infantería: el brigadier don José Obispo.

Estado de la fuerza y armamento que tenia el ejército del reino de Aragon en 13 de agosto de 1808.

CUERPOS.	FUERZA TOTAL. Tropa.	ARMAMENTO. Fusiles.	Lanzas.
Tercer batallon de reales guardias españolas	470.	470.	
Fernando 7.º	808.	300.	
Extremadura	925.	524.	
Primer batallon volunt.s de Aragon.	666.	430.	
Segundo de idem	1.043.	962.	
Batallon de fusileros de Aragon	588.	588.	
Batallon de reserva del General	379.	334.	
Primer batallon ligero de Zaragoza	577.	200.	
Segundo idem de idem	640.	85.	
Primer tercio de volunt.s aragoneses.	191.	148.	
Segundo idem	195.	119.	
Tercero idem	782.	515.	
Cuarto idem	878.	500.	
Quinto idem	634.	164.	67.
Tercio de don Gerónimo Torres	327.	79.	
Tercio de Barbastro	1.112.	650.	220.
Tercio de Huesca	1.865.	1.865.	
Extrangeros suizos	84.	71.	
Cazadores portugueses	62.	62.	
Compañías extrangeras de Casamayor.	90.	90.	
Dos comp.s de miqueletes de Lérida.	200.	200.	
Compañías de Monzon	156.	74.	20.
Compañías de Cerezo	298.	298.	
Compañías cívicas de san Pablo	154.	154.	
Compañías de Tauste	106.		
Lanceros de la Almunia	109.	9.	100.
Compañia de Benaven	36.	36.	
Suma total	13.375.	8.927.	407.

PLANA MAYOR.

Capitan general de la provincia, y general en gefe: el brigadier don José de Palafox y Melci.
Segundo: el teniente general marques de Lazan.
Mayor general de infanteria: el brigadier don José Obispo.

DOCUMENTOS PUBLICADOS É INEDITOS

QUE SE HAN TENIDO PRESENTES

PARA ESCRIBIR LA HISTORIA DE LOS DOS SITIOS.

Los diarios, gacetas, bandos, proclamas y manifiestos que se dieron á luz desde el 1.° de mayo de 1808 hasta el 26 de febrero de 1809 inclusive.

Los números 28, 29 y 30 de los dias 3, 10 y 17 de agosto de 1809 del Semanario patriótico, en los que se halla una relacion de lo ocurrido en el segundo sitio; por el señor don Pedro María Ric, baron de Valdeolivos, regènte de la audiencia de Aragon.

Un impreso sin título, fechado en Murcia á 20 de agosto de 1809, con una adicion, ó notas; firmado en Palma á 20 de octubre de 1811 por el general don Luis Gonzaga de Villaba, comandante de artillería.

El Apéndice al cuadro de la España, que en 1812 dió á luz el coronel don Ignacio Garciny, intendente del ejército y reino de Aragon.

Defensa de Zaragoza, ó relacion de los dos sitios que sostuvo en 1808 y 1809; por don Manuel Caballero, teniente coronel de ingenieros, y empleado en dicha plaza; y la traduccion que hizo en frances M. L. V. Angliviel de la Beaumelle.

Memorias para la formacion de la historia militar de la guerra de España, y resumen de lo que ocurrió en el segundo sitio; por el coronel de los reales ejércitos don Fernando García de Marín.

El Manifiesto del general don Francisco Javier Castaños, fecho en san Gerónimo de Buena-vista á 6 de enero de 1809.

Observaciones sobre la historia de la guerra de España, que escribieron los señores Clarke, Southey, Londonderry y Napier; por don José Canga Argüelles.

Historia del asedio de Zaragoza; por el doctor don Ignacio de Asso. Comenzó á imprimirse, pero la venida de los franceses impidió llevarse adelante, y quedó inédita.

Sucinta relacion de las obras ofensivas y defensivas que se han ejecutado durante el sitio de la ciudad de Zaragoza en el año 1808, escrita de orden del comandante del real cuerpo de ingenieros de la misma plaza por un oficial del expresado real cuerpo; dedicada á la memoria del general Urrutia. *Este manuscrito lo proporcionó el*

señor don Antonio Cornel, ministro que fue de la Guerra, con fecha en Palma 15 *de abril de* 1814.

Campaña de verano del año de 1808 en los reinos de Arágon y Navarra; por el teniente general marques de Lazan: inédito.

Excesos de valor y patriotismo, ó relacion de lo ocurrido en los dos sitios de Zaragoza, para que sirva de comentario á la historia general; por el doctor don Miguel Perez y Otal, beneficiado de la Magdalena: inédito.

Relacion de los sitios de Zaragoza y Tortosa, en frances; por el señor baron Rogniat, teniente general del ejército frances, é inspector de las fortificaciones.

La traduccion con notas que hizo de esta obra don Pedro Ferrer Casaus.

La gaceta de Francia de 28 de setiembre de 1814, en que se anunció la referida obra. La traduccion que hizo del artículo el coronel don José Herrera Dávila, y las notas de don Fernando García de Marín, que todo lo incluyen las citadas Memorias.

Diario histórico del segundo sitio de Zaragoza, en frances; por el señor Daudebard de Ferusac, comandante de batallon, y del estado mayor.

Memorias del Mariscal Suchet sobre sus campañas en España desde 1808 á 1814, escritas por el mismo en frances.

NOTA.

Sobre los sitios de Zaragoza se han publicado el poema épico, titulado: La Iberiada; por el padre fray Ramon Valvidares y Longo, monge gerónimo del monasterio de Bornos; y el que compuso el señor don Francisco Martinez de la Rosa para disputar el premio que ofreció la suprema junta Central poco despues de acaecida su rendicion. Se cree fue éste elegido para que recayese en él por los señores don Melchor Gaspar de Jovellanos y don Manuel José Quintana, que disfrutan de una justa nombradía; pero se retardó la adjudicacion: y las desgracias sobrevenidas hicieron que su autor lo imprimiese en Londres por el año de 1811. *Se halla inserto en el tomo* 3.° *de sus obras, impresas en París año de* 1827.

SUSCRIPTORES.

El serenísimo señor Infante D. Carlos María Isidro.

El serenísimo señor Infante D. Francisco de Paula Antonio, *dos ejemplares.*

La serenísima señora Princesa de la Beira.

El serenísimo señor Infante D. Sebastian.

EN MADRID.

Excelentísimo señor don Miguel de Ibarrola, marques de Zambrano, secretario de Estádo y del despachó de la Guerra.

Excelentísimo señor don Luis Lopez Ballesteros, secretario de Estado y del despacho de Hacienda, del consejo de Estado.

Excelentísimo señor Marques de Campo-sagrado, decano del consejo supremo de la Guerra.

Excelentísimo señor don Pascual de Liñan, capitan general de Castilla la nueva.

Excelentísimo señor don Diego Ballesteros, mariscal de campo, é inspector general de caballería.

Excelentísimo é ilustrísimo señor don Joaquin Abarca y Blanquez, obispo de Leon, del consejo de S. M. en el de Estado.

Excelentísimo señor don Francisco Javier Castaños, capitan general de los reales ejércitos, del consejo de S. M. en el de Estado, caballero de la insigne orden del Toison de oro.

Excelentísimo señor don José Aznarez, del consejo de S. M. en el de Estado.

Excelentísimo señor don José María Puig de Samper, deca-

no, y gobernador interino del consejo y cámara de S. M. en el supremo de Castilla.

El Ilustrísimo señor don Niceto de Larreta, ministro efectivo de capa y espada del supremo consejo de Hacienda, y honorario de la cámara de Guerra, director general de Propios y Arbitrios del reino.

El archivo del excelentísimo Ayuntamiento de esta corte.

Señor don Carlos Sexti, mariscal de campo, y gefe de la brigada ligera de caballería de la Guardia Real.

Señor don Pedro Alcántara Musso, brigadier de los reales ejércitos, y gefe de la plana mayor de la segunda division de la Guardia Real de infantería.

Excelentísimo señor don Manuel María de Pusterla, mariscal de campo, y caballero gran cruz de la real y militar orden de san Hermenegildo.

Excelentísimo señor Duque de Alagon, teniente general de los reales ejércitos, caballero de la insigne orden del Toison de oro, capitan del cuerpo de Guardias de la Real Persona.

Excelentísimo señor Duque de San Fernando.

Excelentísimo señor Duque de Villahermosa, caballero de la insigne orden del Toison de oro.

Excelentísimo señor Duque de Berwick y Alva.

Excelentísimo señor Marques de Espinardo.

Excelentísima señora doña Francisca Soler de Palafox.

Señor don Francisco Pilar Mariano Palafox Soler.

La Inspeccion general de Milicias.

Señor don Antonio Gallego y Valcarcel.

Señor don Antonio Moreno, coronel brigadier del segundo regimiento de Granaderos provinciales de la Guardia Real de infantería.

Señor don José Delicado, primer ayudante del mismo.

Señor don Mariano Urrea, capitan de idem.

Señor don Miguel Perez, idem, idem.

Señor don Carlos Solana, teniente idem.

Señor don Claudio Serra, idem, idem.

Señor don Antonio Remon Zarco del Valle, brigadier de los reales ejércitos.

Señor don Juan Miguel de Grijalva, ayuda de cámara de S. M., secretario de la real Estampilla, caballero pensionado de la distinguida orden de Carlos III.

Excelentísimo señor don Manuel Fernandez Varela, del consejo de S. M., y comisario apostólico general de Cruzada.

Señor don Juan Manuel Parreño, teniente coronel de los reales ejércitos.

Señor don Faustino de Garay, coronel retirado de caballería.

Señor don Felix Onceilly, capitan de Provinciales.

Señor don Ramon de Sus y Otal, teniente coronel.

Señor don Juan de Montenegro, coronel comandante de artilleria.

Señor don Ramon de Queraltó, intendente de ejército, y gefe de la comision central de liquidacion de atrasos de la real hacienda.

Señor don Mariano Aznar, contador principal de correos de Aragon, condecorado con la cruz de distincion de los sitios de Zaragoza.

Señor don Vicente Murillo y Montes, del consejo de S. M., su secretario honorario, y secretario contador del real canal de Manzanares.

Señor don José Antonio Ponzoa, catedrático de economía política, individuo de la real y suprema junta general de Caridad.

Señor don José Antonio Secanell, teniente coronel de los reales ejércitos.

Señor don P. M. y M.

Monsieur Williams Jentick.

El señor don Valentin Recio, decano del ilustre colegio de Abogados de Madrid.

El Ayuntamiento de la villa de la Torre de Esteban-ambran, partido de Colmenar el viejo, en Guadalajara.

El de la villa de Hortaleza, partido de Madrid.

Señor don José María Catalan.

Señor don Gregorio Baquedano.

El padre fray Ramon de san Antonio.

El ilustre Ayuntamiento de la ciudad de Trujillo, en Extremadura.

42:

El Ayuntamiento de la villa de Arganda, partido de Madrid.
El de la villa de Pinto, idem de idem.
El de la villa de Fuente-novilla, idem de idem.
Señor don Luis Ortega Morejon.
Señor don José Antonio Fernandez.
Señor don José María Alvarez Zayas.
Señor don Francisco Pedro Bueno.
El padre fray Mariano del Pilar, carmelita calzado.
Señor don Francisco de Paula Vasallo.
Señor don Miguel Salgado y Oliva, capitan de artillería.
El Ayuntamiento de la villa de Albolóduy, partido de Almería, en Extremadura.
Señor don José María Busengol.
Señor don Gregorio de la Iglesia, abogado de los reales Consejos, archivero del señor duque de Alva.
El Ayuntamiento del lugar de Fuenlabrada, partido de Madrid.
El de Carabanchel de abajo, idem de idem.
El de la villa de Paracuellos de Jarama, idem de idem.
Señor don Francisco Cabo.
Señor don Juan Torres.
Señor don Pedro Wamba.
Señor don Gregorio María Jovevalde.
Señor don Manuel Gomez.
El padre fray Gavino de la Madre de Dios, carmelita.
Señor don Mariano Obispo y Medina, oficial de la Contaduría general de la Real casa.
Señor don José María de Acosta.
Señor don Luis Aguirre.
Señor don Juan de Lecanda.
Señor don Nicolás Mediano Jove.
Señor don Manuel Jimenez Guazo.
Señora doña Francisca de Paula Alvarez de Castro.
El Ayuntamiento del Quintanar de la Orden, partido de Villanueva de los Infantes, en la Mancha.
Señor don Mariano Alvarez y Calvo.
Señor don Nemesio Galde.
Señor don Francisco de Chaves Artacho.

Señor don Antonio Maria Alemany.
Señor don Juan Muguiro.
Señor don Ramon Castilla.
El Ayuntamiento de la villa de Zurgena, partido de Baza, en Granada.
Señor don G. P. T.
Señor don Mariano Orona y Eroles, alcalde mayor de la villa de la Mota del Cuervo.
Señor don José de la Bárcena.
Señor don José Francisco de Goyeneche.
Señor don Vicente de Alzaybar.
Señor don Gregorio Roche, escribano de cámara de la Sala de señores Alcaldes de Casa y Corte.
Señor don José Luis de la Rochete.
El Ayuntamiento de Aguilar de la Frontera, provincia de Córdoba, partido de Montilla.
Excelentisimo é ilustrisimo Señor don Gregorio Ceruelo de la Fuente, obispo de Oviedo.
Señor doctor don Juan de la Cruz Ceruelo Velasco, dignidad de prior de la Catedral de idem.
Excelentisimo é ilustrisimo señor don Joaquin Lopez Sicilia, caballero gran cruz de la real y distinguida orden española de Carlos III, arzobispo de Burgos.
Señor don Matias Herrero Prieto, del consejo de S. M., su alcalde de Casa y Corte.
Excelentisimo y reverendisimo padre fray Joaquin Briz, general de la orden de santo Domingo.
Señor don José Duaso, caballero pensionado de la orden de Carlos III, capellan de honor de S. M., juez de la real Capilla, teniente vicario, y auditor eclesiástico de los reales ejércitos.
Señor don Juan José Delicado Diaz, fiscal togado con antigüedad de ministro en el supremo consejo de la Guerra.
El ilustrisimo señor don Diego Maria Vadillos, ministro jubilado de idem.
Señor don Jacobo Maria de Parga y Puga, del consejo de S. M. en el de Hacienda, presidente de la real Junta de Fomento y Riqueza del reino.

Señor don Fausto de Elhuyar, honorario del supremo consejo de Hacienda, director general de Minas.

Señor don Joaquin Carrion, asesor de la superintendencia general de Hacienda.

Señor don Vicente Lopez, caballero de la distinguida orden de Carlos III, pintor de cámara de S. M.

Señor don Julian Otal.

Señor don Juan Asensio, abogado de los reales Consejos, y relator de la Sala de Señores Alcaldes de Casa y Corte.

Señor don Juan Nuñez, contador de Propios y Arbitrios de la provincia de Soria.

El Ayuntamiento del lugar de Villar de Fallabes, provincia de Leon, jurisdicion de Villalpando.

Señor don A. S.

Señor don Antonio Joaquin de Cuadro, marques de san Miguel de la Vega.

Señora doña María Polonia de Carranza.

Señor don Joaquin de Prat.

Señor don José Gomez de la Cortina.

Señor don Joaquin de Urrútia.

El Ayuntamiento de la villa de Gerindate.

Señor don Casto Diaz.

Señor don Manuel de Angulo y Cano.

Señor don Tomás Casado, procurador de los reales Consejos.

Señor don Pedro Gainza, agente de negocios.

Señor don Nicolás Oseñalde, abogado de los reales Consejos.

Señor don Gonzalo Benitez Milanes.

Señor don Antonio Uguina.

REINO DE ARAGON.

El excelentísimo Ayuntamiento de Zaragoza.

La ilustrísima Junta de Propios de idem.

El excelentísimo señor Marques de Lazan, teniente general de los reales ejércitos, y director de los canales de Aragon.

El excelentísimo señor conde de Atares.

El ilustre colegio de Abogados de Zaragoza.

Señor Conde de Sobradiel.

Señor don Manuel Ena de Ena, brigadier de los reales ejércitos, gobernador militar y político de Alcañiz.
Señor don Juan de Veamurquia, gobernador militar y político de Calatayud.
Señor don Narciso Meneses, interventor del ejército de Aragon.
Señor don Francisco Chaperon de la Barca, mariscal de campo de caballería de los reales ejércitos.
El ilustrísimo señor don Pedro María Ric, baron de Valdeolivos, honorario del Consejo y Cámara de S. M.
Señor don Miguel Malo, coronel, secretario de la capitanía general de Aragon.
Señor don Gerónimo de la Torre Trasierra, oidor de la audiencia de Zaragoza, y subdelegado principal de Policía.
Señor don Vicente Lissa y las Balsas, oidor jubilado de la Audiencia de Extremadura.
Señor don Felipe Perena, mariscal de campo de los reales ejércitos.
Señor don Vicente Martinez, teniente coronel, visitador general de rentas de Aragon.
Señor don Antonio Gonzalez, comandante de fusileros.
Señor don Antonio Lacasa, arcediano de la iglesia de Tarazona.
Señor don Joaquin Cistue, canónigo del cabildo de Zaragoza.
Señor don Ignacio Foncillas, dignidad arcipreste de idem.
Señor don Cosme Lizuain, canónigo penitenciario de idem.
Señor don José Antonio Marco, canónigo de idem.
Señor don Eusebio Jimenez, canónigo de idem.
Señor don F. Gerónimo Doz, comendador, y recibidor de la orden de san Juan.
Señor don F. Aurelio Valero y Lobera, profeso de la misma.
Señor don Mariano Ventura.
Señor don Cayetano Ibard, caballero maestrante de la de Zaragoza.
Señor don Joaquin Pueyo.
Señor don José María Obispo, alferez del segundo regimiento de la Guardia Real de infantería.

Señor don Miguel Muguerza, capitan del regimiento del Príncipe.
Señor don Gregorio Sanz, notario del tribunal eclesiástico, síndico procurador del excelentísimo Ayuntamiento de Zaragoza.
Señor don Pascual Ascaso, comandante de infantería.
Señor don José Cuello, notario mayor del tribunal eclesiástico.
Señor don José Sanchez, beneficiado de san Felipe.
Señor don Ignacio María Villa.
Señor don Mariano Villagrasa.
Señor don José la Torre y Osset.
Señor don Salvador Linares, rector de la parroquial de Herrera.
El reverendo padre fray Miguel de santa Bárbara, carmelita descalzo.
Señor don Juan Romeo.
Señor don Joaquin Sanchez del Cacho.
Señor don Pedro Barrau.
Señor don C. S.
Señor don Andres Larraz.
Señor don Braulio Mainar.
Señor don Mariano Lafuente, cura de Rafales.
El Ayuntamiento de la villa de Pedrola, partido de Borja.
El del lugar de Torre los Negros, partido de Daroca.
El del de Codos, idem de idem.
El del de Tornos, idem de idem.
El de la villa de Lagata, corregimiento de Zaragoza.
El de la de Alfajarin, idem de idem.
El de la de Muel, idem de idem.
El de la de Calatrao, idem de idem.
El del de Candasnos, idem de idem.
El del de Alforque, idem de idem.
El del de Fayon, idem de idem.
El del de Villafranca de Ebro, idem de idem.
El del de Torres de Berrellen, idem de idem.
El del de Villamayor, idem de idem.

Señor don José Pereyta, racionero, vicario de la parroquial de Magallon.

El padre fray don Clemente Abenia y Salillas, monge del real monasterio de Rueda.

Señor don Manuel Dronda, del comercio.

Señor don Cayetano Cosials.

Señor don Francisco de Paula Zapata.

El padre don Antonio Francés, clérigo reglar de la casa real de santa Isabel de Zaragoza.

El hermano Juan del Pilar, de las Escuelas pias.

Señor don Mariano Marco, beneficiado de santa Cruz.

Señor don Pedro Joaquin de santa Pau y Ardid.

El Ayuntamiento de la villa de Sástago, partido de Alcañiz.

El de la de Beceite, idem de idem.

El de la de Villarluengo, idem de idem.

El de la de Belmonte, idem de idem.

El de la de Caspe, idem de idem.

El de la de las Cuevas de Castellote, idem de idem.

El de la de Mazaleon, idem de idem.

El de la de Escatron, idem de idem.

El de la de Portellada, idem de idem.

El de la de Mas de las Matas, idem de idem.

Señor don Mariano Romeo, rector del lugar de la Perdiguera, partido de Barbastro.

Señor don Antonio Ventura, canónigo de la iglesia de Huesca.

El Ayuntamiento de la villa de Casbas, partido de idem.

El de la villa de Villaroya de la Sierra, idem de Calatayud.

El de la de Sestrica, idem de idem.

El de la de Godoxos, idem de idem.

El del lugar de Mara, idem de idem.

El del de Frasno, idem de idem.

El del de Valtorres, idem de idem.

El del de Fuentes de Jiloca, idem de idem.

El del de Olves, idem de idem.

El del de Aniñon, idem de idem.

El del de Ateca, idem de idem.

El del de Torralba de los Sisones, idem de idem.

Señor don Joaquin Gonzalez.
Señor don Andrés Torres y Tornos.
El muy ilustre Ayuntamiento de la ciudad de Jaca.
El muy ilustre Ayuntamiento de la de Teruel.
El Ayuntamiento de la villa de Valbona, partido de idem.
El de la de Rubielos de Mora, idem de idem.
El del lugar de Sarrion, idem de idem.
El de la villa de Tamarite de Litera, partido de Barbastro.
El de la de Monzon y Pau, idem de idem.
El del lugar de Castillonroy, idem de idem.
El de la villa de Sos, partido de Cinco-villas.
Señor don Victor Benedicto, escribano real de la villa de Sos.
Señor don Mariano Aznarez y Garcés, receptor del hospital general de nuestra señora de Gracia de Zaragoza.
Señor don Agustin Sevil, secretario de la ilustrísima Sitiada de idem.
Señor don Mariano Gil y Alcayde, bachiller en leyes.

PRINCIPADO DE CATALUÑA.

Señor don Manuel de Leiva y de Eguiarreta, brigadier de infantería de los reales ejércitos.
Señor don Ignácio Ulrich, comandante del regimiento tercero de Suizos.
El señor Barón de la Barre.
Señor don Manuel María Giron, intendente de ejército.
Señor don Juan Bautista de Puch, interventor, contador de la administracion principal de correos de Barcelona.
Señor don Mariano Font.
Señor don Wenceslao de Franco.
Señor don Blas Rovira, presbítero.
Señor don Manuel Campos.
Señor don Benito de Plandolit.
Señor don Mateo Villanua y Gramentel.
Señor don Joaquin de Llanza y de Belloch.
Señor don José Farriols.
El ilustre señor don Martin Matute, vicario general del obispado de Gerona, canónigo de aquella iglesia.

Señor don Leon Antonio Santa María, presbítero.
Señor don Estanislao Sanchez, alcalde mayor de San Feliu de Guijols.
Señor don Francisco de Alemany.
El Ayuntamiento de la villa de Badalona, corregimiento de Barcelona.
El del lugar de San Boy de Llobregat, idem de idem.
El de la villa de Angles, corregimiento de Gerona.
El de Caldas de Mon-buy, idem de Mataró.
El de la aldea de Masnou, idem de idem.
El del lugar de Tiana, idem de idem.
El del lugar de Taya, idem de idem.
El de la aldea de Alella, idem de idem.
El del lugar de Aiguafreda, corregimiento de Vich.
El del de Roda, idem de idem.
El de la villa de Pratdix, idem de Tarragona.
Señor don Mariano Roche, cirujano de ejército, y del real monasterio de *Scala Dei*.
Señor don Ramon de Portell.
Señor don José Fries.
Señor don Joaquin Tarin, canónigo de la santa iglesia de Tarragona.

PROVINCIA DE CUENCA.

Señor don José Navarrete, teniente coronel del regimiento Provincial de la misma.
Señor don José de Piedra, sargento mayor de idem.
Señor don Luis Noberto Prast, capitan de idem.
Señor don Juan Portillo, idem de idem.
Señor don José Antonio Casero, idem de idem.
Señor don Manuel Taleró, teniente de idem.
Señor don Francisco Romero, idem de idem.
Señor don Pedro Rico, idem de idem.
Señor don Victor Ruiz Lucas, idem de idem.
Señor don José María Antelo, idem de idem.
Señor don Sebastian Portillo, subteniente de idem.
Señor don Leonardo Soler, idem de idem.

El ilustrísimo Ayuntamiento de la ciudad de Cuenca.
El Ayuntamiento de la villa de Requena, partido de idem.
El de la de San Lorenzo de la Parrilla, idem de idem.
El del lugar de Alatoz, idem de idem.
El del de Caudete, idem de idem.
El de la villa de Roda, partido de San Clemente.
El de la de Alcohújate, idem de Huete.
El del lugar de Garci-narro, idem de idem.
El del de Castillejo de Romeral, idem de idem.

PROVINCIA DE LA CORUÑA.

Señor don Clemente Madrazo Escalera, coronel del regimiento voluntarios de Aragon, 2.º de infantería ligera.
Señor don Julian Perez, capitan de idem.
Señor don Manuel Suazo, oficial primero de la real Aduana.
Señor don José Ibañez.

PROVINCIA DE EXTREMADURA.

Señor don Francisco Javier de Gabriel, brigadier, y gobernador de la plaza de Badajoz.
Señor don Nicolás Moreno de Monroy, brigadier, gobernador de la de Olivenza.
El regimiento primero de Valencia infantería, 4.º ligero.
El Ayuntamiento de la villa de Coronada, partido de Villanueva de la Serena.
El de la de Zalamea, idem de idem.
El de la de Garrobillas, partido de Cáceres.
El de la de Rivera del Fresno, idem de Llerena.
El de la de Feria, idem de Badajoz.
El de la de Villagonzalo, idem de Mérida.

PROVINCIA DE GRANADA.

Señor don Antonio Avilés-casco y Castro, coronel brigadier del regimiento Provincial de Ronda.
Señor don Gaspar Atienza, teniente coronel de idem.

Señor don Juan Alvarez de Ordoño, sargento mayor de idem.
Señor don Ambrosio Dorregaray, ayudante de idem.
Señor don Francisco Mondragon, abanderado de idem.
Señor don José Gil de la Torre, capitan de idem.
Señor don Juan Casuno, idem de idem.
Señor don José Garcia Infantes, idem de idem.
Señor don Manuel Maria Pardo, teniente de idem.
Señor don José Audonde, idem de idem.
Señor don Rodrigo Ramirez, subteniente de idem.
Señor don Benito Rodriguez, idem de idem.
Señor don Manuel Gomez Cortinas, idem de idem.
Señor don Antonio Gomez, idem de idem.
Señor don Pedro Barroso, idem de idem.
Señor don Manuel Morales, idem de idem.
Señor don Fernando Valdivia, cadete de idem.
Señor don Lucas Garcia, idem de idem.
Señor don Alfonso Guevara Mateos, teniente coronel del regimiento Provincial de Guadix.
Señor don José Torralba, sargento mayor de idem.
Señor don Antonio Velasco, subteniente graduado de idem, *por la clase de sargentos.*
Señor don Antonio Sanchez, cabo primero graduado de teniente, *por la de cabos.*
Señor don José Ignacio Ruiz Campoy, comandante de los voluntarios Realistas de Motril.
El excelentísimo Ayuntamiento de la ciudad de Granada.
El Ayuntamiento del lugar de Huetor-tajar, ó de la Vega, partido de idem.
El de la villa de Monte-frio, idem de idem.
El muy ilustre Ayuntamiento de la ciudad de Almería.
El del lugar de Felix Enix, partido de idem.
El de la villa de Abla, partido de Guadix.
El de la de Peza, idem de idem.
El del lugar de Darro, idem de idem.
El de la villa de Paterna, idem de Alpujarras.
El del lugar de Juviles, idem de idem.
El muy ilustre Ayuntamiento de la ciudad de Baza.

El muy ilustre ayuntamiento de la de Purchena, partido de idem.

El Ayuntamiento de la villa de Cantoria, idem de idem.

El de la de Lucar, idem de idem.

El de la de Sierro, idem de idem.

El de la de Zujar, idem de idem.

El de la de Tijola, idem de idem.

El de la de Cuevas de Baza, idem de idem.

El de la de Cuiar, partido de Málaga.

Señor don Francisco de Paula Valverde.

Señor don Manuel Bauso, comandante de armas de Velez-Málaga, *por dos ejemplares.*

Señor don Francisco Torrentes, capitan retirado en Velez.

Señor don Joaquin García y Asensio, en Málaga.

Señor don Pedro Salido, presbítero, beneficiado de la parroquial de santa María de Velez-Málaga.

Señor don Pedro Antonio Maesa y Boturinan.

Señor Don Rafael Martinez Hidalgo, *suscripto en la ciudad de Córdoba.*

PROVINCIA DE GUADALAJARA.

El Ayuntamiento de la villa de Atanzon, partido de idem.

El de la de Centenera, idem de idem.

El de la de Ranera, idem de idem.

El de la de Val-de-noches, idem de idem.

El de la de Val-de-avellano, idem de idem.

El de la de Villanueva de la Torre, idem de idem.

El de la de Escariche, partido de Madrid.

El de la de Cubillo idem de idem.

El de la de Moratilla de los Meleros, idem de Sigüenza.

Señor don Antonio Romero.

Señor don F. E. R.

ISLAS BALEARES.

El señor Conde de Montenegro, coronel brigadier del regimiento provincial de Mallorca.

Señor don Jaime Sureda y Veri, teniente coronel de idem.
Señor don Miguel Llado, sargento mayor de idem.
Señor don Pedro Ripoll, capitan de idem.
Señor don Francisco Poquet, idem de idem.
Señor don Juan Morey, teniente de idem.
Señor don Sebastian Llavres, idem de idem.
Señor don Gabriel Alemany, subteniente de idem.
Señor don Luis Plentierre, idem de idem.
Señor don Jorge Fortuny, cadete graduado de subteniente de idem.
Señor don Miguel Ferrer, cadete de idem.
Señor don Gabriel Ignacio Aloy, idem de idem.
Señor don Francisco Cotoner, idem de idem.
Señor don Francisco Saez Socias, idem de idem.
Señor don José Descallar, idem de idem.
Señor don Guillermo Piza, sargento primero distinguido de idem.
Jaime Muntaner, sargento primero de idem.
Señor don Juan Villaverde, sargento segundo distinguido de idem.
Antonio Perelló, sargento segundo de idem.
Francisco Alvarez, idem de idem.
Cristobal Flaquer, cabo primero de idem.
Jaime Umbert, idem segundo de idem.

ISLA DE CUBA.

Excelentísimo señor Marques de Casa-Ramos.
Señor Conde de la Reunion, *por tres ejemplares.*
Señor don José Cadaval, teniente rey de la plaza de la Habana, mariscal de campo.
Señor Conde de Jaruco.
Señor don Diego Ordoñez, teniente de infanteria.
Señor don Pedro Martinez.
Señor don Francisco Vicente Villoch.
Señor don Felipe Martinez, auditor de Guerra, de la capitanía general de la Isla.
Señor don Francisco Falcon Llorente.

Señor don domingo Matienzo.

Señor don Juan Rodriguez y de la Torre, coronel del regimiento de España.

El reverendo padre fray Pedro de los Santos Angeles, prefecto de Belemitas.

El reverendo padre fray Felix de Santa Olalla, de la misma orden.

El reverendo padre maestro presentado fray Remigio Cernadas, dominico.

Señor don J. A. J.

Señor don José Carrera, del comercio.

Señor don Juan Manuel de Sevilla, de idem.

Señor don José Antonio de Mendizabal, de idem.

PROVINCIA DE LEON.

Señor don Blas Galindo, administrador de Rentas, y comandante de los voluntarios Realistas de Leon.

Señor doctor don Blas Leonardo Lozano, arcediano de Benamariel, penitenciario de la iglesia de la misma.

Señor don Ignacio Mateo de Roda, canónigo de la de idem.

PARTIDO DE ASTURIAS.

Señor don Manuel García Jove, subteniente de granaderos de Monterrey.

Señor don Pedro María Trabador.

El Concejo de Cabranes.

El de Jijon.

El de Siero.

El de Somiedo.

PROVINCIA DE LA MANCHA.

El Ayuntamiento de la villa de Torralba, partido de Almagro.

El de la de Bogarra, idem de Alcaráz.

El de la de Consuegra, provincia de Toledo, partido del gran priorato de san Juan.

REINO DE MURCIA.

El excelentísimo señor don Bartolomé Amorós, teniente general de los reales ejércitos.

Señor don Antonio Ausejo, teniente coronel, y comandante principal del batallon de voluntarios Realistas de Rojales.

Señor don Mateo José Lopez, coronel retirado.

Señor don Alejo Molina y Saurin, Vizconde de Huerta.

Señor don Joaquin Gonzalez del Castillo, visitador eclesiástico del obispado de Cartagena.

Señor don José Gussi y Fernandez.

Señor don Joaquin Alburquerque y Saurin.

Señor don Gonzalo Cánovas, teniente coronel del regimiento provincial de Lorca.

Señor don Julian de la Hoz, teniente coronel, sargento mayor de idem.

Señor don Rafael Sanchez, ayudante de idem.

Señor don Alfonso Aledo, capitan graduado de idem.

Señor don José Martinez, idem.

Señor don José Miguel Fernandez, idem.

Señor don Bartolomé Gomez, idem.

Señor don José Galvez, capitan de idem.

Señor don Ramon Perez Chuecos, idem.

Señor don Andres Ferrer, teniente graduado de idem.

Señor don Pedro Alcaráz, idem de idem.

Señor don Juan José Garcia, teniente de idem.

Señor don Blas Montiel, sargento primero graduado de subteniente de idem.

El Ayuntamiento de la villa de Espinardo, partido de Murcia.

El de la de Mula, idem de idem.

El de la de Avanilla, idem de idem.

El de la de Bullas, idem de idem.

El de la de Abarán, partido de Zieza.

El de la de Cehegin, idem de idem.

El de la de Socobos, idem de idem.

El de la de Siles, partido de la villa de Segura de la Sierra.

El de la de Hornos, idem de idem.

El de la aldea de Puerta, idem de idem.
El muy ilustre Ayuntamiento de la ciudad de Cartagena.
El muy ilustre Ayuntamiento de la ciudad de Villena.
El de la villa de Monte-alegre, partido de idem.
El de la de Carcelén, idem de Chinchilla.

REINO DE NAVARRA.

El Ayuntamiento de la villa de Puente la Reina, del valle de Ilzarbe, primer partido del distrito de Pamplona.

PROVINCIA DE ÁLAVA.

Señor don Iñigo Ortez, marques de la Alameda, diputado general de esta provincia, *por dos ejemplares.*
El Ayuntamiento de la hermandad de Barrundia.
Señor don Eustaquio Salazár, visitador de las aduanas de Cantábria.
Señor don Valentin de Verastegui.
Señor don Julian Domingo de Echevarría.
Señor don Agustin de Echevarría.

PROVINCIA DE VIZCAYA.

Señor don Francisco Antonio de Fresnedo.
Señor don Dionisio Unceta Abad de Cenarruza.
Señor don Juan Pablo de Fremiz, canónigo de idem.
Señor don Ramon Sandalio de Zubia.
Señor don Domingo Laca.
Señor don José de Urruzola.
Señor don José María de Atristain.

PROVINCIA DE GUIPÚZCOA.

El excelentísimo señor don Blas de Fournás, capitan general.
Señor don Francisco Bueno Mozo, teniente.
Señor don José Manuel de Brunet.
Señor don Onofre María Gabarain, presbítero.

Señor don Sebastian Morlans, idem.

Señor don Alejó Kalbermatter, cabo primero de artillería, condecorado con la cruz de defensor de Zaragoza.

El concejo del lugar de Lazcano.

PROVINCIA DE SANTANDER.

Señor don Juan Antonio Tornos, brigadier de los reales ejércitos.

Señor don José Ladron de Guevada, guarda-almacen de artillería.

El Ayuntamiento de la villa de Mena.

Señor don Pedro Asensio Martinez.

PROVINCIA DE SALAMANCA.

Señor don Juan Romagosa, mariscal de campo, gobernador militar y político de Ciudad-Rodrigo.

El Ayuntamiento de la villa de Mogarraz.

El de la de Vitigudino.

PROVINCIA DE SANTIAGO.

Señor don Domingo Mones, coronel graduado, sargento mayor del regimiento Provincial de Compostela.

Señor don José Ruata, comandante del primer batallon del regimiento 14 de linea.

El muy ilustre Ayuntamiento de la ciudad de Lugo.

El Ayuntamiento y Junta de Propios de santa María del Villar, partido del Ferrol.

El Ayuntamiento de la villa de Cangas, jurisdicion del mismo nombre.

El de la de Redondela, provincia de Tuy.

Señor don José Alzuren.

Señor don José Rivas Varela, escribano real, *suscripto en la ciudad de Lugo.*

PROVINCIA DE SEGOVIA.

Señor don Antonio Ebia, sargento mayor del regimiento Provincial de la misma; *por su regimiento: dos ejemplares.*
El Ayuntamiento de la villa de Peguerinos, sexmo del Espinar.
El de la de Santiuste de San Juan, partido de Coca.

PROVINCIA DE SEVILLA.

Señor don Agustin Oviedo y Montemayor, coronel de caballería, y caballero de las órdenes militares de Santiago, san Fernando, y san Hermenegildo.
Señor don Antonio Moreno, coronel del regimiento Provincial de Sevilla.
Señor don Manuel Bayó, coronel de ingenieros.
El regimiento infantería de Africa, 6.° de línea.
Señor don Baltasar Tabiel, capellan del mismo.
Señor don Ventura Sedano, superintendente de la real fábrica de Tabacos.
Señor don Ignacio Marmol, canónigo de la Catedral de Sevilla.
Señor don Francisco Lopez Omaña, ministro honorario del tribunal mayor de Cuentas.
El muy ilustre Ayuntamiento de la ciudad de Ayamonte, partido de Sevilla.
El Ayuntamiento de la villa de Olvera, idem de idem.
El de la de Cerro-adenvalo, idem de idem.
El de la de Coria del Rio, idem de idem.
El de la de san Lucar de Guadiana, idem de idem.
El de la de Cumbres Mayores, idem de idem.
El de la de Pruna, idem de idem.
El de la de Bendodela, idem de idem.
El del lugar de Herrera, idem de idem.
El del de Lora de Estepa, idem de idem.
El del de Paimogo, idem de idem.

El del de Lucena del Puerto, idem de idem.
El de la villa de Ardales, partido de Antequera.
El de la de Villafrauca, idem de Jaen.
Señor don José María Malvás, subdelegado principal de Policía de la provincia de Jeréz de la Frontera.
Señor don Francisco de la Sierra, *suscripto en Jerez de la Frontera.*
Señor don José Bueno, *idem en idem.*
El excelentísimo señor don Juan Ramirez Orozco, comandante del campo de Gibraltar.
Señor don Manuel Delgado, secretario de la comandancia general.
Señor don Joaquin Leonar, intendente honorario de provincia, y administrador de Correos del partido de Cadiz.
Señor don Benito Perez Calvo, comisario de Guerra.
Señores Hortal y Compañía, *por cuatro ejemplares.*
Señor don Nicolás Urban Ramos, *por dos idem.*
Señor doctor don Teodoro Madrazo.
Señor don Lino Montesinos, alferez del regimiento de caballería de la Reina.
Señor don Juan Merelo.
Señor don Claudio Ravina.
Señor don José Antonio Ontañon.
Señor don Saturnino Montojo.
Señor don Francisco Moyano.
Señor don Pedro Biondy.
El muy ilustre Ayuntamiento de la plaza de Ceuta.

PROVINCIA DE TOLEDO.

El Ayuntamiento de la villa de Villamiel, partido de idem.
El de la de Coveja, idem de idem.
El de la de Galvez, idem de idem.
El de la de Paredes de Escalona, idem de idem.
El del lugar de Almonacid, idem de idem.
El del de Horcajo de Santiago, idem de idem.
El de la villa de Espinoso del Rey, partido de Talavera.
El padre fray Mariano Martinez, monge de san Bernardo.

El padre fray don Juan de Canas, vicario del convento de san Juan de los Reyes.

Señor don Antonio Gerónimo Quilez, racionero.

REINO DE VALENCIA.

Señor don Tomás Zumalacarregui, coronel del 3.° de línea.

Señor don Vicente Martinez Marcilla.

Señor don Gregorio Laima.

Señor don Miguel Terán, médico de Tuvis.

Señor don José Martinez de Almansa.

Señor don Manuel Ferrer, del comercio.

Señor don Simon Martinez, idem.

PROVINCIA DE VALLADOLID.

Señor don Antonio Moscoso, capitan del real cuerpo de Artillería.

El reverendo padre fray Francisco Villacorta, asistente general de los Agustinos calzados, y comisario de Filipinas.

Señor don José Frances, secretario de la subinspeccion de voluntarios Realistas.

El Ayuntamiento de la ciudad de Medina de Rioseco.

El de la villa de Velliza, partido de Simancas.

Señor don Baltasar Vidal.

El Ayuntamiento de la villa de Cebico-nabero, partido de Cerrato, provincia de Palencia.

PROVINCIA DE ZAMORA.

Señor don Manuel Vela, intendente de la misma.

El Ayuntamiento de la villa de Gema.

El de la de San Pedro de la Nave, partido de las villas del Pan.

El de la de Torrecilla de la Orden.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

EXPOSICION PRELIMINAR. . . . . PAG. IX.
INTRODUCCION. . . . . IDEM 1.

CAPITULO I.

Agitaciones populares. — Palafox llega disfrazado á la torre de Alfranca. — Los zaragozanos proclaman su independencia. — El paisanage hace preparativos para defenderse. — El real Acuerdo reconoce á don José Palafox y Melci por capitan general de Aragon. — Este convoca á los ciudadanos mas distinguidos, y nombra una junta militar. . . . . PAG. 3.

CAPITULO II.

Formacion de tercios. — Medidas para defender el castillo de Jaca. — Levantamiento de cuerpos en los partidos de Huesca y Calatayud. — Entregan los habitantes sus armas y caballos. — Don Francisco Palafox se reune con el capitan general su hermano. PAG. 20.

CAPITULO III.

De lo tratado y resuelto en la primera junta de los diputados de voto en córtes. — Llegan las compañias de Tauste. — Los paisanos aseguran la existencia de los franceses domiciliados. — Derrota de las tropas que venian contra Zaragoza en el Bruc. — El marques de Lazan parte con una division á Tudela. — Los españoles reunidos en Bayona dirijen

un exhorto á los zaragozanos. — Los franceses ocupan á Tudela. . . . . Pag. 32.

CAPITULO IV.

El marques de Lazan dá á reconocer á las tropas á su hermano don Fracisco. — Batalla de Mallen. — De la conmocion extraordinaria ocurrida el 13 de junio. — Batalla de Alagon. — Exhorto á Palafox para que hiciese desistir de su empeño á los aragoneses. . . . . Pag. 49.

CAPITULO V.

De como el general Palafox salió de Zaragoza. — Estado crítico de la ciudad en la mañana del 15 de junio. — Los franceses atacan las puertas del Portillo, Carmen y santa Engracia, cuyo choque es mas conocido por la batalla de las Eras. . . . . Pag. 58.

CAPITULO VI.

Sigue la narracion de los sucesos anteriores, y de su resultado. . . . . Pag. 72.

CAPITULO VII.

Nombramiento de comandantes. — El presbítero Sas forma compañías de escopeteros. — Estado de nuestra fuerza. — Los paisanos construyen desaliñadas baterías. — Arribo del marques de Lazan. — Contestacion á la carta que remitió Lebfevre á los administradores de Zaragoza. . . . . Pag. 83.

CAPITULO VIII.

El enemigo construye una bateria en una altura inmediata. — Arriban varios soldados del regimiento de Extremadura. — Ampliase la junta militar. — Se guarnece el punto del Torrero. — Batalla de Epila. . . . . Pag. 94.

CAPITULO IX.

Nuestras guerrillas se tirotean con los franceses. — Añagaza de éstos. — Contestacion del marques de Lazan. — Junta general de las autoridades y personas distinguidas. — Juramento de los defensores. . . . . Pag. 103.

CAPITULO X.

Prende el fuego en un almacen de pólvora. — Ocupacion de Torrero. — Llega artillería gruesa. — Agregacion de individuos á la junta. — Descríbense las obras. — Mutacion de comandantes. — Estado de nuestra fuerza. . . . . Pag. 109.

CAPITULO XI.

Comienza el bombardeo. — Las guerrillas de los sitiadores llegan á las puertas. — Preparativos de defensa. Pag. 119.

CAPITULO XII.

Arriba el general Palafox la noche del 30 de junio. — Ataque extraordinario en la mañana del 1.° de julio. — Gestiones que hizo antes el general para reunir tropas. — Prisioneros que remitió la villa de Egea. . . . . Pag. 127.

CAPITULO XIII.

El general Verdier llega al campo enemigo con un gran refuerzo. — Los defensores cortan los olivares. — Se organiza un cuerpo de caballería. — Ardid para explorar el estado de la plaza. — Disturbios entre algunos militares y paisanos. . . . . Pag. 142.

CAPITULO XIV.

El baron de Warsage organiza un cuerpo. — Los france-

ses entran en Calatayud. — Choque de Villafeliche. — Gestiones para interceptar los convoyes de bombas. — Resistencia de la villa de Sos. Pag. 151.

CAPITULO XV.

Preparativos de defensa en la izquierda del Ebro. — Estado de nuestras fuerzas. — Entra tropa de línea y una partida de pólvora. — El enemigo pasa el Ebro. — Descríbense las escaramuzas ocurridas en las puertas de Sancho, Carmen y santa Engracia. . . . . Pag. 159.

CAPITULO XVI.

Se atenta contra los franceses asegurados. — Segréganse algunos individuos de la junta militar. — Formacion de otra consultiva. . . . . Pag. 169.

CAPITULO XVII.

Descríbense los exteriores de la ciudad en la línea del mediodia. — El enemigo ocupa el convento de capuchinos; los defensores lo recuperan, y no pudiendo sostenerlo lo incendian. — Alarma en la noche del 17 de julio. . Pag. 175.

CAPITULO XVIII.

Acciones del 29 y 30 de julio. — Ataque en las inmediaciones de Osera. — Las tropas auxiliares llegan á Pina. — Choques en los puntos que se designan. . . . . . . Pag. 179.

CAPITULO XIX.

Principia el bombardeo. — Extraccion de los enfermos del hospital. — El enemigo abre dos brechas. — Palafox sale con el estado mayor. — El marques de Lazan y don Francisco se le reunen. — Se dá el asalto, y entran los franceses por las huertas de santa Engracia y de Camporeal. Pag. 197.

CAPITULO XX.

Choques en las calles y casas. — Atrocidades del enemigo. — Proezas de los defensores. . . . . Pag. 209.

CAPITULO XXI.

Intimacion del general frances. — Heróica resolucion de los gefes militares de la plaza. — Fórmanse baterías en las boca-calles, y el enemigo fortifica su línea. — El marques de Lazan entra con parte de las tropas auxiliares. — Añagaza para ocupar por sorpresa el convento de san Ildefonso. . . . . Pag. 227.

CAPITULO XXII.

Los sitiados conquistan y reconquistan el convento de santa Catalina. — Arriban las tropas auxiliares y un convoy de víveres. — Acciones parciales en varios puntos de la línea. . . . . Pag. 237.

CAPITULO XXIII.

Palafox inspecciona los principales puntos.— El enemigo entrega los prisioneros, y levanta el campo á media noche, volando el monasterio de santa Engracia. . . . . . Pag. 247.

CAPITULO XXIV.

Palafox decreta un distintivo para los defensores.—Nombra diputados para la junta Central. — Proclaman los zaragozanos á Fernando VII. — Salen tropas contra el ejército frances. — Conclusion.. . . . . Pag. 255.

Notas y documentos justificativos. . . . . Idem 271.
Suscriptores. . . . . Idem 329.

